

TRILOGÍA DEMON I

# DEMON

SAM LEÓN



Nova Casa Editorial



lectuepubgratis.com

**Publicado por:**

**NovaCasa** Editorial

[www.novacasaeditorial.com](http://www.novacasaeditorial.com)

[info@novacasaeditorial.com](mailto:info@novacasaeditorial.com)

© 2019, Sam León

© 2019, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

**Joan Adell i Lavé**

Coordinación

**Silvia Vallespín**

y **Noelia Navarro**

Portada

**Vasco Lopes**

Maquetación

**Daniela Alcalá**

Revisión

**Noelia Navarro**

Primera edición: **enero de 2020**

ISBN: 978-84-17589-62-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

SAM LEÓN

DEMON  
TRILOGÍA DEMON I



**Nova Casa** Editorial

# ÍNDICE

- 1 [HERIDAS](#)
- 2 [PARANOIA](#)
- 3 [CONFUSIÓN](#)
- 4 [MIKHAIL](#)
- 5 [SUMMA DAEMONIACA](#)
- 6 [ESTIGMAS](#)
- 7 [CONMOCIÓN](#)
- 8 [IRRITANTE](#)
- 9 [ROCE](#)
- 10 [CEJOS](#)
- 11 [REVELACIONES](#)
- 12 [TORTURA](#)
- 13 [ALIVIO](#)
- 14 [ÁNGELES](#)
- 15 [GABRIELLE](#)
- 16 [NEGACIÓN](#)
- 17 [TORMENTO](#)
- 18 [REDENCIÓN](#)
- 19 [CONFESIÓN](#)
- 20 [TENSIÓN](#)
- 21 [CAÍDA](#)

22 PODER

23 ABANDONO

24 MENTIRA

25 PREJUDIO

26 PÉRDIDA

27 DOLORE

28 LAZO

29 SACRIFICIO

EPÍLOGO

EXTRA OSCURIDAD



Es peligroso y aterrador.

Ha venido desde el averno a dar inicio al fin. Ha venido a acabar con todo en lo que creo, para convertirme en fragmentos diminutos. Ha surgido de las tinieblas para arrasar con todo a su paso. Porque es el demonio más poderoso del inframundo; el guerrero más feroz que ha pisado la tierra.

Porque en su nombre lleva la condena, la traición y el poder de acabar con todo. Porque no va a detenerse hasta haber saciado esa sed de venganza que lo consume. Que llena de oscuridad aquella parte de su pasado que aún conserva.

Mi toque puede destruirlo;  
mi beso puede traerlo de vuelta a la luz.

El mensajero de Lucifer está aquí...

Y vino a reducirlo todo a cenizas.





## HERIDAS

No puedo respirar.

Mis oídos pitan, mis manos tiemblan, mi tráquea parece haberse cerrado por completo y lucho por llevar el aire a mis pulmones. El jadeo proveniente de mis labios reverbera en la acústica del reducido baño en el que me encuentro y la mirada se me nubla por las lágrimas que me invaden.

Mis extremidades pesan, mis brazos se han entumecido y el frío recorre cada centímetro de mi espina dorsal. La humedad tibia de mi sangre moja el pantalón del pijama que traigo puesto, pero no puedo hacer nada para detener el torrente de líquido caliente que brota de mis muñecas.

Mis párpados amenazan con cerrarse por completo, mi cuerpo apenas responde a las demandas de mi cabeza y el pánico se arraiga en mi sistema. Bailo en el limbo de la semiinconsciencia y lucho por mantenerme a flote, pero no lo consigo. Voy a morir aquí. Voy a morir y nadie va a notarlo.

El dolor en mi pecho es insoportable, la sensación de pesadez es cada vez más intensa y sé, por sobre todas las cosas, que algo está mal. Muy, *muy* mal.

«No quiero morir. No quiero morir. ¡Maldita sea!, ¡no quiero morir!».

Imágenes inconexas llenan mi entorno. Un familiar rostro aparece en mi campo de visión y desaparece casi de inmediato. Siluetas luminosas se arremolinan a mi alrededor, pero no soy capaz de distinguir las facciones de quienes me rodean.

Alguien dice mi nombre con angustia y preocupación, pero no puedo responder. No puedo pronunciar palabra alguna. No puedo moverme.

Mi boca se abre para hablar, pero un ataque de tos impide que lo haga; el dolor punzante en mis muñecas apenas me deja pensar con claridad y todo mi cuerpo se estremece cuando el ardor quema en mis extremidades.

Soy vagamente consciente de las palabras tranquilizadoras que son susurradas en mi oído y de la presión en mis antebrazos que hace que mis manos hormigüeen, pero no puedo hacer nada. No puedo hacer otra cosa más que quedarme aquí, quieta, en la espera de lo inminente.

El escándalo se apodera de todo el lugar, pero se siente ajeno a mí. Se siente, incluso, como si me encontrara debajo del agua y no fuese capaz de distinguir nada debido a eso. Como si el mundo se hubiese difuminado a través de una pantalla de humo y no existiese nada más que mi respiración y el dolor de mi cuerpo. Es solo hasta ese momento, que el pánico empieza a diluirse. A esfumarse con cada segundo que transcurre y a quedarse en segundo plano.

De pronto, no soy yo quien se encuentra tirada en el baño, muriendo a causa de un ataque de asma y una hemorragia. No soy yo quien lucha y patalea con desesperación mientras trata de recuperar el aliento. Quien llora del miedo y de la angustia...

«Déjalo ir», susurra una voz dentro de mi cabeza. «Déjalo ir, Bess».

Entonces, así lo hago.





Un sonido agudo taladra en lo más profundo de mi cabeza. Un extraño zumbido invade mi audición y todo, poco a poco, se vuelve más vívido e intenso.

Mis párpados bailan con el movimiento de mis ojos y soy un poco más consciente de lo que sucede a mi alrededor. El olor a alcohol y antiséptico hace que mi nariz pique, el dolor en mi pecho es sordo — un claro contraste con la insoportable agonía que sentí antes—, el aire dentro de mis pulmones se siente como el mayor de los placeres y la pesadez es bien recibida por mis músculos agarrotados.

Trato de abrir los ojos una vez más. Esta vez tengo éxito, pero vuelvo a cerrarlos en el momento en el que la luz cegadora me golpea de lleno.

Trago duro. En ese preciso instante, el ardor se apodera de mi garganta. Un pequeño quejido se construye en mi pecho, pero lo reprimo porque estoy demasiado agotada como para poder emitirlo. Estoy demasiado adolorida.

La sequedad en mi boca no hace más que hacerme anhelar algo de agua y, de pronto, me siento tan incómoda, que lo único que quiero hacer es volver a dormir. Volver a perderme en el limbo de la inconsciencia, para así no saber absolutamente nada de mí.

Por tercera vez, lucho contra la pesadez de mis párpados, pero el sonido suave de una voz familiar inunda mis oídos antes de que lo consiga.

—No puedo más con esto, Nathan —es Dahlia —la hermana de mi madre— quien habla. Suena alterada. Angustiada...—. ¡Se hizo agujeros en las malditas muñecas!

—Debes tranquilizarte, amor. —Nate, su prometido, habla en voz baja—. Bess ha pasado por muchas cosas, ¿recuerdas?

—¡Trató de suicidarse! —El siseo bajo y furioso de mi tía, hace que mi estómago se revuelva con violencia—. ¿Cómo se supone que debo ayudarla si ella hace este tipo de cosas?

—Dahlia, debes tranquilizarte —dice Nate. Sé que trata de sonar calmado, pero hay un filo tenso en el tono en el que habla—. Bess

necesita terapia. Te lo dije hace mucho tiempo, ¿ahora comprendes el porqué?

—Ni siquiera sé con qué se hizo daño. —El temblor en la voz de Dahlia, me hace saber que está llorando—. No hay nada en casa que pueda hacer algo así. ¿Qué clase de objeto hace ese tipo de heridas?

—¿Revisaste bien en su habitación?

—¡Claro que lo hice, maldita sea! —mi tía suena más allá de lo indignada—. No encontré absolutamente nada ahí, Nate. Creí que era una chica solitaria, pero esto va más allá de mis capacidades de comprensión. —Se detiene un segundo—. No sé qué hacer. No estoy lista para jugar a ser la madre sustituta de una adolescente traumatizada. No estoy lista para lidiar con todo esto.

Los recuerdos vienen a mí como una ráfaga de imágenes inconexas e incomprensibles justo en ese momento y una oleada de angustia me llena el pecho.

De pronto, no puedo dejar de recapitularlo todo —la horrible pesadilla, el baño del apartamento de mi tía Dahlia, la sangre cubriendo el suelo; él pánico, el miedo, la incertidumbre, el ataque de asma...—. De pronto, no puedo dejar de revivir en mi memoria una y otra vez lo que ocurrió.

En ese momento, y con desesperación, trato de recordar ese lapso perdido entre el recuerdo que tengo de mí misma yéndome a la cama, y mi aparición repentina en el baño después de haber tenido un horroroso sueño, pero nada viene a mí.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal y una sensación helada invade mi cuerpo casi al instante. El miedo se arraiga en mis entrañas como el peor de los monstruos y el nudo en la boca de mi estómago se retuerce una y otra vez con horror e incertidumbre.

«¿Qué pasó? ¿Qué demonios hice?».

Mis ojos se abren, pero esta vez son las lágrimas traicioneras las que me impiden ver con claridad. El nudo en mi garganta es tan intenso ahora, que apenas puedo respirar, y la habitación blanca a mi alrededor, solo confirma eso que tanto me aterra. Eso que *ya sé*:

Estoy en un hospital.

El zumbido de las máquinas amortigua un poco la discusión a susurros que mantienen las dos personas que han visto por mí durante los últimos meses; pero, eso no disminuye el impacto que han tenido en mí las palabras de la única persona que me ha tendido la mano en mucho tiempo. No diluye la sensación enfermiza que me invade de pies a cabeza.

Desde el accidente, mi vida ha sido un completo desastre. He tratado de mantenerme firme ante mi nueva realidad, pero, últimamente, se siente como si estuviese cayéndome a pedazos y nadie pudiese notarlo. Últimamente, lo único que quiero hacer, es cerrar los ojos y dejar de existir. Desaparecer y dejar de ser una carga para todos los que me rodean.

Sé que no puedo hacerlo. Por más que quiera, no puedo dejar de ser la chica que lo perdió todo en un abrir y cerrar de ojos, y que ahora se encuentra atascada en una odiosa realidad alterna a la que solía tener.

—¿Bess? —la voz de Nate me saca de mi ensimismamiento, y me trae de vuelta al aquí y ahora. Mi mirada se posa en la silueta familiar a mi lado y me enferma notar las bolsas oscuras que hay debajo de sus ojos claros. El agotamiento que surca sus facciones hace que me sienta más culpable que nunca—. ¡Dios mío! ¡Gracias al cielo que estás bien!

No me atrevo a decir nada. Me limito a quedarme quieta en mi lugar.

Por el rabillo del ojo, noto a mi tía Dahlia, quien se encuentra congelada en la puerta. Su mirada y la mía se cruzan fugazmente, pero es el tiempo suficiente como para darme cuenta de que *sabe* que la escuché hablar. La culpa que se ha arraigado en su expresión me lo dice todo, y me siento miserable por eso. Ella, pese a eso, no dice nada. Se limita a acercarse y tomar mi mano con suavidad.

—Nos asustaste muchísimo, Bess —las lágrimas en sus ojos hacen que me sienta aún peor de lo que ya lo hacía, pero ni siquiera eso puede borrar el atisbo de resentimiento que ha nacido en mi pecho por lo que dijo hace unos instantes.

—Yo... —trato de formular una oración coherente, pero es imposible—. N-No sé qué pasó. *No entiendo...*

—Shh... —Su mano libre aparta los mechones de cabello fuera de mi rostro—. Está bien, Bess. Todo está bien.

Quiero gritar de la frustración, pero me limito a apretar la mandíbula y asentir con la cabeza.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que Dahlia deba marcharse por petición del médico que me atiende. Tampoco sé cuánto tiempo paso rodeada de enfermeras desde que ella y Nathan se van.

Ellas —las enfermeras— se han encargado de revisar mis signos vitales y retirarme la cánula respiratoria de la nariz para darme un inhalador regular. También han revisado las heridas en las muñecas un par de veces.

Un médico vino hace un rato a verificar cómo estaba y anunció que me retirarían los analgésicos. Desde ese momento, el dolor en mis extremidades se ha vuelto insoportable. Al parecer, me hice unos agujeros en la piel y destrocé bastantes capas de tejido, pero todo parece indicar que no rompí ningún vaso sanguíneo importante, es por eso por lo que voy a poder volver a casa esta misma noche.

Hace una hora vino un psiquiatra a verme. Las preguntas sobre lo sucedido anoche no se hicieron esperar, y tuve que responderlas todas como pude —a pesar de que no recuerdo absolutamente nada de lo que pasó.

El hombre me preguntó acerca del accidente y de cómo me siento ahora que me enfrento al mundo por mi cuenta.

No mentí cuando dije que me sentía sola y fuera de lugar. Tampoco fui capaz de hacerlo respecto a las pesadillas y los constantes miedos absurdos que me asaltan de vez en cuando. No le hablé sobre el extraño delirio de persecución que me ha torturado desde hace unas semanas, y tampoco me atreví a hablarle sobre mis pocas horas de sueño; mucho menos tuve el valor de decirle sobre los largos periodos en los que mi memoria se queda en blanco.

Sé que algo no va bien. Sé que debo hacer algo respecto a todo eso, pero no me atrevo a contarle a nadie que vivo atormentada sin razón

alguna desde hace ya un par de semanas; que se siente como si algo horrible estuviese a punto de ocurrir y que no hay nada que pueda hacer para detenerlo.

El psiquiatra no trata de reprenderme. De hecho, no habla en lo absoluto cuando empiezo a relatarle mis extrañas pesadillas y el patrón que las caracteriza: en todas ellas, soy clavada por las muñecas y tobillos.

Me escucha con atención y mantiene su expresión en blanco mientras le cuento todo lo que recuerdo sobre la noche anterior, y cómo de asustada me siento por esa laguna en mi memoria.

Una vez terminada mi diatriba, hace un par de anotaciones en su libreta y me asegura que me recetará algo para que mis horas de sueño sean más provechosas. Entonces, se levanta y sale de la habitación.

Son casi las nueve de la noche cuando, finalmente me dan el alta del hospital. Dahlia y Nate no hablan de camino a casa.

Cuando llegamos al apartamento, me siguen hasta mi habitación y anuncian que empezaré a ver a un psicólogo. No me atrevo a decir una sola palabra. Sé que no tengo cara alguna para negarme a algo así. No después de haber hecho lo que creo que hice.

Así, pues, una vez que dan por zanjado el tema, se marchan y me dejan sola.

Mi vista recorre la estancia y se detiene en la fotografía que hay sobre mi mesa de noche. Algo intenso y poderoso atenaza mi pecho cuando veo a mi familia en ella. No es una imagen reciente. En ella, Freya apenas tiene cinco años, Jodie nueve y yo doce; mamá luce más joven de lo que recuerdo, y papá no lleva puestos sus ridículos lentes.

En ese momento, los recuerdos brutales del accidente invaden mi cabeza y, de pronto, lo único que soy capaz de hacer es tratar de empujar lejos de mi memoria los gritos aterrorizados de Freya y los gemidos adoloridos de Jodie.

Papá fue el primero en morir; el impacto contra el tráiler lo mató de inmediato. Mamá fue la siguiente; ella murió cuando caímos por el

barranco. Freya salió despedida en el momento de la colisión contra el suelo, pero no murió hasta dos días después. Jodie murió un día antes de que me encontraran —cuatro días después del accidente—. Tuvo una barra metálica atascada en el estómago todo el tiempo. Estoy segura de que le dolía como el infierno.

Yo quedé atrapada de la cadera hacia abajo, dentro del coche. Estuve a punto de perder la pierna izquierda. Mi cadera quedó pulverizada y una de mis vértebras se fracturó. Nadie esperaba que fuese capaz de caminar por mi cuenta después de eso; sin embargo, aquí estoy, de pie en una solitaria habitación, andando por mis propios medios.

El mundo entero dice que soy un milagro. Que Dios fue bueno conmigo y me dio una segunda oportunidad... Para mí, todo esto es más una tortura que un milagro.

Lo cierto es que Dios me dejó aquí, aun sabiendo que iba a estar sola. Me dejó aquí, aun sabiendo que hubiese preferido morir en ese lugar con toda mi familia.

Trato de lanzar los pensamientos dolorosos fuera de mi cabeza y me dejó caer sobre la cama sin siquiera molestarme en mover el edredón. Levanto los brazos y poso mi vista en los gruesos vendajes de mis muñecas.

El doctor preguntó una y mil veces con qué artefacto me hice las heridas; sin embargo, no pude responder. Yo tampoco tengo idea de qué demonios fue lo que hice, o *con qué* lo hice.

Lo único que sé en este momento, es que no puedo dejar de pensar en la pesadilla que me asecha siempre. No puedo evitar sentirme aterrorizada con las horribles similitudes que hay entre ese horrible sueño y lo que hice anoche.

«¿Qué demonios está pasando contigo, Bess?».



El calor en mi espalda hace que me remueva con incomodidad, así que me acurruco en un ovillo, pese a que estoy casi despierta. Lo sé

porque soy consciente del dolor punzante de mis muñecas y del calor que me golpea la espalda; de la sábana enredada en mi pierna derecha y, sobre todo, del zumbido constante que resuena sobre la madera de mi mesa de noche.

Un gemido quejumbroso brota de mi garganta, pero estiro una mano hasta alcanzar el mueble. Empiezo a tantear en él antes de tomar mi teléfono y responder la llamada entrante sin siquiera molestarme en mirar el identificador.

—¿Diga? —mi voz suena ronca y pastosa debido al sueño.

—¿Sigues dormida? ¿Sabes qué hora es, Bess? —la voz de Emily termina por ahuyentar el sueño de mi sistema.

—¿Qué hora es? —escucho mi voz, pero suena extraña en mis oídos. Como si estuviera en un túnel a decenas de metros de distancia.

—¡Son las doce del mediodía! ¿Dahlia no te dijo que llamé ayer para ver cómo estabas? ¿Qué clase de accidente tuviste? —inquire—. Estaba muy preocupada por ti.

—No fue nada —miento—. Fue un pequeño corte con un cuchillo. Nada grave.

Cubro mi cara con un brazo, en un débil intento de aminorar la cantidad de luz que se filtra a través de mis párpados. No quiero contarle respecto a lo ocurrido. No quiero que ella sepa qué fue lo que pasó y que me mire del mismo modo en el que lo hacen Dahlia y Nate. No lo soportaría.

—¡Dios! Pero ¿estás bien?; de cualquier modo, ¡son las doce del jodido mediodía!; si mi mamá me encontrara dormida diez minutos después de la hora en la que se supone que debo de levantarme, me gritaría hasta que saliera de casa. —Escucho el humor en su voz y una sonrisa de desliza en mis labios casi al instante—. Levanta tu desnutrido trasero de esa cama y vamos a almorzar al centro.

—¿Vas a pagar mi Big Mac? —bromeo, mientras me incorporo.

—¡Por supuesto que no! —chilla con indignación.

—¡Oh, vamos, Ems!, paga mi Big Mac.

—¡Te he dicho que no! —me corta de tajo—. Apresúrate, que llego a tu casa en quince minutos —dice y, entonces, cuelga.

El silencio ensordecedor se apodera del ambiente mientras miro hacia todos lados. Intento no pensar en lo ocurrido los últimos días, pero es imposible; sobre todo cuando el dolor insoportable de mis muñecas no deja de recordarme que hay algo malo en mí.

Me toma alrededor de diez minutos alistarme. Mi pantalón de pijama es reemplazado por unos vaqueros desgastados y la sudadera con la que dormí es sustituida por una blusa de mangas largas que cubre mis vendajes a la perfección. Antes de enfundármela, me aseguro de cambiar las gasas que cubren los puntos en mis muñecas y coloco de nuevo las vendas en su lugar. Después, tomo una goma para el cabello, mi chaqueta, mi cartera y mi teléfono, y salgo a la sala de estar.

Dahlia y Nathan trabajan casi todo el día, así que no me sorprende encontrarme sola en el apartamento.

Estoy a punto de salir para esperar a Emily en la recepción del edificio, cuando me percató de la nota que está sobre la mesa de centro de la sala que dice:

*Cenaremos juntos. Si sales, lleva tu teléfono.*

Nunca hacemos nada juntos y no puedo evitar pensar que esto es un intento desesperado de Dahlia por traer normalidad a mi vida. Por sentirse un poco más en control de la situación.

El sonido del intercomunicador del apartamento me saca de mis cavilaciones y me obligo a empujar los extraños pensamientos lejos, para apresurarme a la salida, rumbo al elevador.

—Deberían prohibirte salir de casa sin desenredar tu cabello —mi amiga se burla cuando me acomodo en el asiento del copiloto de su viejo auto.

Ignoro su comentario y me concentro en la tarea de amarrar mi mata alborotada de hebras oscuras en un moño despeinado.



—Buenos días para ti también —le sonrío con desgana.

Conozco a Emily desde que puedo recordar. Solíamos vivir en el mismo barrio, así que asistimos a las mismas escuelas, incluso después de que se mudara. A pesar de todos los cambios por los que pasamos, aún sigue siendo la misma chica noble que conocí en el jardín de niños.

—Williams nos ha dejado un trabajo por equipos. Estás en el mío —dice, sin despegar la vista del camino.

Una sonrisa suave se dibuja en mis labios. Introduzco ambas manos dentro de los bolsillos de mi chaqueta y mi corazón da un vuelco cuando no soy capaz de sentir las llaves del apartamento.

—Gracias —mascullo mientras rebusco en los de mis vaqueros. No recuerdo haberlas tomado.

—Nada de «Gracias». Tendrás que hacer tú sola la mitad del trabajo por faltar a clases.

—De acuerdo —me encojo de hombros y continúo con mi búsqueda.

—A veces siento que me das la razón solo para mantenerme callada —se queja ella, en voz baja.

—¿Te sientes bien, Ems? —hablo, medio distraída, y ella masculla algo que no soy capaz de entender. En ese momento, mi ceño se frunce en confusión y sacudo la cabeza al tiempo que pronuncio—. ¿Qué dijiste?

—¡Dije que el imbécil de Frank no me ha llamado! —espeta, y sin que pueda evitarlo, salto en el asiento debido a la impresión.

Emily Smith, así toda intimidante como luce, es la persona más vulnerable que conozco. Contrario a lo que su mirada dura, piel oscura, rasgos afroamericanos y carácter explosivo dicen sobre ella, es la chica más enamoradiza, vulnerable y sentimental que he conocido en mi vida.

—Si no te ha llamado, es porque es un imbécil —resuelvo, porque sé que esas son las palabras que va a utilizar para definir su situación al final del día.

—¡Creí que era diferente! ¡Todo había salido de maravilla! —su expresión es tensa y triste al mismo tiempo. Sus manos aprietan el volante con tanta fuerza, que sus nudillos se ponen blancos—. El idiota ni siquiera se ha dignado a llamar para decir que ha terminado todo. ¿Cuán poco hombre tienes que ser para hacer eso?

Lo cierto es que conoció a Frank no hace más de una semana, en una fiesta de la fraternidad de su hermano mayor. Es muy dada a tontear con chicos mayores que lo único que buscan es una noche de diversión. Ella cree que el amor de su vida va a presentarse a su puerta en el lugar más inesperado y que va a vivir un romance apasionado e intenso.

—Es un imbécil —digo con desdén, y añado en voz baja—: ¿Qué podías esperar de un chico al que conociste ahogado en alcohol?

Un suspiro cansado brota de su garganta, pero no dice nada más.

El resto del camino es silencioso, pero tranquilo. El auto flanquea por las calles más concurridas de Los Ángeles, pero el tráfico es bastante fluido a pesar de ser casi la hora del almuerzo.

Emily estaciona el coche a un par de calles de distancia del McDonald's de la calle South Hope, y nos encaminamos a pie entre el bullicio de la gente apresurada, que no presta atención a nadie ni a nada más que a sus propios asuntos.

Mi mirada viaja de manera distraída hacia los hombres y mujeres arriba de sus autos. Muchos de ellos tocan frenéticamente la bocina, como si pudieran hacer que el tráfico cediera con solo esa acción. La gente que camina por la calle luce apurada y ansiosa. Algunas personas empujan contracorriente, otras caminan distraídas, dejándose llevar por el andar y el ritmo apresurado de los demás.

Ems habla y yo la oigo, pero no la *escucho* en realidad. Mi cabeza está en un lugar muy lejos de aquí. Mi mente está concentrada en lo ocurrido hace un poco más de veinticuatro horas. Está preguntándose una y otra vez qué habría ocurrido si Dahlia no se hubiese levantado al baño. Está cuestionándose qué habría sucedido si hubiese estado lo suficientemente adormilada como para no sentir el dolor de mis

muñecas. Como para no despertar de pronto y morir desangrada en el baño del apartamento de mi tía.

Me pregunto, por milésima vez, qué está pasando conmigo. Y, por milésima vez, no tengo la respuesta.

Distintas tonalidades de piel pasan como un borrón a mi alrededor; distintos tipos de ojos, distintos colores de cabello; formas de caminar y de vestir... Personas absortas en su mundo. Personas que parecen haber nacido con un teléfono celular pegado a la mano. Gente que es ajena a los problemas del resto...

¿Quién puede culparlos por su indiferencia cuando hay tanto con qué lidiar en el mundo real? A veces, es más fácil sumergirse en la tecnología y olvidarse de todo.

Vivimos en un mundo que nos ha enseñado que debemos valernos por nosotros mismos, porque solo el más fuerte prevalece. El fuerte somete al débil y el débil somete a aquel que no puede defenderse... Y nadie quiere ser esa persona. Nadie quiere ser el eslabón más débil en la cadena. Nadie quiere ser quien cede o da la razón.

Libramos pequeñas batallas con quienes nos rodean, para no ser devorados por este delicado sistema. Por la crueldad de la sociedad en la que vivimos.

Y es entonces, cuando me pregunto si habrá alguien, entre toda esta gente, que se sienta de la misma forma que yo. Me pregunto si habrá alguien, que no sepa cómo ganar sus propias batallas porque no sabe a qué está enfrentándose en realidad.

¿Cómo te enfrentas a las pesadillas y a los miedos irracionales? ¿Cómo peleas contra los lapsos perdidos de memoria? ¿Cómo luchas contra la sensación enfermiza que provoca la sola idea de pensar que estás volviéndote loca? ¿Cómo lidias con toda esa mierda...?

Mi vista se detiene una fracción de segundo. Solo una fracción de segundo en la cual, soy capaz de distinguir una silueta inmóvil en medio del caos. Mis ojos se clavan en ella y me quedo sin aliento durante unos cuantos segundos.

La gente ni siquiera parece notarlo. La gente ni siquiera lo toca. Es como si no estuviera ahí.

Mi ceño se frunce.

«¿Qué demonios?».

En ese instante, su mirada viaja en mi dirección y el reconocimiento me golpea con brutalidad. *Conozco* esa mirada. *Conozco* ese par de ojos color gris claro. *Conozco* la intensidad de su ceño fruncido... Y lo conozco a *él*.

«Pero ¿de dónde?».

Todo en él es atterradoramente familiar. Sé que he visto a ese tipo antes, pero no logro conectar los puntos en mi cabeza.

Lo observo detalladamente con la esperanza de encontrar el nombre que va relacionado a esa cara, pero nada viene a mi memoria.

Su figura es alta e imponente; su cabello, negro como la noche, parece haber sido asaltado por una ráfaga de viento; su piel pálida hace que el color claro de sus ojos resalte y una fina capa de vello facial le cubre la mandíbula.

Lo conozco. Sé que lo conozco, pero no logro averiguar de *dónde*.

Su quijada angulosa se aprieta y sus tupidas cejas se fruncen en un ceño profundo cuando me mira directo a los ojos y todo a mi alrededor pierde enfoque.

«¿Quién eres?»

—¿Bess? —vuelco mi atención hacia Emily, quien me mira como si me hubiese vuelto loca—. ¿Qué estás mirando?

Sus ojos buscan el punto en el que mi atención estaba fija, y yo me giro, dispuesta a indicarle a aquel chico que me parece tan familiar; no obstante, cuando lo hago, no logro encontrarlo.

Ahí no hay nada. No hay *nadie*.

Rebusco el lugar con la mirada, pero no encuentro nada más que caos vial y personas apresuradas, y la confusión incrementa un poco más.

—Creí haber visto a alguien que conozco —digo, al cabo de unos instantes de silencio, pero mi voz suena inestable y ronca—, supongo que lo imaginé.

Echo otro vistazo, pero no encuentro nada. Mi corazón se acelera en ese instante y siento que me falta el aliento. De pronto, empiezo a

dudar que hubiese alguien ahí realmente y eso solo hace que el pánico se arraigue en mi cuerpo.

«¡Tranquilízate, Bess!», digo, para mis adentros, y trato de mantener a raya la sensación enfermiza que me invade, pero es imposible.

—¿Entramos ya? —Emily habla, con impaciencia, y yo asiento porque no soy capaz de confiar en mi voz para hablar. Porque soy incapaz de hacer otra cosa que no sea pensar en lo que acaba de ocurrir—. Vamos, entonces —dice, y le regalo otro gesto afirmativo antes de obligarme a seguirle en dirección a la entrada del McDonald's.



## PARANOIA

El bullicio de la gente estalla en mi audición en el instante en el que arranco los audífonos de mis orejas. El metal chirriante de las puertas de los casilleros siendo golpeados, hace que las conversaciones suenen amortiguadas y difusas.

Miro de reojo hacia todos lados, pero trato de no hacer contacto visual con nadie mientras me abro paso hacia las escaleras que dan al segundo piso del edificio.

Las risas y los chillidos eufóricos son ajenos a mí mientras me concentro en llegar a mi destino sin llamar la atención. No es como si yo fuera una persona que suele sobresalir. A decir verdad, soy bastante buena para perderme entre la gente. No suelo destacar en ningún ámbito: mis calificaciones no son malas, pero tampoco son perfectas; no destaco en los deportes o en las artes; tampoco soy una persona sociable o con facilidad de palabra. Soy una chica mediocre en todos los aspectos y me siento bien de esta manera.

Siempre he creído que sobresalir debe ser un horrible tormento. Las personas que destacan suelen ser observadas y juzgadas todo el tiempo. No sé si soportaría ser el centro de atención. No sé si

soportaría escuchar todas esas cosas crueles que la gente suele decir a las espaldas de los demás. Simplemente no estoy hecha para eso.

Subo las escaleras a paso lento y cauteloso. Temo que en cualquier momento alguien pueda abordarme y preguntarme acerca de los motivos por los cuales no asistí a clases los últimos tres días.

Dahlia se encargó de llamar a la escuela para explicar los motivos por los cuales no me presenté, y tengo entendido que también pidió absoluta discreción respecto al tema de mi hospitalización. Una parte de mí agradece que lo haya hecho. Lo último que necesito es tener a cientos de alumnos curiosos especulando acerca de los motivos por los cuales intenté quitarme la vida... Si es que realmente traté de hacerlo.

Sin embargo, la otra parte, esa que se rehúsa a creer que traté de hacer algo tan horrible, se siente acorralada e indignada. Mi tía se ha encargado de hacer que todo el mundo a mi alrededor se entere del incidente. Incluso se ha encargado de pedirles a todos que tengan un ojo sobre mí solo porque me rehusé a pasar una temporada en un sanatorio mental, justo como recomendaron en el hospital; y eso, por mucho que no quiera aceptarlo, me irrita en demasía.

Sé que lo hace porque está preocupada, pero está volviéndome loca. A veces, deseo con todas mis fuerzas poder recordar qué fue lo que pasó esa noche, pero, por más que trato, no puedo hacerlo y eso no ha dejado de torturarme ni un solo instante.

Subo otro tramo de escaleras y me detengo a pocos metros de distancia de la pizarra de anuncios; justo donde se encuentra mi casillero. Introduzco la clave del seguro y golpeo la puerta un par de veces antes de que las bisagras den de sí. Acto seguido, tomo los libros que necesitaré a lo largo del día, y después me encamino hacia mi salón de clases.

Estoy a punto de entrar al aula, cuando una figura imponente es captada por el rabillo de mi ojo. Es apenas un vistazo rápido y fugaz, pero es suficiente para reconocer aquella mirada dura y penetrante.

Entonces, me congeló por completo.

Algo parece haberse accionado dentro de mi cabeza. Es un recuerdo vago de hace un par de días. Una memoria difusa y dispersa de la que he tratado de olvidarme.

Casi puedo dibujar aquel cuerpo estático afuera del restaurante de comida rápida al que fui con Ems. Casi puedo dibujar aquel gesto duro y fuerte en mi memoria y, es justo en ese preciso instante, que lo recuerdo...

«¡Es él! ¡Es el tipo del McDonald's!».

Un escalofrío helado recorre mi espina dorsal y vuelvo a mirar en dirección al pasillo. Mi corazón se detiene durante una dolorosa fracción de segundo, antes de reanudar su marcha a una velocidad antinatural. Algo intenso y vicioso atenaza mis entrañas, y lo único que puedo hacer es mirar aquel punto en el pasillo.

No hay nadie ahí.

Mis manos se cierran en puños, pero ni siquiera eso es capaz de detener el temblor que me provoca la ansiedad que me invade.

Doy un paso tentativo en dirección al corredor, pero me detengo en seco. No estoy muy segura de qué demonios es lo que quiero hacer, pero tampoco puedo apartar la vista de ese punto.

—¿Quieres moverte? —Una voz irritada y molesta llega a mis oídos y me saca del trance en el que he entrado casi de inmediato.

Mi atención se vuelca en dirección a la chica de rasgos orientales que me mira como si quisiera arrancarme la cabeza con sus propias manos, pero me toma unos segundos reaccionar y darme cuenta de que obstruyo la entrada al salón de clases. Es hasta ese momento, que mascullo una disculpa antes de apartarme de su camino.

Tomo una inspiración profunda, en un intento desesperado por calmar el latir desbocado de mi corazón, pero el saco de piedras que se ha instalado en la boca de mi estómago no se va. Trato de repetirme una y otra vez que no debo entrar en pánico, pero la opresión dentro de mi pecho es cada vez más insoportable.

Mi mirada barre el corredor una vez más, pero no soy capaz de ver nada fuera de lo normal.



«¡Debes tranquilizarte, maldita sea!», me digo a mí misma, pero no puedo sacudirme del cuerpo la ridícula sensación de que alguien está observándome.

Mis párpados se cierran con fuerza y tomo una inspiración profunda antes de obligarme a entrar al aula. Debo dejar de darle vueltas al asunto. Solo fue una mala jugada de mi cabeza. Solo necesito dormir un poco más y dejar de abusar de las pastillas para dormir.

«Sí... Solo eso necesito».



El almuerzo llega sin contratiempos y, cuando llego a la mesa que suelo compartir con Emily, me limito a escucharla parlotear sin cesar acerca de cuán atractivo le parece el profesor de química. No tenemos muchas clases juntas, pero las pocas que paso a su lado son las mejores. Ems es la única persona que trae normalidad a mis días últimamente.

Agradezco muchísimo el hecho de que el psicólogo le haya dicho a mi tía que, estar en la misma escuela que ella luego de la muerte de mis padres, era lo mejor que podía hacer por mí. De no haber sido por eso, probablemente Dahlia me habría inscrito en un colegio cercano a la zona en la que ella trabaja.

—Como sea —dice, dando por zanjado el tema sobre los proyectos por equipos que tenemos pendientes—. El sábado habrá una fiesta en casa de Phil Evans.

Mi ceño se frunce ligeramente mientras trato de recordar quién es sin tener éxito alguno. Por más que lo intento, no logro ponerle una cara al nombre pronunciado.

—¿Phil Evans?

—¡Dios mío, Bess! ¡Phil «estoy-como-quiero» Evans! —suena indignada, pero sigo sin tener una idea de quién se trata—. ¡No puedo creer que no sepas quién es! ¿En qué mundo vives?, el tipo salió con Tasha Johnson y la botó por una chica universitaria.

Mi mente evoca una imagen de Tasha, una de las chicas más populares de toda la escuela, pero no soy capaz de recordar a ese chico en particular.

—¡Oh!, ya lo recuerdo —miento.

Mi amiga luce aliviada.

—Como sea, el punto es que conseguí que Bruce, el amigo del hermano de Phil, nos invitara. —Prosigue con su plática—. Así que prepárate porque este sábado tú y yo tenemos planes.

Mis cejas se alzan con incredulidad.

—Debes estar bromeando. No voy a ir a ninguna fiesta y lo sabes —respondo, tajante.

Emily se inclina hacia adelante para señalarme con su dedo índice.

—Oh, no, cariño. Vas a acompañarme a esa fiesta así tenga que arrastrar tu culo por toda la ciudad. No voy a permitir que te quedes en casa otro fin de semana.

—Suenas como Dahlia —mascullo, enfurruñada.

—¡Tu tía Dahlia es una mujer sensata! —chilla—. ¡Bess, por el amor de Dios!, tienes diecisiete años y actúas como si fueses una mujer de treinta. Deberías estar yendo a fiestas, escabulléndote para encontrarte con un chico y besuquearte con él en la parte trasera de su coche; embriagándote sin motivo alguno y fumando hierba solo para descubrir que la odias —su expresión pasa de molesta a preocupada—. En poco menos de dos meses empezarán las vacaciones de verano y, cuando menos lo esperemos, estaremos de vuelta aquí, como estudiantes de último curso. Solo nos quedará un año para hacer todas esas cosas divertidas que nunca hemos hecho; después de eso, yo entraré a la universidad comunitaria y tú irás a esa universidad para cerebritos a la que deseas aplicar, ¿cómo se llama?

—Stanford —medio sonrío—. Y no es para cerebritos.

Ella hace un gesto desdeñoso con su mano, para restarle importancia.

—¡Lo que sea! —dice—. El punto es que *merezco* esto. Merezco que seas mi compañera de aventuras, Bess. No quiero a nadie más conmigo para hacer esto —su voz se suaviza y mi corazón se estruja.

¡Maldita sea! ¡La odio! Sabe perfectamente cómo manipularme.

—Te odio —mascullo—. Más te vale no perderte con un chico y dejarme ahí como idiota.

Emily se arroja sobre la mesa para envolver sus brazos alrededor de mi cuello y chillar cosas que no logro entender. Siento la atención de todos en la cafetería puesta en nosotras, pero no puedo evitar reír un poco ante su euforia.

El resto de las clases pasan como una tortura lenta y dolorosa. La temporada de exámenes y proyectos de fin de año se acerca, y todos los profesores han comenzado a atiborrarnos de proyectos pesados y tediosos para entregar durante las últimas semanas de ciclo escolar.

No veo a Ems al salir de la escuela, pero sé que tiene entrenamiento con el equipo de baloncesto, así que sé que debo tomar el autobús a casa.

Una vez ahí, me encuentro con la sorpresa de que Dahlia ha dejado la oficina solo para llevarme a mi primera cita con el psicólogo. No me atrevo a decir nada mientras conduce por las familiares calles. A decir verdad, ni siquiera sé por qué nos subimos al auto. El consultorio médico está atravesando uno de los parques cercanos al edificio donde vivimos. En realidad, más que un parque, parece una pequeña reserva ecológica. La gente lleva ahí a pasear a sus mascotas y, por las mañanas, está repleto de corredores y personas que desean llevar un estilo de vida más sano.

Cuando llegamos al consultorio, Dahlia anuncia que debe volver a su oficina, así que me hace prometer que le mandaré un mensaje de texto en el instante en el que llegue al apartamento cuando regrese de la sesión.

Es hasta ese momento, que me encamino hacia el interior del complejo oficinal donde tendré mi terapia.

Subo un montón de escaleras antes de llegar a la pequeña recepción improvisada justo al llegar al cuarto piso. Una vez ahí, me detengo y me tomo mi tiempo para inspeccionar el lugar.

El mobiliario en la estancia es casi nulo. Solo hay un par de sillones recubiertos con cuero de color negro, un par de vitrinas repletas de libros de aspecto antiguo y un enorme escritorio que mira en dirección a las escaleras. Las paredes blancas han sido decoradas con cuadros abstractos y coloridos, mientras que un par de macetas con plantas de sombra traen vida a la austera habitación.

Además de eso, lo único que puedo ver desde mi perspectiva, son un par de puertas de madera que —asumo— llevan a los consultorios de los psicólogos que trabajan aquí.

Hay una mujer detrás del escritorio y está concentrada en la pantalla de la vieja computadora sobre el mueble de madera, pero, en el instante en el que se percata de mi presencia, me regala una sonrisa amable.

—Bess Marshall, ¿cierto? —dice, tras mirar la agenda que descansa sobre el escritorio. Yo me las arreglo para devolverle la sonrisa y asentir—. El doctor Thompson está esperándote dentro. —Hace un gesto de cabeza en dirección a una de las puertas de la estancia—. Pasa.

El consultorio es completamente diferente a lo que imaginé que sería. No hay sillón negro para recostarme a hablar sobre tus problemas, ni libreros de pared a pared repletos de ejemplares de psicología y psiquiatría. La habitación parece más bien una sala de estar. Incluso, hay un televisor al fondo del cuarto.

Me detengo unos segundos contemplando el ejemplar de *Bajo la misma estrella* que descansa sobre el escritorio y, solo entonces, me atrevo a ponerle un poco de atención al hombre que se encuentra detrás de él.

Mi psicólogo es un tipo al que puedo calcularle cuarenta y pocos años. Su cabello entrecano y sus facciones duras hacen que el rostro amable del hombre que me trajo al mundo se dibuje en mi memoria constantemente. Hacen que la imagen de mi papá me inunde y eso solo consigue que viejos recuerdos salgan a la superficie.

De pronto, me encuentro atrapada en las vagas memorias que tengo acerca de él —él sonriendo, él hablando, él mirando a mi mamá

como si fuese la mujer más hermosa en la tierra...— y mi corazón se atenaza. Mi pecho se tensa y duele con el centenar de emociones encontradas que me embargan.

En ese momento, el aliento se me atasca en la garganta y, sin más, se siente como si el aire en la habitación no fuese suficiente. Como si no existiese oxígeno en el mundo capaz de llenarme los pulmones.

Odio recordar. Odio vivir de los recuerdos, y al mismo tiempo, me aterroriza olvidar. Temo despertar un día y no poder dibujar la mirada sabia de mi mamá, o la sonrisa juguetona de Freya. Me enferma pensar que un día no voy a ser capaz de dibujar en mi memoria las facciones de Jodie, ni la barba incipiente de papá los domingos por la mañana.

Odio estar aquí sin ellos. Odio querer retroceder en el tiempo. Odio no poder decir «lo siento» por todas esas cosas que hirientes que hice o dije alguna vez. Odio estar aquí sentada y tener que mantener mis piezas juntas; porque yo estoy aquí, y ellos se fueron, y debo afrontarlo a como dé lugar. Debo aceptarlo, aunque no quiera hacerlo.

Una extraña punzada de dolor invade mi pecho, pero me obligo a mantener mi expresión en blanco mientras avanzo hasta el mullido sillón frente al escritorio.

—¿Cómo estás, Bess? —el hombre habla, tras unos minutos en total silencio.

Odio esa pregunta. A la gente le importa una mierda si te encuentras bien o no, pero preguntan de cualquier modo. El significado de esas palabras se pierde en una conversación cotidiana en la que la única respuesta esperada siempre es un simple «bien». Sin embargo, en terapia psicológica, decir que estás bien, es signo de que todo va muy mal.

—He tenido días mejores —digo, después de otros instantes de glorioso silencio. Mi voz sale en un susurro débil, pero eso no impide que una sonrisa forzada se dibuje en mis labios.

La cabeza del doctor Thompson se inclina hacia la izquierda con curiosidad, pero su expresión sigue siendo inescrutable.

—¿Qué tal la escuela? —dice, pero sé que quiere preguntar el motivo de mi respuesta anterior.

—La preparatoria apesta —trato de mantener una expresión casual, pero no estoy segura de lograr lucir despreocupada.

—¿Y las pesadillas?

Me saca de balance el hecho de que me trata como si nos conociéramos de toda la vida. Como si nos hubiésemos visto con anterioridad y tuviera el derecho de preguntarme sobre cosas tan personales como esas.

—No he tenido ninguna. He dormido como un jodido bebé toda la semana —sonrío, pero no quiero hacerlo en realidad.

—¿Cómo va la recuperación de las heridas?

Todo mi cuerpo se tensa en el momento en el que escucho esa pregunta.

—El martes me quitarán los puntos, pero ya tengo costras y han empezado a darme mucha comezón —trato de hablar con la mayor naturalidad posible, pero apenas lo consigo.

Una sonrisa suave se dibuja en sus labios.

—Imagino que Dahlia sigue alterada por lo sucedido —dice, en tono casual. Odio que crea que no me doy cuenta de la forma sutil en la que pretende sacarme información.

—Lo está —le doy la razón, pero no hago nada por ahondar en el tema. No voy a darle lo que quiere.

—¿Y tú? ¿Estás más tranquila ahora? ¿Has podido recordar algo?

Mis puños se cierran y mi mandíbula se aprieta. Mis entrañas se revuelven en ese instante, pero trato de mantener mi expresión serena.

Es en ese momento, que el coraje me invade entera. No esperaba que estuviese al tanto de mi laguna mental, pero no me sorprende que mi tía se lo haya mencionado. No quiero estar molesta con ella, pero lo estoy. Estoy más allá de lo enojada porque me ha obligado a venir a terapia y le ha hablado sobre mi vida a un completo desconocido.

—No. —Apenas puedo arrancar las palabras de mi boca—. No recuerdo nada.

Asiente y nadie dice nada por un largo rato.

—¿Pensaste en el suicidio alguna vez? —estoy casi segura de que han pasado alrededor de tres minutos, antes de que se atreva a hablar una vez más.

Mi corazón se acelera un poco y un escalofrío me recorre la espina dorsal. De pronto, se siente como si una roca hubiese sido arrojada dentro de mi estómago. Como si toda la sangre de mi cuerpo se hubiese agolpado en mis pies; y no es hasta ese momento, que me doy cuenta de cómo es que mi mente ha comenzado a llenarse poco a poco con pensamientos oscuros.

No esperaba que llegara ahí tan rápido.

He pensado en la muerte más veces de las que me gustaría admitir. He imaginado una y mil veces lo fácil que sería, simplemente, dejar de existir; pero nunca he cruzado esa línea. Nunca he permitido que mis demonios ganen esa clase de batallas.

He tratado una y otra vez de recordar qué sucedió esa noche, pero el hueco en mi memoria sigue ahí. No he podido dejar de pensar en otra cosa que no sea en eso; pero, si de algo estoy segura, es de que no traté de suicidarme. No pude haber hecho algo así. Soy demasiado cobarde para eso.

—No traté de suicidarme —mi voz sale en un susurro tembloroso y enojado.

El médico me mira durante un largo momento.

—No pregunté eso —dice.

—Pero sé a dónde quiere llegar con esa pregunta, y la respuesta es: no. No traté de suicidarme —digo, a la defensiva.

—¿Cómo estás tan segura? Dices que no recuerdas nada, Bess.

Quiero gritar, pero el nudo en mi garganta apenas me permite respirar. Apenas me permite hacer nada que no sea mirarle fijamente, al tiempo que cierro las manos en puños y me clavo las uñas en las palmas. El dolor es bien recibido y eso me hace sentir un poco más tranquila. Un poco más... *enferma*.

Mi vista se posa fugazmente en el reloj de pared detrás del sillón donde el doctor Thompson se encuentra ubicado, y la frustración se apodera de mi cuerpo cuando me percato de que la hora de nuestra sesión apenas ha empezado y yo ya quiero marcharme.

Él se limita a mirarme. Sé que espera una respuesta, pero no puedo dársela. No puedo hacerlo porque ni siquiera yo misma sé qué demonios ocurrió esa noche.

«¡Al demonio!».

Sin decir una palabra, me pongo de pie y me encamino hasta la puerta.

El alivio invade mi cuerpo con cada paso apresurado que doy, pero este no dura mucho, ya que una voz ronca y familiar me llena los oídos y me hace detenerme en seco:

—No estoy tratando de forzarte a admitir algo de lo que ni siquiera tú estás segura, Bess. Solo quiero ayudarte, pero no puedo hacer nada por ti si no me dejas. Has pasado por demasiadas cosas. Hay un punto de quiebre y, eventualmente, llegarás al tuyo. Si no empiezas a sanar cosas desde ahora, el quiebre va a afectarte más de lo que esperas.

Mis ojos se cierran y el nudo en mi garganta se aprieta.

—¿Puedo irme ya? —me limito a decir, tras un silencio largo y tirante. Ni siquiera me atrevo a volverme para mirarlo; así que, cuando no responde, abro la puerta del consultorio médico y salgo lo más rápido que puedo.

La mujer de la recepción dice algo, pero ni siquiera me molesto en detenerme para averiguar qué es lo que desea. Me apresuro hasta las escaleras y casi tropiezo con mis propios pies cuando camino lo más rápido que puedo hasta llegar al primer piso.

Abro la puerta de metal que me separa de la calle con un empujón brusco, y el aire frío es bien recibido por mis nervios alterados.

El temblor de mis manos es incontrolable y mi corazón late tan fuerte, que temo que va a escaparse de mi cuerpo. Estoy cansada de sentirme como lo hago. Estoy cansada de tratar de luchar contra la sensación de opresión en mi pecho, y el hundimiento que me ha



acompañado durante tanto tiempo. No puedo con esto. No soy así de fuerte.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que me atreva a echar a andar por la calle vacía, pero no me toma mucho tiempo llegar al parque que debo atravesar para ir a casa.

No me molesta en lo absoluto tener esa enorme arbolada para recorrer. Disfruto demasiado del pedazo de cielo que hay en medio de esta jungla urbana. Me gusta pensar que, cuando los seres humanos nos vayamos, las edificaciones serán recubiertas por la fuerza y voluntad de la madre naturaleza. Que habrá árboles entre las grietas de pavimento y aves haciendo sus nidos en los alféizares de las ventanas de los edificios, sin miedo alguno de los peligros impuestos por los seres humanos.

No me jacto de ser una amante de la naturaleza; pero disfruto de los espacios al aire libre y el sonido de las hojas de los árboles al ser agitadas por el viento. A veces, entre el ir y venir de los días apresurados y estresantes, olvidamos lo agradable que es detenerse a tomar un respiro.

Desde el accidente, entendí que la vida inicia y termina en un abrir y cerrar de ojos. Entendí que nada es para siempre y que no hay forma alguna de detener el paso del tiempo. Los días pasan y nosotros con ellos. El destino de cada uno de nosotros está escrito, y tarde o temprano vamos a desaparecer sin dejar otra cosa más que recuerdos en la memoria de otra persona. ¿Para qué vivir preocupados entonces? ¿Para qué llenarnos de tareas absurdas y banales? ¿Para qué abrumarnos con lo que el mundo piensa sobre nosotros?...

La música resuena en mis oídos mientras avanzo por el camino pavimentado que cruza el parque. Una vieja canción de Guns N' Roses hace que todos los pensamientos tortuosos se desvanezcan entre acordes melódicos y solos de guitarra.

Hundo mis manos en los bolsillos de la vieja sudadera que llevo puesta, y subo el volumen de la música a tope.

De pronto, la melodía se detiene de golpe. Mi ceño se frunce y saco mi teléfono para detectar el problema. Presiono el botón lateral para que la pantalla se ilumine, pero nada sucede. Presiono, entonces, el botón de encendido y espero a que el aparato reaccione, pero, cuando lo hace, lo único que soy capaz de mirar, son píxeles iluminados en todos lados.

—¿Qué demonios?... —Trato de apagarlo de nuevo, pero el aparato parece haber adquirido voluntad propia.

Estoy a punto de retirar la tapa para quitarle la batería, cuando un escalofrío recorre mi cuerpo entero.

La enfermiza sensación de estar siendo observada me invade y mi corazón se acelera un poco. Mis ojos se aprietan con fuerza e inhalo profundo. Me repito una y otra vez que debo dejar la paranoia. Nadie está siguiéndome. No hay motivo alguno para que eso suceda.

«No mires atrás, no seas paranoica. No mires atrás, no seas paranoica. No mires... ¡Oh, maldita sea!».

Entonces, miro hacia todos lados con lentitud.

Soy plenamente consciente de los pequeños sonidos a mi alrededor y mi carne se pone de gallina mientras echo una ojeada solo para comprobar que nadie viene detrás de mí.

Soy capaz de sentir el latir de mi pulso detrás de mis orejas. El miedo irracional está apoderándose de mi sistema con tanta rapidez que apenas puedo contenerlo. Me siento como una completa estúpida, pero no puedo apartar de mí el pánico que me invade.

Estoy a punto de echarme a correr. No puedo dejar de mirar a todos lados. No puedo dejar de sentir que alguien me vigila de cerca. Quiero gritar de frustración por lo ridícula que estoy siendo, pero no hago otra cosa más que ponerme en marcha de nuevo.

Quito los auriculares de mis oídos y los guardo en el bolsillo trasero de mis vaqueros antes de echar otra ojeada alrededor.

«¡Nadie está siguiéndote, Bess!, debes tranquilizarte. ¡Ahora!», grita una voz dentro de mi cabeza, y me obligo a aminorar la velocidad de mis pasos para acompañar mi respiración.

La alarma se enciende en mi sistema y, como si algo se hubiese apoderado de mi cuerpo, me giro con brusquedad.

Acabo de ver algo.

Acabo de ver a *alguien*.

«Oh, Dios mío».

Una sombra pasa a una velocidad inhumana justo a mi izquierda y me vuelco con tanta rapidez, que tengo que dar un paso hacia atrás para evitar caer.

Mis ojos recorren el espacio entre los árboles, en busca de alguna figura que me haga darme cuenta de que no estoy perdiendo la cabeza, pero todo ha sido tan rápido, que dudo que lo haya visto realmente.

Estoy tan paranoica en estos momentos, que dudo hasta de mis propios sentidos.

«No pasa nada. No pasa nada. No pasa nada...», trato de tranquilizarme, pero es imposible hacerlo.

Otra sombra pasa cerca de mí y me vuelvo sobre mis talones frenéticamente.

Tengo miedo. Miedo de encontrarme con el mismo chico del otro día. De toparme con algo peor. Me aterroriza, incluso, pensar en la posibilidad de no hallar nada y darme cuenta de que he perdido la cordura.

Mis manos se aprietan en puños y trato, desesperadamente, de mantener mis nervios a raya, pero es imposible. Mi cabeza no deja de gritar que debo echarme a correr, a pesar de que no tengo la certeza de que algo esté ocurriendo en este lugar. Aunque no tengo la certeza de si estoy enloqueciendo.

«¡Corre!», me grita el subconsciente y, sin más, lo hago.

Mi respiración es cada vez más dificultosa y mis pulmones duelen con cada calada de aire helado que entra en ellos, pero no me detengo. No dejo de moverme porque la ansiedad es tan grande ahora, que me eriza los vellos de la nuca y envía al borde del colapso.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero, cuando me doy cuenta, he salido de la reserva y estoy a pocas calles del apartamento. No obstante, no dejo de correr. No, hasta que visualizo el edificio donde vivo.

Antes de encaminarme hasta ahí, mi mirada recorre la calle y suspiro con alivio al no ver nada extraño. Me giro sobre mis talones y avanzo hasta el enrejado de metal de la recepción del complejo. En ese momento, y aún con el corazón latiéndome a toda velocidad, rebusco las llaves en mis bolsillos hasta que doy con ellas.

Acto seguido, abro la reja.

Estoy a punto de entrar. Estoy a punto de poner un pie dentro del edificio, cuando un escalofrío me invade. Cuando mi cuero cabelludo pica y la sensación enfermiza de estar siendo observada me asalta una vez más.

«Ya no más. Por favor, ya no más».

Tomo una inspiración profunda, y me repito una y otra vez que no tengo absolutamente nada de qué preocuparme; que debo entrar y olvidarme de lo que pasó, pero no puedo hacerlo. Mi parte paranoica ha ganado una vez más y, con lentitud, me giro sobre mi eje solo para echar otro vistazo rápido.

Un grito se construye en mi garganta en el instante en el que lo veo.

Él —el chico que creí haber visto afuera del McDonald's y en el corredor de la escuela esta mañana— está parado del otro lado de la calle. Justo frente a mí.

Hay alrededor de cuatro metros de distancia entre nosotros y aun así, soy capaz de sentir su penetrante mirada fija en mí.

Una media sonrisa torcida se desliza por sus labios y un hoyuelo se dibuja en una de sus mejillas; no obstante, no es una sonrisa amable. Luce más como una amedrentadora.

Mi corazón late a una velocidad impresionante, pero me obligo a tragarme el pánico que me invade y las ganas que tengo de ponerme a gritar.

«No es real, no es real, no es real», me digo a mí misma una y otra vez, mientras corro hacia el interior del edificio... pero no estoy

segura de que realmente no lo sea.



## CONFUSIÓN

Voy tarde.

El corredor que da a mi aula está casi desierto, y eso es lo único que necesito para saber que llevo casi diez minutos de retraso.

Sé que mis intentos por llegar a clase son en vano. De nada sirve que corra por el pasillo cuando sé que la profesora Murphy no va a dejarme entrar al aula y va a mandarme directo a detención.

«¡Maldito sea el estúpido despertador! ¡Malditas sean las odiosas pesadillas!».

Las suelas de mis desgastadas Converse derrapan en el instante en el que me detengo frente a la puerta. Acto seguido, arranco los audífonos de mis orejas y los envuelvo en un puño antes de golpear la madera con los nudillos.

No pasan más de un par de segundos antes de que Gloria Murphy, mi maestra de álgebra avanzada, aparezca en mi campo de visión. Una de sus perfiladas cejas se alza cuando me ve, pero se toma unos instantes para regodearse en mi mueca preocupada y avergonzada, antes de adoptar una postura amenazante.

—¿Sí? —la arrogancia en el tono de su voz me hace querer golpearla, pero me limito a mirarla a los ojos mientras trato de

recuperar el aliento.

—¿Puedo pasar? —mi voz suena agitada y temblorosa.

Ella mira el reloj de pared que se encuentra justo sobre el pizarrón, antes de volverse hacia mí.

—Llevas nueve minutos de retraso. ¿Crees que voy a dejarte entrar?

—Nunca he llegado tarde a su clase —protesto—. Además, ni siquiera ha sonado el segundo timbre.

Sus brazos se cruzan sobre su pecho y suspira con pesadez. Parece estar dividida entre lo que quiere hacer y lo que es correcto. Finalmente, se aparta de mi camino.

—Que sea la última vez que llegas tarde, Marshall.

Entro al salón de clases lo más rápido que puedo, pero sé que todo el mundo está mirándome. La humillación quema en mi torrente sanguíneo y se materializa en mi cara a manera de rubor. Pese a eso, avanzo entre las filas de butacas sin levantar el rostro para no ver a nadie directamente.

Estoy a punto de llegar a mi pupitre habitual, cuando me percató que hay alguien sentado en él. Me congeló al instante y, sin poder evitarlo, observo al intruso que ha osado sentarse en mi lugar. El desconocido tiene toda su atención fija en el libro de texto abierto frente a él, pero levanta su vista al sentir mi cercanía.

Entonces, todo mi mundo se tambalea. Ojos grises me observan con fijeza y un escalofrío me recorre el cuerpo, poniéndome la carne de gallina. El aire se atasca en mis pulmones y un grito se construye en mi garganta. El chico del McDonald's —el que me observaba desde el otro lado de la acera cuando corrí hasta casa después de mi sesión con el psicólogo, el que ha estado atormentándome en pesadillas durante toda la maldita semana— está *aquí*.

Está aquí y me observa con una frialdad indescriptible.

Se ve diferente. Su mandíbula angulosa —esa que antes mostraba una fina barba— está libre de vello y la manera en la que su cabello cae desordenado sobre su frente, le da un aspecto más... *joven*. A pesar de todo, sé que es él. Estoy segura.

Es imposiblemente atractivo, pero no es eso lo que me ha paralizado por completo. Es la inexpresividad en su rostro lo que hace que no pueda moverme. Lo que hace que quiera correr lejos.

Luce salvaje, cruel y aterrador, y al mismo tiempo, luce tranquilo y sereno; como un depredador a punto de devorar a una presa que no tiene escapatoria alguna.

La falta de emociones en su rostro es más terrorífica que cualquier gesto furibundo que haya visto en mi vida. Se siente como si estuviese mirando una estatua o una pintura, y no logro entender por qué, de pronto, tengo tanto miedo.

Es como si todo su ser despidiera un aura pesada y oscura. Como si mi subconsciente fuese capaz de percibir algo malo en él y es por eso por lo que me causa tanto repelús.

—¿Qué estás haciendo, Marshall? —la voz de la profesora Murphy suena a mis espaldas—. Toma asiento ya.

El chico frente a mí alza las cejas y mi estómago se revuelve con violencia. Estoy aturdida y abrumada, pero me obligo a avanzar hasta el primer asiento vacío que encuentro.

El temblor de mis piernas no se va ni siquiera cuando me siento y el pánico no hace otra cosa más que arraigarse en mi sistema.

Nadie parece afectado por la presencia de este chico en el aula. Nadie cuchichea o hace comentarios respecto al tipo nuevo en la reducida habitación y eso, por sobre todas las cosas, me descoloca. Me lleva al borde del ataque de ansiedad.

Es como si estuviesen acostumbrados a su presencia. Como si llevase aquí el curso entero y su presencia no supusiera ninguna novedad.

«Será que acaso solo yo puedo verlo?», pienso, pero, entonces, me percató de la mirada sugerente que una chica le dedica, y de la sonrisa ladeada que él le regala en respuesta.

El alivio viene a mí en oleadas intensas en ese momento y, sin que pueda detenerme, dejo escapar un suspiro cargado de alivio. No puedo evitarlo. El miedo que le tengo a la locura es tan grande, que



el solo hecho de saber que alguien más es capaz de verlo me reconforta sobremanera.

La mujer frente a la clase comienza a hablar acerca de términos matemáticos que no entiendo del todo. El álgebra nunca ha sido mi fuerte y, aunado a la confusión abrumadora que me ha invadido desde que llegué, me hacen imposible concentrarme en nada que no forme parte del nudo de emociones que se ha formado en la boca de mi estómago.

Mi vista está clavada en la nuca del chico que está sentado a pocas bancas delante de mí, y solo puedo estrujarme la mente para encontrarle algo de sentido a lo que está pasando.

Al finalizar la clase, todo mundo se precipita fuera del aula. Yo me retraso un par de segundos porque apenas soy capaz de conectar mi cerebro con mis extremidades, pero, luego de unos minutos de cavilaciones sin sentido, tomo mis cosas y avanzo como puedo por el estrecho corredor que se ha creado entre los pupitres.

Estoy a punto de pasar junto al tipo de mis pesadillas, cuando este se levanta y se gira sobre sus talones para encararme. Yo tengo que dar un paso hacia atrás para mantener mi espacio vital intacto, pero él ni siquiera se inmuta. Mi ansiedad, sin embargo, crece en ese preciso instante y, de pronto, quiero vomitar. Quiero devolver el contenido de mi estómago porque estoy demasiado angustiada. Demasiado alterada.

El nudo de ansiedad que me atenaza las entrañas es tan intenso que duele y mi corazón late con tanta fuerza que temo que vaya a hacer un agujero y escapar. La carne blanda de mis palmas se siente adolorida y entumecida porque me he clavado las uñas sin parar. Me siento tan agobiada ahora mismo, que todo es abrumador.

De no ser por el dolor que siento en las manos, juraría que todo esto es un sueño. Una mala jugada de mi cerebro.

Una sonrisa perezosa se desliza en los labios del chico en cuestión y, de inmediato, los vellos de mi nuca se erizan. No sé qué es lo que quiere de mí, pero tampoco quiero averiguarlo, así que, como puedo, trato de pasar a su lado sin tener que tocarlo.

No lo consigo. No consigo pasarlo de largo, ya que ha dado un paso hacia el centro del espacio entre las butacas y me ha impedido el paso.

—¡Déjala en paz, fenómeno! —la familiar voz de Emily trae oleadas de alivio a mi sistema, pero se van tan rápido como llegan.

Mi atención se posa en la figura de mi amiga —que avanza a toda velocidad hacia nosotros— y el tipo le regala una mirada fugaz y aburrida en el proceso.

Entonces, Ems lo aparta de un empujón y me toma por la muñeca antes de tirar de mí en dirección a la puerta principal.

«¿Cómo demonios es que ella lo conoce? ¿Por qué todo mundo parece conocerlo?».

—Ese tipo me pone los pelos de punta —masculla, al tiempo que me arrastra por el corredor en dirección a la clase que compartimos—. Deberías de poner una orden de restricción en su contra o algo.

—¿De qué estás hablando? —digo, sin aliento—. ¿Lo conoces? ¿Cómo es que todo mundo parece conocerlo?

Mi amiga me mira por encima del hombro y no me pasa desapercibida la mueca que esboza en ese momento; como si creyera que realmente me he vuelto loca. Como si estuviese convencida de que he perdido la cabeza. Eso solo consigue que la confusión se arraigue en mi sistema.

—¡Por el amor de Dios, Bess! —exclama, con exasperación—. ¡Por supuesto que lo conozco! ¡El tipo te ha acosado todo el maldito año escolar! ¿Te sientes bien?

De pronto, el horror se arraiga en mi interior. De pronto, mis manos tiemblan y no puedo respirar. No puedo pensar con claridad.

Estoy a punto de sufrir un colapso nervioso y ni siquiera soy capaz de moverme de donde me encuentro. Todo esto es una completa locura. ¿Cómo es que dice que el tipo me ha acosado durante todo el ciclo si apenas lo vi por primera vez en mi vida hace unos días?

«Me estoy volviendo loca. Me estoy volviendo loca. ¡Me estoy volviendo local!», mi mente grita con frenesí y, presa del pánico, doy un par de pasos hacia atrás.

Necesito una respuesta a todas las preguntas que se arremolinan en mi interior.

Necesito poner en orden todas mis ideas.

Necesito irme de aquí.

Está a punto de darme un ataque de asma. Debo ir a casa. Necesito tranquilizarme. Necesito...

—Bess, ¿qué estás haciendo? —la voz de Emily me saca de mis cavilaciones. Su expresión preocupada hace que mi ansiedad se incremente de manera considerable.

—Necesito ir a casa —jadeo, con la voz entrecortada.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas tu inhalador? ¿Lo traes contigo? —Emily habla con cautela y cuidado. Suena como si estuviese hablando con una persona inestable. Una persona... *demente*.

«¡No. Estoy. Demente!».

—S-Sí —tartamudeo.

Acto seguido, tanteo en los bolsillos de mis vaqueros hasta que encuentro el pequeño aparato. Entonces, me lo llevo a la boca y presiono el botón para inhalar una bocanada de medicamento que va a ayudarme a recuperar el aliento. El alivio que me invade es inmediato y eso ayuda a que mis nervios alterados se relajen un poco.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien? ¿Quieres ir a la enfermería? —la voz de Ems es terciopelo en mis oídos, pero el miedo no se va.

—¡No! —me apresuro a decir, pero sueno demasiado alterada—. Estoy bien. Yo solo... —Niego con la cabeza—. No sé qué me ocurre, Ems. Lo siento.

Ella no parece muy convencida con mi declaración, así que trato de regalarle una sonrisa, pero estoy segura de que luce más como una mueca que como otra cosa.

—Bess... —suena dudosa.

—¡Estoy bien! —la interrumpo y me obligo a esbozar una sonrisa aún más grande que la anterior—. De verdad, Ems. Estoy bien.

Mi amiga asiente, pero sé que no me cree en lo absoluto. A pesar de eso, no dice nada. Se limita a echarse a andar en dirección a la cafetería.

Emily no deja de parlotear durante todo el trayecto, pero apenas puedo escuchar lo que dice. Estoy tan asustada y confundida, que no puedo concentrarme en nada.

Al cabo de unos minutos, nos instalamos en nuestra mesa habitual y, sin más, Emily continúa con su diatriba.

No puedo seguir el hilo de lo que está diciendo por más que trato de hacerlo. Ella, sin embargo, ni siquiera parece percatarse de que trabajo en piloto automático mientras mi mente revoluciona a mil por hora.

—No vas a dejarme plantada, ¿verdad? —la pregunta me saca de mi ensimismamiento.

—¿Perdón? —me obligo a hablar.

Emily rueda los ojos al cielo.

—Hablo acerca de mañana —dice y parece notar la confusión en mi rostro, ya que me mira con exasperación—. ¡Bess! ¡Mañana! ¡Mañana es la fiesta en casa de Phil!, ¿recuerdas?

«Oh, mierda».

—¿Es mañana? —sueno más quejumbrosa de lo que pretendo, pero realmente no tengo deseos de ir.

—¡Por supuesto que es mañana! —la indignación en la voz de Emily me hace saber que se ha dado cuenta de mi renuencia a acompañarla—. ¡Y ni se te ocurra intentar cancelarme porque podría ser el fin de nuestra amistad Betsabé!

Ruedo mis ojos al cielo.

—Deja de llamarme de esa manera —me quejo—. Sabes que solo es Bess.

—Si me dejas plantada o me cancelas de último minuto, *Betsabé* —hace énfasis en el nombre con el que ha tratado de bautizarme desde que la conozco, y me señala con una cuchara de plástico—, no voy a perdonártelo jamás. Lo prometiste.

Quiero protestar y decir que nunca prometí nada, pero me trago las palabras mientras mascullo una queja respecto a sus ganas de arrastrarme a lugares de perversión, tentación y lujuria. Ella termina

golpeándome con una servilleta hecha bola mientras se burla del dramatismo de mi frase.

No veo al chico de los ojos grises el resto del día, pero no puedo arrancar de mi sistema la horrible sensación enfermiza que me ha invadido desde que lo vi. Sigo sin comprender del todo porqué todo el mundo parece conocerlo cuando yo no recuerdo de haberlo visto antes por los pasillos de la escuela.

Empiezo a cuestionarme una y otra vez acerca de mi cordura, y las dudas crecen poco a poco en el transcurso del día. Ni siquiera cuando estoy en casa puedo alejar la tortura de mi cabeza.

Nathan y Dahlia llegan al apartamento alrededor de las nueve de la noche y me obligan a salir de mi habitación para tener la dichosa cena familiar que se han empeñado en arraigar en nuestra rutina.

Cuando preguntan respecto a la escuela y les hablo sobre la fiesta a la que iré con Emily, me miran como si me hubiese crecido otra cabeza. Supongo que es una reacción natural cuando se es una persona socialmente incompetente como yo, pero no puedo evitar sentirme un poco ofendida por la sorpresa en sus miradas cuando se los digo.

Al terminar de cenar, Dahlia anuncia que me dejará ir a esa fiesta siempre y cuando Emily me traiga a casa sana y salva. Sé que solo ha mencionado eso porque necesita imponer su autoridad como la figura materna que trata de asumir, así que le dejo poner las reglas y condiciones respecto a mi salida nocturna antes de irme a la cama.



Mi sábado comienza con una llamada temprana de Emily. Apenas puedo recordar qué fue lo que dijo, pero estoy bastante segura de que amenazó con atravesarme con una varilla de metal si decido dejarla plantada a última hora.

Después de colgar —y luego de asegurarle una y mil veces que no voy a retractarme de minuto—, vuelvo a quedarme dormida y no

despierto hasta que dan casi las doce del mediodía.

Mi almuerzo consiste en un paquete de galletas con chispas de chocolate y un vaso de jugo de uva y, después de hacer algo de limpieza en mi recámara, me dedico a pasar la tarde navegando en internet.

Dahlia llega alrededor de las tres de la tarde con comida china, pero no es hasta que llega Nate que nos sentamos a la mesa a comer.

La plática es ligera y suave. Nate y Dahlia no han dejado de hablar, lo cual agradezco. Es incómodo cuando tratan de hacer que sea yo quien monopolice la conversación. No soy muy buena para entablar charlas naturales y casuales, y creo que han comenzado a darse cuenta de ello.

Después de comer y holgazanear un rato más, me meto en la ducha para prepararme para la dichosa fiesta de esta noche.

Mientras restriego mi cuerpo con la esponja, no puedo evitar tener un vistazo de la piel enrojecida y destrozada de mis muñecas. Las heridas no han cerrado del todo, y el hilo quirúrgico salta a la vista en mi piel clara.

Las tonalidades rojas y amarillentas no se han ido por completo, y tampoco lo han hecho los bordes irregulares alrededor de los puntos de sutura. Dudo que desaparezcan algún día.

La delgadez de la piel la hace lucir como si fuese papel a punto de romperse y mi estómago se revuelve con solo pensar en la cantidad de cosas extrañas que han estado ocurriendo en mi vida desde entonces.

He tratado de no pensar demasiado en ese incidente, pero, siempre que lo hago, la opresión dentro de mi pecho se vuelve insoportable. No logro concebir la sola idea de no poder recordar nada sobre esa noche y eso solo hace que las dudas acerca de mi cordura me invadan una vez más.

Cierro los ojos.

«Tienes que dejar de hacerte esto», me reprimo mentalmente. «Tienes que dejar de obsesionarte con lo que te pasó. Si no te detienes, nunca vas a recordar nada».

Tomo una inspiración profunda.

«Vamos, Bess. Solo... Solo deja de torturarte».

En ese momento, y haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad, empujo esos oscuros pensamientos hasta lo más profundo de mi mente y me concentro en terminar de ducharme.

Veinte minutos después, me encuentro lista para salir. Mi elección de ropa consiste en unos vaqueros entallados, una playera estampada con el logo de una banda de los noventa y mis viejas botas de combate.

No me pasa desapercibida la mirada escandalizada de mi tía cuando me mira dejarme caer en uno de los sillones con mi computadora entre las manos, pero no hace ningún comentario respecto a mi vestimenta.

Hago un poco de tarea antes de que mi teléfono suene, pero ni siquiera me molesto en responder porque sé que es Emily anunciando su llegada.

—Me voy —anuncio, mientras apago el ordenador.

—¿Te traen a casa? —mi tía me mira desde el sofá que se encuentra justo frente a mí, donde se ha instalado para leer.

—Sí —trato de sonreír de forma tranquilizadora.

—Tu amiga no bebe, ¿cierto? —me mira con escepticismo.

—Si lo hace te llamaré para que vayas por nosotras —resuelvo.

Ella parece estar conforme con mi respuesta, ya que no dice nada más. Entonces, sin decir una palabra más, salgo del apartamento y hago mi camino hacia el elevador.

El auto de Ems aparece en mi campo de visión en el instante en el que pongo un pie en la calle, así que me apresuro para trepar del lado del copiloto.

—Dos segundos más y subía por ti —bromea y le regalo una mirada irritada.

—Te dije que iría.

—Solo quería asegurarme de que lo harías —enciende el auto y comienza a conducir por las calles cargadas de vehículos.

La música a todo volumen llena el silencio que se ha instalado entre nosotras cuando tomamos la autopista rumbo a Alhambra, el lugar donde será la fiesta del dichoso Phil Evans. Emily canta a todo pulmón mientras golpetea sus pulgares contra el volante al ritmo de la música y no puedo evitar contagiarme de su buen humor.

Al cabo de quince minutos, aparcamos en una calle solitaria. El suburbio es uno bastante tranquilo, del tipo en el que viven familias numerosas. Puedo imaginar perfectamente la cantidad de niños pequeños que podrían correr por estas calles sin peligro de ser arrollados por un auto.

Emily baja del coche y se echa a andar por la acera. A mí me toma unos instantes reaccionar y seguirla, es por eso por lo que debo trotar para alcanzarla.

—¿Qué demonios?! ¿No podías decirme que debía bajar? —me quejo—. De todos modos, ¿dónde será la dichosa fiesta?, la calle luce demasiado vacía y silenciosa para ser el lugar donde se llevará a cabo una reunión con un montón de adolescentes, si me lo preguntas.

—Relájate, Bess —Ems me mira con diversión—. Me estacioné a varias calles de distancia porque no encontraremos lugar más cerca de la casa de Phil. He escuchado que sus fiestas son bastante concurridas.

Un suspiro brota de mis labios, pero me obligo a avanzar en silencio a su lado.

Al cabo de unos instantes, el rumor de la música llega a mis oídos. Con cada paso que damos, el sonido aumenta de intensidad y la cantidad de vehículos aparcados también se incrementa de manera considerable.

Entonces, luego de unos cuantos metros más de recorrido, nos encontramos abriéndonos paso entre un puñado de adolescentes medio ebrios que gritan, ríen y bailan afuera de una casa enorme.

La música retumba con tanta fuerza, que puedo sentir en mi pecho la vibración del bajo y el golpeteo intenso de la batería de la música electrónica que resuena por todo el espacio.



Al entrar a la residencia, el olor a perfume, alcohol, tabaco y marihuana invade mis fosas nasales. Emily me toma de la mano cuando me detengo a observar a mí alrededor y tira de mí en dirección a la sala de la residencia.

—Solo relájate —grita en mi oído, para hacerse oír por encima del escándalo—. Será divertido.

Mi amiga encaja rápidamente con un grupo de chicos de último año, y no puedo evitar sentirme como una sombra mientras recibe el tipo de atención que me haría sudar frío si la tuviera, pero que ella parece manejar a la perfección.

Eventualmente, un chico la invita a bailar y yo me quedo aquí, en un rincón de la habitación, sin estar muy segura de qué hacer o qué decir para romper el hielo con las personas solitarias que están cerca.

Mi vista viaja por toda la estancia, pero ni siquiera estoy tratando de encontrarme con alguna cara familiar. Aunque así lo hiciera, no me acercaría a hablar con nadie. No cuando me siento así de fuera de lugar.

Mis ojos barren el lugar una vez más y, justo cuando estoy a punto de tomar mi teléfono para distraerme en él un rato, lo miro.

Mi estómago se retuerce con violencia y quiero golpearme por reaccionar de esa manera ante la presencia de un tipo al que ni siquiera conozco. Es casi ridícula la forma en la que mis puños tiemblan a pesar de todos mis esfuerzos por mantener a raya mi nerviosismo.

El tipo de los ojos grises está recargado contra una columna de concreto y una chica le envuelve el cuello con los brazos. Él sonríe mientras ella trata de besarlo, pero no hace nada por buscar ese ansiado contacto.

Entonces, como si se hubiese percatado de mi presencia, me mira. Un atisbo de sonrisa se dibuja en las comisuras de sus labios en ese momento y la pesadez se apodera de mi cuerpo casi al instante. Hay algo extraño en él. No es como las demás personas aquí y no logro averiguar por qué.

La chica entre sus brazos susurra algo en su oído y él ahueca su rostro entre sus manos antes de besarla con intensidad.

Yo me siento como una intrusa en ese momento, así que desvío la mirada y me obligo a avanzar para perderme entre la multitud de adolescentes medio borrachos que nos rodea.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que termine sentada sobre la barra de la cocina, con una lata de cerveza entre los dedos y un tranquilizante adormecimiento de palmas. No estoy borracha. Al contrario, estoy bastante sobria; es solo que la lata casi congelada ha hecho que mis manos se adormezcan y ardan.

Un chico a mi lado habla y habla acerca de su exnovia, y de cuán devastado se siente por su infidelidad. Ha insinuado que desea tener sexo de venganza conmigo más veces de las que puedo contar, pero no sabe que se ha topado con la chica equivocada.

Finalmente, parece captar el mensaje de que no estoy interesada ya que se excusa diciendo que necesita buscar a alguien y desaparece una vez que sale de la concurrida estancia.

Me quedo un par de minutos más en este lugar, antes de tirar el líquido restante en el envase de cerveza y emprender mi camino para encontrar a Emily.

Trato de buscarla entre la gente, pero no la localizo por ningún lado. Subo al segundo piso de la casa y toco cada una de las puertas de las habitaciones mientras digo su nombre en voz alta, pero nadie responde. Decido, entonces, que debo hablarle a su teléfono celular, pero el escándalo no me deja escuchar ni siquiera el tono de llamada. Debo salir si quiero tener la oportunidad de escucharla.

El frío me golpea en el instante en el que pongo un pie fuera de la casa de Phil. El aire helado cala mis huesos, pero agradezco el cambio de ambiente. Aquí afuera, el sonido de la música es amortiguado por las paredes de concreto. La poca gente que hay, son solo un par de parejas que se besuquean en los rincones oscuros debajo de los árboles que rodean la finca.

Hay un grupo de chicos fumando del otro lado de la acera, pero parecen ajenos a la figura de la patética chica que se encuentra de pie

con un teléfono celular pegado a la oreja y expresión fastidiada.

Emily no responde y no sé qué hacer. No quiero entrar de nuevo, así que vuelvo a intentar con su número de teléfono.

El grupo de fumadores se encamina hacia dentro de la casa al cabo de unos minutos y, un poco más tarde, una de las parejas entra a la casa, mientras que la otra se encamina hacia la calle y desaparece al girar en una esquina. Ni siquiera quiero pensar hacia dónde se dirigen.

Trato de decidir qué es lo mejor que puedo hacer, pero nada viene a mí. No puedo marcharme y dejar a Emily aquí, pero tampoco quiero esperarla hasta que amanezca o hasta que termine lo que sea que está haciendo ahora mismo.

Mis ojos se cierran con fuerza y tomo una inspiración profunda cuando siento que el aliento me falta. Odio tener que recurrir a los medicamentos para respirar con normalidad. Tener asma apesta.

Tomo otra inspiración larga y acompasada, pero la sensación de ahogamiento no se va, es por eso por lo que, luego de eso, me rindo y busco mi inhalador en el bolsillo trasero de mis vaqueros.

Acto seguido, pongo la boquilla del aparato entre mis labios y presiono el botón que libera esa pequeña dosis de fármacos que necesito para conseguir que el aire entre a mis pulmones.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que decida que lo mejor que puedo hacer es volver adentro de la casa para buscar a Emily, pero, cuando lo hago, maldigo en voz baja.

«No puedo creerlo», digo, para mis adentros y, entonces, guardo mi inhalador en uno de los bolsillos de mi chaqueta antes de girar sobre mis talones.

Estoy a punto de echarme a andar de vuelta a la casa, cuando me percato de un movimiento justo junto al inmenso roble que se encuentra a pocos pies de distancia de mí.

Me congelo de inmediato, pero no estoy segura de haber visto algo realmente ya que todo está oscuro hasta la mierda.

Me quedo quieta unos instantes, antes de captar otro movimiento por el rabillo del ojo. Esta vez, se siente más cercano que el anterior,

así que giro sobre mis talones solo para quedar de frente al pórtico de la casa.

Mi corazón late con tanta fuerza, que temo que pueda perforar un agujero en mi pecho y escapar lejos.

Trato de tranquilizarme a mí misma y de decirme que todo está bien, pero la sensación de estar siendo observada ha regresado y, esta vez, lo ha hecho con más fuerza que nunca.

No me muevo. No dejo de mirar hacia todos lados. Ni siquiera me atrevo a respirar.

Algo pasa a mi lado con mucha rapidez. Puedo sentir la ventisca provocada por la velocidad del movimiento y chillido cuando el cabello me cubre el rostro, haciéndome imposible ver nada.

Aparto los mechones lejos de un movimiento brusco y miro hacia todos lados una vez más.

Entonces, toda la sangre se me agolpa en los pies.

Una espesa neblina se arremolina a mi alrededor y el hielo se instala en mis venas. Poco a poco, la neblina va solidificándose y separándose en sombras espesas y amorfas, y ahogo un grito en el instante en el que una de las figuras empieza a tomar forma.

Primero, una silueta humana se dibuja y después, con mucha lentitud, empieza a solidificarse.

«No es real. No es real. Nada de esto es real», me repito una y otra vez, pero el pánico que siento es más real que cualquier otra cosa que haya sentido jamás.

El corazón me late con tanta fuerza que duele, las manos me tiemblan tanto, que no puedo controlarlas, los pulmones me arden con tanta violencia, que apenas puedo retener el aire dentro de ellos y las cicatrices en las muñecas me pican con tanta intensidad, que empiezan a ser dolorosas.

Poco a poco, cada una de las sombras van materializándose. No tienen rostro. Su cara es un borrón indescifrable hecho de oscuridad y tinieblas, pero el resto de su cuerpo es humano.

«¿Pero qué diablos?!».

Estoy aterrorizada. Tengo tanto miedo que creo que voy a desmayarme en este momento. El pánico dentro de mi cuerpo apenas me permite moverme y el horror se instala dentro de mis venas sin que pueda detenerlo.

De pronto, todo pasa a una velocidad impresionante. Una de las figuras se abalanza en mi dirección y me empuja con una de sus poderosas y heladas manos.

Mi espalda golpea contra el suelo con tanta brutalidad, que siento el crujir de mis vértebras. El dolor estalla en mi columna, y ahogo un grito adolorido. Su peso me deja sin aliento y la adrenalina hace que sea más difícil respirar.

Pataleo y forcejeo con todas mis fuerzas, pero es imposible retirar el peso que hay sobre mí. El horror se apodera de cuerpo y golpeo el pecho de la figura con mi puño. Una de sus manos heladas se cierra en mi muñeca en ese instante, y un grito taladra en lo más profundo de mi cabeza. Me toma unos segundos descubrir que el grito no es mío, sino de la figura que me ha atacado.

De pronto, el peso cede y me arrastro lejos. Trato de incorporarme, pero mis extremidades apenas parecen responder. Mi respiración es irregular y forzada, mi garganta quema con cada inhalación y el aire es cada vez más escaso. El sonido silbante en mi garganta aumenta con cada movimiento que hago y la tos intensa que me asalta es lo único que necesito para saber que está a punto de darme un ataque de asma.

Apenas puedo procesar mis movimientos. Trato de alcanzar el inhalador que traigo el bolsillo y, al mismo tiempo, trato de huir de la escena. Frenéticamente, recorro el espacio con la vista y noto cómo las figuras restantes se abalanzan hacia donde me encuentro.

Reprimo el grito que amenaza por abandonarme y aprieto los ojos mientras espero la colisión contra mi cuerpo; un golpe violento patrocinado por estas extrañas criaturas... Pero el impacto nunca llega.

Acto seguido, abro los ojos y entonces, *lo veo...*

El chico de los ojos grises está ahí, de pie frente a mí, dándome la espalda; interponiéndose entre las sombras y yo.



## MIKHAIL

—No tenía idea de que les gustaba atacar a humanos indefensos — la voz ronca y profunda del chico que se ha interpuesto entre mi cuerpo y las sombras me pone la carne de gallina. Todo en él irradia tensión y salvajismo, pero su tono no deja de ser despreocupado y perezoso.

La respuesta de las sombras viene a manera de siseo. El sonido estático que emiten retumba en mis oídos y taladra en lo más profundo de mi cabeza, como si viniera desde el núcleo de mi cerebro y se expandiera por cada una de mis neuronas.

El tipo de los ojos grises me mira por encima del hombro en ese momento y, casi de inmediato, la frialdad usual en su mirada es reemplazada por algo diferente. Algo más... *aterrador*.

Su atención se dirige a la sombra que tiene frente a él y deja escapar un suspiro cargado de fingido pesar.

—¿De verdad vamos a hacer esto? —el silencio es la única respuesta que recibe y chasquea la lengua—. Bien. Solo quiero que conste que yo traté de llevar la fiesta en paz.

Un escalofrío recorre mi cuerpo al escuchar la amenaza que tiñe su voz, pero eso no me paraliza. No me detiene de intentar arrastrarme lo más lejos que puedo de toda esta locura.

Entonces, el dolor estalla en todos lados.

Un grito es ahogado por mis labios, al tiempo que soy embestida con violencia y brutalidad. Un gruñido retumba en algún lugar cerca de mí, pero la presión en mi costado cede al cabo de unos instantes. De pronto, me encuentro rodando por el pasto, antes de estrellarme contra la cerca de madera que circunda la casa. Mi nuca duele casi al instante y mi visión se nubla por completo.

Un alarido retumba dentro de mi cráneo, pero me toma unos segundos descubrir que no me pertenece. No soy yo quien grita. Es una de las sombras.

«¿Por qué diablos está gritando?».

Me toma unos instantes incorporarme. Los brazos me tiemblan y tengo la respiración es entrecortada; el corazón me golpea contra las costillas, mi costado izquierdo arde y la cabeza parece estar a punto de estallarme.

Se siente como si todo pasara a través de un filtro, ya que los sonidos son lejanos y distantes. Difusos.

Me siento mareada. Las náuseas han llenado mi boca con salivación. Mi cuerpo entero se siente aletargado y abrumado por la cantidad de cosas que están ocurriendo, pero no abandono el lugar en el que me encuentro por más que la parte activa de mi cerebro me grita que debo hacerlo. De cualquier modo, aunque quisiera, no podría hacerlo. Mis extremidades no responden.

Poco a poco tomo consciencia de lo que pasa a mi alrededor y el aturdimiento se diluye con cada segundo que pasa. Entonces, levanto la cabeza y miro en dirección a donde creo que están las sombras y el chico, pero todo ha cambiado de perspectiva. Todo ha cambiado de forma de un instante a otro.

Él está de nuevo frente a mí, dándome la espalda, con la postura amenazante de un depredador frente a su presa, pero las figuras no parecen inmutarse por ello. No parecen estar dispuestas a marcharse. Al contrario, parecen haberse multiplicado. Parecen haber atraído más neblina. Más criaturas como ellos.

El jardín delantero de la casa de Phil Evans está repleto de figuras hechas de sombras y, a pesar de eso, el tipo de los ojos grises se



encuentra aquí, en medio del caos, completamente impasible y en control de sí mismo.

Lo único que delata un atisbo de agitación, es la forma en la que respira. La manera en la que su pecho sube y baja al ritmo de su respiración irregular.

Otro siseo violento retumba en mi cabeza y me encojo ante el aterrador sonido. Ante el aterrador idioma que esas cosas hablan.

Un escalofrío de puro pánico me recorre entera en ese momento y el miedo, ese que antes no me había acobardado, comienza a paralizarme. Comienza a inmovilizarme.

Mi protector me mira una vez más por encima del hombro y aprieta la mandíbula. La vacilación invade su rostro durante un segundo. Pareciera como si tratara de decidir qué hacer. Como si tuviese una decisión importante que tomar y no le hubiesen dado el tiempo suficiente para buscar la mejor opción.

Un par de segundos pasan antes de que tome una inspiración profunda y masculle algo que no soy capaz de entender, pero que se siente como una maldición hacia mi persona.

Acto seguido, vuelca su atención hacia nuestros atacantes y chasquea la lengua con fingido pesar.

Entonces, ocurre.

Un par de poderosas alas negras se despliegan con furia desde su espalda. El material delgado de su playera es desgarrado de un movimiento limpio, y lo único que soy capaz de ver es un par de alas inmensas.

No son cualquier tipo de alas. Son membranosas y lisas; similares a las de un murciélago. En cada terminación inferior, hay una inmensa garra afilada y puntiaguda; y son tan grandes, que las puntas tocan el suelo.

El grito que se construye en mi garganta quema en mis pulmones. El nudo en mi garganta es intenso y abrumador, y no puedo apartar los ojos de aquella impresionante visión. De aquel agobiante sinsentido.

La criatura —esa de las alas gigantescas que, hasta hace unos instantes, era un chico— se gira hasta que puede verme por el rabillo

del ojo y un estremecimiento horrorizado me invade de pies a cabeza.

—Lamento que tengas que ver esto, Cielo, pero prometo que será divertido —dice y una sonrisa aterradora se desliza por sus labios. En ese momento se vuelve hacia las sombras.

Las figuras se abalanzan hacia nosotros en perfecta sincronía. Las alas de murciélago baten con fuerza e impulsan a mi defensor hacia adelante. Las puntas afiladas se extienden y cortan a un puñado de las sombras en dos.

Espero ver humo por todos lados, pero lo único que soy capaz de percibir, es el aroma hediondo del azufre.

El chico de las alas ataca y golpea con una precisión y limpieza aterradora. Se mueve con agilidad y elegancia mientras destroza y desmiembra a sus oponentes con eficacia y rapidez. De pronto, toma con sus propias manos a una de las tinieblas y la sostiene mientras que le atraviesa las entrañas con una de sus afiladas puntas.

El líquido oscuro que brota de la inmensa herida provocada por su arma letal hace que mi estómago se revuelva y las arcadas me alcancen. La pestilencia es insoportable y la brutalidad de lo que ocurre solo hace que me aoville contra la cerca lo más posible.

Uno a uno, el chico de las alas va destrozando a absolutamente todos sus enemigos. Se mueve a una velocidad impresionante y sus pies dejan de tocar el suelo cada pocos segundos; sin embargo, no se aleja demasiado de mí y no permite que nadie se me acerque.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que el silencio lo invada todo. No sé en qué momento cerré los ojos y hundí la cara en el hueco entre mis piernas. Tampoco sé en qué momento empecé a llorar.

—¿Estás herida? —la voz ronca y familiar me eriza los vellos del cuerpo. El dolor en mi costado es sordo y palpitante, pero no es insoportable. Mi cabeza zumba y me siento mareada, pero ahora mismo no podría importarme menos.

Siento cómo se acerca. Más que escuchar sus pasos, los *siento*.

Mi vista se alza justo a tiempo para mirarlo acucillarse delante de mí. Las alas han desaparecido, pero los cortes y las heridas en su

rostro y torso desnudo me hacen saber que no ha sido producto de mi imaginación.

Sus impresionantes ojos se clavan en los míos y me observan con detenimiento. Su ceño está ligeramente fruncido y sus labios mullidos forman una línea dura y tensa.

Su mano se estira en mi dirección y trata de tocarme, pero me aparto lo más que puedo de un movimiento brusco. Su ceño se profundiza, pero una pequeña sonrisa se desliza por las comisuras de sus labios.

—No seas tonta, solo quiero cerciorarme de que estás bien —dice. Sé que trata de sonar duro, pero en realidad suena entretenido.

—Estoy bien —respondo, pero mi voz tiembla.

Una sonrisa torcida se apodera de sus labios y aparta la mano.

—¿Puedes levantarte, entonces? —pregunta.

No soy capaz de confiar en mi voz, así que asiento y trato de incorporarme. El mareo incrementa en el instante en el que mis pies se posicionan en la superficie blanda creada por el pasto.

El chico de los ojos grises me observa con detenimiento y curiosidad.

—¿Estás segura de que te encuentras bien?, luce como si quisieras vomitar...

Le dedico una mirada cargada de irritación.

—Estoy perfectamente —digo y, finalmente, me atrevo a mirar que es lo que ha hecho con mis atacantes.

Los cuerpos inertes de las tinieblas solidificadas están en el suelo. El aroma pestilente que invade todo el lugar me provoca arcadas, y la bilis sube por mi garganta antes de que vacíe el contenido de mi estómago en la hierba; justo junto a mi defensor de alas de murciélago.

Todo mi cuerpo se estremece mientras trato de mantener dentro el resto de la comida que ingerí.

—Ustedes los humanos son asquerosos —dice, y noto el atisbo de repulsión en su tono—. Delicados, débiles y asquerosos.

Me obligo a mirarlo mientras me limpio la boca con el dorso de la mano.

—¿Qué diablos acaba de pasar? —mi voz sale en un susurro ronco e inestable.

—Acabo de salvar tu trasero. *Eso* acaba de pasar —una ceja tupida es alzada con arrogancia.

—¿Quiénes son «ellos»? —no puedo evitar preguntar—. ¿Quién eres *tú*?

—Eran Grigori —responde, en tono casual.

—¿Qué es un Grigori? ¿Qué se supone que eres tú? —las palabras brotan fuera de mí por voluntad propia.

De pronto, me mira como si fuese el ser más idiota del mundo, o como si su respuesta hubiese sido más que obvia y, entonces, sus ojos ruedan al cielo y me regala un gesto cargado de incredulidad.

—Estás bromeando, ¿cierto? ¡El clan Grigori!, ¿cómo es posible que no sepas quiénes son?

—¿Se supone que debo saberlo? —el miedo se mezcla con la irritación momentánea provocada por sus palabras.

—¿Los Grigori? ¿Los hijos del Elohim? ¿En serio no sabes? —frunzo mi ceño, y noto la irritación exasperada en su mirada. Un suspiro cansino brota de sus labios y niega con la cabeza mientras habla—: Los Grigori son un grupo de ángeles caídos. Fueron castigados por Dios, por haberse enamorado de las mujeres de la tierra y por haber copulado con ellas. Le enseñaron al hombre la creación de armas y el arte de la guerra. Sin mencionar que fueron los culpables de que esos horribles gigantes llamados *Nephilim* aparecieran. Si me lo preguntas, fue un jodido dolor en el culo limpiar toda la mierda que ocasionaron.

Apenas puedo procesar lo que está diciendo.

—Tienes que estar bromeando —digo, negando con la cabeza—. Estoy volviéndome loca. Estoy volviéndome completa y absolutamente loca.

Una sonrisa perezosa se desliza por sus labios.

—No estás volviéndote loca, Cielo. Estás volviéndote fuerte, que es muy diferente.

Niego con la cabeza.

—¿Qué eres? —mi voz suena temblorosa y débil.

—No lo creerías si te lo dijera —su sonrisa se ensancha y me siento enferma.

—Pruébame —trato de sonar valiente, pero mis rodillas apenas pueden sostenerme. Estoy aterrorizada.

—¿Crees en el cielo?

—Sí —con todo y el pánico que siento, la respuesta brota de mi boca casi por voluntad propia.

Él asiente, sin despegar su mirada de la mía.

—Entonces, si crees en el Cielo, crees en el Infierno, ¿cierto? —dice y yo lo miro con cautela antes de asentir de nuevo—. Crees en el bien y el mal. En lo bueno y en lo malo. En los ángeles y los demonios... ¿no es así?

—¿Eres un ángel? —pregunto, sin rodeos y con incredulidad, y una risa carente de humor brota de mi garganta mientras hablo.

—No —una sonrisa peligrosa baila en las comisuras de sus labios—. Soy un demonio, Cielo.

Una carcajada histérica me asalta y las lágrimas pican en mis ojos. El terror es tan grande, que mis rodillas se sienten débiles y temblorosas; la presión en mi pecho es tan abrumadora, que apenas puedo mantener el oxígeno dentro de mi cuerpo.

Estoy a punto de echarme a llorar. El nudo en mi garganta es insoportable. Todo dentro de mí es una masa inconexa de sensaciones, sentimientos y pensamientos encontrados, y la única cosa que retumba con más fuerza que el resto, es esa que me ha atormentado durante las últimas semanas:

Me he vuelto loca.

Mis ojos se fijan en la imponente figura que hay delante de mí y un estremecimiento de puro terror me recorre el cuerpo.

Las lágrimas se agolpan en mis ojos en ese momento, pero no me atrevo a apartar la mirada. No cuando la parte sensata de mi cerebro

no deja de gritarme que estoy alucinando; que he cruzado esa delgada línea entre el delirio y la cordura; que acabo de perder la cabeza completamente y que lo que veo solo es producto de mi mente trastornada. Pero, la otra parte —esa que se niega a aceptar la locura—, susurra una y otra vez que esto está pasando de verdad.

—No estás loca —el demonio dice, como si fuese consciente de la guerra interna que se lleva a cabo en mi cabeza y, pese a su gesto serio, luce más allá de lo entretenido—. Solo puedes ver lo que los demás humanos no.

—¿Por qué?

—Porque estás volviéndote fuerte —explica, y luce cada vez más encantado.

—¿Esta es la parte en la que me dices que no soy humana y que soy mitad demonio o alguna mierda del estilo? —hablo, sin aliento.

Una carcajada brota de su garganta y niega con la cabeza.

—No, Cielo. Eres humana. La más común y corriente de las humanas. Solo eres... ligeramente *diferente*. Lo he venido notando estas últimas semanas.

—¿Has estado siguiéndome? —pregunto, pero suena más como una afirmación.

—Durante mucho tiempo, Bess Marshall.

En ese momento, el aire escapa de mis labios en un suspiro entrecortado. La sensación de alivio dentro de mi pecho es inmensa y enfermiza. Después de todo, los delirios de persecución *sí* tenían un porqué. Después de todo, la sensación de estar siendo observada *sí* tenía un motivo de peso. *Realmente* estaba siendo vigilada...

—¿Qué quieres de mí? —susurro, con un hilo de voz.

—Absolutamente nada —se encoge de hombros—, solo necesito mantenerte vigilada y evitar que cosas como estas... —señala el desastre de extremidades, líquido oscuro y podredumbre—, ocurran.

—¿Vigilada? ¿Por qué?

—La curiosidad de ustedes los humanos es irritante —dice y suspira—. Límitate a saber que estaré alrededor tuyo, te guste o no.

—¿Vas a matarme? —digo, al cabo de unos segundos y él rueda los ojos al cielo en respuesta.

—Sí, Cielo. Te salvo para matarte —el sarcasmo en su tono hace que quiera golpearlo, pero se va tan pronto como llega—. Estoy aquí para *evitar* que te maten.

—¿Por qué?

—¿Solo sabes hablar con preguntas?

—Sí —escupo—. ¿Por qué evitaste que me mataran? ¿Por qué me sigues? ¿Por qué, si dices que has estado vigilándome desde hace mucho tiempo, ahora puedo verte y antes no? ¿Qué demonios se supone que tengo que ver contigo?

—Confórmate con saber que, si tú mueres —sigue sonriendo, pero algo sombrío se apodera de su expresión—, todo el mundo va a irse a la mierda. Estoy aquí para cuidar de ti, Cielo. Acostúmbrate.



—Coexistimos con ustedes —el demonio habla con lentitud. Me trata como si fuese el ser más estúpido del planeta y eso me irrita en demasía—. Ángeles y demonios, quiero decir. Somos, en esencia, energía. Energía que ustedes, los humanos, no son capaces de percibir puesto que son seres inferiores —me mira de arriba abajo, como si eso probara su punto—. No fueron dotados de poder como nosotros. Ningún humano es capaz de ver a un demonio o a un ángel si este no quiere ser visto; pero tú... —sonríe, como si estuviese realmente orgulloso de mí—, tú pudiste verme cuando ningún otro humano podía.

—Todo mundo en la escuela es capaz de verte. No debo ser tan especial como dices —mi ceño se frunce, en confusión. Avanzamos por la calle desierta a paso lento. No sé a dónde vamos, pero la sed de respuestas es más grande que cualquier clase de miedo que pueda llegar a sentir en su compañía.

El demonio ha entrado a la casa de Phil y ha tomado una de sus camisas para vestirse. Al parecer, tiene la capacidad de hacerse

invisible al ojo humano a la hora que le plazca; así que no ha sido difícil para él entrar de vuelta al lugar y tomar una playera de la habitación del anfitrión de la fiesta.

Ha dicho, también, que va a encargarse del desastre del jardín delantero, pero no ha dicho cómo es que hará eso antes de que todo el mundo note la veintena de cadáveres que están desperdigados por todas partes.

Ahora nos encontramos avanzando por la calle porque me ha pedido que lo siga. No estoy segura de que ir detrás de él sea la decisión más sabia que he tomado, pero no sé qué otra cosa hacer para conseguir algo de información acerca de la locura que acaba de ocurrir.

—Pueden verme porque yo he deseado que me vean —su voz me saca de mis cavilaciones—, no hay ninguna clase de ciencia extraña. Simplemente lo deseé y listo.

—Todos ellos te conocen —sueno escéptica—. Soy la única que no tiene un solo recuerdo de ti.

—Eso es porque implanté recuerdos falsos en sus mentes —me regala una sonrisa grande e inocente—. Para todos ellos, yo soy un chico más del curso. Tú, por otro lado, eres cada vez más fuerte, por eso el implante no funcionó contigo.

De pronto, se detiene abruptamente y señala hacia los coches aparcados en la acera.

—¿Cuál quieres? —pregunta, sin mirarme.

—¿Vas a *robar* un auto? —siseo, con indignación.

Él se gira para verme a la cara y la sonrisa socarrona vuelve a su rostro.

—En realidad voy a adueñarme de uno —dice—. El tipo que lo compró ni siquiera recordará que lo tuvo. Será mío por derecho.

—Eso es robar —escupo, con más brusquedad de la que pretendo.

—Ni siquiera va a extrañarlo —me guiña un ojo y mi corazón se estruja—, lo prometo.

—No voy a subirme contigo a un auto robado —digo, tajante, y me cruzo de brazos.



Él asiente con lentitud. No me atrevo a apostar, pero podría jurar que está tratando de reprimir una sonrisa.

—¿Prefieres, entonces, que te lleve a casa volando? —dice y un brillo burlón se apodera de su mirada—. Solo te advierto, Cielo, que no es algo romántico. En realidad, es bastante incómodo; y, no me lo tomes a mal, pero no eres mi tipo.

La vergüenza y el coraje se entremezclan en mi sistema, pero me aferro al pequeño vestigio de ira que me ha invadido para mirarlo con repulsión.

—Tampoco me van los acosadores como tú —escupo.

Esta vez, una sonrisa inmensa se apodera de su boca. Pareciera que su cara va a partirse en dos por la forma en que sonrío.

—Eres graciosa, Bess Marshall —asiente, en aprobación.

—Pues tú eres odioso... —me quedo en el aire solo porque no sé cuál es el nombre de esta criatura realmente. No sé cuál es *su* nombre.

—Mikhail —me guiña un ojo—. Mi nombre es Mikhail.

—¿Mikhail? ¿Qué clase de nombre es ese? —mi ceño está fruncido solo porque es tan extraño y anormal, que se siente extraño, incluso, pronunciarlo.

—El mío —zanja y, entonces, hace un gesto de cabeza en dirección a los autos aparcados—. Vámonos de aquí. Voy a conseguirnos un bonito auto, te llevaré a casa y volveré para arreglar todo el maldito desastre de allá atrás.



## SUMMA DAEMONIACA

—*Summa Daemoniaca*<sup>1</sup> —la voz de Emily inunda mis oídos y me hace alzar la vista de golpe. Ella se sienta frente a mí en la mesa de la cafetería que siempre compartimos y me regala una mirada escandalizada—. ¿De verdad, Bess? ¿Demonios? —sacude la cabeza en una negativa—. Dime, por favor, que no crees en esas estupideces.

El calor invade mis mejillas y cierro las páginas del libro que ha consumido mi tiempo las últimas horas.

—Yo solo... —Busco algo inteligente para decir, pero nada viene a mí. No sé cómo justificar mi reciente obsesión por los seres oscuros. No sé cómo justificar la inmensa necesidad que siento de investigar sobre este tema—. Lo leo por diversión, ¿de acuerdo? No creo en esas cosas.

Su mirada me hace saber que no ha creído una mierda de lo que he dicho, pero se limita a abrir su jugo de uva y dar un sorbo largo. Ni siquiera yo misma comprendo qué estoy haciendo.

He pasado el fin de semana obsesionada con absolutamente todo lo que a demonios se refiere. La internet no ha sido de mucha ayuda. He visitado cada blog sobre demonios existente; pero ¿cómo confiar en la veracidad de un par de datos al azar, en una página creada por alguien que utiliza la fuente Copperplate Gothic en color rojo sangre?

Wikipedia tampoco dice demasiado sobre el tema. El vago concepto que tiene sobre «un ser oscuro» que arroja, es lo más lastimoso y pobre que he leído jamás. Lo único que ha llamado mi atención, es cómo las distintas religiones en el mundo coinciden en una cosa: son catástrofes andando. Daño, dolor, devastación y destrucción. Los demonios son el mal personificado.

Me he inclinado por los textos bíblicos, pero no han sido fáciles de interpretar. Hace unos días me topé con un par de títulos que me interesa leer. El *Summa Daemoniaca* es uno de ellos; seguido de *El Libro de Enoc* y *La llave menor de Salomón*.

No he conseguido los últimos dos textos, pero encontré el primero en una librería religiosa ayer por la tarde. No había tenido el valor de sacarlo de mi mochila hasta hoy por la mañana, justo antes de venir a la escuela; pero, ahora que lo he hecho, no he podido despegar la vista de sus líneas. Realmente espero que esto pueda aclarar todas esas incógnitas que rodean al ser de las alas de murciélago que dice llamarse Mikhail.

—Como sea... —Mi amiga me saca de mis cavilaciones una vez más, y deja escapar un suspiro largo—. ¿A dónde te fuiste el sábado? Estuve buscándote como una idiota por todos lados.

Mis cejas se alzan y la miro con incredulidad.

—Fuiste tú quien desapareció primero. —La señalo con el tenedor de plástico que sostengo entre los dedos—. No tienes derecho alguno a recriminarme el que me haya marchado cuando ni siquiera fuiste capaz de responder el teléfono.

Ella entorna los ojos en mi dirección.

—Eres una perra lista —una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios y añade—: ¿Cómo volviste a casa? ¿Pediste un taxi o algo?

—Yo la llevé —la voz ronca y aterciopelada me hace volver la cara en dirección al pasillo entre las mesas.

Mi cuerpo entero se tensa en el instante en el que Mikhail aparece en mi campo de visión. Viste completamente de negro, y eso solo resalta la blancura de su piel y el intrigante color de sus ojos. Su

cabello es un desastre, pero de alguna u otra manera ha conseguido que luzca bien a pesar de estar enmarañado.

Una sonrisa perezosa se arrastra en sus labios cuando sus ojos y los míos se encuentran y un hoyuelo se dibuja en su mejilla derecha en el proceso.

—¿Me haces un espacio, Cielo? —dice, mientras me guiña un ojo. Todo dentro de mí se revuelve en ese momento y mi aliento se atasca en mi garganta.

—Piérdete, fenómeno —Emily escupe en su dirección.

La atención de Mikhail se posa en mi amiga y sus cejas se alzan con incredulidad. Acto seguido, vuelca su vista hacia mí.

—¿Vas a dejar que me hable de esa manera? —dice, con fingida indignación.

—¿Se supone que debo hacer algo para impedir que lo haga? —sueno más arrogante de lo que pretendo y un brillo malicioso se apodera de su mirada.

—No quieres jugar de esa manera conmigo, Cielo —sueno casual, pero la amenaza que percibo en sus palabras hace que mi valor previo se vaya al caño—. No quieres tenerme como tu enemigo.

—No vas a hacerme daño —me aferro a eso porque es lo único que se me ocurre para decir. Él mismo dijo que no tenía intención alguna de lastimarme y que estaba aquí para cuidar de mí. Debo creer que eso es cierto y aferrarme a esa resolución.

—Pruébame —muestra todos sus dientes en una sonrisa amplia, pero no luce divertido con mi comentario.

—¿Me puedes explicar desde cuándo hablas con él? —Emily interrumpe nuestra pequeña discusión y aparto la mirada de él para encararla.

Me encojo de hombros.

—Desde que me llevó a casa el sábado.

—Pero no somos amigos —Mikhail señala.

—No, no lo somos —conuerdo, y disparo una mirada irritada en su dirección.

—Y nunca vamos a serlo —él añade.

—Eso puedes apostar —mi tono de voz es más duro de lo que espero, pero no me importa.

Mi amiga alza las cejas, con diversión.

—¿Están teniendo un momento amor-odio? —reprime una sonrisa y la irritación se detona en mi sistema.

—Prefiero ahogarme en un estanque de agua sucia a tener un momento de amor-odio con él —escupo, con indignación.

—Eres *tan* madura, Cielo —Mikhail ironiza, pero suena más allá de lo divertido; es por eso por lo que quiero estrellar mi puño en su cara.

—Deja de llamarme de esa forma —digo, entre dientes.

—¿Cómo? ¿Cielo? —hace énfasis en la palabra y sé que solo trata de molestarme.

—¿No tienes nada mejor qué hacer? —espeto, mirándolo con todo el odio que puedo imprimir.

—En realidad, no —sonríe y se dirige a Emily para decir—: ¿Me haces un espacio?

Mi amiga se recorre en el asiento, con una sonrisa enorme pintada en los labios y es todo lo que necesito para saber que está encantada con nuestra interacción.

—Entonces, fenómeno, ¿cómo dices que te llamas? —Emily fija su atención en el chico a su lado.

—Vuelves a llamarme fenómeno y voy a hacértelo pagar. —Algo sombrío tiñe la voz de Mikhail, pero Emily ni siquiera parece notarlo —. Me llamo Mikhail.

—Es un nombre... interesante —mi amiga comenta, pero sé que quiere reírse a carcajadas.

—¿Cómo es que ella no sabe tu nombre? —pregunto, con el entrecejo fruncido, en dirección al demonio.

Mikhail me regala una sonrisa enigmática.

—No tendría por qué saber mi nombre si no tomamos clases juntos. Emily asiente en acuerdo.

—Mikhail —pronuncia, con un dejo de burla en su tono—, tiene razón. No tenemos clases juntos, así que... —Se encoge de hombros,

al tiempo que mira al chico a su lado con aire condescendiente—. Tampoco es como si me interesara averiguar cómo se llama tu acosador.

Él ignora el gesto socarrón en el rostro de ella y estira su brazo para robar una papa frita de mi bandeja de comida.

—¡No te comas mi almuerzo! —chillo, con irritación—. ¿Siempre eres así de molesto?

Él me mira y abre la boca para responder, pero sus ojos se posan en el libro que se encuentra sobre la mesa y enmudece de inmediato. Trato de alcanzarlo, pero él lo toma antes de que pueda hacerlo yo y la vergüenza me invade por completo en un abrir y cerrar de ojos.

—*Summa Daemoniaca* —lee en voz alta y lo abre en la primera página.

—¡Devuélveme eso! —trato de sonar dura, pero fracaso terriblemente. De pronto, un nerviosismo absurdo se apodera de mi sistema. No sé qué está pensando ahora mismo de mi interés acerca de los de su clase. Seguro debe creer que soy una completa idiota por buscar en información recabada por un sacerdote.

—¿Crees en los demonios, Bess? —pregunta, y un puñado de piedras cae en mi estómago.

No soy capaz de responder. Si lo acepto en voz alta, no habrá marcha atrás. Si lo acepto en voz alta, no voy a poder lidiar con toda la locura que ha caído sobre mis hombros.

Aparta el libro de su cara y me mira directo a los ojos. Su cabeza está ligeramente inclinada, con curiosidad, pero no me atrevo a responder.

—Los demonios no existen —la voz de Emily atrae la atención de Mikhail y un suspiro aliviado brota de mis labios.

—Ah, ¿sí? —él responde, y suena casi como si ronroneara—. ¿Qué hay de los ángeles? ¿Crees en ellos?

—Creo en Dios —Ems responde.

—Pero, si crees en Dios significa que crees en el Cielo, y creer en el Cielo es creer en el Infierno —Mikhail sonríe—. Creer en el Infierno,

significa creer en los demonios, ¿no es así?... ¿Cómo puedes creer en el bien, si no crees en el mal?

—¿Tú crees en los demonios? —Emily evade su pregunta con otra, tras un silencio incómodo.

—Por supuesto que lo hago. —Su sonrisa se ensancha y se convierte en una arrogante—. Sin embargo, no creo en mierda escrita por una persona que cree que lo sabe todo sobre el Infierno. Si quisiera tener algunas respuestas respecto a eso, lo haría diferente.

—¿Cómo lo harías? —la pregunta sale de mis labios antes de que pueda detenerla.

—¿Conseguir información, quieres decir? —sonríe aún más—. Se la pediría a un demonio.

Emily rueda los ojos al cielo con el comentario, pero yo soy capaz de sentir cómo cada célula de mi cuerpo se estremece con sus palabras.

—¿Ahora también crees en la *ouija* y esas tonterías? —Emily se mofa.

—¿Quieres probar alguna vez? —mira a Ems como si fuese el ser más ignorante del mundo—. Si no crees en las invocaciones, ¿qué podrías perder?

Una punzada de nerviosismo me recorre en ese momento y todo mi cuerpo se estremece solo de pensar en la posibilidad de invocar a alguno de esos seres oscuros. La picazón en mi nuca es tan intensa, que apenas puedo mantener el pánico a raya.

—¿Puedes devolverme el libro, por favor? —mi voz sale en un susurro tembloroso y débil.

Mikhail me mira con duda un par de segundos, pero termina extendiéndolo en mi dirección.

—No deberías leer esas estupideces —dice, y mi corazón se estruja—. Son mentiras inventadas por un tipo que cree que sabe una mierda sobre demonios.

Quiero refutar, pero no me atrevo a comentar nada. No puedo enfrascarme en una discusión que sé que voy a perder. Después de

todo, él es el demonio aquí. ¿Quién soy yo para cuestionar lo que él sabe de su propia especie?

Al terminar el almuerzo, nos encaminamos por el pasillo. Mikhail se ha situado justo detrás de nosotras, pero no trata de unirse a la conversación que Emily ha comenzado. No puedo evitar sentirme incómoda con su presencia a mí alrededor, pero prefiero saber que está aquí, a sentir que estoy perdiendo la cordura.

Nos abrimos paso por el pasillo atestado de alumnos y nos detenemos frente a las escaleras. Ems me da un abrazo rápido antes de subir hacia el salón donde tomará su siguiente clase. Yo, en cambio, avanzo por el pasillo hasta el aula que se encuentra al fondo.

—Si de verdad querías saber acerca de los demonios, pudiste haber preguntado —la voz de Mikhail llega a mis oídos y me detengo en seco antes de girar sobre mis talones para encararlo. Se ha asegurado de hablar lo suficientemente bajo para no llamar la atención.

—Dijiste que no me dirías nada y yo necesito respuestas. —Sueno más irritada de lo que pretendo—. Además, después de la fiesta del sábado, desapareciste.

—Yo nunca dije eso. —Sus cejas se alzan—. Y por supuesto que no desaparecí. Solo tenías que decir mi nombre. Ya te lo dije: siempre estoy cerca de ti.

—¡Dijiste que no me dirías nada! —espeto para después hacer una mala imitación de su voz—: «Limítate a saber que estaré alrededor tuyo, te guste o no». ¿Cómo se supone que preguntara después de eso?

Su mandíbula se tensa unos instantes y un destello de exasperación invade sus facciones, pero este desaparece tan pronto como llega.

—No puedo decírtelo todo.

—¿Por qué no? —el enojo y la frustración se apoderan de mí con rapidez.

—Es mucho para digerir. Probablemente desearás no haberlo sabido nunca.

Un nudo se instala en mi garganta.



—Prefiero saberlo. *Necesito* saberlo todo —pero me las arreglo para sonar serena cuando hablo.

Él duda unos instantes. Pareciera como si se estuviese lidiando una batalla en su cabeza.

—De acuerdo. Voy a decírtelo todo, pero no aquí —dice, finalmente, al cabo de unos instantes.

—Podemos ir a mi casa al salir de clases —sugiero.

Probablemente, no es la mejor de las ideas. Si mi tía Dahlia llega a verme a solas con un chico en casa, va a castigarme para toda la vida, pero la necesidad que tengo de información es más intensa y tan fuerte, que no me importa nada. Puedo lidiar con unas semanas de castigo si voy a saber qué diablos ocurre.

Mikhail asiente, pero no luce muy convencido.

—De acuerdo —dice—. Te dejaré sola un par de horas, entonces. Hay algo que tengo que hacer antes de hablarte de todo eso. ¿Crees poder mantenerte a salvo durante el resto de la jornada escolar?

La irritación se intensifica un poco más.

—Puedo cuidar de mí misma. —Aseguro, con irritación—. No te necesito.

Una sonrisa se desliza en sus labios.

—Voy a enojarme mucho si te haces daño, Bess Marshall. Más te vale ser una chica de palabra —dice, pero hay un tinte de preocupación en sus facciones.

—Estaré bien —le guiño un ojo. El timbre de entrada suena por los altavoces del pasillo, y doy un par de pasos en reversa, en dirección a mi salón de clases—. No vayas a dejarme esperando por ti.

Sus ojos adquieren un brillo extraño mientras me observa, pero no puedo descifrar qué es lo que está pensando.

—Te doy mi palabra.

Entonces, se gira sobre sus talones y desaparece entre la multitud del pasillo.



Camino en dirección al edificio donde vivo.

Ems me ha dejado a pocas calles de distancia, así que solo tengo que recorrer unas cuantas cuadras para estar en la comodidad del apartamento de mi tía y su prometido.

Me siento ansiosa. Pude manejar la adrenalina durante las horas escolares restantes, pero, ahora que me encuentro a pocos minutos de tener información concreta, no puedo dejar de sentirme nerviosa.

Mi corazón no ha dejado de golpear con fuerza contra mis costillas. No puedo dejar de pensar en todo lo que Mikhail va a decirme. Tengo un mundo de preguntas respecto a su origen y el motivo por el cual se encuentra aquí. Tengo tantas dudas ahora mismo, que no puedo esperar para verlo una vez más.

Según el *Summa Daemoniaca*, los demonios no cuentan con una forma física, lo cual solo me hace preguntarme cómo es posible que Mikhail se haga presente delante de mí. La posibilidad de que haya poseído a alguien va más allá de lo insoportable. De ser así, el dueño de ese cuerpo va a morir poco a poco al ir perdiendo una parte de su alma.

Una punzada de algo extraño me atraviesa el pecho y, sin pensarlo demasiado, me detengo en seco.

Un escalofrío recorre mi cuerpo entero y mi carne se pone de gallina. El hielo se instala en mis venas y corre a toda velocidad en mi sistema casi de inmediato.

Algo está mal.

Algo está muy, *muy* mal.

Miro alrededor, con frenesí, pero no hay nada extraño en la calle. Trato de convencerme de que se trata de Mikhail o de las sombras que me asecharon el fin de semana; pero no puedo acallar a esa voz en mi cabeza que susurra una y otra vez que esto es diferente. Que es algo más.

Mi pulso late tan fuerte, que puedo sentirlo detrás de mis orejas y un extraño ardor invade mis extremidades. El miedo se asienta en mis huesos y me inmoviliza por unos cuantos segundos, antes de que me eche a correr por la calle.

Un haz de luz pasa a toda velocidad frente a mí y me tambaleo hacia atrás antes de caer sobre mi trasero con violencia. Acto seguido, y presa del pánico, miro alrededor con terror y ansiedad, pero no hay nada ahí.

«No, no, no, no, no... Otra vez no».

Me pongo de pie lo más rápido que puedo y me echo a correr de nuevo. El haz de luz aparece de nuevo frente a mis ojos y me embiste hasta dejarme sin aliento. Caigo al suelo con un golpe sordo una vez más y el dolor estalla en mis muñecas.

Un grito brota de mis labios. Algo caliente corre entre mis dedos. El dolor abrasador no solo está en mis extremidades, se ha extendido por todo mi cuerpo tan rápidamente, que apenas puedo soportarlo.

Pataleo y forcejeo contra el peso invisible que me mantiene anclada al concreto y grito de dolor cuando soy capaz de sentir cómo la carne recién sanada de mis muñecas se abre de nuevo. El aire no llega a mis pulmones de forma correcta, mi tráquea parece haberse cerrado y un montón de puntos negros oscilan en mi campo de visión.

Voy a desmayarme. Voy a morir.

«Por favor, que esto termine. Por favor, que esto acabe ya. Por favor, déjame ir. Por favor...».

Entonces, desaparece.

El dolor lacerante, el sonido, la quemazón, el pánico... Todo desaparece.

Escucho un gruñido, un golpe y un grito, pero no tengo las fuerzas suficientes para levantar el rostro e investigar. Todo mi cuerpo tiembla y el olor metálico de la sangre me provoca arcadas.

Estoy mareada, mis párpados amenazan con cerrarse y mi cuerpo entero se convulsiona con espasmos débiles y dolorosos. Mi corazón no ha dejado de latir a una velocidad inhumana y mis manos se sienten heladas.

Soy vagamente consciente de la cantidad de sangre que hay a mi alrededor y de la escandalosa herida en una de mis muñecas; sin embargo, no puedo hacer nada para detener hemorragia. No tengo fuerzas suficientes para tratar de hacer algo.

De pronto, el mundo da una vuelta y la dureza del asfalto se va. Estoy flotando.

Hay algo cálido a mi lado y me acurruco más cerca. El aroma fresco y varonil que invade mis fosas nasales es agradable y tranquilizador. Una voz ronca susurra algo que no soy capaz de entender, y casi puedo jurar que lo ha dicho en una lengua desconocida para mí.

Un gemido entrecortado brota de mis labios y la voz pronuncia otra cosa. No sé qué ha dicho, pero es reconfortante en formas que no puedo explicar. *Sé* que estoy a salvo y, de alguna u otra manera, *sé* que es él.

«Mikhail», quiero pronunciar, pero no puedo hacerlo. No puedo hacer otra cosa más que intentar llenar mis pulmones con oxígeno.

—¿Por qué diablos no puedes estar sola unos momentos, maldita sea? —lo escucho decir, y eso es todo lo que necesito para dejarme llevar por la bruma densa que me invade la mente.

---

**1 Summa Daemoniaca:** Título en latín que puede traducirse como «Suma de cuestiones relativas al demonio». Es un libro escrito por el Padre José Antonio Fortea (considerado una de las mayores autoridades en Demonología). Este libro es un tratado de demonología y un manual para exorcistas.



## ESTIGMAS

Duele. Mi espalda, mis muñecas, mis extremidades, mi cabeza... Todo duele.

Tengo tanto frío, que encojo las rodillas hacia el pecho y encorvo la espalda. Trato de ignorar el malestar que mis movimientos provocan, pero es casi imposible.

Algo cálido y suave cae sobre mí, pero no soy capaz de acabar con la bruma en la que estoy envuelta. La parte activa de mi cerebro trata de hacerme consciente de qué ocurre en el entorno, pero todo mi cuerpo rehúsa obedecer sus órdenes.

Poco a poco, soy capaz de percibir los sonidos con mayor intensidad, pero sigo sin poder vencer al manto de semiinconsciencia que se ha apoderado de mi cuerpo.

No sé cuánto tiempo pasa cuando, finalmente, abro los ojos; pero tengo que parpadear un par de veces para acostumbrarme a poca iluminación de la estancia.

Por unos instantes, no soy capaz de reconocer la habitación en la que me encuentro y me incorporo a toda velocidad. Todo da vueltas a mi alrededor, pero me obligo a fijar la vista en el edredón floreado que Dahlia compró para mí cuando llegué a vivir a su apartamento y, es en ese instante, que el alivio se asienta en mi pecho y se extiende por todo mi cuerpo.

Estoy en casa. Estoy sobre mi cama.

No recuerdo cómo llegué hasta aquí y tampoco soy capaz de poner orden en mi cabeza. Los recuerdos no parecen querer cooperar conmigo, pero, saberme aquí, me hace sentir segura. Tranquila.

—No puedo dejarte sola unas horas sin que consigas que quieran asesinarte, ¿no es así? —la voz ronca y aterciopelada atrae mi atención.

Mikhail, el demonio que se ha empeñado en cuidar de mí se encuentra aquí, en mi habitación, sentado en el borde de la ventana.

Su tono de voz es desenfadado, pero hay algo en su expresión que hace que mi pecho se contraiga.

—¿Qué pasó? —mi garganta duele cuando hablo y trato de aclararla un poco antes de agregar—: ¿Cómo llegué aquí?

—Entramos por la ventana. —Me regala un encogimiento de hombros. Sé que trata de lucir indiferente, pero el destello de preocupación en su rostro hace que mi estómago se retuerza—. Básicamente, volví a salvar tu trasero.

Entonces, los recuerdos me asaltan: la sensación de estar siendo observada, el miedo, el nerviosismo, el haz de luz, el ataque de esa cosa luminosa, el dolor, la sangre...

Mi vista cae en mis muñecas y soy capaz de notar los torniquetes improvisados. Trozos de tela están amarrados justo encima de las heridas abiertas y hay sangre seca alrededor de los cortes. Mis dedos se sienten entumecidos debido a la poca circulación, y un pequeño dolor sordo palpita en mi carne lastimada.

—¿Qué era esa cosa? —susurro, en voz baja, tras unos segundos de silencio. Sueno más asustada de lo que espero.

—Un ángel.

El miedo se arraiga en lo más profundo de mi pecho, mi corazón se detiene una fracción de segundo y se acelera al instante siguiente. Un hueco se asienta en la boca de mi estómago y, de pronto, se siente como si pudiese vomitar.

—¿Un ángel? —trato de encontrar algún vestigio de humor en su rostro, pero no lo encuentro. En su lugar, se limita a asentir con

lentitud.

Preguntas nuevas se acumulan en mi cabeza, pero no soy capaz de formular ninguna. Nada de esto tiene sentido. Se supone que los demonios son seres que se alimentan de todo lo negativo que existe en el mundo; y, pese a eso, es un demonio el que me ha salvado la vida más de una vez.

Se supone que son los ángeles quienes velan por el bienestar de los humanos, pero fue un ángel quien trató de hacerme daño.

—¿Por qué? —la pregunta sale de mis labios en un susurro tembloroso y asustado—. ¿Por qué me atacó?

—Porque su deber era asesinarte. —Sus ojos grises se clavan en los míos—. Tienes suerte de que haya sido uno de rango menor. Uno sin permiso de adoptar forma corpórea, quiero decir.

Niego con la cabeza, incapaz de poner orden a mis pensamientos. Todo esto está mal. No se supone que los ángeles ataquen a los humanos. No se supone que un demonio deba estar protegiéndome como lo hace.

—¿Qué se supone que hice yo para que un ángel quiera asesinarme? —la desesperación, la impotencia y el miedo hacen que un nudo se instale en mi garganta. Las lágrimas queman y se arremolinan en mis ojos, pero lucho para retenerlas—. ¡No entiendo absolutamente nada! ¿Por qué puedo verte? ¿Por qué están ocurriendo todas estas cosas? ¿Qué es lo que hice mal?

—¿Qué cambió, Bess? —Mikhail se pone de pie y se acerca a mí—. Piensa: ¿Qué hay de diferente ahora? ¿A raíz de qué te ocurren estas cosas?

—¡No lo sé! —sueno desesperada. Patética...—. ¡No lo sé! ¡No lo...!

Entonces, la resolución me golpea. Mi vista cae en la piel hecha jirones en mis muñecas y un estremecimiento de puro horror me recorre la espina.

—Todo calza, ¿no es así? —la voz de Mikhail llega a mis oídos, pero no me atrevo a apartar la vista de mis heridas abiertas—. Por esas cosas puedes vernos. Por esas heridas ellos pueden verte —la forma

en la que se refiere a ellas me revuelve el estómago. Suena como si estuviese hablando de la cosa más repugnante en la faz de la tierra.

—¿Qué son estas cosas? —todo mi cuerpo tiembla debido al miedo que me invade—. ¿Qué diablos está ocurriendo conmigo?

Sueno patética. Estoy al borde del colapso nervioso, y no me importa estar a punto de llorar. No me importa mostrarme como la niña asustada que soy y que un demonio sepa que estoy perdiendo la compostura porque nada tiene sentido.

—Se llaman Estigmas. —Él mira las marcas con repulsión—. Y solo prueban que estás volviéndote fuerte y que está a punto de comenzar.

—¿Qué cosa? —suelto, en un susurro ahogado.

—El Fin.

El pánico se detona en mi sistema y me cuesta respirar. Mi corazón late tan fuerte, que casi puedo jurar que él es capaz de escucharlo.

Mis ojos se clavan en la piel herida y un puñado de piedras se asienta en mi estómago.

—¿Q-Qué es todo esto? —el coraje se cuele en mis huesos y me hace imposible pensar con claridad—. ¿Por qué no puedes decírmelo de una maldita vez? ¿Qué está pasando?

«¿Por qué a mí? ¿Por qué yo? ¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?».

—Los Estigmas son marcas que aparecen en algunas personas —habla. Mi cabeza se alza para mirarlo y siento cómo las lágrimas calientes y pesadas caen por mis mejillas—. Estas marcas son similares a las heridas infligidas en Cristo durante la crucifixión.

«Yo no me hice esto. No me hice daño. No traté de suicidarme», pienso, y el alivio viene a mí en oleadas grandes.

—¿No me hice daño a mí misma? —susurro y el torrente de lágrimas incrementa.

Algo en la expresión de Mikhail se ablanda y niega con la cabeza.

—Por supuesto que no —dice—. Los Estigmas solo indican cuán fuerte eres ahora. —Acorta la distancia entre nosotros y se acuclilla delante de mí—. Debes tomar las cosas con calma, Bess. Va a tomarte mucho tiempo asimilar todo eso que deseas saber.



—¿Puedes, por favor, dejarte de misterios y hablar de una vez? — suplico, con un hilo de voz. Estoy desesperada y asustada. Necesito saber qué ocurre aquí o voy a estallar en mil fragmentos.

Mikhail me observa unos segundos, y estira una de sus manos en mi dirección, pero se detiene a medio camino y la cierra en puño antes de apartarla.

Rápidamente, limpio las lágrimas fuera de mi rostro y trato de recomponerme un poco. Él espera en silencio y yo aprovecho esos segundos para tomar un par de inspiraciones profundas.

Una vez que estoy lista, lo miro a la cara. Él luce inseguro. La incertidumbre en su expresión no concuerda con la personalidad arrogante que había mostrado hasta ahora y eso me pone nerviosa.

—Se ha previsto esto desde hace eones —Mikhail comienza, pero luce como si estuviese hablando más para sí mismo que para mí—. Las señales de El Fin han estado aquí durante siglos, pero no había habido nada tangible. No hasta ahora. Algo ha cambiado ahora.

—¿Qué? —mi voz suena queda y débil—. ¿Qué ha cambiado?

Sus ojos se clavan en los míos.

—Ustedes... —Traga duro—. *Tú*.

—¿Yo? —un escalofrío recorre mi espina dorsal y un agujero se asienta en la boca de mi estómago.

—Hace más de dos mil años, hubo un sacrificio divino. Un pacto sagrado entre El Creador y su hijo. Uno que se mantuvo sellado hasta el día en que ustedes aparecieron en el mundo. —Mi corazón se salta un latido—. El sacrificio de Cristo para salvar a los hijos de Dios le dio tiempo a la humanidad. Tiempo de enmendar los errores y agradecer por el mundo que se les fue regalado. Sin embargo, la fecha de vencimiento ha llegado. Es tiempo de que los seres humanos paguen lo que han hecho y rindan cuentas —se detiene, inseguro de continuar. Busca en mi expresión algo que indique que no he perdido la cordura, pero ni siquiera puedo moverme. Ni siquiera puedo respirar—: Y, una vez que ustedes, Los Siete Sellos, sean rotos, será el fin de todo.

—¿De qué estás hablando? —mi voz apenas es un susurro bajo y tembloroso.

—De que eres uno de esos Sellos, Bess —dice—. Eres el Cuarto Sello, Bess: probablemente, el más importante de todos.

Niego con la cabeza, incapaz de entender qué es lo que dice.

—No comprendo...

—La profecía dice —Mikhail me interrumpe—, que el día en que Los Siete Sellos se rompan, la batalla del juicio final entre el Cielo y el Infierno comenzará y se definirá absolutamente todo. Los jinetes del apocalipsis serán liberados, las trompetas sonarán y será un jodido desastre —sus ojos penetrantes y aterradores se clavan en los míos—. No existe tal cosa como un pergamino sagrado con dichos Sellos, Bess. Es un simbolismo. Los Sellos, en realidad, son seres humanos. Eso quiere decir que existieron siete como tú en el mundo y, lamento informártelo, Cielo, pero las primeras tres personas, los primeros tres Sellos, ya murieron. Tú eres la siguiente. Por eso los ángeles te buscan.

El mundo entero pierde enfoque. Las palabras de Mikhail se asientan en mi cerebro, pero no soy capaz de asimilar nada. No soy capaz de ordenar la oleada inmensa de preguntas que me invade y, lo único que puedo hacer ahora mismo, es temblar y luchar por llevar el aire a mis pulmones.

—¿Los ángeles quieren matarme? —el susurro sale áspero y tembloroso de mis labios, pero apenas puedo mantener la histeria a raya.

Él asiente.

—Están listos para la batalla —dice, y hace una mueca de desagrado—. Nosotros, los demonios, no. No somos lo suficientemente fuertes para enfrentarlos. Por esta razón he sido enviado aquí. Debo protegerte hasta que estemos listos. Necesitamos retrasar esto lo más posible. Necesitamos fortalecernos para no sucumbir ante la Legión tan fácilmente. —Niega con la cabeza y no se me escapa la frustración en sus facciones—. Ellos tienen ya en su poder a los tres sellos que deben morir después de ti. Eres el único al que no habían

encontrado y no pueden matar al resto si no te matan a ti primero. Mi deber es impedir que lleguen a ti.

—Tu deber es impedir que me maten —apunto. La amargura tiñe mi voz, pero él no niega nada de lo que he dicho.

—Había sido fácil mantenerte oculta de ellos, pero los Estigmas los han hecho notarte. Es como si hubiese un letrado iluminado justo encima de tu cabeza. Por esta razón, desde que aparecieron, eres víctima de ataques por parte de seres sobrenaturales.

Mi vista cae en la piel lastimada de mis muñecas y una nueva oleada de repulsión me golpea.

—¿Puedo verte debido a esto, entonces? —pregunto, con la voz entrecortada por las lágrimas contenidas—. Dices que llevas mucho tiempo siguiéndome, pero nunca lo había notado. No hasta que estas cosas aparecieron.

—Así es —dice, y no me pasa desapercibido el tono tranquilizador que utiliza—. Los Estigmas te dan el poder de ver lo que los seres humanos comunes y corrientes no pueden. No sé qué otras cosas son capaces de provocar en ti; pero, cuanto más tiempo pase, vas a ser capaz de percibir otras cosas: errantes, líneas ley, condenados, andantes... Todas esas entidades espirituales que habitan la tierra. Los Sellos anteriores a ti ni siquiera tuvieron la oportunidad de desarrollar esta clase de habilidades. Fueron exterminados mucho antes de que siquiera supieran lo que representaban.

—¿Por qué yo? —de pronto, las lágrimas son insostenibles. Apenas puedo mantenerlas dentro de mí.

Él me mira y un atisbo cargado de desesperación se filtra en su rostro.

—No lo sé, Cielo.

El silencio que le sigue a sus palabras es tenso, pesado y opresor. Cientos de preguntas se arremolinan en mi cabeza, pero hay una que resuena con más fuerza que el resto. Hay una que hace más ruido que las demás...

—Cuando ustedes estén listos para pelear, ¿vas a matarme? —alzo la vista para encontrar la suya.

Mikhail me sostiene la mirada. La inexpresividad en su rostro me envía al borde de mis cabales y, en ese momento, un escalofrío me recorre de pies a cabeza.

—Sí.

Quiero gritar. Quiero llorar. Quiero que todo esto sea una horrible pesadilla.

Mis ojos arden debido a las lágrimas contenidas y el nudo en mi garganta es insoportable. Jamás había tenido tanto miedo. Jamás me había sentido así de vulnerable e insignificante.

Soy un objeto. Algo de lo que estas criaturas creen que pueden deshacerse en el momento en el que les plazca.

Estoy tan asqueada, tan aterrorizada, tan... *furiosa*.

—Vete —escupo, con un hilo de voz. La confusión invade el rostro de Mikhail y me aferro a la ira que me embarga para espetar—: ¡Lárgate de aquí!

Su boca se abre para decir algo, pero lo piensa mejor y la cierra de golpe. Un músculo salta en su mandíbula cuando la aprieta con fuerza, pero no dice nada. Se limita a incorporarse y avanzar hacia la ventana.

Echa un vistazo en mi dirección y parece dudar unos instantes; sin embargo, toma una decisión y desaparece de mi vista.

Sé, pese a todo, que no se ha ido muy lejos. Según sus propias palabras, nunca se aleja demasiado. Me da la impresión de que nunca va a alejarse lo suficiente.



No sé cuánto tiempo pasa antes de que Dahlia y Nate lleguen, pero sé que pronto vendrán a buscarme para que cene con ellos, así que decido levantarme y enfundarme una sudadera para impedir que vean las heridas abiertas en mis muñecas.

No pasan más de cinco minutos, cuando la puerta se abre para revelar a mi tía, enfundada en una falda de tubo y un saco de vestir.

Su mirada me recorre de arriba abajo y sé que trata de verificar que me encuentro en una pieza. Hace eso desde aquella noche en la que todo el mundo creyó que traté de quitarme la vida.

—Trajimos *pizza* —dice, con una sonrisa amable pintada en los labios. Y eso es todo lo que necesito para saber que debo sentarme en la mesa con ellos; así no quiera comer. O hablar con nadie. O hacer otra cosa más que ahogarme en mi miseria.

Me las arreglo para regalarle una sonrisa y un asentimiento murmurado, antes de que se encamine hacia el comedor.

Es en ese momento, cuando tomo una inspiración profunda y me trago la ola de sentimientos encontrados que amenaza con azotarme. Me repito una y otra vez que puedo hacer esto; que no pasa nada si finjo que todo va bien durante unos minutos y, luego de unos segundos de inmovilidad, me echo a andar en dirección al comedor.

La cena transcurre sin muchas novedades. Nate y Dahlia tratan de hacerme hablar respecto a mi día, pero apenas logran arrancar un par de palabras de mi boca. No me pasa desapercibida la preocupación que se filtra en la mirada de mi tía, pero no tengo el humor suficiente como para fingir que me encuentro bien ahora mismo.

Después de media hora de silencio incómodo y charlas forzadas, soy libre de irme a mi habitación; pero decido no hacerlo. Por el contrario, me encamino directamente hacia el baño y abro el grifo de la regadera antes de desnudarme y meterme en la ducha.

El baño dura más de lo que espero, pero me siento bien. Mis músculos agarrotados parecen agradecer el contacto con el agua caliente; pero, con todo y el bienestar de mi cuerpo, nada es capaz de eliminar la sensación de pesar que se ha instalado en mi pecho.

El miedo se ha asentado como un nudo implacable dentro de mí y la sensación de estar a punto de vomitar no me ha abandonado desde la charla que tuve con Mikhail. Después de todo, él tenía razón: hubiese preferido no saber absolutamente nada y vivir en la oscuridad el resto del tiempo que me queda.

Al llegar a mi habitación, me dejo caer en la cama y me acurruco debajo de las sábanas. Algo helado se ha instalado en mi pecho y el

miedo se ha arraigado en mis venas. No sé por qué estoy tan asustada. Yo deseé desaparecer muchas veces antes. Deseé estar con mi familia. ¿Por qué tengo tanto miedo de morir ahora?...

Pego mis rodillas a mi pecho me abrazo a mí misma. Las lágrimas se agolpan en mis ojos una vez más, pero esta vez no trato de detenerlas. Pequeños sollozos lastimeros brotan de mis labios entreabiertos.

Estoy tan asustada. Tengo *tanto* miedo.

Alguien se detiene al pie de mi cama. Llegados a este punto, no me importa que me vean llorar. Si puedo ser honesta, no me importa nada ahora mismo.

Soy vagamente consciente de cómo el colchón cede con el peso de alguien. Trato de reprimir los pequeños quejidos que me asaltan, pero es casi imposible. Entonces, aparece en mi campo de visión.

Las sombras de la noche apenas me permiten distinguir la silueta de su cuerpo recostado a mi lado, pero *sé* que es él.

No dice nada. No se acerca. No trata de consolarme. Solo está aquí, recostado a mi lado, mientras me caigo a pedazos. Pese a eso, su presencia es reconfortante.

Una mano se eleva en la oscuridad y siento cómo la punta de sus dedos toca la humedad de mis lágrimas, pero se apartan tan rápido como llegan.

Uno de sus brazos se envuelve alrededor de mi cuerpo y tira de mí en su dirección. Su toque es cauteloso y calculado. Es como si le diera repulsión ponerme una mano encima. Como si no deseara tocarme en lo absoluto.

Lucho para liberarme de su agarre, pero este solo se hace más firme y fuerte. Golpeo y forcejeo una y otra vez, pero Mikhail no se mueve ni un centímetro. La frustración me envuelve y las lágrimas se intensifican y, entonces, dejo que el llanto se haga cargo. Dejo que mis dedos se cierran en puños en su camisa, y que susurre cosas en un idioma que no entiendo. Dejo que su barbilla descansa en la cima mi cabeza y que el alivio me invada en el momento en el que él pasea su mano de arriba abajo por mi espalda.

Dejo que el demonio me consuele, porque nada tiene sentido. Porque todo en lo que creía es una mentira. Porque todo para mí ha cambiado a partir de ahora.



## CONMOCIÓN

—¿Estás ignorándome? —la voz de Mikhail suena detrás de mí, mientras me abro paso entre la marea de cuerpos que trata de avanzar por el corredor del edificio escolar.

Yo, deliberadamente, me quedo callada mientras me escurro entre dos cuerpos para llegar a las escaleras.

—¡Bess! —la voz ronca detrás de mí envía un escalofrío por mi espina dorsal, pero me limito a continuar avanzando sin siquiera dignarme a echar una ojeada en su dirección—. Deja de comportarte así y al menos ten la decencia de decir que no quieres hablarme.

Me detengo en seco y me giro sobre mi eje, de modo que quedamos frente a frente.

—No quiero hablarte. Déjame tranquila de una maldita vez —escupo con irritación, al tiempo que lo miro a los ojos.

Un destello de ira se apodera de sus ojos y noto cómo su expresión se ensombrece debido a la oscura emoción.

—Cuida tu tono —la advertencia destila enojo y coraje.

—¿O qué? ¿Vas a lastimarme? —sonríó con amargura—. No lo creo.

Su mandíbula se aprieta con tanta fuerza, que noto cómo un músculo salta en su sien.

—Puedo hacerte cosas que no impliquen dañarte físicamente y lo sabes —sisea, casi en un gruñido—. Deja de jugar con fuego. No sabes con quién estás tratando.



—No te tengo miedo —digo, pero mi estómago se siente apretado y tenso, y mi corazón ha acelerado su marcha hasta alcanzar una velocidad dolorosa.

Una espesa y oscura ceja se alza con arrogancia y una pequeña sonrisa tira de las comisuras de sus labios.

—¿Quieres apostar? —el susurro ronco con el que habla me pone la piel de gallina y lo único que puedo hacer luego de eso, es sostener su mirada—. Escúchame bien, Bess: me importa una mierda si estás enojada o no por lo que te dije ayer. Tú pediste la verdad, ahora afróntala como se debe y deja de comportarte como si fueses una niña.

El nudo en mi garganta es tan grande, que no puedo pronunciar palabra alguna. No quiero que él se dé cuenta de cuán asustada estoy en este momento, así que me limito a mostrarle el dedo medio de mi mano derecha.

Una risa corta e irritada brota de los labios del chico frente a mí y niega con la cabeza.

—Eso es muy maduro de tu parte, Marshall —el sarcasmo tiñe su tono.

—Déjame en paz —escupo, al tiempo que sostengo su mirada—. No te quiero cerca de mí. Deja de perseguirme. No tengo el más mínimo y remoto interés en formar parte de tu retorcida historia. Prefiero morir y hacer que tú y los tuyos desaparezcan, a permitir que estés detrás de mí todo el tiempo y que todos aquellos que son como tú se preparen para una batalla que no deben ganar.

De pronto, la ira se apodera de sus facciones. De pronto, su expresión se transforma de un segundo a otro en una mueca cargada de coraje, enojo e indignación.

Su mandíbula está tan apretada, que temo que pueda quebrarla, y noto cómo su mano izquierda se cierra en un puño en un espasmo rápido y preciso. Todo su cuerpo irradia violencia y su espalda erguida lo hace lucir imponente e intimidante.

—No te equivoques, Cielo. —Su voz sale en un susurro ronco que suena más bien como un gruñido, y habla tan bajo que apenas soy

capaz de escucharlo—. Nada de lo que te han dicho a lo largo de tu miserable y patética vida es cierto. Esos seres a quienes ustedes, los humanos, veneran no son más que un puñado de ególatras hijos de puta que solo piensan en ellos mismos. Los ángeles son mucho peores que los demonios, Bess; y cuando te tengan en sus manos, no tendrán ni un poco de compasión. Van a deshacerse de ti y será de la forma más cruel y despiadada posible. Ellos disfrutan del sufrimiento de los inocentes como tú. Ellos odian a los de tu especie.

El terror se asienta en mis huesos con cada palabra que pronuncia y, de pronto, me falta el aliento.

—Mientes —mi voz sale en un susurro entrecortado.

Una sonrisa se dibuja en su rostro, pero esta no toca sus ojos.

—¿De verdad eres así de ingenua? —suelta, con desdén—. Ayer uno de ellos te atacó, ¿recuerdas? —Su sonrisa se ensancha—. Intentó aniquilarte. Y créeme: no será el único que va a intentarlo. Te quieren muerta, así como quieren muertos al resto de los Sellos y al resto de los seres humanos. Los ángeles lo único que desean es acabar con la humanidad porque están celosos de su libre albedrío y de la condescendencia que tiene El Creador con ustedes —la crudeza con la que me habla hace que me encoja en mi lugar—. Deja de ser una idiota y comprende que debo mantenerte a salvo.

No puedo hablar. No puedo decir una sola palabra porque mi cuerpo entero está paralizado por el miedo. Me niego a creer en lo que dice. Me rehúso a pensar que los ángeles son así de crueles y despiadados.

—Debes entender que esto no es algo que esté en tus manos controlar. —El tono duro en la voz de Mikhail se ha suavizado un poco. Lo suficiente como para hacer que una punzada de dolor me atravesase el pecho—. No estoy aquí para torturarte. Mucho menos estoy aquí para traerte problemas. Lo único que quiero hacer es mantenerte a salvo. Házmelo fácil y háztelo fácil a ti misma. Me necesitas tanto como nosotros te necesitamos a ti; así que, por favor, deja de actuar como si tuvieses cuatro años.

Niego con la cabeza una y otra vez.

Estoy aturdida, agotada y aterrorizada. Pasé la noche entera dándole vueltas al motivo por el cual todas esas cosas extrañas que han estado ocurriendo a mi alrededor. Pasé la noche entera ahogándome en el pánico que me ha causado enterarme de que seres que ni siquiera sabía que existían están tratando de matarme.

Todo es tan surreal, que apenas puedo creerlo. Todo es tan abrumador, que sigo sin comprender una mierda acerca de lo que está pasando. Lo único de lo que estoy segura hasta ahora, es de que no quiero formar parte de ello. Mucho menos quiero creer en lo que el demonio ha dicho, porque no soy nada más que una chica común y corriente. Una que nunca ha sido especial en nada. Una que no suele destacar en ningún ámbito.

De todas las personas existentes en el mundo, yo, Bess Marshall, soy la menos indicada para llevar el peso de toda esta mierda sobre los hombros.

—Solo mantente lejos de mí —el temblor en mi voz delata cuán aterrorizada me encuentro, pero Mikhail no parece notarlo.

—Bess... —comienza a hablar, pero yo ya me he girado sobre mis talones y he comenzado a avanzar.

Una palabrota proveniente de sus labios es lanzada al aire, pero continúo con mi caminar apresurado. Necesito alejarme de él. Necesito procesar toda la información nueva, para así poder hacerme a la idea de que, tarde o temprano, voy a morir a manos de un ser sobrenatural. Necesito poner en orden todos mis pensamientos, para así decidir qué es lo que realmente quiero hacer.

No puedo creer en la palabra de un demonio. No puedo quedarme con la versión de un ser que es descrito como la maldad personificada... ¿O sí?

Hago caso omiso a su voz llamándome. También ignoro las miradas curiosas que nos lanzan los alumnos que transitan por las escaleras por donde avanzamos. Trato de ignorar, también, las sonrisas burlonas que un puñado de chicas nos dedica cuando llegamos al piso inferior, pero es lo único que necesito para saber que debe parecer como si estuviésemos teniendo una discusión de pareja.

Estoy a punto de entrar a la cafetería, cuando la voz de Emily llega a mis oídos. Ha gritado mi nombre y apenas he tenido tiempo de detenerme antes de ser atacada por uno de sus abrazos asfixiantes.

La sensación de alivio que me invade en ese momento es más allá de lo gratificante. Ems es lo único que es normal y familiar en mi vida ahora mismo.

Ella se aparta para mirarme y su ceño se frunce ligeramente cuando nota mi expresión. No estoy muy segura de cómo es que me veo ahora mismo, pero la preocupación en sus facciones me hace saber que, seguramente, luzco como si estuviese a punto de echarme a llorar.

—¿Estás bien? —la preocupación tiñe el tono de su voz.

Un asentimiento rápido es lo único que puedo darle antes de notar cómo mira un punto por encima de mi cabeza. De pronto, el entendimiento parece asentarse en sus facciones.

—¿Qué le has hecho? —el tono reprobatorio que Emily utiliza, casi me hace sonreír—. ¡Estabas haciéndolo bien! ¡Ya *casi* me agradabas!

—Bess, por favor —Mikhail habla, al tiempo que ignora a Ems—, necesitamos hablar de esto.

Me giro sobre mis talones para encararlo una vez más y debe ver algo grave en mi expresión, ya que, de pronto, luce aturdido.

—Déjame sola —digo, en un susurro tembloroso y noto cómo sus ojos se oscurecen varios tonos—. *Ahora*.

Luce como si alguien hubiese estrellado una puerta en su cara justo en ese instante. No mueve ni un solo músculo del cuerpo y un destello de algo que no puedo reconocer brilla en su mirada. Entonces, noto cómo su rostro comienza a enrojecerse. No estoy muy segura, pero casi me atrevo a apostar que es debido al coraje que lo invade.

Un asentimiento brusco es dirigido hacia mí antes de que, sin decir una sola palabra, se gire sobre sus talones y avance en dirección contraria a donde mi amiga y yo nos encontramos.

Una punzada de remordimiento me atenaza el pecho, pero me las arreglo para apartar la vista del punto en el cual ha desaparecido de

mi vista.

—¿Quieres hablar sobre esto? —Emily pregunta con cautela y yo niego con la cabeza.

—Ahora no, Ems —digo, con un hilo de voz—. Por favor, ahora no.



—Me preocupo por ti, Bess —la voz de Emily inunda mis oídos e irrumpe el silencio en el que se ha sumido el reducido espacio en el que nos encontramos.

El aire dentro del vehículo se siente asfixiante y pesado. El día de hoy ha sido un completo infierno. No he podido mantener la compostura y me he quebrado justo a mitad de la clase de química. Fue bastante vergonzoso tener que abandonar el aula temblando de ansiedad después de haber tenido una crisis nerviosa delante de todo el mundo.

Mis ojos aún arden debido a la hinchazón provocada por el llanto y el nudo en mi garganta se aprieta cuando la escucho hablar.

—Estoy bien —aseguro, pero mi voz es un hilo débil y tembloroso.

Ems no dice nada, se limita a mantener su vista fija en la calle, con los dedos aferrados al volante.

—Debes dejar de decir que estás bien cuando no lo estás —dice, tras un largo silencio—. Debes dejar de mentirme y decir que tienes pequeños accidentes con cuchillos cuando en realidad has intentado quitarte la vida. —Mi vista se vuelca hacia ella a toda velocidad y mi estómago cae en picada cuando noto las lágrimas que se asoman en sus ojos. De pronto, gira su rostro para mirarme y susurra—: ¿Acaso creías que no iba a enterarme? ¡Dios! Bess, esto está saliéndose de control. No puedes fingir que te encuentras a la perfección cuando todos sabemos que no es así. Dahlia está preocupada por tu bienestar... —Traga duro—. ¡Yo lo estoy, maldita sea! —niega con la cabeza—. Creí que estabas llevándolo bien —una sonrisa amarga se apodera de sus labios—; creí que eras capaz de sobrellevar todo lo que ocurrió, pero no es así. Y no está mal que sea de esta manera.

*¡Jesús!* ¡Perdiste a toda tu familia en un accidente! ¡Los viste morir uno a uno! ¿Cómo diablos se supera algo como eso?... —Estoy llorando. No sé en qué punto comencé a hacerlo, pero no puedo detener el torrente incontenible de emociones que amenaza con desmoronarme—. Estás en todo tu derecho de sentirte mal, de no querer levantarte en las mañanas; de querer desaparecer para olvidarlo todo y no volver a saber de absolutamente nadie. Tienes todo el puto derecho, Bess. —Su voz se quiebra ligeramente—. No te empeñes en hacerle creer a todos que estás bien porque, si tú no hablas... —Ella también llora, pero no se detiene—. Si no le dices a nadie cómo te sientes en realidad, no podemos ayudarte. Nadie puede hacer nada por ti, ¿entiendes? Necesitas ser honesta y hablar con la verdad. Por favor, Bess. *Por favor.*

Mi vista se desvía y se clava en el suelo del viejo coche. Un sonido lastimero brota de mis labios debido al llanto que no he podido controlar y aprieto los puños con fuerza porque esto duele. Duele como nunca nada ha dolido. Duele porque Emily ha pasado todo este tiempo fingiendo que no sabe nada de lo que ocurrió, cuando en realidad lo sabe todo. Sabe lo que pasó hace unas semanas y que no me encuentro bien, y eso me quiebra de modos que ni siquiera yo misma comprendo.

—E-Estoy volviéndome loca, Ems. —Mi voz sale en un sollozo entrecortado—. Ya no puedo más con esto. Ya no quiero seguir de este modo, y al mismo tiempo le tengo tanto miedo a la muerte... —Niego con desesperación—. Soy *tan* cobarde que no soy capaz de acabar con todo de una maldita vez; aun cuando lo deseo con toda mi alma.

De pronto, unos dedos se envuelven alrededor de mi muñeca y el dolor estalla y quema en mis extremidades. Un grito ahogado brota de mis labios, pero Emily está tan concentrada en la tarea de tirar de mí en su dirección, que ni siquiera se percata de que la herida está abierta de nuevo.

Entonces, sin darme tiempo de protestar o decir cualquier otra cosa, me encuentro envuelta en un par de delgados y cálidos brazos.

—No vuelvas a decir eso, Bess Marshall. —La ira que percibo en el tono de su voz es casi tan intensa como el temblor de su cuerpo—. No te atrevas a decir que quieres morir. No cuando me tienes a mí en tu vida. Mi madre te ama como si fueses su propia hija. Le partiría el corazón perderte. ¡Dios!, yo te quiero tanto que no sé qué diablos habría sido de mí si tú hubieses muerto en aquel accidente.

En ese momento, mis brazos se envuelven alrededor de Emily y, sin decir una palabra, me permito llorar. Permito que todo el miedo, la incertidumbre y el pánico se apoderen de mí durante unos instantes.

Una vez que las lágrimas ceden, me siento un poco más tranquila. El alivio que siento en este momento es lo más gratificante que he tenido en semanas y no puedo evitar querer retener esta sensación de tranquilidad que me ha invadido.

—Promete que hablarás conmigo cuando te sientas mal —dice Emily, mientras abro la puerta del auto para marcharme.

Una sonrisa débil se dibuja en mis labios y asiento lo mejor que puedo.

—Prometo que trataré de hacerlo —digo, porque no quiero comprometerme a hacer algo que no sé si podré cumplir.

La mirada de mi amiga está teñida de preocupación y angustia, pero se las arregla para sonreír.

—Te veo mañana, pequeña idiota —dice.

—También te quiero, Ems —mi sonrisa se siente un poco más amplia y ella imita mi gesto.

—Ve con cuidado —dice y, finalmente, salgo del coche antes de echarme a andar por la calle vacía.

No tengo que caminar más de treinta pasos para llegar a la entrada del edificio donde vivo. Emily se ha tomado la molestia de dejarme en la acera de enfrente, así que no debo avanzar en solitario mucho tiempo.

Al llegar al apartamento, lo primero que hago es lanzar mi vieja mochila en uno de los sillones que adornan la sala. El aroma a esencia de pino que despide todo el lugar me hace saber que la mujer que hace el aseo ha venido esta mañana.

Sin perder el tiempo, me encamino hasta mi habitación y, en el instante en el que pongo un pie dentro, lo noto.

La piel de mi nuca se eriza de un segundo a otro y un escalofrío me recorre en un instante. La sensación viciosa y enferma de sentirme observada, hace que todo mi cuerpo se tense en respuesta y un grito se construye en mi garganta.

—¿Mikhail? —la palabra sale de mis labios en un susurro tembloroso y asustado, pero no puedo evitarlo—. ¿Estás aquí?

Nada ocurre. El silencio es lo único que obtengo como respuesta a mi pregunta y, sin más, me siento más allá de lo aterrorizada. No sé por qué lo hago, pero no puedo evitarlo. Se siente como si mi habitación hubiese sido perturbada por la presencia de alguien. Como si alguien hubiese invadido mi espacio y hubiese cambiado algo en él.

Todo luce exactamente igual, pero no puedo apartar de mi pecho la sensación de que hubo alguien en este lugar no hace mucho tiempo.

—Mikhail, esto no es gracioso... —digo, y el tono de mi voz es ronco e inestable.

Avanzo con lentitud hasta mi cama e inspecciono el espacio una vez más. Todo mi cuerpo se siente tenso y en guardia, pero me obligo a relajarme en medida que reviso cada parte del cuarto. Trato de mantener a raya el puñado de emociones que me invaden, pero la sensación de que algo no marcha como debería aún no se va. Ni siquiera ha disminuido un poco.

«Debes tranquilizarte», digo, para mis adentros, mientras inhalo una bocanada de aire.

Entonces, giro sobre mis talones dispuesta a marcharme de aquí y dar por terminado mi ataque de paranoia.

Un grito brota de mis labios con tanta fuerza, que bien podrían haberlo escuchado tres pisos abajo. La imagen repentina del chico de cabello oscuro, piel marmórea y ojos grises que aparece delante de mí, hace que todo el aliento se esfume de mis pulmones y el pánico me acalambre el cuerpo.



—¡Infiernos, Bess! ¡Respira! —la voz de Mikhail invade mis oídos, pero ni siquiera puedo mirarlo.

Estoy en el suelo alfombrado de la habitación, mientras lucho contra el ataque respiratorio que trata de asfixiarme. Rebusco mi inhalador en los bolsillos de mis vaqueros con tanta torpeza, que doy lástima.

Cuando logro localizar el aparato, lo coloco entre mis labios y presiono el botón que libera el medicamento, antes de sentir cómo mi respiración vuelve a la normalidad poco a poco.

—¿Es que siempre tienes que aparecerte de este modo?! —medio grito, al cabo de unos instantes—. ¡Me has sacado un susto de mierda!

—¡Tú me llamaste! —la mirada exasperada que me dedica solo hace que mi coraje aumente considerablemente.

—¡No lo hice!

—¡Por supuesto que lo hiciste! ¡Dijiste mi maldito nombre y vine a ti!

—¡Pero no tenías que aparecerte de este modo! ¡Joder! ¡Casi me matas del susto! —chillo, al tiempo que me incorporo. La ira sin sentido que me invade es tan cegadora, que no puedo detener el torrente de palabras que se arremolinan en mi lengua—: ¡Y deja de meterte en mi habitación sin mi permiso que me pone los nervios de punta! ¡¿Qué has movido?!

—¿De qué mierda estás hablando?

—¡Has estado en mi habitación! ¡Puedo sentir que algo has hecho en este lugar!

—Yo no he estado en este lugar desde esta mañana. He estado siguiéndote el culo todo el día, como todos los días desde hace meses —suelta, con irritación.

Una risa carente de humor me asalta.

—¡Sí! ¡Claro! —escupo, con sarcasmo—. ¡¿Acaso crees que soy estúpida?!

Las cejas de Mikhail se alzan con condescendencia.

—¿Tengo que responder a eso? —dice y otro destello de ira se arremolina en mis venas.

—¡Vete a la mierda!

Entonces, todo ocurre tan rápido, que apenas puedo procesarlo.

Mi cuerpo se estrella contra la pared más cercana, pero el impacto no es doloroso; mis manos han sido inmovilizadas encima de mi cabeza y aliento tibio golpea mi mejilla derecha.

El cuerpo de Mikhail está pegado al mío y me inmoviliza de un modo tan íntimo, que en lo único en lo que puedo pensar, es en la forma en la que su abdomen firme se siente contra el mío blando.

Mis ojos se encuentran cerrados y mi rostro está ligeramente inclinado hacia a un lado, de modo que él puede respirar casi sobre mi cuello.

—Estás colmándome la paciencia —el siseo ronco que brota de sus labios me pone la piel de gallina. Su respiración golpea un punto junto a mi boca y los músculos de mi cuerpo se sienten débiles e inestables debido a su cercanía.

Soy plenamente consciente de la presión que ejerce su cuerpo contra el mío y del aroma que despide su cuerpo. No huele a nada que haya percibido antes. Es fresco, salvaje, terroso.

Nunca en mi vida había olido algo así de embriagante. Así de... *agradable*.

—Suéltame —digo, casi sin aliento. Me siento acobardada por la posición en desventaja en la que me encuentro; pero, con eso y todo, me obligo a mirarlo a los ojos.

Hay algo intenso y peligroso en su mirada, pero no tengo miedo en lo absoluto. No cuando hay algo en su expresión que lo hace lucir casi amable.

—Mikhail, suéltame —pido, con la voz temblorosa.

En ese momento, noto cómo su vista se desvía hacia mi boca durante una fracción de segundo.

—¿Sabes?... —susurra, con la voz enronquecida—. Nunca he besado a una humana.

—¿Qué?

Una sonrisa arrebatadora se desliza en sus labios y mi corazón da un vuelco furioso cuando reparo en el pronunciado hoyuelo de su mejilla derecha.

—Dije... —se acerca un poco más, de modo que nuestras narices se rozan—, que nunca he besado a una humana.



## IRRITANTE

—Eso es mentira —mi voz sale en un hilo tembloroso y débil.

La cercanía del demonio más que perturbarme, me... abruma.

Cuando tienes a un ser de su naturaleza cerca, esperas que sea la situación más horrorosa y traumatizante de tu existencia, pero la realidad es que no lo es.

Tener el cuerpo de Mikhail pegado al mío, es una experiencia no precisamente desagradable. Tener su boca a tan pocos centímetros de la mía, hace que mi corazón se sienta como si pudiese salir de mi caja torácica. Sentir su aliento cálido golpeando contra mi boca, hace que todo pensamiento coherente se drene fuera de mi cabeza.

El demonio luce encantado con el efecto que tiene su cercanía y quiero golpearlo hasta que esa sonrisa cargada de suficiencia que lleva en los labios desaparezca.

—Por supuesto que no lo es —dice, casi en un murmullo. La diversión tiñe su mirada, pero se limita a ladear la cabeza ligeramente con curiosidad. El movimiento hace que mi cuerpo se tense en respuesta. Es como si, de manera inconsciente, estuviese esperando a que acortara la distancia que nos separa.

«¡Estúpida! ¡Estúpida! ¡Mil veces estúpida!».

—Te vi besar a una chica en la fiesta en casa de Phil Evans —me las arreglo para pronunciar a través de la oleada de ansiedad que me

invade.

Su ceño se frunce un poco y luce como si realmente no supiera de qué estoy hablando.

Le toma unos instantes atar cabos en su cabeza y casi puedo notar en sus facciones el momento exacto en el que recuerda a la chica. El destello de satisfacción que invade su rostro es todo lo que necesito para darme cuenta de que sabe de qué hablo.

—Oh... —dice, pero su tono es desdeñoso y aburrido—. Lo había olvidado —se encoge de hombros y añade—: No fue un beso memorable.

—Como sea... —mascullo, incapaz de apartar de mi cabeza la horrible sensación de que, si llega a besarme, va a olvidarlo con la facilidad con la que olvidó el beso con aquella chica—¿Quieres soltarme? —trato de sonar enojada, pero no lo consigo del todo.

—No. —Una sonrisa se desliza por sus labios—. Todavía quiero saber qué se siente besar a una chica estigmatizada. Tengo la teoría de que comenzarás a retorcerte y a gritar cosas sucias en latín.

—Eres un idiota —siseo, y el enojo que siento hace que la ansiedad previa disminuya considerablemente.

—Y tú eres un dolor en el culo —su sonrisa se ensancha—, pero mírame aquí, atrapado en la tediosa tarea que supone cuidarte —un suspiro de fingido pesar brota de sus labios, al tiempo que niega con la cabeza—. Si te sirve de consuelo, yo tampoco me siento bien a tu alrededor.

—Te juro por Dios que, si no me sueltas, voy a golpearte tan fuerte que te sacaré el cerebro por los orificios nasales —trato de sonar autoritaria y molesta, pero apenas si logro controlar el sonido de mi voz.

Genuina diversión invade su rostro y casi me atrevo a jurar que está a punto de echarse a reír a carcajadas.

—Quizás puedas arrancarme el labio inferior de una mordida —se burla—. No me opondré en lo absoluto si deseas intentarlo.

Forcejeo para intentar liberarme de su agarre, pero el dolor que quema en mis muñecas me impide hacerlo. El coraje aumenta poco a

poco, pero me las arreglo para mantenerlo a raya mientras me retuerzo para librarme de él.

—¡Déjame ir! —suelto, con exasperación, cuando noto que no voy a poder hacer que me suelte, y una sonrisa socarrona se extiende en sus labios.

Sus ojos se posan en mi boca una vez más y siento cómo barren su camino hasta encontrar los míos. La tormenta de tonalidades grises y azules que me observa a detalle me pone la carne de gallina de un segundo a otro. No me pasa desapercibido el aro dorado que rodea su pupila, ni los destellos ambarinos que motean sus irises.

Los ojos de Mikhail son los más impresionantes que he visto en mi vida. Muy a mi pesar, son los más hermosos que he tenido la oportunidad de observar.

—Eres dulce cuando forcejeas. Casi me haces querer soltarte un poco para que creas que ganas un poco de terreno —dice y me siento más allá de lo ofendida.

—¡Vete al demonio! —escupo.

—No tienes idea de lo irónico que es que me mandes al demonio —se burla—. Tomando en cuenta que soy uno.

—¡Eres detestable! —chillo, mientras pataleo para liberarme de él.

—Y tú encantadora, Cielo —me guiña un ojo y se aparta de mí con lentitud—, pero mi interés por ti ha terminado.

Con aire perezoso se encamina hasta mi cama y se deja caer con pesadez antes de entrelazar sus dedos, y colocarlos detrás de su cabeza en una pose desgarbada y relajada.

—¿Quieres levantarte de ahí? —escupo, con irritación.

—No.

—Estás en mi habitación.

—Tú me invitaste a entrar —arquea una ceja con arrogancia.

—¡Yo no te invité a entrar!

—Dijiste mi nombre.

—¡Esa no es una invitación para entrar!

—Debes saber que los demonios estamos atados a nuestro nombre —su postura sigue siendo despreocupada mientras habla, pero hay

un filo tenso en su voz.

—¿A qué te refieres con eso?

Esta vez, se toma unos instantes antes de responder.

—Me refiero a que puedes hacer que un demonio haga lo que te plazca —dice, finalmente—, siempre y cuando conozcas su nombre real.

Un recuerdo de esta mañana me invade.

Ese en el que él me deja a solas con Emily después de una —no muy madura— discusión. Vi la resistencia que ponía su cuerpo porque era claro que no quería marcharse, pero aun así lo hizo.

—Mikhail, vete de mi habitación —pruebo, pero lo único que consigo es una mirada cargada de irritación e incredulidad.

—¿De verdad crees que ese es mi verdadero nombre? —sus cejas se alzan con condescendencia—. No soy tan estúpido como para ir por ahí diciéndole mi nombre a cuantas humanas bonitas se me ponen enfrente.

«¿Acaba de decir que soy bonita?».

Mis brazos se cruzan sobre mi pecho, mientras empujo ese pensamiento idiota lejos.

—En la escuela me obedeciste —digo, con el ceño fruncido debido a la confusión—. Cuando te pedí que te fueras lo hiciste. ¿Fue porque querías hacerlo, entonces? ¿Te marchaste por voluntad propia?

—Lo hice porque lo creí conveniente —su vista se posa en el techo—. No quería que armaras una escena con llanto y todo.

La irritación es cada vez más insoportable.

—Eres un idiota.

—Gracias.

Un bufido exasperado brota de mi garganta y me limito a negar con la cabeza antes de encaminarme hacia afuera de la reducida habitación hasta llegar a la sala.

Al cabo de unos minutos, Mikhail —o cual sea que sea su nombre real— aparece en mi campo de visión.

Su cabello revuelto lo hace lucir como si acabara de tomar una siesta, cuando en realidad solo se ha acostado en mi cama durante

unos minutos.

—¡Dios! —suelto, mientras me dejo caer en el sillón—. ¿Es que acaso no puedo estar sola un segundo?

—No bajo mi cuidado —dice y se deja caer a mi lado, mientras que alcanza el control remoto del televisor.

Una inspiración profunda es inhalada por mi nariz y aprieto la mandíbula antes de arrebatarse el aparato de sus manos.

—¡Oye! —se queja, pero ya he encendido la televisión.

Entonces, sin siquiera poner atención a sus quejas, me encargo de sintonizar un canal donde una chica habla con otra acerca de cómo hacer funcionar las relaciones amorosas.

—¿Estás tratando de torturarme? —dice, con incredulidad.

—¿No te interesa cómo hacer que tus relaciones afectivas mejoren con base en la comunicación? —parafraseo el pequeño recuadro que aparece en la pantalla justo debajo del rostro de la mujer que no para de hablar.

Los ojos de Mikhail se entrecierran y me mira como si quisiera arrebatarse el mando de mis manos para no devolvérmelo nunca.

—Preferiría mirar un documental de dos horas acerca de esos animales marinos que parecen rocas.

—Ostiones.

—Me entendiste —se enfurruña en su lugar y reprimo una sonrisa.

No estoy poniendo atención a las dos mujeres que hablan del otro lado de la pantalla; pero, de todos modos no cambio el canal. No voy a darle al demonio el gusto de saber que yo también estoy muriendo del aburrimiento con la charla que mantienen acerca de cómo puedes reavivar la pasión en tu relación amorosa.

Al cabo de unos minutos, Mikhail se pone de pie y se encamina hacia mi habitación.

—¿A dónde crees que vas? —le llamo desde donde me encuentro y él me mira por encima del hombro.

—Tu tía viene llegando —dice como única explicación y continúa su camino hasta que desaparece por la puerta.



Dos segundos después, el sonido del cerrojo de la puerta inunda mis oídos.

Dahlia aparece en mi campo de visión y se congela de inmediato cuando me mira sentada en el sofá para dos personas con el televisor encendido. Luce sorprendida, pero no la culpo. No suelo salir mucho de mi habitación. Sé que tenerme aquí ahora mismo debe ser algo bastante extraño.

—Hola —dice, con cautela y esboza una sonrisa vacilante.

Yo le regalo un movimiento de cabeza y una sonrisa tensa. No estoy muy segura de qué decir ahora mismo.

—¿Qué tal el trabajo? —me las arreglo para preguntar.

Ella me mira como si me hubiese salido un pezón en la frente.

—Todo en orden. ¿Tienes hambre? —responde, con cautela y diversión.

—Sí —miento y su sonrisa toma fuerza.

—Voy a preparar la cena. ¿Quieres algo en especial?

Me encojo de hombros.

—Lo que sea está bien. ¿Quieres que te ayude un poco?

La sonrisa de Dahlia es tan grande ahora, que temo que pueda partir su cara en dos.

—¡Claro! —suena más entusiasmada de lo que espero—. Preparemos la cena juntas.

Entonces, sin muchas ganas de hacerlo, me levanto del sofá y la sigo hasta llegar a la cocina.



Mi vista pasea con lentitud sobre los volúmenes gruesos y viejos de la sección de la biblioteca pública de Los Ángeles, donde se encuentran los libros que hablan acerca de religión.

No estoy segura de qué es lo que voy a encontrar aquí, pero espero que sea algo de utilidad. No espero encontrarme con *La Llave Menor de Salomón*. Mucho menos espero que *El Libro de Enoc* aparezca

mágicamente frente a mis ojos; pero, aun así, guardo la esperanza de poder encontrar algo de información acerca del apocalipsis.

He pasado días enteros tratando de descifrar *El libro del Apocalipsis* de la Biblia; sin embargo, apenas si he podido comprender algunas cosas de las que habla.

Hace mucho tiempo, le escuché decir a un sacerdote que, para comprender la Biblia, había que estudiarla y desglosarla pieza por pieza. Había creído que era pura fanfarronería, pero ahora entiendo de qué hablaba. Es un verdadero arte aprender a darle la interpretación correcta.

Mi vista se desliza hacia la siguiente estantería y avanzo mientras leo título tras título. Eventualmente, me detengo e inspecciono un texto que creo que va a servirme, pero lo devuelvo a su lugar cuando me doy cuenta de que es un análisis extenso de *Los Cuatro Evangelios*.

Un suspiro cansado brota de mis labios, al tiempo que amarro mi cabello en una coleta alta. Es una tarde especialmente calurosa, así que me siento un poco abochornada.

Mi búsqueda continua durante un largo rato, pero, con cada segundo que pasa, me siento más y más derrotada, malhumorada y estúpida. No puedo creer que no sea capaz de encontrar nada de utilidad. No puedo creer que esto esté ocurriéndome a mí.

Una parte de mí aún se niega a creer que todo esto esté pasando. Si no fuese por el hecho de que todos en el aula son capaces de ver a Mikhail, creería que he perdido la cabeza por completo. Creería que todo este asunto del demonio, el apocalipsis, los Sellos y los Estigmas, son producto de mi imaginación.

—¿Vas a llevarte eso? —una voz ronca habla detrás de mí y me giro con brusquedad para encarar a la persona que ha osado a espantar el alma fuera de mi cuerpo.

Un chico de cabellos rubios y rizados, ojos castaños, y aspecto desgarrado y descuidado, me observa con aire curioso. Una sonrisa tímida se dibuja en su boca en ese momento y, sin más, sus ojos se posan en mis manos. Es entonces cuando me percató de que sostengo un libro entre los dedos.

Ni siquiera me molesto en leer el nombre cuando lo extiendo hacia él.

—No —mascullo débilmente—. Tómalo si quieres.

Él acepta mi ofrenda y me regala una sonrisa amable.

—Luces algo perdida, ¿necesitas ayuda?

La vergüenza invade mi torrente sanguíneo y siento cómo el calor se apodera de mi rostro mientras desvío la vista hacia una de las estanterías.

—Yo... —Me aclaro la garganta—. Estoy bien.

—Tranquila. —El chico suena amable, pero divertido—. Conozco cada rincón de esta sección.

Mi vista se posa en él en ese instante.

—Mi religión me exige el estudio de la palabra —explica, luego de notar la confusión en mi rostro y un destello avergonzado acompaña su voz—. ¿Qué estás buscando?

Dudo unos instantes. No suelo interactuar mucho con chicos. En realidad, es muy extraño que yo hable con alguien del sexo opuesto, y no porque no me gustaría intentarlo, sino porque soy socialmente incompetente.

La última vez que intenté conversar con un chico acerca de algo, terminé hablando sobre el episodio más traumatizante de mi vida: el accidente en el que murió toda mi familia.

El tipo me escuchó con incomodidad todo el tiempo, pero no se fue hasta que terminé de contar mi relato. El morbo pudo más que el repelús que sentía hacia mí.

—Estoy... —Mi voz tiembla ligeramente y me detengo para inhalar profundo—. Busco *El Libro de Enoc*.

La expresión del chico pasa de la amabilidad a la sorpresa genuina.

—¿Por qué buscas *El Libro de Enoc*? —sus ojos se entrecierran, pero su expresión sigue siendo amable.

—En realidad busco algo que hable sobre demonios, el apocalipsis y esas cosas —mascullo y siento cómo el rubor se intensifica.

El chico parece un poco confundido durante unos segundos, pero, cuando se recupera, se vuelve hacia la estantería.

Sus ojos se pasean a toda velocidad por las hileras de libros hasta que localiza lo que busca. Entonces, tira de un gran volumen que se encuentra acomodado un par de pies sobre nuestras cabezas.

El libro no luce tan antiguo como espero, pero es grueso y pesado.

—Su nombre es *Pseudomonarchia Daemonum*. Dicen que fue la inspiración para la creación de *La Llave Menor de Salomón*; pero este último, claro está, es más famoso. —La explicación sale de los labios del chico a toda velocidad. Suena como si temiera ser descubierto por alguien, o como si el tema le gustara al grado de robarle muchas horas de sueño—. Aquí podrás encontrar información acerca de alrededor de setenta demonios. Desde nombres, hasta posición o comportamiento.

Mi corazón da un vuelco furioso, pero me las arreglo para mantener mi expresión tranquila.

—¿Qué hace un libro como este en una biblioteca pública? —mi voz sale en un susurro.

El chico se encoge de hombros.

—Supongo que la gente le ha perdido el respeto a este tipo de lecturas y ya no las atesora como antes —dice—. Ojalá que encuentres lo que buscas. Esta es una traducción, así que no sé qué tanto de la información original haya sido respetada.

La emoción canta en mis venas mientras reprimo el impulso que tengo de pasar las páginas y comenzar a leer.

—Muchas gracias —digo, con un hilo de voz y alzo la vista para encararlo.

—*El Libro de Enoc* es más probable que lo encuentres en internet —el chico sonrío, con nerviosismo—. No he visto copias en físico en ningún lado.

—¿Las versiones de internet son fiables?

Se encoge de hombros una vez más.

—Supongo que no son versiones fieles a la real, pero pueden servirte para conocer un poco acerca de lo que trata el libro original.

Una sonrisa eufórica se apodera de mis labios y el chico sonrío conmigo.

—Soy Bess Marshall —digo, y no sé por qué lo hago. Supongo que me siento con el deber de compartirle mi nombre a un completo desconocido porque me ha ayudado.

—Mason Harris —extiende su mano en mi dirección y la estrecho con más fuerza de la que debería.

—Gracias por ayudarme —suelto, con más entusiasmo del que me gustaría, pero él sonríe ante mi emoción burbujeante.

—No hay nada qué agradecer —me guiña un ojo y algo aletea en mi pecho.

Estrujo en mi cabeza por algo más que decir, pero nada viene a mí. Aún no quiero irme, pero si no lo hago, el silencio se transformará en uno incómodo y toda la magia repentina terminará.

No estoy lista para volver a ser la chica de los Estigmas que es perseguida por un demonio. Deseo con todas mis fuerzas tener un momento de normalidad, pero sé que debo irme antes de que piense que soy una completa tonta por no saber qué responderle.

Me aclaro la garganta.

—Debo irme —no quiero sonar decepcionada, pero lo hago.

No me atrevo a apostar, pero podría jurar haber visto un destello decepcionado en su mirada.

—De acuerdo —asiente con torpeza y yo le devuelvo el gesto. Entonces, me giro sobre mis talones y me echo a andar por el pasillo alfombrado.

—¡Oye! —su voz llega a mí más alta de lo que espero y alguien chista para hacerlo callar. Pareciera que ha olvidado que se encuentra en una biblioteca.

La vergüenza invade sus facciones y noto cómo su piel clara se enrojece debido al bochorno, pero de todos modos acorta la distancia que nos separa.

—¿Sí? —hablo casi en un susurro, cuando lo tengo cerca.

—¿Puedo invitarte a tomar algo alguna vez? —el rubor en su rostro se intensifica en el instante en el que habla y puedo sentir cómo mi cuello se enrojece también—. Para ayudarte con tu proyecto de investigación, quiero decir.

—¡Claro! —mi voz suena temblorosa e inestable.

Mason sonríe y extiende su teléfono hacia mí. Con dedos temblorosos tecleo mi número y se lo entrego de vuelta para que él termine el procedimiento de guardado.

Una vez que lo ha hecho, me regala una sonrisa tímida.

—Te llamaré en estos días —anuncia y la emoción hace cosas extrañas en mi estómago.

—Lo esperaré —sueno como una completa ridícula, pero a él no parece importarle.

—Ojalá que encuentres lo que buscas en ese libro —dice, y yo asiento.

—Eso espero —sonríó—. Debo irme. Nos vemos después.

—Dalo por hecho.

Entonces, me giro sobre mis talones y me echo a andar por el ancho corredor que da hacia las escaleras.

Una vez que salgo del campo de visión de Mason, hago un pequeño baile silencioso.

—Ahora comprendo. Te gustan los *nerds* —la voz de Mikhail hace que un grito de puro terror brote de mis labios.

Decenas de miradas irritadas se posan en mí y la vergüenza me invade por completo.

—¡Por el amor de Dios! —siseo en su dirección, después de murmurar un montón de disculpas—. ¡Deja de aparecer de esta manera!

—«¿Puedo invitarte a tomar algo alguna vez?» —Mikhail hace caso omiso de mi reclamo y hace una muy mala —en realidad muy buena — imitación de Mason y suelta una risita burlona, ignorando a las personas que nos observan con aire reprobatorio—. El tipo es un completo estúpido.

—Cierra la boca —mascullo, mientras avanzo hasta el escritorio del bibliotecario.

—Escuálido, debilucho, torpe, religioso de mierda... —Mikhail enlista y el hombre detrás del escritorio lo mira con curiosidad—. Bess, nunca creí que diría esto, pero no te conformes con alguien así.

Ignoro su comentario al tiempo que le entrego el libro al hombre para que lo registre en mi tarjeta de la biblioteca y pueda llevármelo a casa.

El hombre teclea en su computadora un par de veces antes de entregarme el volumen y dedicarme una sonrisa débil.

—Gracias —digo, en voz baja y me apresuro a la salida.

Mikhail camina detrás de mí sin poner atención a las miradas que aún son dirigidas hacia nosotros. No ha dejado de enumerar una cantidad ridícula de razones por las cuales no debería salir con un tipo como Mason, pero lo ignoro lo mejor que puedo mientras avanzamos por las atestadas calles de la ciudad.

## ROCE

Sé que Mikhail está mirándome.

Puedo sentir sus ojos clavados en mi nuca y me siento intimidada y un tanto indignada de que sea capaz de hacerme sentir incómoda en mi propia habitación.

No puedo concentrarme en nada —a pesar de lo mucho que deseo hacerlo—. La investigación exhaustiva en la que me he enfrascado aún no arroja los resultados deseados, pero no me he dado por vencida. Estoy determinada a descubrir la verdadera identidad de Mikhail y no voy a parar hasta conocerla.

Me he leído del derecho y del revés el *Pseudomonarchia Daemonum* y, pese a que he aprendido muchas cosas respecto a los demonios, aún no logro descubrir algo sustancial. Algo que hable de lo que realmente me interesa saber.

He leído todas las descripciones de los seres registrados ahí, pero ninguno tiene las características de ese que no me deja sola ni a sol ni a sombra. Lo cierto es que no lo conozco lo suficiente como para poder descartar la posibilidad de que alguno de ellos sea él.

He aprendido, por otro lado, que los demonios tienen un orden jerárquico y que, cuanto más arriba estén en él, más poderosos son. Se dice que solo los demonios de Primera Jerarquía —los Siete



Príncipes del Infierno, ángeles transformados en demonios, y serafines caídos— son capaces de manifestarse de forma corpórea.

Leí, también, que el resto de los seres oscuros deben ser invocados y que, la mayoría de las veces, no tienen el poder suficiente como para apoderarse de un ser humano. Se acercan a personas emocionalmente debilitadas, llenas de rencor y odio desmedido por el mundo, para poder robar su cuerpo. Sin embargo, una vez que el cuerpo es consumido —que, según el libro, toma un tiempo aproximado de un mes—, vuelven a ser parásitos energéticos en busca de otra víctima. Eso me lleva a concluir que Mikhail es un demonio de Primera Jerarquía, ya que ha pasado semanas a mi alrededor sin dar signos de estar a punto de abandonar el cuerpo con el que se presenta ante mí.

—Así que, de Primera Jerarquía, ¿eh? —musito para mí misma, pero sé que Mikhail es capaz de escuchar todo lo que digo.

No responde.

Quiero girar la silla de escritorio en la que estoy sentada para encararlo y preguntarle si estoy en lo correcto, pero me aterra escuchar la respuesta.

No me sorprendería que fuese un demonio así de poderoso. Fue capaz de encargarse de la cantidad impresionante de sombras que me atacaron en el jardín de Phil Evans y se deshizo de un ángel con una rapidez espeluznante.

No me queda la menor duda de que es un ser bastante poderoso.

Él también es consciente de su fuerza. Puedo notarlo en su postura desgarbada y el aire despreocupado con el que se mueve. Pareciera como si no le temiera a nada. Como si estuviese seguro de que absolutamente nadie puede vencerlo.

Leo una vez más el listado de los Siete Príncipes del Infierno y escribo en una hoja de papel los nombres: Amon, Astaroth y Baal — que son los que más se asemejan un poco a Mikhail en cuanto a comportamiento se refiere—, y me digo a mí misma que los investigaré a fondo más tarde.

Miro el reloj en la esquina inferior derecha del monitor de mi computadora y hago una mueca al darme cuenta de la hora.

«Se me hará tarde si no me apresuro». Pienso y estiro los músculos de mis brazos, al tiempo que reprimo un bostezo.

Mi teléfono vibra con fuerza sobre la madera del escritorio donde me encuentro instalada y, con aire perezoso, lo tomo entre mis dedos. El nombre de Emily brilla en la pantalla, y desbloqueo el aparato para leer el texto que he recibido:

Más te vale estar alistándote para esa cita, Bess Marshall.



Una media sonrisa tira de mis labios y niego con la cabeza antes de responder:

Precisamente estaba a punto de ducharme.



No es del todo una mentira. Estaba a punto de dejar esto para otro momento y comenzar a hacer algo por mi aspecto lamentable.

Mason, el chico de la biblioteca, me escribió el miércoles de la semana pasada y hemos quedado hoy de ir a tomar algo.

Todo el mundo está más que entusiasmado con la idea. Dahlia parecía estar a punto de gritar de la emoción cuando le dije que saldría con un chico; mientras que Emily no ha dejado de crear posibles escenarios para la cita perfecta. Ha planeado la velada de inicio a fin y me ha hecho prometerle que no voy a usar mis botas de combate.

Mikhail, por otro lado, no ha dicho absolutamente nada al respecto. Toda la semana ha mantenido una actitud bastante hermética. A decir verdad, ahora que lo pienso, se ha comportado de una forma bastante inusual.

Es como si la máscara despreocupada y fácil se hubiese destruido para dejar al descubierto a un Mikhail analítico, serio y calculador.

No he dejado de sentir como si estuviese estudiando todos y cada uno de mis movimientos, así como los de las personas que me rodean. Es como si se hubiese propuesto dejar de jugar y limitarse a hacer lo que se supone que vino a hacer.

No sé cómo sentirme con este cambio repentino. No sé cuál de las dos facetas de Mikhail que me ha tocado vislumbrar es la que me gusta menos: si esta o la irritante.

Me levanto de la silla y trato de empujar los pensamientos referentes a Mikhail en lo más profundo de mi cabeza y me digo a mí misma que debo concentrarme en la cita que tendré dentro de unas horas.

Estoy tan nerviosa, ansiosa y tan ridículamente emocionada, que ni siquiera me molesto en intentar ocultar la sonrisa burbujeante que me asalta a ratos. Hacía tanto tiempo que no salía con alguien. Hacía tanto tiempo que no me sentía tan... *normal*.

Me encamino hacia la entrada de la habitación, dispuesta a marcharme en dirección al baño, cuando la voz ronca de Mikhail inunda mis oídos:

—Sé que no vas a escucharme —me detengo en seco y lo miro de reojo—, pero todo este asunto no me gusta para nada. —Sus ojos grises están fijos en mí y la intensidad de su mirada envía un escalofrío por toda mi espalda—. Ese tipo no me da buena espina. Hay algo en él que no está bien.

Genuina preocupación se apodera de sus facciones durante unos segundos antes de desaparecer por completo.

—¿Y se supone que debo cancelar mi cita con un chico que es amable solo porque crees que hay algo malo en él? —sueno divertida y amarga al mismo tiempo. La sola idea no poder hacer algo solo porque a él no le parece bien, es tan ridícula como irritante.

—Se supone —el enojo se filtra en el tono de su voz—, que debes tener cuidado. Todo el mundo quiere matarte y lo sabes. Debes ser precavida hasta con los que lucen más insignificantes. De hecho, es de esos de quienes debes cuidarte más.

Un sonido —mitad bufido, mitad risa— brota de mis labios.

—No puedo creerlo —digo, más para mí misma que para él.

Su ceño se frunce ligeramente.

—Estoy hablándote en serio, Bess —habla con seriedad y determinación—. Necesitas prestar atención a cualquier persona que se acerca a ti.

Un destello de ira quema y escuece en mi torrente sanguíneo. No puedo creer que esté diciéndome esto cuando es él quien va a matarme cuando así se lo ordenen. No puedo creer que esté aquí, intentando decirme qué debo o qué no debo hacer, solo porque supone un inconveniente para sus objetivos.

—¿Para qué? ¿Para que no me hagan daño? —suelto, con amargura—. De cualquier modo, voy a terminar muerta, ¿no es cierto? —Un nudo se instala poco a poco en mi garganta—. Vas a asesinarme cuando sea necesario.

La mandíbula del demonio se aprieta con violencia.

—La diferencia entre ellos y yo, Bess —sisea, con enojo—, es que yo no voy a torturarte.

—¡Vaya! ¡Gracias! —el sarcasmo y el veneno tiñen mi voz—. ¡Es muy considerado de tu parte!

—Cielo...

—Escucha, Mikhail —lo interrumpo—. Tienes que dejar de pretender que te preocupas por mí porque sé que no lo haces. —Niego con la cabeza—. Déjame ser una adolescente común y corriente, aunque sea durante unos instantes. Déjame disfrutar del tiempo que me queda de vida antes de que tú o los tuyos me... —Me detengo, sin poder pronunciar lo siguiente. Trago duro y clavo mis ojos en los suyos—. Lo único que quiero, es olvidarme de toda esta mierda, aunque sea durante un par de horas, ¿sabes? Es lo único que *realmente* quiero —le sostengo la mirada durante un largo momento antes de añadir—: Y, por favor, deja de llamarme así.

Una ceja espesa y poblada se alza con arrogancia y un destello de su sarcástico sentido del humor se abre paso en su expresión imperturbable.

—¿Estás segura de que quieres olvidarte de todo este asunto?, porque no has dejado de leer estupideces acerca de los de mi clase.

—¿Y qué si investigo sobre los tuyos? No confío en ti para conseguir información. —El azoramiento en mi voz hace que suene varios tonos más aguda de lo normal. Un ligero temblor se ha apoderado de mis manos y sé que es debido a la adrenalina provocada por la ira contenida—. Además, si leo o no estupideces, no debería de importarte.

Un suspiro cansado brota de sus labios y una suave sonrisa irritada se dibuja en ellos.

—No voy a volver a tener una discusión ridícula contigo —suena fastidiado—, así que haz lo que quieras. Solo quiero que sepas que no estoy dispuesto a seguirte como un jodido perro faldero durante tu cita. Si tantas ganas tienes de morirme, adelante. Hazlo. Que te mate un religioso, un Grigori, un ángel... Lo que sea. Igual me importa una mierda.

—Bien —suelto, con brusquedad.

—Bien —escupe él.

Entonces me abro paso hasta el baño del apartamento.

El agua helada cae sobre mis músculos tensos y la rabia que hierve en mi sistema. El efecto relajante que produce el golpeteo del agua en mi espalda es gratificante y conciliador.

Toda la irritación provocada por mi pequeña interacción con Mikhail se siente cada vez menos intensa y mi mente lo agradece. Últimamente, me he sentido más irritable que nunca. El miedo actúa de forma extraña en las personas. En mí, se transforma en algo muy similar al odio y a la apatía. Estoy malhumorada y a la defensiva todo el tiempo.

No me gusta esta parte de mí. No me gusta sentirme angustiada y molesta las veinticuatro horas del día, pero no puedo evitarlo. Desde que Mikhail llegó a mi vida, todo es caos, miedo, incertidumbre e imposibilidades y, aún con todo eso, me encuentro aquí, con el corazón hecho un nudo y la cabeza vuelta un desastre, tratando de aprender a procesar todo esto.

Mi vista cae en las marcas de mis muñecas. La cicatrización ha vuelto a tomar un tono rosado debido a que la herida fue abierta una

segunda vez por aquel ángel que me atacó, y no puedo evitar pensar en lo irreal que se siente la vida para mí en estos momentos.

Pasé de ser una chiquilla insignificante a un Sello que puede o no desatar el apocalipsis si es asesinada. De pasar mis días lamentando la muerte de mis papás y mis hermanas, a enfrascarme durante horas en investigaciones acerca de demonios. Todo esto en un lapso de un poco más de un mes. Absolutamente nadie es capaz de sobrellevar una carga como esa sobre los hombros. No sin perder la cordura.

Un suspiro entrecortado brota de mis labios, al tiempo que cierro los ojos con fuerza. Mi pecho se siente atenazado. La opresión en él es tan intensa, que no soy capaz de distinguir ni una sola de las emociones que me embargan en este momento.

Estoy tan asustada, que ni siquiera puedo moverme. Estoy aquí, debajo del chorro de agua, mientras me abrazo a mí misma para evitar desmoronarme.

No puedo más con esto. No quiero llevar esta carga sobre los hombros. Lo único que quiero es desaparecer. Volver a ser esa chica insignificante e invisible que he sido siempre.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que mis ojos estén llenos de lágrimas y mi cuerpo entero tiemble de manera incontrolable; pero, cuando me percató de esto, un sonido lastimoso brota de mis labios y, entonces, viene el llanto. Vienen el desasosiego, el terror, el pánico y la incertidumbre... Y lo dejo ir todo.

Al salir de la regadera me envuelvo una toalla en el cuerpo y miro mi reflejo en el espejo. La visión de la chica frente a mí es lastimosa. Mis ojos lucen hinchados debido a las lágrimas previas, mi piel pálida resalta el color amoratado de las bolsas debajo de mis ojos y está manchada por pequeñas motas cafés que me hacen lucir enferma e infantil; los ángulos ásperos en mi rostro delatan lo poco que como, así como los huesos de mis clavículas.

Sé que no hay nada de la chica que fui hace dos años. No hay ojos vibrantes ni sonrisas del tamaño de la mitad de mi cara. No hay ni siquiera una sombra de persona que era.

«¿Qué te ha ocurrido, Bess?», me pregunto a mí misma, pero no sé qué responder. No sé qué decirle a la chica que me observa con tristeza desde el otro lado del espejo.

Lágrimas nuevas amenazan con abandonarme, así que aparto la vista del reflejo y me concentro en la tarea de desenredar las hebras de cabello oscuro que caen sobre mis hombros.

Entonces, sin mirarme al espejo una vez más, me encamino hacia mi habitación.

Doy un paso dentro del espacio que habito y luego doy otro antes de congelarme por completo.

Toda la sangre se drena de mi rostro y mi estómago se estruja con violencia cuando me doy cuenta de que Mikhail sigue aquí. Está sentado al borde de la cama, con la mirada perdida en la ventana. Luce serio, reflexivo y salvaje. La visión de su perfil anguloso, aunado con la expresión dura en su rostro, hace que mi piel se ponga de gallina.

No sé qué está haciendo aquí y tampoco sé si quiero preguntarlo. No suele hacer esto. No suele invadir mi espacio vital en cuanto a mis necesidades primarias se refiere. Nunca me sigue al baño, tampoco se queda en la habitación cuando termino de ducharme y voy a vestirme. Suele respetar esa parte de mi intimidad; sin embargo, ahora está aquí y no sé qué pensar al respecto.

—¿Mikhail? —mi voz sale en un susurro tembloroso e inestable.

Él no se mueve. Ni siquiera da muestras de haberme escuchado. Me aclaro la garganta, en un débil intento de llamar su atención para pedirle que se marche y, de pronto, su vista se posa en mí con aire distraído.

Poco a poco parece salir de su ensimismamiento y, al mismo tiempo, la realización parece asaltarlo. De pronto, su mirada se oscurece varios tonos y algo en su expresión cambia. Su ceño fruncido y su mandíbula apretada se suavizan lo suficiente como para hacerme saber que no esperaba mirarme así y, entonces, sus ojos barren mi cuerpo con lentitud.

Mi corazón se acelera, mi pulso golpea con violencia detrás de mis orejas y no puedo apartar la vista de la suavidad y el asombro que tiñen sus rasgos.

Sus manos se tensan sobre el material oscuro de sus vaqueros y su mandíbula se aprieta un poco, al tiempo que la nuez de Adán de su cuello sube y baja cuando traga con fuerza.

Acto seguido, barre la longitud de mi cuerpo con la mirada una vez más y repara un segundo más de lo debido en mis muslos pálidos. Luego, continúa su recorrido y se entretiene otro instante en los huesos de mis clavículas; para, finalmente, aguardar unos momentos en la curva que se forma entre mi hombro y mi cuello.

Se siente como si estuviese tratando de memorizarme. Como si deseara guardar lo que ve en lo más profundo de su memoria; y yo, en medio de todo esto, soy plenamente consciente de que debajo de la toalla que me envuelve no hay nada.

El calor invade mi cuerpo y un nudo se aprieta en mi vientre cuando sus ojos se arrastran hasta los míos.

Mi corazón se detiene. Quizás se acelera. No lo sé. Solo sé que está observándome como si nunca en la vida hubiese visto a una chica semidesnuda. Como si nunca en su vida hubiese estado cerca de una.

Mikhail mira las pequeñas gotas de agua descansan sobre la superficie de mi piel y soy plenamente consciente de que yo también lo observo a detalle.

La luz de la ventana le da de lleno en la cara y aclara el color de sus ojos. Las líneas de su rostro anguloso son más suaves que nunca y su cabello enmarañado lo hace lucir mundano y, al mismo tiempo, insólito y desconocido.

Es insoportablemente atractivo. Del tipo de atractivo que no ves en ninguna parte. Ni siquiera en los modelos de Calvin Klein que salen en las revistas. Mikhail es tan impresionante, que cuesta trabajo creer que un tipo como él exista.

Sus labios pronuncian palabras en un lenguaje desconocido, arcaico, ancestral. Y me quedo sin aliento por la forma en la que abandonan su boca, con tonos melifluos, cadenciosos, roncós y profundos.



Sé que habla para él mismo, porque luce ensimismado; sin embargo, sigue mirándome fijamente.

El golpeteo frenético y ansioso en mi caja torácica hace que la adrenalina se dispare en mi torrente sanguíneo, y que el calor se agolpe en mi vientre y se extienda hacia todos lados. De pronto, cada uno de mis sentidos es consciente de lo que pasa a mí alrededor y todo se vuelve intenso. Agobiante. Doloroso...

La distancia entre nosotros es demasiado grande y, al mismo tiempo, la habitación es demasiado pequeña. Me siento ligera. Como si pudiese flotar en cualquier momento. Como si el mundo a mi alrededor pudiese dejar de existir si lo deseo con la fuerza suficiente.

Sigo con los ojos clavados en él; y, de repente, se me ocurre que sus alas de murciélago lucen disonantes en su cuerpo. Algo discordante a la imagen devastadora, varonil y hermosa que tengo frente a mí. Podría jurar que la manera en la que luce ahora mismo es su verdadera naturaleza. Que las alas siniestras y letales no son parte de su anatomía y que él, en realidad, es un ser lleno de luminiscencia.

«Si todos los demonios de Primera Jerarquía lucen como Mikhail, no me molestaría en lo absoluto ser asesinada por uno», pienso, absurdamente, y el calor se extiende por mis mejillas. Sé que estoy ruborizándome. Puedo sentirlo en cada célula de mi cuerpo.

Los ojos del demonio frente a mí se posan en mis labios, y mi garganta se siente seca y rasposa. Soy incapaz de decir una palabra, pero él tampoco lo hace. Se limita a ponerse de pie con lentitud, para entonces, acercarse.

Sus pasos son pausados, pero deliberados. Se siente como si estuviese dándome la oportunidad de detenerlo. No lo hago. No lo hago porque mi cuerpo traicionero ansía su cercanía. Ansía su calor. Su aroma fresco y terroso...

Está de pie frente a mí. Mis pies descalzos rozan la punta de sus botas de combate y trago duro. Mi mirada está atascada en la anchura de sus hombros y el corazón me ruge contra las costillas. Mi respiración amenaza con volverse superficial y el aliento me da

tropiezos mientras que sus dedos retiran un mechón de cabello mojado del hombro izquierdo.

El roce de sus dedos contra mi cuello me provoca escalofríos. Mi pulso se acelera un poco más y la respiración se me atasca en algún lugar entre los pulmones y la tráquea. Su vista cae en un punto en la base de mi cuello para luego deslizarse hasta mi clavícula, donde un montón de gotas de agua esperan por ser retiradas.

Entonces, con mucha lentitud, corre el dedo índice sobre la longitud del hueso sobresaliente; llevándose la humedad.

La calidez de su tacto, aunada a la caricia dulce que ha dejado sobre mi piel me hace imposible respirar. Me hace imposible pensar con claridad. Me hace completamente presa del deseo repentino de que repita la acción previa en *otras* partes de mi cuerpo.

Estoy tan temblorosa, aturdida y ansiosa, que lo único que deseo es dejarme llevar por el golpe de sensaciones que me invade.

Mikhail luce salvaje, peligroso, anhelante y hosco. La expresión suplicante de su rostro es devastadora; y no comprendo qué es lo que quiere.

Hebras de cabello oscuro caen sobre su frente cuando se inclina hacia adelante y, de pronto, me encuentro alzando el rostro para encararlo.

Da un paso más cerca y siento el calor de su cuerpo más cerca que nunca.

—*Sicut pulchellus sicut caelo* —murmura, mientras que sus dedos suben por mi cuello y dejan una estela ardiente a su paso. Esta vez, el idioma en el que habla no suena tan arcaico como el anterior. Son palabras diferentes, en acentos diferentes, en idiomas completamente distintos; pero este es más sencillo. Este es familiar.

«¿Latín, quizás?».

Su palma grande ahueca un lado de mi cara y una mueca torturada se apodera de sus facciones. Su pulgar juega con mi labio interior y estoy a punto de estallar. Estoy embriagada por la suavidad de sus caricias y, ahora mismo, lo único que quiero hacer es mirar sus ojos.

—¿Qué estás haciendo? —mi voz apenas es un hilo tembloroso y frágil.

—Me lleva jodido el infierno... —murmura, pero sigue hablando para sí mismo.

—Mikhail...

—No quiero que te bese —susurra—. La sola idea de pensar que va a intentar hacerlo me... —Niega con la cabeza—. Solo... Por favor, no dejes que te bese.

—Deja de jugar conmigo —trato de sonar dura, pero me escucho más bien suplicante.

No dice nada. Se limita a inclinarse un poco más.

—Bess... —susurra, pero no se siente como si tratara de decirme algo. Simplemente, dice mi nombre como si de una plegaria se tratase.

Se acerca un poco más, y luego otro poco y, de pronto, ya no puedo mirarlo a los ojos. Solo puedo sentirlo.

Su nariz toca la mía.

Su aliento caliente golpea mis labios.

Mis dedos aferran el material de la toalla que me cubre y mis labios se entreabren casi por voluntad propia.

Quiero que me bese. *¡Maldita sea!* Quiero que Mikhail me bese.

Entonces, ocurre. Sus labios rozan los míos con suavidad. Es apenas un toque. Un relámpago rápido, fugaz y demoledor, y el hormigueo dulce en mis labios me hace querer que me bese de verdad para así probar el sabor de su boca.

El roce se repite, pero no se profundiza. Es igual de suave que el anterior. Casi imperceptible.

Un suspiro entrecortado brota de sus labios y, con lentitud, frota su boca contra la mía de nuevo. Yo, con impaciencia, me inclino hacia adelante, de modo que mis labios se presionan con más firmeza contra los suyos.

Un sonido ronco brota de la garganta de Mikhail y se aparta con brusquedad, al tiempo que me empuja lejos de él.

El hechizo se ha roto. El aturdimiento, el calor, el golpeteo intenso de mi corazón, mis manos temblorosas y el hormigueo en mis labios... Todo se esfuma y deja un hueco insoportable en mí pecho.

El rechazo se adhiere a mis huesos con tanta rapidez, que no tengo oportunidad de detenerlo. La humillación y la vergüenza dejan un sabor amargo en la punta de mi lengua y lo único que deseo hacer es borrar los últimos cinco minutos de mi vida.

Mi respiración es dificultosa y mi garganta se siente seca y, de pronto, no puedo apartar la vista del chico que se encuentra de pie delante de mí. De ese chico de aspecto descompuesto y arrepentido.

Ninguno de los dos dice nada. Nos limitamos a mirarnos a los ojos durante una eternidad.

—Vete... —la palabra sale de mi boca en un murmullo ronco y tembloroso, después de un largo y tenso momento.

Mikhail no se mueve. No reacciona. Ni siquiera estoy segura de que respire.

—¡Vete! —odio sonar así de afectada como si estuviese a punto de echarme a llorar.

Algo parece accionarse en él, ya que, sin decir una palabra, se encamina hacia la ventana. Se detiene cuando sus pies se posan en el alféizar. Está a punto de lanzarse al vacío para desaparecer como siempre hace, pero algo lo hace dudar.

Sus ojos se posan en mí una vez más y abre la boca para decir algo, pero las palabras no logran abandonar sus labios. Se limita a apretar la mandíbula antes de dejarse caer y desaparecer de mi vista.



## CELOS

—¡Bess! —el grito me hace alzar la vista de la mesa donde me encuentro y, de pronto, mi vista se posa en mi amiga Emily, quien atraviesa la cafetería a paso rápido y decidido para llegar donde me encuentro.

No me pasan desapercibidas las miradas reprobatorias que recibe de la gente a la que empuja para llegar a mí. Tampoco puedo dejar de notar las expresiones divertidas y burlonas que un montón de chicos le dirigen. A Ems nunca le ha importado lo que piensen de ella y eso es algo que siempre he admirado.

Mientras sigo su trayectoria, la sensación de malestar, que no me ha dejado tranquila durante el fin de semana, incrementa. Había estado rogándole al cielo que este momento nunca llegara, pero sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarme a la realidad.

Sé que va a preguntar sobre mi cita con Mason. Sé que va a querer saberlo todo, pero la verdad es que yo no quiero hablar de eso. No cuando todo fue un maldito desastre.

—¿Estás evitándome? —Emily habla cuando llega a la mesa. Una de sus espesas cejas se arquea en un gesto incrédulo y retador, y muerdo mi labio inferior antes de encogerme de hombros.

—No te evito —mascullo, pero es mentira.

—Oh, por supuesto que lo haces.

Mis cejas se alzan.

—Si ya lo sabes, ¿para qué preguntas, entonces? —sueno irritada y divertida al mismo tiempo.

Sus ojos se entrecierran, pero de todos modos se sienta en el lugar vacío frente a mí. Cuando llegó ni siquiera se molestó en ir a buscar algo para comer, así que ahora está aquí, estirando su mano hasta mi bandeja para robar lo que sea que esté a su alcance.

—Habla ahora —exige, mientras se mete un pedazo de pan en la boca.

Mi vista baja hacia el plato con comida que descansa frente a mí y remuevo el puré de papa con el tenedor de plástico.

—¿Tengo que hacerlo?

—¡Por supuesto que tienes que hacerlo! —exclama, con fingida indignación—. ¡Tengo derecho a saberlo todo! ¡He fantaseado acerca de este momento toda mi vida, Bess Marshall! ¡Tienes prohibido quitármelo!

Una risa nerviosa se escapa de mis labios y sacudo la cabeza.

—¿Fantaseas conmigo teniendo una cita?

—¡Fantaseo con el hecho de que hables de chicos conmigo! —chilla—. Siempre soy yo la que habla sobre ellos. Comenzaba a preocuparme, ¿sabes?

La risa previa toma fuerza, pero esta vez suena un poco irritada.

—¿Creías que era lesbiana?

—¡No me cambies el tema! —suena desesperada y, durante una fracción de segundo, me siento herida.

¿Realmente esperaba que un día llegara y le dijera: «Oye, Ems, te tengo una noticia: soy lesbiana»?

No es como si me incomodara serlo. Lo que pasa es que no puedo creer que nunca lo haya preguntado. Si yo creyera que tiene otra clase de preferencias, lo preguntaría porque es mi mejor amiga. Se supone que existe esa clase de confianza.

—¿Por qué evades mi pregunta? —refuto—. ¿Creías que era lesbiana?

—¡Bess, por el amor de Dios, solo quiero saber qué pasó en esa cita! —ella exclama, con exasperación—. Si eres lesbiana o no, me importa

un poco menos que tres kilos de mierda. Te estaría preguntando lo mismo si hubieses salido con una chica. Ahora habla.

—No lo soy —le informo, porque me siento en la necesidad de aclararlo.

—Bien. No me importa —rueda los ojos al cielo—. Ahora pasemos a lo importante: Martin.

—Mason.

—¡Eso!

Niego con la cabeza, pero no dejo de sonreír. No puedo creer lo rápido que cambia mi estado de ánimo cuando estoy cerca de ella.

—¡Bess, por favor, cuéntame todo ahora! —gimotea—. Pronto llegará el fenómeno del nombre raro y no podremos hablar como se debe.

Una punzada de dolor me atraviesa el pecho y todo mi buen humor se esfuma.

—¿Lo has visto hoy? —pregunto, de pronto, y me digo a mí misma que solo trato de cambiar el tema de nuestra conversación; que no me interesa en lo absoluto que no se haya aparecido desde el incidente en mi habitación y que no me siento ansiosa por no tener idea de dónde puede estar.

—No me obligues a golpearte, Marshall —Emily me señala con su dedo índice y entrecierra los ojos—. Habla sobre tu cita con Marlon. *Ahora.*

—Mason —la corrijo y ella hace un gesto desdeñoso con la mano para restarle importancia a su error.

—Quiero saberlo todo con lujo de detalles, así que empieza a hablar.

Mis dedos se cierran en el tenedor y mi corazón se estruja en el instante en el que evoco las imágenes de lo que pasó en la cita.

El café, la caminata por el parque, el libro que llevó para mí, nuestro camino a casa, el beso...

Mis párpados se aprietan y la culpa se apodera de mi pecho tan rápido, que apenas puedo procesarla. Ni siquiera sé cómo ocurrió. A decir verdad, no esperaba que se diera.

Nuestras charlas fueron *tan* incómodas. Estaba *tan* distraída pensando en lo que ocurrió con Mikhail que, cuando me llevó a casa después de nuestra mediocre interacción, ni siquiera pensé que fuese a llamarme para salir de nuevo.

Mi sorpresa fue inmensa cuando, justo antes de marcharse, tomó mi rostro entre sus manos y me besó.

Fue incómodo, extraño e innatural y, durante todo el tiempo que duró, pensé en Mikhail. No pude hacer otra cosa más que revivir la cercanía de su cuerpo, la frescura de su aroma, sus dedos cálidos y ásperos sobre mi piel desnuda...

Mason no es, ni de cerca, tan imponente como Mikhail, y su beso no me hizo sentir ni siquiera la mitad de lo que sentí cuando rocé mis labios con los del demonio de los ojos grises.

—Tierra llamando a Bess —la voz de Emily me saca de mis cavilaciones y me obliga a mirarla.

Trato de ordenar la oleada inmensa de emociones que me embarga, al tiempo que me aclaro la garganta.

—Fue... —me detengo abruptamente. El malestar y la pesadez aumentan otro poco y, entonces, presiono mis palmas sobre mi rostro y me sincero—: Fue horrible, Ems.

—¿Qué ocurrió? —suena genuinamente decepcionada con mi respuesta.

—No sabía de qué hablarle. Él tampoco sabía qué decirme. —Niego con la cabeza—. Fue tan incómodo, que solo esperaba que el tiempo pasara rápido para poder volver a casa.

—Oh, cariño —mi amiga suena realmente apenada—. ¿Tan mal estuvo?

En ese momento, mi boca se abre para responderle, pero las palabras mueren en la punta de mi lengua, porque está ahí. *Él* está justo ahí.

Todo mi cuerpo se tensa en el instante en el que aparece en mi campo de visión, mi estómago se retuerce y mi corazón hace un mortal doble hacia atrás cuando avanza hacia nosotras.



Viste completamente de negro y eso solo hace que el tono marmóreo de su piel y la tonalidad gris oscura de sus ojos resalten.

De pronto, lo único que soy capaz de hacer es mirar en dirección al chico imponente que se abre paso entre las mesas.

Mikhail carga con una bandeja con comida y, a simple vista, luce casual y despreocupado, pero hay algo en su mirada que lo hace lucir más amenazador que nunca. Todo su cuerpo irradia violencia y oscuridad a pesar del gesto inexpresivo que mantiene.

Sin decir una sola palabra, se sienta en el espacio junto a Ems y picotea su comida. Mi vista se posa en el plato frente a mí y, por un segundo, permito que el alivio me invada. Saber que se encuentra aquí en este momento, hace que toda la preocupación previa se desvanezca.

«Quizás no me siguió durante la cita», pienso. «Quizás ni siquiera vio el beso».

Siento la mirada de Emily clavada en mí, así que me obligo a dejar de observarlo para probar un poco del puré. No alzo la mirada para nada, pero me permito echar un par de ojeadas en dirección a Mikhail de vez en cuando.

Su mandíbula angulosa está apretada en un gesto extraño y sus ojos están fijos en la comida que trajo. Sé que Emily nos mira de hito en hito y le ruego al cielo que no vaya a hacer algún comentario respecto a la tensión que se ha apoderado del ambiente.

—¿Pasó algo de lo que tenga que enterarme? —dice, y maldigo para mis adentros.

—No —Mikhail responde, sin levantar la vista.

Emily me observa, interrogativa, y me encojo de hombros.

—No pasó nada —digo, también.

Los ojos fríos y penetrantes de Mikhail se posan en mí, así que trato de lucir casual y despreocupada mientras picoteo mi desayuno.

Pese a nuestras negativas, estoy segura de que Emily no ha creído ni una sola palabra de lo que dijimos. La conozco lo suficiente como para saberlo, y su gesto es tan escéptico, que no hace falta que diga

nada para saber que no se ha tragado el cuento de que aquí no pasa nada.

—¿Qué tal tu cita con el *nerd*? —Mikhail habla, después de unos minutos, en tono glacial y duro.

Mi atención se dirige a él.

—Se llama Mason —puntualizo.

—Me importa una mierda cómo se llama —escupe y me sobresalta el tono descontrolado que utiliza—. Es un puto *nerd* de mierda.

La confusión, mezclada con la euforia y el enojo, crean una masa extraña dentro de mi pecho que es imposible de digerir. No sé qué clase de sentimiento sea este, pero es desagradable y maravilloso al mismo tiempo.

«¿Está celoso?».

Aprieto los puños sobre la mesa para que no note el temblor de mis manos.

—Es un caballero —digo con calma, solo porque quiero conseguir otra reacción de su parte.

—La caballerosidad no le quita lo ridículo.

—Y lo guapo no te quita a ti lo estúpido —Ems interviene.

—Estoy hablando con Bess —Mikhail refuta en dirección a mi amiga y la irritación gana terreno en mi sistema.

—¿Qué es lo que te molesta? —digo, antes de que Emily pueda defenderse—. ¿En qué te afecta que haya salido con él?

La mirada del demonio se posa en mí y un escalofrío me recorre de pies a cabeza gracias a la ira que se filtra en sus facciones.

—¿Crees que me importa que hayas salido con él? —una risa cruel brota de sus labios, pero luce como si estuviese a punto de estallar—. Tengo noticias para ti, Cielo: no eres mi tipo.

—Tú tampoco eres el mío.

—Lo dejaste en claro cuando aceptaste salir con ese idiota.

—¿Estás celándome? —las palabras salen casi por voluntad propia.

—Por supuesto que no —me mira a los ojos—. Me importa una mierda si sales con él, si te gusta, o si lo besas. Me tiene sin cuidado.

—Qué bueno porque ya lo hice.

Dos pares de ojos me miran en ese momento. De pronto, Emily y Mikhail me observan fijamente. Ella luce complacida, asombrada y entusiasmada, mientras que él me mira con una mezcla de sorpresa, enojo y dolor.

—Hiciste, ¿qué?...

No respondo.

El arrepentimiento es tan intenso ahora, que quiero meterme debajo de la mesa y quedarme ahí hasta que mis palabras sean borradas de la memoria de todo el mundo.

El silencio es tenso, tortuoso y asfixiante, pero no aparto mis ojos de los suyos.

—Eres patética si tienes que puntualizar que besaste a un tipo como ese —Mikhail habla, finalmente. Su voz suena más ronca que de costumbre—. ¿No te das cuenta de que mereces algo mejor que eso?

El coraje, la vergüenza y la impotencia se mezclan en mi torrente sanguíneo.

—¿Qué merezco, entonces? —digo, sin poder detener el veneno de mis palabras—. ¿A alguien que me rechace cuando ha sido él quien ha iniciado todo contacto en primer lugar? ¿A alguien que solo pasa el rato porque está aburrido y no tiene nada mejor que hacer?

Mi pecho quema, pero me las arreglo para mantenerme firme.

La mirada de Mikhail está cargada de algo que no soy capaz de reconocer y, por un doloroso instante, luce como si hubiese sido golpeado en el estómago.

—Tienes razón, Bess —dice—. No mereces a un hijo de puta que se preocupe por ti, que cuide de ti todo el tiempo y ponga su maldito culo en segundo plano solo para protegerte.

Un nudo se instala en mi garganta, pero sé que no voy a llorar. No delante de él. No por esta estupidez.

Mikhail se pone de pie en ese momento y, sin decir una palabra más, se encamina hacia la salida de la cafetería. Un montón de miradas están fijas en mí en ese momento, pero ni siquiera me importa. No cuando trato de controlar estas absurdas ganas que tengo de llorar.

—¿Qué fue eso? —Ems habla, al cabo de unos minutos de silencio.

Yo no puedo apartar la vista de la puerta por la que el demonio desapareció.

—Nada —mi voz suena más ronca que nunca—. No pasa nada, Ems.

Y, sin darle tiempo de insistir, me pongo de pie y salgo del lugar por la puerta contraria a la que él utilizó.



Han pasado casi dos semanas desde la última vez que vi a Mikhail.

El incidente de la cafetería se encargó de ponerle punto final a nuestra fatídica relación cliente-guardaespaldas, y desde ese día no he vuelto a saber de él. Es como si la tierra se lo hubiese tragado. Como si ni siquiera hubiese existido en mi vida.

Nadie —ni siquiera Emily— parece recordarlo y eso está volviéndome loca. No poder hablar con nadie acerca de lo que pasó, es casi tan horrible como no saber si lo que estuvo ocurriendo mientras Mikhail estaba a mi alrededor fue real.

No he sido atacada por ninguna clase de criatura extraña. Tampoco he notado nada extraño en mi entorno. La sensación de persecución, que no me dejaba tranquila ni a sol ni a sombra, ha desaparecido por completo y, si no fuese por las cicatrices en mis muñecas, podría jurar que todo lo que ha pasado en las últimas semanas ha sido producto de mi imaginación.

Mason ha seguido en contacto conmigo, pero parece haberse resignado a la idea de saber que no voy a volver a salir con él.

Últimamente, apenas si hablamos. Después de decirle que ahora mismo no estaba lista para una relación amorosa, dejó de invitarme a salir y, desde entonces, nuestras pláticas son esporádicas. Debo admitir que me siento aliviada por eso.

La ausencia de Mikhail, por otro lado, ha hecho que mis días se sientan casi normales; excepto por el hecho de que no puedo dejar de pensar en él. No puedo dejar de reproducir en mi cabeza nuestros

últimos encuentros. Ni siquiera puedo apartar la sensación vertiginosa que el roce de sus labios dejó en mí.

Ha pasado tanto tiempo, que se siente como si nunca hubiese ocurrido, pero el agujero en mi estómago cada que traigo el recuerdo a la superficie, se encarga de recordarme que pasó y que fue la cosa más intensa que ha podido pasarme.

Una punzada de dolor me atraviesa el pecho en el instante en el que la imagen imponente del demonio de ojos grises invade mi cabeza y la culpabilidad regresa tan fuerte como la primera vez que la sentí.

«No debí decirle esas cosas. No debí comportarme como lo hice», pienso, por milésima vez en el transcurso de esta semana y cierro los ojos para ahuyentar la tortura lejos de mi sistema.

Un suspiro cansado brota de mis labios, mientras arranco los audífonos de mis orejas y los comprimo dentro de mi puño. La mochila que suelo llevarme a la escuela es depositada sobre la alfombra de la sala y mi chaqueta cae sobre uno de los sillones.

Entonces, de un movimiento, deshago el moño de mi cabeza y paso mis dedos entre las hebras enredadas de mi cabello antes de dirigirme a mi habitación.

Un grito de puro terror brota de mis labios en el instante en el que entro.

—¡Por el Infierno! ¡Deja el escándalo, chica! —la voz del chico que se encuentra sentado sobre mi cama llega a mis oídos y me precipito fuera a toda velocidad.

Ni siquiera he llegado a la sala, cuando su figura alta e imponente se interpone en mi camino.

Un grito ahogado me abandona y caigo sobre mi trasero debido al impacto de mi cuerpo contra el suyo.

Trato de arrastrarme lejos de él, pero apenas logro avanzar un par de pies, cuando me toma por los tobillos y tira de mí en su dirección. Entonces, sin una pizca de delicadeza, me gira sobre mi eje y me obliga a mirarlo.

—Escúchame bien, Sello Cuatro —dice—. No voy a lastimarte, así que deja de gritar, ¿de acuerdo?

Mi pecho sube y baja con mi respiración dificultosa y trato de apartarme una vez más; sin embargo, mis intentos son frenados por su fuerza descomunal.

—¡Tranquilízate, Cuatro! —exclama—. Solo estoy aquí para buscar a mi hombre, ¿de acuerdo? Dime dónde está y me largaré de aquí.

—¿De qué diablos hablas? —digo, sin aliento—. ¿Quién se supone que eres tú? ¿*Qué* eres?

—Soy un íncubo, cariño —dice, y rueda los ojos al cielo, como si su respuesta fuese la más obvia de todas.

—Un, ¿qué?

—Incubo, mi amor —repite, pero sigo mirándolo como si fuese el ser más extraño del planeta. Una mueca exasperada se apodera de sus facciones y, entonces, escupe—: ¡Un demonio! ¡Soy un tipo de demonio, maldición! ¡Pero si eres lenta!

En ese momento, las piezas encajan poco a poco en mi cabeza.

—Buscas a Mikhail.

Rueda los ojos una vez más al tiempo que sus dedos presionan el puente de su nariz.

—Vas a provocarme una migraña.

—¿Quieres dejarme ir? —señalo en dirección a una de sus manos, la cual me detiene por los tobillos con tanta fuerza, que estoy casi segura de que sus dedos me dejarán marcas.

Él suspira y me deja ir. Entonces, me pongo de pie con torpeza.

—Bien, cariño. El tiempo apremia. ¿Dónde está Miky?

—No lo sé —digo, porque es verdad.

Las cejas del demonio frente a mí se alzan y una sonrisa burlona se dibuja en sus labios.

—¿Pretendes que te crea?

—Deberías hacerlo porque estoy diciéndote la verdad. Hace casi dos semanas que no sé absolutamente nada sobre él.

La frustración se filtra en las facciones del demonio, y este frota su rostro con ambas manos antes de mascullar algo en el mismo idioma

extraño que suele utilizar Mikhail a veces.

—Este hijo de puta va a conseguir que lo maten —gime—. El jefe va a enfurecer cuando se entere de que te ha dejado sola. —Sus ojos se posan en mí y me mira de pies a cabeza—. Y bueno, ¿tú qué le hiciste para que se largara? ¿Tienes una idea de lo difícil que es hacer que ese pedazo de Adonis se enoje?

—¡No hice nada! —exclamo, pero sé que no es verdad. Sé que lo hice enojar hasta la mierda la última vez que hablamos.

—Ese idiota va a sacarme líneas de expresión —gruñe, y se encamina hacia el interior de mi habitación. Yo lo sigo de cerca.

Al entrar, se abre paso hasta mi cama y se deja caer sobre ella bocarriba. No es hasta ese momento, que me permito echarle una ojeada.

Es alto y delgado. Hay un montón de músculos marcados en sus brazos, pero no luce masivo o animal. Es, incluso, más estrecho que Mikhail.

Su cabello cae en ondas suaves sobre su frente, sus ojos claros son enmarcados por un par de prominentes cejas, y una capa fina de vello facial cubre su mandíbula.

Es duro y afilado en muchas partes y, al mismo tiempo, hay algo delicado en sus facciones. En la manera en la que se mueve.

—Se acabó —dice, mientras cierra sus ojos en un gesto dramático—. No vuelvo a poner los ojos en semidemonios calientes y voluntariosos. Ese hombre va a conseguir que envejezca antes de llegar a los dos mil años.

—¿Semidemonio?

—No tengo tiempo para responder a tus preguntas. Sigo lamentándome.

—¿Y no puedes lamentarte en otro lugar? —inquiero, al ver cómo se estira sobre el colchón y se acurruca, como si estuviese buscando la posición perfecta para dormir.

—No. No puedo, Cuatro.

—Me llamo Bess.

Él hace un gesto desdeñoso con su mano.

—Eso lo sé. Mi hombre me lo dijo —suspira—. Antes de desaparecer, solo hablaba sobre ti. Era *tan* aburrido. Solo esperaba que te follara para que dejara el asunto de: «Bess es poderosa» por la paz.

Mi corazón se estruja ante la revelación.

—¿Hablabas de mí?

—¿Eres sorda?

Un destello de irritación se mezcla con una oleada de diversión y, de pronto, no sé si quiero golpearlo o echarme a reír.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunto, con curiosidad.

—No te lo diré, cariño. Pero puedes decirme «mi amor» —dice, sin abrir los ojos.

—Preferiría no hacerlo —mascullo, pero una sonrisa tira de las comisuras de mis labios.

Él suspira y abre los ojos para mirarme.

—Llámame Axel.

—Tu nombre no es Axel, ¿no es así? —mis cejas se alzan con incredulidad.

—No, pero es un nombre humano agradable y *sexy*. Puedes llamarme de ese modo. Me gusta.

—Bueno, Axel, puedes marcharte, que tu hombre no está aquí —anuncio—. Dudo mucho que vuelva a aparecerse por este lugar.

—Nada de eso, Bess. Tú hiciste que se marchara. Tú debes traerlo de vuelta —dice Axel, incorporándose—. No voy a permitir que te laves las manos de este asunto.

—¿Cómo se supone que voy a traerlo de vuelta? —lo miro con incredulidad—. No es como si supiera dónde encontrarlo.

Axel rueda los ojos al cielo.

—Puedes hacer que venga a ti, cariño.

—¿Y cómo se supone que voy a hacer que venga?

Una sonrisa genuina se desliza en sus labios y un estremecimiento de puro terror me recorre el cuerpo. De pronto, me siento ansiosa y nerviosa, y ni siquiera sé por qué.



El demonio luce extrañamente complacido con mi pregunta y, antes de que pueda hilar el montón de pensamientos en mi cabeza, dice:  
—Poniéndote en peligro, por supuesto.



## REVELACIONES

—¿Es en serio? —la voz de Axel inunda mis oídos, pero yo no despego la vista de la pantalla de mi computadora—. ¿Esto es lo que haces en tu tiempo libre? ¿No sales? ¿No tienes una vida social? ¿Un chico con quien follar? ¿Algo?

Trato de concentrarme en el proyecto de literatura en el que trabajo, pero una pequeña sonrisa irritada tira de las comisuras de mis labios. Las irrefrenables ganas que tengo de rodar los ojos al cielo se hacen presentes, así que no las reprimo.

Pese a eso, soy capaz de sentir cómo la diversión se filtra en mi cuerpo poco a poco. Aunque trate de negarlo, Axel me hace reír más veces de las que puedo contar en un solo día.

—Estoy haciendo una tarea, ¿puedes guardar algo de silencio? —digo, sin siquiera girarme para encararlo. Trato de sonar neutral e, incluso, algo molesta, pero sé que puede notar la sonrisa en el tono de mi voz.

—Eres tan aburrida —suspira, con fingido pesar—. No entiendo qué fue lo que Mikhail vio de interesante en ti.

—Yo, por el contrario, puedo comprender perfectamente por qué son tan buenos amigos —suelto, en lo que pretendo que sea un tono distraído y aburrido.

—Quiero informarte que seremos amigos solo hasta que consiga que quiera follarme —suelta, con indignación y mi sonrisa se ensancha. En el poco tiempo que llevo conociéndolo, he descubierto que, el no haber conseguido que Mikhail se le echara encima como —según él— todo el mundo hace, hiere su hombría y su sexualidad—. Una vez que descubra lo bueno que soy en la cama, estarás fuera del juego, cariño.

Mi sonrisa se hace aún más grande, al tiempo que niego con la cabeza. Odio admitirlo, pero Axel ha hecho que los días sean un poco más llevaderos. Tenerlo cerca hace que me sienta cerca de Mikhail de alguna u otra manera. Me hace guardar la absurda esperanza de que, quizás, el demonio de los ojos grises aparecerá un día aquí, en esta habitación, y todo será como si nada hubiese ocurrido.

Hace ya una semana que Axel apareció de la nada en mi vida y no se ha marchado desde entonces. Después de haberme pedido que me pusiera en peligro para traer de vuelta a Mikhail —y de haberme negado rotundamente a hacerlo—, decidió que debía pasar los días detrás de mí.

Él asegura que no me dejará sola porque puede que Mikhail acuda a mí en cualquier momento, pero a mí no me engaña. Sé que me sigue porque trata de protegerme. Porque trata de proteger los intereses de su amigo.

Por lo poco que me ha contado, si su superior se entera que ha dejado abandonado su trabajo, podría pasarle algo muy malo.

Debo admitir que no sé cómo me hace sentir el hecho de que los demonios se cuiden entre sí. No es el tipo de camaradería que esperas ver en seres de su naturaleza.

Axel me sigue a la escuela a diario, pero, al contrario de Mikhail, él no puede ser visto por nadie que no sea yo. Según me explicó, esto se debe a su categoría de demonio de Segunda Jerarquía. Ningún demonio de Segunda o Tercera Jerarquía es capaz de ser visto por el ojo humano común; y no porque no lo deseé, sino porque no son lo suficientemente poderosos como para hacerse presentes de manera

corpórea; aunque, si me lo preguntan, Axel luce bastante corpóreo para mí.

Con todo eso, se ha encargado de hacer varios destrozos en la escuela. Su naturaleza de íncubo, —alias «demonio de la lujuria»—, ha provocado una oleada extrema de alumnos encontrados en pleno acto sexual en lugares como la biblioteca o el estacionamiento de los maestros. Él, pese a mis constantes quejas y reprimendas, no parece para nada arrepentido de haber logrado que un par de parejas fuesen expulsadas por sus actos desvergonzados.

—Déjame ver si entendí... —Axel habla de nuevo y me saca de mi ensimismamiento—. ¿Llegas de la escuela y no sales de casa?

—Básicamente —digo, con aire despreocupado, sin apartar la vista de la pantalla del ordenador.

Un gemido cargado de frustración brota de sus labios.

—¡Quiero salir de estas cuatro paredes asfixiantes! —se queja, con dramatismo.

—Nada te lo impide —canturreo, con aire fresco y juguetón, solo para hacerlo enojar un poco más.

—¡Eres la más desconsiderada de las anfitrionas! ¡Cualquiera en tu lugar llevaría a sus invitados a conocer la ciudad!

Me giro en la silla de escritorio para encararlo. De inmediato, la imagen de él acostado sobre mi cama, me llena el campo de visión.

—No voy a llevarte a ningún lado —suelto, con determinación—. No después de lo que le hiciste a la profesora de álgebra.

Un suspiro cargado de fastidio brota de sus labios, al tiempo que rueda los ojos al cielo.

—¡Le hice un favor!

—¡La encontraron masturbándose en el baño porque tú la provocaste!

—¡Ella estaba tan tensa! —exclama—. ¡Lo menos que podía darle era un buen rato!

—¡Casi la echan por tu culpa!

—¡Oh, cállate! —exclama, con indignación—. ¡Estoy seguro de que el director se la tiró después de verla tocándose! ¡Es obvio que se

atraen!

Un escalofrío de pura repulsión me recorre la espina dorsal en el momento en el que la desagradable imagen del hombre medio calvo, de cabello blanco y piel colgante que dirige la escuela, invade mis pensamientos.

—¡El tipo es casado! —chillo, con incredulidad.

—¡Me importa una mierda! ¡La mujer necesitaba un polvo! ¡Ya deja de gritarme! —igual a mi tono.

—¡No te estoy gritando!

El silencio se apodera del ambiente en ese momento y, de pronto, una carcajada seca y corta brota de mi garganta. Axel me mira con irritación, pero sé que quiere echarse a reír también. Lo sé por el modo en el que sus labios se curvan ligeramente hacia arriba.

—Eres odioso —mascullo, pero no he dejado de sonreír.

Un suspiro brota de sus labios y sacude la cabeza.

—Odio admitirlo, pero comienzo a entender por qué Mikhail está tan interesado en ti...

Mi corazón se salta un latido.

—Ah, ¿sí?

Él asiente.

—No eres *tan* desagradable... —suspira—, y luces como una damisela en apuros —sacude la cabeza en una negativa—. El tipo tiene complejo de defensor. No hay nada que le guste más que cuidar de las personas indefensas. Justo como tú.

—No soy indefensa —objeto, con indignación—. Además, eso no suena propio de una criatura como él. No se supone que ustedes se preocupen por nadie. Quiero decir, son demonios, ¿no es cierto?

Arquea una ceja.

—A estas alturas ya deberías haberte dado cuenta de que los demonios también tenemos buenas intenciones.

—Pero Mikhail no cuida de mí porque tenga buenas intenciones. Lo hace porque es su deber—refuto, y mis propias palabras me hieren, pero me las arreglo para no hacerlo notar demasiado. Me las arreglo para no mostrar emoción alguna.

«Ni siquiera sé por qué se siente tan mal decirlo en voz alta».

—No sé si realmente eres estúpida o solo finges serlo —dice Axel, mientras rueda los ojos—. Mikhail no hace nada de lo que se le ordena. Hace su jodida voluntad porque es poderoso y porque, en el fondo, El Supremo teme que se revele. Le dejan ir y venir a sus anchas porque podría ser un problema si deserta.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque no está de acuerdo con muchas cosas que ocurren allá abajo, ¿sabes? —dice—. No puedo decirte mucho al respecto, pero supongo que tarde o temprano vas a enterarte de lo más básico, así que aquí vamos... —se incorpora de su posición acostada y se cruza de piernas sobre el colchón antes de mirarme a los ojos—. Mikhail no es un demonio nacido en el Inframundo, ¿de acuerdo?, se transformó en uno hace no muchos cientos de años. De hecho, su transformación aún no termina. Sigue en el camino de convertirse en uno de nosotros.

—¿A eso te referías con «semidemonio» el otro día? ¿A que Mikhail aún no es uno de ustedes al cien por cien? —no es hasta ese momento en el que me doy cuenta de que me he inclinado hacia adelante para escucharlo mejor.

Odio admitirlo, pero la curiosidad de saber más acerca del él pica en mi estómago y me provoca una extraña sensación de desesperación absurda. La ansiedad ya ha comenzado a hacer su camino hasta mi pecho y mis dedos, involuntariamente, se cierran en puños cuando Axel asiente.

—No le falta demasiado tiempo para completar su transformación; pero, pese a que es poderoso hasta la mierda, no deja de ser un demonio relativamente joven. —El rostro serio de Axel me saca de balance. Se siente erróneo y extraño. Su expresión burlona de siempre se ha transformado en una que desencaja un poco con su habitual postura relajada—. Es precisamente su juventud lo que no le permite aceptar del todo nuestro sistema. Eso y que Mikhail no nació siendo uno de nosotros. —Hace una mueca cargada de pesar—. Es por eso por lo que no comprende las normas que nos han sido

impuestas. El Supremo siempre lo mantiene vigilado por esa misma razón.

—No confía en él.

Axel suspira.

—No, no lo hace. —No me pasa desapercibido el brillo triste en sus ojos—. No es uno de nosotros aún. Dudo que algún día llegue a serlo del todo. —Se encoge de hombros—. Mentalmente, quiero decir... —un suspiro se le escapa—. Mikhail está bastante atado a sus antiguas creencias, ¿sabes?... No puedo culpar a los demonios de Primera Jerarquía por desconfiar de él. La lealtad es algo que se valora mucho en el Infierno y, por mucho que me desagrada, no creo que él vaya a ser leal a nuestro Supremo en algún momento de su existencia.

—¿Qué era Mikhail antes de ser un demonio? —la pregunta sale de mis labios en un susurro débil y tímido.

La anticipación de la respuesta que Axel puede darme hace que mi estómago se retuerza de los nervios. Mi corazón se salta un latido para reanudar su marcha a una velocidad antinatural, pero me trago los nervios solo para escuchar lo que el íncubo tiene que decir. En ese momento, una sonrisa tensa se desliza en sus labios.

—Mikhail era un ángel.

No me pasa desapercibido el tono asqueado que utiliza y mis cejas se alzan con incredulidad.

—¿No se supone que debería ser un caído, entonces? —mi ceño se frunce ligeramente, en confusión.

Trato de recordar algún texto bíblico que hable algo respecto a lo que les ocurrió a los caídos después de dejar el cielo, pero nada viene a mí.

—No existe tal cosa llamada «ángel caído», cariño —Axel sonrío aún más, pero sigue sin ser un gesto honesto—. No hay términos medios para el Cielo y el Infierno. Si no estás arriba, estás abajo. O eres un ángel o eres un demonio.

El entendimiento se asienta en mis huesos.

—Todos los ángeles que cayeron son demonios ahora —digo en voz alta, solo para confirmarlo.

—Y son de la peor calaña. Ni siquiera nosotros, los nacidos en el Averno, los queremos de nuestro lado. La traición es algo que no se tolera en el Infierno y, a pesar de que cayeron gracias a la tentación que El Supremo puso frente a ellos, no los queremos en nuestras filas —dice, con la mirada ausente ahora—. Por esa razón vagan por la tierra perturbando a los seres humanos. Se alimentan de las emociones negativas y sobreviven en un mundo en el que no hay lugar para ellos. —Sus ojos adquieren un brillo familiar y, de pronto, se clavan en mí—. Tú los conoces. Te atacaron. O creo que eso fue lo que Mikhail dijo una vez... También se les conoce como Grigori.

El recuerdo de las sombras en la fiesta de Phil Evans y la forma en la que Mikhail los despedazó, viene a mí a toda velocidad.

—Las sombras —asiento—. Los recuerdo. Mikhail dijo que eran el Clan Grigori.

Axel asiente.

—Son basura entre la basura, Bess. No lo olvides —dice—. Lo único que quieren es congraciarse con la gente de allá arriba para volver a ser lo que fueron.

—Por eso me atacaron. —No es una pregunta. Es una afirmación que Axel solo confirma con un movimiento suave de su cabeza.

—Exactamente.

El entendimiento poco a poco se abre paso en mi sistema y digiero poco a poco la información.

—¿Cómo es que sabes sobre mi encuentro con los Grigori? ¿En qué momento te comunicabas con Mikhail si se supone que todo el tiempo estaba cuidando de mí?

—Tengo mis métodos, cariño —me guiña un ojo—. Y son efectivos.

En ese momento, y sin poder evitarlo, ruedo los ojos al cielo. Acto seguido, trato de recuperar el tema inicial, porque las dudas que tengo son gigantescas ahora.

—¿Por qué, entonces, si Mikhail fue un ángel, no es un Grigori ahora?

—Porque Mikhail no cayó gracias a la tentación —Axel me mira a los ojos—. Cayó porque fue traicionado por los suyos.



Mi corazón se estruja con violencia y un absurdo sentimiento de enojo e indignación se apodera de mis entrañas. Una conversación que tuve con él hace un tiempo vuelve a mi cabeza y, entonces, comprendo muchas cosas.

Entiendo que su aversión por los ángeles es grande debido al sentimiento de traición que lo envenena. Entiendo por qué piensa que los ángeles son peores que los demonios. Después de todo, los de su especie le mintieron y fue condenado a transformarse en una cosa que, quizás, llegó a detestar con toda su alma.

—Odia a los ángeles porque lo traicionaron... —susurro para mí misma.

Axel murmura un asentimiento y la pesadez aumenta dentro de mí.

—A pesar de eso, no nos acepta a nosotros, los demonios, como parte de su entorno. —Genuino pesar inunda el tono de su voz—. Está justo en medio de la línea divisoria entre eso que él siempre pensó que sería y lo que realmente es. Está dividido entre lo que creyó que le pertenecería para siempre y lo que ahora tiene para sobrevivir. Le arrebataron la gloria de tajo. —Su mirada está perdida en algún punto en el suelo, pero su gesto se endurece con cada palabra que dice—. Solo dejaron la carcasa del hermoso monstruo destructor que era.

Mi pecho duele. Ahora mismo, no puedo imaginarme a Mikhail con otras alas que no sean esas membranosas, lisas y letales. No puedo verlo como un ser luminoso como el que me atacó. Todo él irradia oscuridad, ferocidad y violencia. ¿Cómo alguien como él pudo ser un ángel?...

«Quizás la traición lo hizo de esa manera», pienso. «Quizás el tiempo se ha encargado de oscurecer todo eso que era bueno en su alma... Si es que realmente tiene una todavía».

—¿Por qué está vigilándome entonces? ¿Por qué, si se supone que no obedece órdenes de nadie? —mi voz suena tímida y temblorosa, pero trato de desviar la conversación hacia un lugar seguro. No estoy lista para procesar más información el día de hoy, así que prefiero volver al tema inicial.

Axel se encoge de hombros.

—No sé qué diablos piensa o qué mierda trama —suspira—, pero mientras te proteja, todo está bien. Le hace creer al Supremo que está comenzando a aceptar su naturaleza actual y todo el mundo allá abajo deja de estar a la defensiva; aunque debo decirte, cariño, que los príncipes creen que va a traicionarnos en cualquier momento. Están listos para cazarlo si hace algo malo.

Muerdo mi labio inferior.

—Te preocupas por él —digo, en voz baja, sin apartar mi vista del íncubo.

—¿Qué te hizo deducirlo, genio? —bufa, con irritación, pero noto un destello de pánico en el tono que utiliza.

—Yo también lo hago —admito.

Axel me mira de reojo y sacude la cabeza.

—Tenemos que encontrarlo antes de que El Supremo se entere de que ha abandonado su tarea —dice y, por primera vez desde que lo conozco, suena angustiado—. Si lo descubre, va a venir personalmente a matarlo. ¿Tienes una idea de lo jodido y aterrador que será que venga el rey del Infierno a terminar con él? Ni siquiera quiero estar cerca si llega a ocurrir.

El horror me escuece las entrañas, pero trato de mantener mi expresión tranquila. Inevitablemente, mi memoria viaja hasta las facciones hoscas y angulosas del rostro del demonio con el que estuve a punto de besarme y no puedo evitar pensar en él de otra manera.

Ahora que he aprendido un poco más sobre su historia, me siento extraña y ansiosa. Es como si el Mikhail arrogante se hubiese esfumado para abrirle paso a este chico traicionado y herido que ronda en mi cabeza. Ha dejado de ser ese idiota irritante y odioso para ser solo alguien perdido en el camino. Alguien que fue defraudado y que se esconde debajo de una capa de hostilidad, sarcasmo y arrogancia.

Ni siquiera puedo imaginarme cómo debe sentirse al saber que alguien a quien consideraba parte de los suyos, le fue desleal.

El sonido estridente de mi teléfono me hace saltar en mi lugar.

Axel masculla una maldición luego de eso y dice algo acerca del horrible timbre de teléfono que he elegido. Entonces, medio aturdida, estiro mi cuerpo para llegar al aparato que descansa sobre mi escritorio y respondo sin mirar el identificador de llamadas.

—Tengo algo para ti —la voz de Mason invade mis oídos—. ¿Crees que podemos vernos?

La falta de ceremonia con la que inicia la conversación me saca tanto de balance, que lo único que puedo responderle, es un balbuceo incoherente.

—¿Qué? —el chico suelta, porque sé que no me ha entendido una mierda.

Mis ojos se cierran con fuerza durante unos segundos y tomo una inspiración profunda para aclararme los pensamientos.

—Hola, para ti también, Mason —digo, luego de unos instantes.

Una risa nerviosa me recibe del otro lado de la línea.

—Lo siento —dice—. Pasa que estaba muy entusiasmado por lo que encontré. ¿Cómo estás, Bess? ¿Será que tienes tiempo de que nos veamos?

—¿Hoy? —miro el reloj de mi computadora. Son casi las seis de la tarde—. No lo sé, Mason. Tengo un trabajo importante que terminar y ni siquiera voy por la mitad.

—Será rápido —dice—. Solo necesito entregarte algo que creo que podría interesarte. Es una copia de *El Libro de Enoc* que encontré en la biblioteca de mi papá hace unos días. Es bastante antigua. Creo que podría servirte para lo que sea que estás intentando averiguar.

La duda crece en mi pecho y miro en dirección a Axel, quien me observa con una ceja levantada. La expresión interrogante que esboza me hace querer rodar los ojos al cielo.

—No lo sé, Mason. Realmente estoy algo ocupada.

—No te quitaré mucho tiempo —promete—. Por favor.

Un suspiro brota de mis labios.

—De acuerdo —digo, pero en realidad no quiero reunirme con él—. ¿Te veo a las seis y media en el café que está frente a la biblioteca

pública?

—Sí —noto la emoción en su voz—. Te veo allá dentro de un rato.

—De acuerdo. No llegues tarde —digo.

Entonces, sin decir una palabra más, finaliza la llamada.

—¿Quién era? —Axel pregunta, con gesto interesado.

—Un amigo.

—¿Chico?

—Sí.

—¿Es *sexy*?

Una pequeña sonrisa me asalta.

—En realidad no —digo, mientras que me encojo de hombros.

—Igual iré contigo —se levanta de la cama—. Esto de estar acostado todo el día va a ponerme como una vaca.

Ruedo los ojos al cielo antes de disponerme a buscar mis Converse y cepillar mi cabello para amarrarlo en un moño despeinado. Estoy decidida a no tardarme demasiado, así que tampoco invierto demasiado tiempo arreglándome.

Acto seguido, Axel se encamina hacia la puerta y me mira de arriba abajo antes de decir:

—Vámonos ya de aquí, por favor.

Una pequeña risita se me escapa, pero, en lugar de objetar, lo sigo hasta la salida.



A casi una cuadra de la cafetería, Axel se detiene en seco y el aire que inhala con brusquedad, hace que yo también deje de moverme. La alarma se enciende en mi interior a toda velocidad y, de inmediato, busco la fuente del peligro sin tener éxito alguno.

—¡Mira a ese bombón! —exclama el íncubo, mientras señala a un chico que camina en la acera de enfrente.

—¡Oh, por el amor de...! ¡¿Por eso haces esa clase de sonidos?! ¡Creí que habías visto algo peligroso! —siseo, al tiempo que miro hacia todos lados para cerciorarme de que nadie me haya escuchado.

Soy plenamente consciente de que nadie puede ver a Axel, así que trato de ser discreta mientras reanudo mi andar apresurado.

—¡Es peligroso para mí toparme con tanta belleza humana!

Niego con la cabeza, con exasperación.

—Deja de asustarme de ese modo —digo, en voz baja, y, acto seguido, apresuro el paso—. Te golpearé si vuelves a hacerlo.

—¿Puedo ir a divertirme con él un rato? —Axel ignora mi petición—. ¿Puedo? ¿Puedo? *¿Puedo?* —sus dedos se cierran en el material de mi vieja sudadera y lo miro solo para darme cuenta de que no ha apartado la vista del tipo del que quedó prendado.

—¿Sabes volver al apartamento por tu cuenta? —digo, una vez que estoy a pocos pies de la puerta de la cafetería.

—Lo investigaré —sonríe—. No es difícil localizarte cuando eres un espectacular brillando en la calle.

—¡Oh!, eso es alentador —mascullo, con sarcasmo—. Ahora no me preocuparé de ser atacada por nadie mientras te diviertes con humanos que ni siquiera pueden verte.

Axel hace un gesto de mano para restarle importancia a mis palabras y suelta una despedida vaga antes de abrirse paso entre la gente. Estoy bastante segura de que ha ignorado todo lo que le he dicho.

Un suspiro brota de mi garganta, pero me obligo a empujar el ligero enojo hasta lo más profundo de mi cabeza y entrar al establecimiento.

Localizo a Mason con la mirada casi de inmediato, ya que el lugar no es muy grande y está más bien vacío. Las mesas redondas apretujadas solo hacen que el espacio se sienta más reducido de lo que en realidad es, pero la blancura de las paredes le da la ilusión óptica de amplitud. La decoración tampoco es muy llamativa: consta de un par de cuadros en colores vivos y un montón de fotografías de gente famosa que ha visitado la cafetería. Todas ellas han sido acomodadas estratégicamente a lo largo de las paredes blancas, de modo que todo luce estilizado.

Avanzo entre las mesas hasta llegar a esa en la que el chico en cuestión se ha instalado, la cual se encuentra casi al fondo del local, pero él no parece percatarse de mi presencia hasta que estoy a pocos

metros. Su rostro se ilumina con una sonrisa en ese momento y, sin decir nada, se pone de pie y me recibe con un abrazo apretado y un beso en la mejilla.

Acto seguido, señala el asiento frente a él.

No quiero sentarme. Solo quiero que me entregue el libro para poder irme, pero sé que hacer algo así sería maleducado, así que tomo asiento y me fuerzo a sonreír.

—Te he encargado un té como el que pediste el día que salimos — anuncia, mientras miro alrededor.

Estamos tan atrás en el establecimiento, que soy capaz de ver la puerta que da a la cocina desde mi posición.

—No tenías por qué hacerlo —digo, medio avergonzada y medio irritada—. Tengo algo de prisa y no sé si voy a tener oportunidad de quedarme mucho tiempo.

La decepción se filtra en sus facciones.

—Lo pedí de todos modos —trata de sonar fresco, pero la decepción que se cuela en su voz es apabullante—. Igual si no puedes beberlo ahora, puedes pedir que te lo pongan para llevar.

La sonrisa triste que esboza hace que una punzada de arrepentimiento se estrelle contra mí.

—Mason, yo...

—Entiendo —asiente, sin dejar de sonreír de manera forzada y lastimosa—. Créeme que me quedó muy claro que no te intereso en lo más mínimo. Nuestra cita del otro día fue... —sacude la cabeza—. ¡Dios! Fue un desastre. Ya lo sé. No es necesario que trates de rechazarme de forma amable, ¿de acuerdo? Solo quiero invitarte a un té. No voy a pedirte que salgas conmigo una vez más. Lo prometo.

La vergüenza enciende mis mejillas, pero me las arreglo para no apartar la mirada de la suya.

—Mason...

—Solo es un té —insiste, pero suena más bien como si estuviese suplicándome.

Una inspiración profunda es inhalada por mi nariz y la dejo escapar con lentitud. Una maldición se construye en mi garganta, pero me las

arreglo para esbozar una ligera sonrisa.

—De acuerdo —digo, al tiempo que me hundo aún más en la silla—. Solo el té.

La sonrisa de Mason se ensancha en ese momento y, entonces, saca de su mochila un ejemplar bastante viejo de *El Libro de Enoc*.

Me cuenta cómo fue que logró sacarlo de la biblioteca de su padre sin que se diera cuenta y me habla, también, de que cree que puede encontrar *La Clavícula de Salomón* —otro libro relacionado al tema— entre las pertenencias del párroco de su comunidad.

La mesera llega a nosotros con lo ordenado, mientras Mason continúa con su diatriba. Yo, por mi parte, trato de beber el té más rápido de lo habitual. Quiero marcharme pronto.

Conforme pasan los minutos, la pesadez se apodera de mi cuerpo. Por un segundo creo que se debe a lo poco que he dormido durante los últimos días; pero, cuando trato de aferrar los dedos a la taza y noto que no puedo cerrarlos, me doy cuenta...

Mi vista se alza hacia Mason, quien ha dejado de hablar.

«¿En qué momento dejó de hablar?».

La expresión seria, aterradora y sombría que se ha apoderado de su rostro, está cargada de satisfacción y, entonces, trato de ponerme de pie. No lo consigo. Lo único que logro es tambalearme hacia el suelo y estrellarme contra el azulejo del establecimiento.

El mundo entero pierde enfoque en ese momento y da vueltas a mi alrededor. Mis manos tiemblan, mi pecho se estremece y lucho contra la sensación aplastante que ha tomado posesión de mi cuerpo.

La parte consciente de mi cerebro grita que algo va terriblemente mal, pero la misma pesadez no me deja ordenar mis pensamientos.

Alguien tira de mí y me incorpora. Me estoy moviendo. Avanzo, pero nada tiene sentido. La habitación da vueltas, los sonidos suenan distantes y lejanos y mi respiración es dificultosa.

«¡El té! ¡El té tenía algo!». Una vocecilla resuena en mi cabeza, pero está demasiado lejos como para intentar aferrarme a ella, así que sigo en el limbo.

No puedo mantenerme en pie, pero alguien se encarga de llevarme. De pronto, la vista familiar de un chico de cabellos rubios aparece frente a mí. El nombre *Mason* hace eco en mi cerebro, pero ni siquiera sé por qué lo hace.

Un extraño escozor en mi cuello me hace protestar y gemir, pero no dura demasiado.

—Llegó la hora, cariño —susurra una voz desconocida y, sin más, el mundo se desvanece por completo.





## TORTURA

Mi cabeza palpita de dolor, mis párpados pesan, mis extremidades se sienten adoloridas y tensas, y el hedor a humedad y suciedad que lo invade todo hace que mi estómago se revuelva.

Por un momento, creo que me he quedado ciega, ya que no distingo nada a pesar de tener los ojos abiertos, pero, al cabo de unos segundos de pánico intenso, descubro que me encuentro en un lugar oscuro hasta la mierda. Solo un par de destellos luminosos provenientes de alguna parte en la lejanía me hacen saber que no he perdido la capacidad de ver.

Estoy aturdida, desorientada y me siento lenta y aletargada; es por eso por lo que me toman unos instantes empezar a llenar los espacios vacíos de mi memoria.

La llamada de Mason es lo primero que viene a mí. Le sigue nuestra reunión en el café frente a la biblioteca, el té, la inmovilidad de mi cuerpo y la mirada aterradora en su rostro.

En ese instante, los vellos de mi cuerpo se erizan y el terror se detona en mi sistema. La sensación de malestar incrementa mientras trato de recorrer el lugar con la vista, pero no puedo ver nada más allá de mi nariz.

Eventualmente, logro distinguir un halo de luz en la parte inferior de una de las paredes. No dura demasiado tiempo. Desaparece casi tan

pronto como llega, pero sé que ahí debe de haber una salida.

Me pongo de pie con lentitud, mientras intento mantener el equilibrio a pesar del mareo que me asalta. La droga del té apenas debe estar saliendo de mi sistema —si no es que me han mantenido drogada por mucho más tiempo.

Trato de avanzar, pero el sonido del metal siendo arrastrado y el dolor en mis extremidades superiores hacen que me detenga en seco. El miedo aumenta considerablemente y, de pronto, me encuentro tanteando los brazaletes metálicos que pellizcan la carne de mis muñecas.

El horror se apodera de mi cuerpo a una velocidad impresionante, la desesperación hace que un agujero se instale en la boca de mi garganta y, entonces, grito. Grito por ayuda, al tiempo que tiro de mí hacia atrás, en un intento absurdo y desesperado de deshacerme de las cadenas que están fijas a la pared y me mantienen en mi lugar.

Los gritos son acompañados por sollozos aterrorizados, y se transforman en gruñidos y gemidos lastimosos provocados por el intenso ardor en las uniones de mis manos.

Mis hombros y codos duelen y la humedad que cae al suelo desde mis muñecas me hace saber que estoy sangrando. Me he lastimado hasta este punto y, a pesar de todo, no me detengo. No dejo de luchar contra la inhumanidad a la que he sido sometida. Lucho porque, si no lo hago, voy a ovillarme en el suelo a llorar como idiota, y llorar no soluciona nada.

Pasan segundos. Minutos. Horas... Antes de que alguien se digne a venir a verme. Para ese momento, estoy histérica. El aire me falta, me siento mareada, aletargada y torpe. Necesito mi inhalador. Necesito ver a Mason para golpear su rostro contra el concreto hasta que su cráneo se rompa en fragmentos diminutos.

El hombre que abre la puerta metálica de la habitación enciende las luces. El cambio brusco de iluminación hace que mis párpados se cierren a toda velocidad. Trato de acostumbrarme a la tenue luz que emana el foco que cuelga del techo, pero mis ojos no dejan de lagrimear y escocer.

«¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que vi algo de luz?».

Cuando logro orientarme, me doy cuenta de que me encuentro en el centro de una habitación diminuta. Estoy segura de que aquí dentro apenas sí cabrían tres personas de pie si intentaran acomodarlas. El cambio de escenario hace que el terror disminuya un poco y trato de memorizar cada espacio de mi entorno para saber dónde está la puerta, en caso de que vuelvan a sumirme en la oscuridad.

Mi garganta arde de tanto gritar, mis ojos se sienten hinchados debido a las lágrimas, mi cuerpo entero se estremece cada pocos segundos debido al pánico y mi respiración es un silbido jadeante.

El hombre ni siquiera se inmuta cuando me mira.

No puedo verle la cara. La lleva cubierta con la capucha de la túnica de color café que utiliza, y una bandeja de metal entre las manos. En ella, solo hay un vaso de cristal lleno de agua y un pequeño plato de plástico.

Sin perder el tiempo, deja la bandeja en el suelo y toma el vaso con agua.

—P-Por favor, ayúdeme —suplico, con voz temblorosa y ronca. El sollozo entrecortado y aterrorizado que le acompaña a mis palabras es casi tan lastimoso como las lágrimas nuevas que me asaltan—. Por favor, n-necesito salir de aquí. Por favor...

El desconocido no dice nada. Ni siquiera da muestras de haberme escuchado. Solo avanza hacia mí a paso seguro. Yo retrocedo cuando lo hace, pero termino acorralada contra la pared. Entonces, trata de hacerme beber el contenido del vaso, pero me aparto con brusquedad y utilizo mis piernas para golpearlo y hacerlo retroceder.

El sonido del vidrio quebrándose es solo el inicio del caos.

El hombre trata de llegar a mí, pero pataleo cuanto me es posible para mantenerlo a una distancia adecuada. Él logra aferrar sus dedos a mi cabello y tira de él con tanta fuerza, que suelto un grito ahogado de puro dolor. Entonces, me empuja hacia abajo.

El dolor en mi mejilla derecha estalla en ese momento. Ardor y quemazón me invaden y siento cómo los trozos más pequeños del vaso roto se entierran en mi mejilla y mi sien.

Otro grito brota de mis labios y lucho por levantarme, pero el hombre ya está introduciendo una pasta espesa de consistencia viscosa en mi boca. Es avena preparada hace horas. Lo sé por la consistencia grumosa y densa que tiene.

El escupitajo sale de mi boca sin que pueda detenerlo y le da de lleno en las botas. Entonces, viene el primer golpe. Un gemido adolorido brota de mis labios, pero no me da tiempo de procesar lo que ocurre. Se limita a intentar girar mi cara con las manos para tener mejor acceso a mi boca y yo reanudo mi lucha.

Suelto patadas y arañazos antes de que una bofetada me haga gritar de nuevo. El ardor es tan intenso, que siento cómo mi rostro se calienta debido al impacto de su mano.

Trato de arrastrarme lejos de su alcance, pero no me deja hacerlo. Entierra sus uñas en la carne blanda de mis brazos y enreda sus dedos en las hebras oscuras de mi cabello. En ese momento, grito una vez más, pero nadie viene a ayudarme.

El hombre se las arregla para incorporarme de un tirón. Un sollozo cargado de dolor brota de mis labios cuando lo hace. Mi cabello está atrapado dentro de su puño, así que utiliza esa ventaja para hacerme alzar la vista.

Un par de familiares ojos azules me miran, pero sé que no conozco al hombre que trata de alimentarme. Estoy segura de que no lo he visto jamás.

«Pero ¿dónde he visto esos ojos?».

Sin perder el tiempo, toma una cucharada de la avena y la empuja casi hasta mi garganta para hacerme tragarla, pero lo único que consigue es provocarme una arcada. Siento el vómito subir por mi garganta cuando, a la fuerza, introduce más comida en mi boca y quiero gritar de la frustración y el pánico.

La brusquedad de sus movimientos solo aumenta el llanto horrorizado que me asalta y, mientras me obliga a comer, descubro porqué me resulta tan familiar. Descubro que sus ojos son iguales a los del chico dulce que conocí en la biblioteca hace unas semanas.

Debe ser el padre de Mason. No encuentro otra explicación.

Una vez que el hombre ha dejado de atragantarme con la avena, inspecciona las heridas provocadas por el aro de metal en mis muñecas.

La severidad en su expresión me hace querer reír. Es irónico que se preocupe por las marcas ahí, pero no le importe en lo absoluto golpearme como lo hizo. La ira se apodera de mi cuerpo con la realización de ese hecho. La impotencia, el pánico y el coraje se mezclan en mi interior, y le abren paso a un sentimiento más oscuro y vicioso.

Ninguno de los dos dice nada mientras recoge el desastre en el suelo, pero, cuando se dispone a salir de la habitación, se detiene en seco y me mira por el rabillo del ojo.

Mi cara se siente hinchada. No puedo cerrar bien la boca y mi ojo derecho está casi cerrado. Me duele todo el cuerpo y se siente como si mi cuero cabelludo estuviese a punto de separarse de mi cabeza. Sé que estoy hecha una mierda, pero, pese al llanto incontenible, le sostengo la mirada.

Algo similar al remordimiento brilla en su expresión, pero no hace nada por acercarse a liberarme de mis ataduras y limpiar las heridas que él mismo me ha provocado.

—Deja de gritar —dice, con su voz ronca y pastosa, tras un largo momento—. Esto es por tu bien. Por el *nuestro*.

—Están enfermos —escupo. El coraje en mi voz se eleva con cada palabra que pronuncio—. Usted y su hijo están enfermos. Espero que se pudran en el infierno.

La expresión del hombre se oscurece con mis palabras.

—Usa bien tus palabras, muchachita —sisea—. No tienes una idea de cuánto poder tienen. Vas a condenarnos a todos si sigues andando con ese demonio que te ronda.

—Mikhail va a cazarlos a todos. —El tono siniestro en mi voz me sobresalta, pero trato de mantener mi expresión serena. Sé que es mentira. Sé que Mikhail no va a venir a ayudarme, pero me regodeo con el terror que se filtra en la mirada del hombre—. Va a acabar contigo y con tu hijo, y con todo aquel que sea como tú.

Una sonrisa tira de las comisuras de sus labios, pero el miedo aún no se va de su expresión. Entonces, sacude la cabeza, como quien intenta alejar los pensamientos negativos.

—Los ángeles están de parte de los que son como yo —dice, con orgullo. El vestigio de miedo que vi hace unos instantes, ya no está—. Tenemos su protección. Y lamento informarte, cariño, que ningún demonio, por muy fuerte que sea, podrá con nosotros.



Tengo hambre. *Tanta*, que no puedo pensar en nada más. No sé cuánto tiempo ha pasado, pero sé que ha sido bastante. Mucho más del que me gustaría. He dormido por horas y he despertado solo para pedir auxilio. He gritado de la desesperación y de la angustia, y he gritado por piedad.

He perdido toda mi dignidad. Huelo a orina y desechos fecales. Las heridas de mis muñecas han comenzado a llenarse de costras y es lo único que necesito para saber que han pasado días desde la última vez que comí algo. Desde que alguien vino a verme.

Dejé de llorar hace mucho, pero no dejo de pedir auxilio. No dejo de suplicar por algo de comida. Por algo de agua.

Impotencia, angustia y desesperación es lo único que he podido sentir aparte de hambre y sed. Durante todo este tiempo, lo único que he hecho es revolcarme en mi miseria.

El miedo no ha dejado de consumirme poco a poco y me he encontrado —más veces de las que gustaría— deseando que alguien haga algo para acabar con mi sufrimiento. Me he encontrado deseando dormir y no despertar de nuevo... Pero eso no ocurre. Siempre despierto. Siempre abro los ojos y siento cómo la oscuridad de la habitación se cuela en mis huesos y se hace parte de mí.

Algo se rompe en mi cabeza poco a poco y me aterroriza saber que está ocurriendo. Me horroriza saber que estoy perdiéndome a mí misma en este lugar.

Y así pasa el tiempo. Pasan los minutos, las horas... Los días, quizás. No lo sé. Lo único que sé es que mi estómago duele y que no tengo fuerzas suficientes para arrastrarme lejos de la esquina donde me encuentro.



El destello de luz lo inunda todo, pero ni siquiera puedo alzar la cabeza para descubrir qué está pasando. Estoy en un estado de semiinconsciencia que apenas me permite percatarme de las personas que han entrado a la habitación.

Alguien murmura algo acerca del mal olor y otra persona trabaja en las muñequeras de metal que me mantienen prisionera. Las cadenas están estiradas hasta su límite, así que tiene que esforzarse un poco más de lo debido para lograr liberarme.

El dolor en mis extremidades es insoportable, pero no emito ningún sonido que delate las ganas que tengo de echarme a llorar.

Soy levantada del suelo, pero mis pies no responden. No puedo sostener el peso de mi cuerpo. Mis piernas están tan entumecidas, que ni siquiera puedo moverlas. Entonces, alguien envuelve un brazo alrededor de mi cintura para ayudarme a avanzar por un corredor hecho de piedra.

El hedor a humedad es desagradable y hace que mi garganta se sienta apretada y densa, pero el movimiento y la circulación de la sangre en mis extremidades hacen que sea un poco más consciente de mi entorno.

Subimos un par de tramos de escaleras antes de que la persona que me lleva casi a cuestas me introduzca dentro de una habitación iluminada con luz blanca. El sonido del agua y el vapor lo inundan todo, y es lo único que necesito para saber que estoy dentro de un baño.

Una mujer aparece en mi campo de visión y me despoja de las prendas que visto a toda velocidad, antes de acomodarme en el suelo de la regadera sin un ápice de delicadeza.

El golpe del agua contra mi cuerpo es doloroso y gratificante al mismo tiempo, pero no me dan tiempo suficiente para disfrutarlo. La mujer restriega mi cuerpo con una barra de jabón y lava mi cabello con *shampoo* proveniente de una pequeña bolsa plástica.

Noto cómo se detiene en seco cuando mira la piel hinchada e infectada alrededor de mis muñecas, pero se recupera rápidamente y continúa con el trabajo impuesto.

Al terminar con la tarea de lavarme, me ayuda a incorporarme y me entrega un bulto de ropa que no estoy segura de poder ponerme. Trato con las bragas de algodón, pero mis dedos temblorosos apenas responden, así que me ayuda con eso. Entonces, sin perder el tiempo, me ayuda a poner los seguros del sujetador. Segundos después, me ayuda a colocarme una prenda holgada de color blanco. Me toma un momento darme cuenta de que se trata de un vestido.

La mujer me ayuda a incorporarme una vez más y me saca del pequeño cuarto para guiarme hasta otra habitación, donde soy alimentada con pan, leche y frutos secos. Todo me sabe a gloria.

Soy dirigida hacia otro lugar una vez que termino de comer.

Avanzamos por una cantidad abrumadora de pasillos, antes de subir otro tramo de escaleras. La mujer se detiene en seco frente a una puerta de metal y se gira para inspeccionarme una vez más. Su vista me recorre a toda velocidad antes de apelmazar mi cabello con sus palmas. Entonces toma una inspiración profunda y abre la puerta.

Doy un paso y luego otro, pero, en el momento en el que alzo la vista, me congelo. El vértigo y el nerviosismo se detonan en mi sistema en el instante en el que me percató de lo que ocurre.

La sala frente a mí es enorme y hay un montón de bancas acomodadas alrededor de la plataforma sobre la que me encuentro parada. Todas ellas están repletas de gente.

Los vitrales de los ventanales, la forma cupular del techo y las estatuas acomodadas al fondo de la habitación, me hacen saber que estoy en una especie de iglesia y que yo soy el centro de atención.

Un hombre habla en un idioma desconocido para mí y la gente responde a sus pregones con la voz cargada de una emoción



irreconocible.

Los ancianos que se encuentran en las primeras hileras miran hacia el techo del lugar con una devoción aterradora, mientras que muchas de las personas presentes alzan las manos hacia el cielo, como si trataran de alcanzarlo. Como si imploraran ser llevados a ese lugar.

El horror y el terror me invaden por completo.

Antes, cuando era más joven, iba con mis padres a la iglesia. Aún después de que fallecieran continué asistiendo a las ceremonias dominicales; sin embargo, esto es algo completamente diferente.

Estas personas no están aquí para orar como una persona común y corriente. Algo en todo esto se siente extraño. Erróneo...

Soy empujada hacia el centro del escenario y me enferma notar el parecido que tiene todo esto a los altares que conozco.

El hombre que habla viste la misma túnica café que vi en el que me alimentó y me golpeó aquella vez en la habitación oscura. Me pregunto si será la misma persona. No me sorprendería ni un segundo que así fuera.

De pronto, todas las miradas están puestas en mí. Incluso el orador me observa con deleite.

—¡Tenemos lo que los ángeles nos han pedido, hermanos! — exclama el hombre y todo el mundo suelta exclamaciones de júbilo y gratitud—. ¡El sacrificio será realizado y todos nosotros pisaremos tierra divina! ¡La salvación del Fin del mundo será para nosotros, las fieles ovejas!

Los gritos extasiados continúan y doy un paso tembloroso hacia atrás, antes de que alguien me sostenga por los hombros y me obligue a avanzar hacia el centro de espacio. El hombre que dirige la ceremonia habla acerca de la voluntad de Dios como si realmente la conociera, y me enferma cómo es que es capaz de actuar en su nombre. Me horroriza darme cuenta de que me mantuvieron cautiva con el fin de entregarme como sacrificio. Un sacrificio que Dios no necesita. Que dudo mucho que quiera.

Alguien trata de hacerme dar un paso hacia atrás, pero utilizo la poca fuerza que me queda para empujarlo lejos. De pronto, un

hombre aparece en mi campo de visión y comienza la lucha.

Forcejeo contra las personas que me sostienen con brusquedad y tratan de hacerme subir a una especie de plataforma. Pataleo y golpeo con todas mis fuerzas, pero la cantidad de hombres aumenta y, en poco tiempo, me someten. Han logrado alzarme del suelo para colocarme con la espalda pegada a una estructura de madera, con los brazos y las piernas extendidas.

Soy amarrada en la incómoda posición antes de que todos se alejen y hagan una reverencia hacia la cruz que sé que cuelga detrás de mí.

Quiero gritarles que no se atrevan a hacer esto en nombre de Dios. Que esto es un asesinato y que están todos completamente locos por creer que él va a tener misericordia de personas como ellos; pero el pánico es tan grande, que ni siquiera puedo hablar.

—Ángeles y arcángeles, nuestra comunidad les ofrece este sacrificio: El Cuarto Sello; para que, con su gracia, seamos rescatados del apocalipsis —clama el hombre y la respuesta de su público es un murmullo vicioso y suave—. ¡Oh!, Arcángel Miguel, acepta nuestra ofrenda. Tú que eres justo y poderoso, júzganos bien. Haznos entrar en el Reino de los Cielos. Tú, arcángel celestial, que todo puedes hacerlo con ayuda del Señor; tú que derrotaste a Lucifer con tu ejército y llevaste el orden al Reino Divino, te suplicamos que intercedas por nosotros.

De pronto, la plataforma sobre la que estoy parada comienza a moverse.

El horror me invade y me encuentro gritando y tirando de mi cuerpo lejos de las amarras que me mantienen prisionera.

Las proclamaciones eufóricas de la gente ahogan mis súplicas y lloro una vez más. Lloro de impotencia, de terror, de ansiedad... Lloro porque nadie aquí va a hacer una mierda para ayudarme.

Un tirón particularmente brusco hace que el dolor lacerante me recorra el torso y el brazo. El grito que suelto ahora es de puro dolor. Mis oídos pitan, mi cuerpo entero se estremece y se tensa en respuesta a la intensa sensación.

Sé que me he dislocado el brazo mucho antes de mirarlo. Puedo sentir la forma antinatural del ángulo de mi hueso, pero aun así me obligo a echar una ojeada. Lágrimas nuevas brotan de mis ojos y ahogo un gemido de terror. La unión entre mi acromion y mi húmero luce extraña. Hay un bulto donde no debería haberlo, y un espacio de vacío debajo de la piel donde, se supone, debe ir el hueso dislocado.

Suplico por ayuda, pero nadie me escucha. Suplico por piedad, pero nadie hace nada para detener la locura que está a punto de ocurrir.

Un chico se acerca con un par de estacas de madera entre las manos y un enorme mazo, pero no es hasta que veo cómo se acerca a mí y coloca una de las piezas sobre mi muñeca izquierda, que me doy cuenta...

Va a abrir los Estigmas. Va a clavarme a la estructura a la que estoy amarrada.

Una oleada nueva de súplicas brota de mis labios, pero el tipo no se detiene. Sollozo de forma incontenible y grito por mi mamá con tanta fuerza, que mi voz se rasga con cada palabra que pronuncio, pero él no se detiene.

El hombre que dirige la ceremonia sigue clamando en voz alta los nombres de los ángeles y arcángeles, mientras la gente mira lo que están a punto de hacerme con expectación.

El chico con el mazo se prepara y aparto la mirada para no ver cómo me clava contra la plataforma cuando, de pronto, algo estalla.

Exclamaciones y gritos ahogados llenan el lugar, pero no es hasta que el silencio lo invade todo, que me atrevo a mirar alrededor.

Todos parecen haberse congelado. El mundo parece haberse detenido por completo. Nadie se mueve, nadie respira... Todos miran hacia el techo de la sala y yo hago lo mismo.

Un par de alas impresionantes de color negro se extienden de manera imponente y amenazadora. Las familiares puntas y la piel lisa en ellas hacen que mi corazón se salte un latido antes de acelerar su marcha.

De pronto, no puedo apartar la vista del cuerpo imponente y cincelado del chico con alas de demonio.

Su cabello, negro como la noche luce más salvaje que nunca, su piel marmórea ha tomado una tonalidad grisácea y casi puedo jurar que un halo de luz dorada lo rodea.

Entonces, su vista se alza.

El color gris de sus ojos ha sido reemplazado por un tono casi blancuzco y hay dos cuernos sobresaliendo en su cabello. En cualquier otra persona lucirían ridículos, pero en él son aterradores.

Su mandíbula está apretada y su ceño enmarca la mirada salvaje y oscura que le dedica a todo mundo. La ira emana por todos y cada uno de sus poros, y un escalofrío me recorre entera.

—M-Mikhail... —su nombre brota de mis labios casi por voluntad propia y él me mira. El ventanal que hay detrás de él está completamente destrozado, pero la imagen solo lo hace lucir más amenazador que nunca.

Algo cambia en su expresión en el instante en el que me ve. Hay algo más profundo y oscuro en su mirada. Algo aterrador y... maravilloso.

Rápidamente, sus ojos se posan en el hombre que se encuentra al centro de la plataforma y una expresión fría y calculadora se apodera de su rostro.

—No debieron haberle tocado ni un puto cabello —dice, con voz plana, monótona e iracunda al mismo tiempo y, entonces, se abalanza sobre él.



## ALIVÍO

El mundo entero ralentiza su marcha. Cada persona, cada movimiento, cada segundo parece extenderse más allá de sus límites y, pese a que todo pasa como un borrón delante de mis ojos, soy capaz de percibir cada movimiento hecho por el demonio que vuela en picado hacia el pastor que dirige la ceremonia.

Una de las puntas afiladas de las alas de Mikhail atraviesa el estómago del hombre, y una mezcla enfermiza de horror y satisfacción me invade el cuerpo casi de inmediato. La sangre brota a borbotones por la herida abierta y el sacerdote cae al suelo con un golpe sordo antes de que el chico de las alas emprenda el vuelo hacia arriba una vez más.

Las poderosas extremidades de su espalda baten con brusquedad y la onda expansiva provocada por la potencia de su aleteo, hace que los vidrios de todo el edificio estallen y que la plataforma sobre la que me encuentro se estrelle contra la pared más cercana.

Un gemido adolorido brota de mis labios en ese momento. Estoy aturdida y abrumada, así que apenas soy capaz de notar cuando alguien trata de llegar a mí.

De pronto, el familiar rostro de Mason aparece en mi campo de visión. Un sonido aterrorizado me abandona cuando veo el objeto punzante que sostiene entre los dedos y el pánico estalla en mi

sistema. Entonces, presa de este terror arrollador, lucho contra las ataduras que me sostienen sin importar el dolor que escuece mi hombro.

Un sonido horrorizado se me escapa cuando Mason se eleva en la plataforma para quedar más cerca de mí y grito de la frustración cuando siento como su cuerpo se pega al mío.

—Lo siento, Bess —susurra él, contra mi oído—. Hay cosas que necesitan ser hechas.

Sus palabras envían un escalofrío a lo largo de mi espina y me tenso por completo cuando siento cómo pincha la piel de mi brazo sano con la punta de su arma.

Mis párpados se cierran con fuerza y tomo una inspiración profunda mientras me preparo para el ataque inminente.

De pronto, el suelo se mueve. Poco a poco, la plataforma se inclina hacia adelante y un sonido impresionado y asustado brota de los labios de Mason. Por acto reflejo, trato de usar las manos para amortiguar mi caída, pero no puedo hacerlo. No cuando estoy atada por las muñecas y los tobillos.

El impacto de mi cara contra el suelo es amortiguado por el cuerpo del chico que me amenazaba, pero un grito adolorido y torturado escapa de mi garganta cuando siento cómo el objeto punzante se me entierra en el brazo.

Alguien se pone de pie sobre la estructura de madera a la que estoy atada y siento cómo la madera cruje y se entierra en mis vértebras. Otra persona corre por encima de ella y pisa la zona cercana a mi cráneo y, de pronto, mi vista se nubla por completo. El estallido de dolor es tan fuerte, que me siento aturdida. Los gritos de la gente a mi alrededor suenan lejanos y suaves, y mi cuerpo entero se siente ligero.

Hay dolor en todos lados, pero no puedo moverme. Ni siquiera puedo luchar contra la sensación de pesadez que lo invade todo.

El mundo da vueltas a mi alrededor y, de pronto, siento cómo la presión en mi espalda disminuye hasta desaparecer por completo.

Estoy moviéndome, pero no soy yo quien le ordena a mi cuerpo que lo haga.

«¿Qué está pasando?».

Mis ojos entreabiertos tratan de enfocar la silueta del rostro que se encuentra justo frente a mí, pero no logro hacerlo. Mi vista está llena de puntos negros y sé que estoy a punto de desmayarme, pero lucho contra la inconsciencia porque no sé quién diablos es quien me ha levantado del suelo.

Necesito saberlo.

—Te tengo, Cielo —la familiar voz ronca invade mis oídos y el alivio me recorre entera—. Estás a salvo ahora.

—Mik... M-Mikhail —logro pronunciar apenas.

—Shh... —siento cómo una de las ataduras de mis manos es deshecha—. No pasa nada, bonita. Voy a hacerlos arder a todos.

Un sonido —mitad sollozo, mitad gemido — me abandona y él se acerca, de modo que es capaz de sostener el peso de mi cuerpo cuando me desata ambos brazos. El aroma fresco de su cuerpo me llena de alivio y satisfacción, y el calor de su piel contra mi mejilla es reconfortante.

Trato de hablar. De pedirle una disculpa por lo ocurrido la última vez que hablamos, pero él vuelve a murmurar unas cuantas palabras tranquilizadoras antes de recargar mi cuerpo contra la estructura deshecha para desatar mis tobillos.

Quiero preguntar por todo el mundo, pero no puedo hacerlo. No cuando me siento en el limbo de la semiinconsciencia. La gente sigue gritando y ha comenzado a oler a madera quemada, pero ya no puedo abrir los ojos. No cuando Mikhail ha vuelto a sostenerme contra su pecho.

Siento algo cálido y blando sobre mi sien y, de pronto, el aliento caliente proveniente de sus labios me golpea de lleno en la mejilla.

—Vámonos de aquí, bonita —dice y, mi brazo sano se envuelve alrededor de su cuello. No me atrevo a apostar, pero creo haber sentido un pequeño beso en la parte interna de mi antebrazo.

Él aprieta su agarre en mi cintura y, entonces, me dejo ir.



El sonido de los autos en la lejanía se cuele en la bruma de mi sueño. Algo cálido pero reconfortante envuelve mi cuerpo y trato de removerme en mi lugar; pero, en el instante en el que comienzo a hacerlo, el dolor quema y se apodera de mi cuerpo.

Mis ojos se abren de golpe en ese momento, pero la luz hace que se cierren una vez más. Un gemido estrangulado brota de mi garganta, pero es débil. No alcanza a expresar el dolor intenso que envuelve la parte superior derecha de mi torso.

El zumbido en mis oídos es insoportable, pero trato de absorber el fuego que lame mi hombro mientras aprieto los dientes con violencia. Un grito ahogado me abandona de pronto y no puedo dejar de temblar.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que me atreva a abrir los ojos una vez más. Hay lágrimas corriendo por mis mejillas y la sombra del dolor aún me paraliza; es por eso por lo que tomo un par de inspiraciones profundas para relajarme.

Esto apenas logra contener el ardor que me invade.

Cuando, finalmente, logro tomar el control de mi cuerpo, trato de mirar alrededor. El dolor regresa en un abrir y cerrar de ojos, y hago una mueca al tiempo que muerdo la parte interna de mi mejilla. Me siento ansiosa y desesperada, pero no logro averiguar por qué.

Mi corazón late con mucha fuerza, pero ni siquiera sé por qué lo hace. Tengo mucho miedo, pero tampoco puedo explicar el motivo. Algo en la parte posterior de mi cabeza grita que algo iba muy mal antes de que despertara aquí, pero no logro poner todas las piezas sueltas en orden.

Durante un doloroso momento, lo único que soy capaz de escuchar, es el sonido de mi respiración dificultosa; pero, poco a poco, logro concentrarme en el sonido del tráfico matutino y las voces que van y vienen desde afuera del lugar en el que me encuentro.



Cuando empiezo a relajarme, los recuerdos comienzan a tomar forma y estructura en mi cabeza, y es hasta ese momento, que el horror me invade.

Mi cuerpo entero se estremece debido al escozor que me provoca el incorporarme abruptamente, pero lo ignoro. Lo ignoro porque lo único que quiero hacer ahora mismo es salir de este lugar.

«¿Qué es este lugar?».

En el instante en el que trato de bajar de la cama, el ardor en los dorsos de mis manos y en la coyuntura de mi brazo sano, me invade por completo. Un jadeo brota de mis labios y caigo al suelo helado debido a la debilidad de mis piernas.

De pronto, hay caos a mi alrededor. Alguien trata de ponerme de pie, pero el pánico es tan grande, que lucho a patadas y arañazos. Mi hombro se siente como si estuviese a punto de salirse de su lugar una vez más, pero no me detengo. No dejo de pelear. No cuando las aterradoras imágenes que acechan mi mente están tan frescas en mi memoria.

—¡Estás a salvo! —alguien grita—. ¡Bess!, ¡Bess, estás a salvo!

—¡Bess, por el amor de Dios! ¡Soy yo: Dahlia! ¡La hermana de tu madre! —la voz vuelve a gritar y busco frenéticamente a mi alrededor solo para encontrarme con la visión de su rostro justo en medio de un montón de caras desconocidas. Un atisbo de alivio recorre sus facciones cuando nota que he dejado de forcejear, y traga duro antes de decir con voz suave y tranquilizadora—: Estás en un hospital, cariño. Nadie aquí quiere hacerte daño, ¿de acuerdo? Estás bien ahora. Estás a salvo.

Mi vista barre a las personas que me rodean y no me pasan desapercibidas las batas blancas que visten todos. Una punzada de alivio me recorre de pies a cabeza, pero no es hasta que pasan un par de minutos, que dejo que me ayuden a levantarme para volver a recostarme sobre la cama.

Una enfermera vuelve a colocar las agujas que tenía adheridas al cuerpo con mucho cuidado y me advierte de no realizar movimientos bruscos. Yo, sin decir una palabra, asiento a su petición.

Los médicos, al ver mi expresión un poco más relajada, van despidiéndose poco a poco. Uno se demora un poco más de la cuenta para hablar en voz baja con Dahlia y, segundos después de la interacción, se marcha.

Mi tía observa el punto por el cual todo el mundo ha desaparecido, unos segundos antes de volcar su atención hacia mí. Hay lágrimas en sus ojos.

Durante un largo momento, nadie se mueve. Nos limitamos a mirarnos a los ojos, mientras que un mundo de sensaciones choca y me revuelve el estómago.

—Estaba *tan* preocupada —suelta, en un sollozo estrangulado. Entonces, sin decir una palabra más, cruza la habitación y envuelve sus brazos alrededor de mi cuello.

Sonidos desgarradores y aliviados brotan de su garganta en ese momento y un nudo se instala en la mía mientras me aferro a ella con mi brazo sano.

El alivio me recorre el cuerpo al sentir su calor y, de pronto, me descubro luchando contra las lágrimas que amenazan con abandonarme.

Dahlia no deja de disculparse. De rogarme que la perdone por haberme descuidado como —según ella— lo hizo. Yo no puedo hablar. No puedo decirle que ella no tuvo la culpa de nada porque estoy muy ocupada intentando no llorar como una idiota; tratando de mantener a raya todas mis emociones.

Ella se aparta de mí para mirarme a los ojos y ahueca mi rostro entre sus manos.

—Te juro por Dios que voy a hacer que quienes te hicieron esto, paguen —la ira tiñe el tono de su voz—. Juro que esto no se va a quedar así, Bess. Esa gente se va a pudrir en la cárcel.

Niego con la cabeza.

—No entiendo —hablo por primera vez. Mi voz suena antinatural y extraña a mis oídos. Ronca, afónica y lastimada, y eso solo es un recordatorio del tiempo que grité como una completa lunática mientras estaba encerrada—. ¿Qué fue lo que pasó?

—¡Unos fanáticos religiosos iban a crucificarte! —exclama ella, con indignación—. ¿Cómo es que no lo recuerdas?

Sacudo la cabeza en una negativa. Puedo recordar eso. A decir verdad, casi estoy segura de que tendré pesadillas con eso el resto de mi vida, pero no logro comprender cómo diablos es que llegué hasta aquí.

—¿Cómo me sacaron de ese lugar? —pregunto—. ¿Cómo supieron que estaba allí? ¿Cuánto tiempo estuve encerrada?

Lágrimas nuevas inundan la mirada de Dahlia.

—El lugar comenzó a incendiarse —dice, pese a las lágrimas que amenazan con abandonarla—. Al parecer, un hombre arrepentido de los que se encontraban ahí dentro te sacó y te trajo hasta aquí cuando logró salir de la iglesia. —Sus ojos se cierran con fuerza y toma una inspiración profunda—. Estuviste desaparecida por tres días enteros, Bess.

La confusión es cada vez más grande. Mis recuerdos no me dicen eso. La sensación de Mikhail sosteniéndome no fue una alucinación... ¿o sí?

—Todo mundo estaba *tan* angustiado —la voz de Dahlia me trae de vuelta al aquí y al ahora.

—¿Qué pasó con la gente de la iglesia? —apenas puedo hablar—. ¿Dónde están? ¿Qué ocurrió con ellos?

La mirada de mi tía se ensombrece ligeramente.

—Murieron. Toda la gente que se encontraba ahí dentro murió calcinada. Al parecer, se encerraron en el lugar. Nadie tuvo oportunidad de salir a excepción tuya y de ese hombre. —Niega con la cabeza—. La policía no se traga el cuento de que solo ustedes sobrevivieron. Ahora mismo se ha abierto una investigación. Están tratando de localizar a los empleados de la cafetería en la que te vieron por última vez. La policía sospecha que saben algo. Que alguno de ellos ha tenido que ver con lo que estuvo a punto de sucederte.

Estoy abrumada hasta la mierda. Todo en mi cabeza da vueltas y, de pronto, lo único que se me ocurre, es que Mikhail manipuló la

historia a su antojo para mantenerse en el anonimato; justo como manipuló las mentes de todos en la escuela para que creyeran que era un chico que había cursado el ciclo escolar desde el inicio, ya que no recuerdo a ningún hombre y, ciertamente, no creo que nadie en ese lugar haya querido salvarme.

El demonio fue el que me sacó de ese lugar. Estoy segura de ello.

Una mano cálida ahueca mi mejilla y mis ojos se posan en la figura de la mujer amable frente a mí. De pronto, me siento aturdida por el contacto repentino, pero trato de ignorar la sensación dolorosa que me ha atravesado el pecho y me concentro en el aquí y el ahora.

—Me alegra tanto que estés bien —suelta Dahlia, con un hilo de voz—. Nate y Emily van a enloquecer de felicidad cuando sepan que has despertado.

—¿Dónde están? —mi voz suena temblorosa debido a la emoción que me provoca escuchar el nombre de mi mejor amiga y el prometido de mi tía.

—Nate tuvo que ir a la oficina. Se ausentó casi toda la semana. Tenía que ir a reportarse con su jefe —dice, con una mueca de pesar dibujada en el rostro. El remordimiento de conciencia me invade cuando me doy cuenta de que, seguramente, faltó por ir a buscarme—. Emily está en la escuela. El chico que está en la sala de espera, sin embargo... —un brillo juguetón invade su mirada—, ha permanecido aquí durante casi dos días enteros.

Mi corazón da un vuelco furioso y mi estómago se estruja con violencia.

«¿Dos días?! ¡¿Estuve inconsciente dos jodidos días?».

—¿Dos días?!

Dahlia asiente.

—Estabas bajo los efectos de muchos medicamentos. Los médicos dijeron que era normal que no volvieras en sí.

Niego con la cabeza.

—No puedo creerlo —murmuro, con un hilo de voz.

—¿Qué cosa? ¿Qué hayas estado prácticamente dormida durante casi cuarenta y ocho horas, o que haya un chico montando guardia allá

afuera por ti? —suenan divertidas, pero yo no me siento de la misma manera.

La imagen de Mason invade mi cabeza en un abrir y cerrar de ojos y un destello de pánico me recorre el cuerpo.

«¿Qué si el chico de allá es Mason?», susurra mi subconsciente.

—¿Qué chico? —mi voz sale en un susurro cauteloso.

Mi tía se encoge de hombros.

—Me dijo su nombre, pero ahora mismo no lo recuerdo —dice—; pero es alto, de cabello oscuro y ojos ¿azules?, ¿grises? No lo sé. Es un color extraño. Se llama algo como ¿Misha?, ¿Micah?...

—Mikhail —sueno más aliviada de lo que pretendo.

Una sonrisa radiante se apodera de los labios de mi tía y el miedo previo se transforma en algo diferente. Algo más... *dulce*.

—Es guapo —observa—. Y atento.

Siento cómo el rubor sube por mi cuello hasta invadir mi cara.

—Es un idiota —mascullo, pero quiero gritar de la emoción.

—No digas esas cosas —me reprime y me guiña un ojo antes de añadir—: Le gustas. No cualquiera hace lo que él está haciendo, ¿sabes? —de pronto, suena entusiasmada—. ¿Ese es el chico con el que saliste la última vez? ¿El de tu cita de hace unas semanas?

Trato de no lucir afectada, pero la sola mención de mi cita con Mason hace que un escalofrío de terror me recorra.

—No —me las arreglo para sonar tranquila y no aterrorizada al contestar.

—Quizás deberías comenzar a salir con él, entonces —Dahlia me guiña un ojo—. Es un buen chico.

Una sonrisa irónica se dibuja en mis labios solo porque jamás imaginé que escucharía a alguien decir que un demonio es un «buen chico». Si me lo hubiese dicho hace unos meses, me habría reído a carcajadas.

—Lo es —digo, porque es cierto y ella sonrío aún más.

—Si quiere pasar a verte, ¿lo dejas entrar?

Mi corazón da una voltereta hacia atrás, pero asiento.

—Por favor.

El gesto aliviado y feliz que hay en su rostro, hace que una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios.

—Iré a decirle que venga a hacerte compañía, entonces. Necesito avisar a la jefatura de policía que has despertado. Deben tomar tu declaración.

Mi estómago se revuelve solo de pensar en que tendré que revivir lo ocurrido durante los últimos días, pero me las arreglo para asentir antes de que se marche.

En ese momento, mi vista se posa en el cabestrillo que sostiene mi brazo en su lugar. La imagen atroz de mi hombro dislocado vuelve a mi cabeza y mi pecho se estruja. El dolor que sentí parece un sueño lejano, pero no puedo olvidar del todo el terror que tomó posesión de mí durante todo ese tiempo que pasé encerrada.

Me falta el aliento, pero trato de mantenerme serena mientras que tomo una inspiración profunda.

—Estás hecha una mierda —la voz ronca y profunda lo invade todo y mi cuerpo entero se tensa cuando alzo mi rostro para encararlo.

Mikhail está de pie bajo el umbral de la puerta. Lleva las manos en los bolsillos de sus vaqueros y un gesto despreocupado y perezoso. Sin embargo, soy capaz de percatarme el alivio que se filtra en su expresión.

Una sonrisa tira de las comisuras de mis labios y siento cómo mis ojos se humedecen con lágrimas no derramadas. No sé si quiero llorar de alivio o debido a la tensión nerviosa acumulada. Quizás es un poco de ambas cosas.

—Gracias —me las arreglo para articular. Por mucho que deteste admitirlo, soy un manojo de nervios.

Él esboza una sonrisa tensa y avanza en mi dirección.

Entonces, sin decir una palabra, se sienta sobre el colchón para quedar justo frente a mí.

Su mano ahueca un lado de mi cara y su mirada barre mi cuerpo con lentitud. Sus ojos se detienen un segundo más de lo debido en mis manos llenas de agujas y sondas, pero no hace ningún comentario al respecto.

—¿Te he dicho ya que eres un jodido desastre? —articula, pero hay un dejo dulce en la forma en la que lo dice.

—¿Esa es tu manera de decir: «me alegra que estés bien»?

—Esa es mi manera de decir: «Estaba asustado hasta la mierda. No sé qué demonios habría sido de mí si no te hubiese encontrado a tiempo».

Mi corazón se salta un latido.

—Entonces, gracias —trato de sonar casual, pero no lo logro.

—Debes saber que el agujero de tu hombro se veía asqueroso —dice, pero la preocupación en su mirada dice otra cosa.

—¿Esa es una forma de decir que te alegra que cada pieza de mí esté de vuelta en su lugar? —digo, con un hilo de voz.

—Esa es mi manera de decir: «Los hice pagar por cada maldita cosa que te hicieron».

El silencio se apodera del ambiente durante unos minutos y él aparta su toque. No puedo evitar sentirme decepcionada por eso.

—Gracias por llegar —susurro, al cabo de unos instantes tratando de armarme de valor para hacerlo. El nudo en mi garganta se aprieta en ese momento, pero me obligo a continuar—: Gracias por olvidar que fui una completa perra contigo y...

—Cállate —me interrumpe—. Cállate ahora o voy a golpearte.

—¿Vas a golpear a una persona en mi estado?

—Decir que voy a golpearte es mi forma de decir que, si no cierras la boca, no voy a poder contener las malditas ganas que tengo de...

—Se detiene abruptamente y nuestros ojos se encuentran. Hay algo en la forma en la que me mira que hace que todo mi cuerpo se caliente—. Solo deja de hablar, Bess. Deja de disculparte. Me siento como una completa mierda cuando lo haces.

—No tienes porqué sentirte de ese modo —mi ceño se frunce ligeramente, pero mi tono sigue siendo suave—. Lo que pasó no fue tu culpa.

Él sacude la cabeza.

—No lo entiendes, ¿cierto? —dice, con un hilo de voz—. Si algo te hubiese ocurrido, Bess, jamás me lo habría perdonado.

Nuestros ojos no se han apartado ni un segundo y, de pronto, algo en la atmósfera cambia. Algo consigue que el aire se sienta denso en mis pulmones y mi corazón acelere su ritmo un poco más.

Trato de no poner atención a su cercanía, pero soy plenamente consciente del modo en el que su cuerpo se inclina hacia mí.

—¿Cómo me encontraste? —mi voz suena ronca e inestable y mi corazón se acelera un poco más cuando noto cómo su vista se posa en mis labios durante una fracción de segundo.

—¿Recuerdas que te dije que los demonios estamos atados a nuestro nombre? —su voz también se ha enronquecido un poco.

—Sí.

—El hombre de la ceremonia me invocó. Dijo mi nombre y no pude evitar estar ahí tan pronto como mi cuerpo me lo permitió.

La realización cae sobre mí como balde de agua helada.

—¿El sacerdote dijo tu nombre de ángel?

Es su turno para fruncir el ceño.

—¿Cómo diablos...?

—Axel me lo dijo —lo interrumpo mucho antes de que termine de formular la pregunta.

La confusión aumenta en sus facciones.

—¿Axel?

—No me dijo su nombre real —ruedo los ojos al cielo—, pero se trata del íncubo que quiere follarte —sueno medio divertida y medio irritada al mismo tiempo.

En ese instante, su rostro rompe en una sonrisa divertida.

—Ese idiota... —Niega con la cabeza—. Le debo mucho. —Su sonrisa pierde un poco de fuerza—. Fue él quien me siguió, tomó posesión de un cuerpo para traerte al hospital mientras yo me encargaba de toda esa estúpida gente. —Un suspiro brota de sus labios—. De no haber sido por él, probablemente habría tenido que dejar ir a todos los imbéciles en esa iglesia.

—¿Cómo supiste que me habían llevado? —trato de procesar la nueva información, pero no logro hacerlo del todo.



Mikhail no responde a esa pregunta. Luce avergonzado y tímido; un claro contraste al chico con carácter de mierda que no me deja tranquila ni a sol ni a sombra.

—Fui a buscarte a casa —masculla, al cabo de unos instantes de silencio absoluto.

Mi corazón hace un salto extraño.

—¿En serio? —quiero golpearme por sonar así de entusiasmada.

No estoy del todo segura, pero creo ver un atisbo de sonrisa en las comisuras de sus labios.

—No volveré a decirlo —masculla, antes de sacudir su cabeza y continuar—: Como sea... El punto es que, cuando llegué al apartamento de tu tía, Lam... Quiero decir, Axel, se había vuelto loco. Llevabas cuatro horas desaparecida —su voz se torna cada vez más densa y profunda—. No dejé de buscarte ni un maldito segundo desde entonces. Sabía que la última persona que te había visto había sido ese hijo de puta del *nerd* y... —sus manos se cierran en puños, su mandíbula se aprieta y sus ojos se cierran con fuerza—. ¡Maldición! ¡El idiota no aparecía por ningún jodido lado!

Por acto reflejo, estiro mi mano y la coloco sobre la suya en un gesto tranquilizador, pero no me doy cuenta de lo que he hecho hasta que sus ojos se posan en el punto en el que nuestros cuerpos se unen.

En ese momento, el rubor se apodera de mis mejillas. A pesar de eso, trato de no hacerle notar cuán afectada me siento ahora mismo.

—Gracias... —digo, en un murmullo débil y tembloroso y, entonces, nuestros ojos se encuentran—. De verdad, muchas gracias.

Algo cambia en su expresión.

Sus ojos se oscurecen y su gesto pasa del enojo al alivio y, de pronto, siento cómo su mano se gira poco a poco, hasta que su palma y la mía se tocan. Mi pulso es un golpeteo intenso para este momento.

No puedo apartar la mirada de la suya y no puedo dejar de temblar debido a las emociones abrumadoras que me invaden.

Poco a poco, sus dedos se entrelazan con los míos y su vista se posa en nuestras manos unidas.

La expresión de su rostro se transforma ligeramente, pero no logro descifrar el significado de esa mueca concentrada que esboza.

—*Esto...* —dice, alzando ligeramente nuestro toque—, duele como el infierno.

Mi ceño se frunce ligeramente.

—¿A qué te refieres?

Una sonrisa tensa se dibuja en sus labios y es en ese momento cuando noto la mueca adolorida que esboza.

—Tocarte...—su pulgar roza la piel cercana a mi palma—, duele. Literalmente, *duele*.

En ese instante, la sangre se agolpa en mis pies.

—¿Qué?

—Arde. Quema —susurra, con la voz enronquecida. Entonces, un destello de tristeza se apodera de su mirada—. Sigo siendo un demonio, Bess, y tú no has dejado de ser un instrumento divino.

La resolución hace que un peso horrible se asiente sobre mi espalda y, de pronto, me falta el aliento. Una infinidad de recuerdos inundan mi cabeza en un abrir y cerrar de ojos —su renuencia a ponerme una mano encima cuando hablábamos acerca de los estigmas, lo ocurrido esa misma noche, cuando creí que le causaba repulsa la sola idea de consolarme, la tarde en la que sus labios y los míos se rozaron y se apartó.

—No me... —«No me rechazaste» quiero decir, pero las palabras mueren en mi boca y la vergüenza se apodera de mi cuerpo en un instante.

No digo nada más. Dejo que el silencio se extienda largo y tirante. Entonces, sus dedos abandonan los míos y se acerca a mí un poco más, de modo que lo único que soy capaz de ver, es el color inusual de sus ojos.

—No —murmura. Su voz suena más pastosa y ronca que nunca—. No lo hice.

Un puñado de piedras se instala en mi estómago porque él *sabe* de qué hablo. Él *sabe* a qué me refiero.

Un balbuceo incoherente escapa de mis labios en ese momento, pero a él ni siquiera parece importarle. Al contrario, la forma en la que sus ojos se entornan y brillan con una emoción desconocida, me hacen saber cuán encantado se encuentra con mi reacción.

—Quiero... —su voz es un susurro apenas audible—. Quiero intentarlo de nuevo, ¿de acuerdo?...

—Mikhail...

—Shh... —nuestras narices se rozan—. Solo... Solo quiero probar una vez más.

En ese momento, en lo único en lo que puedo concentrarme, es en el olor fresco de su cuerpo y el roce de su aliento contra mis labios.

El absurdo pensamiento de que ni siquiera me he lavado los dientes hace que me aparte ligeramente, pero él ahueca una mano en mi nuca antes de presionar sus labios contra los míos sin darme tiempo de nada.

Un sonido parecido a un gruñido brota de su garganta y retumba en mi boca y, cuando trato de apartarme, él me lo impide. Su lengua se abre paso sin pedir permiso y mi mano libre se aferra a su chaqueta mientras que sus labios se mueven contra los míos con fiereza y brusquedad.

Mi cuerpo entero tiembla, mi corazón late desbocado y me falta el aliento. Quiero aferrarme a su cuerpo, pero no me atrevo a hacerlo. No después de saber que no puede tocarme.

Una oleada de vergüenza me invade cuando recuerdo dónde me encuentro y cuánto tiempo he pasado sin lavarme los dientes y me aparto con brusquedad.

—¡No! —jadeo—. P-Por favor, necesito... —Me falta el aliento—. ¡Dios! Esto es tan vergonzoso.

Una risa ronca e irritada brota de los labios de Mikhail y me hace reír a mí también.

—Eres experta acabando con mis momentos.

—Mi aliento es una mierda —medio gimo, con frustración y asco.

—Toda tú eres una mierda ahora mismo —ríe y lo empuja con fingida indignación.

Siento cómo mi rostro se calienta debido a la horrible experiencia que, seguramente, pasó; pero me las arreglo para sostenerle la mirada mientras me regala una sonrisa satisfecha.

—¡Quita esa cara!

—¡No puedo! —su sonrisa se ensancha—. Sigo esperando a que tu cabeza comience a girar como la chica de esa terrible película acerca de posesiones.

—Vete a la mierda —mascullo, pero no dejo de sonreír.

Él ríe una vez más y sacude la cabeza.

—No tienes una idea de cuánto me alegra saber que te encuentras bien, Bess. De verdad, no sabes lo feliz que me siento ahora mismo —dice, y reprimo el impulso que tengo de hacer un comentario sarcástico. Reprimo a la voz de mi subconsciente que me exige arruinar el momento.

En su lugar, me permito mirarlo a los ojos con todo el agradecimiento que puedo imprimir. Me permito absorber el alivio que me da saber que, al final del día, todo ha salido bien.



## ÁNGELES

La voz de Dahlia me hace alzar la vista de la pantalla de mi computadora y me quedo en el aire durante unos segundos.

Me siento un poco aturdida y desorientada, así que no logro comprender lo que dice de inmediato; pero, poco a poco todo va tomando forma y sentido. Estaba tan inmersa en mi lectura, que ni siquiera me di cuenta de en qué momento se levantó de la mesa y se alistó para ir a la oficina.

Apenas si fui capaz de notar cuando Nate, su prometido, me besó la cima de la cabeza y se marchó.

Me aclaro la garganta, mientras acomodo la tira que mantiene mi cabestrillo en su lugar.

—¿Me escuchaste? —dice ella, con aire divertido.

—Sí —miento.

—¿Qué he dicho? —me mira con las cejas alzadas.

Un balbuceo incoherente brota de mis labios y mi tía rueda los ojos al cielo, al tiempo que reprime una sonrisa.

—He dicho que no vayas a olvidar que tienes cita con el doctor Thompson esta tarde —dice, con aire reprobatorio. El tono maternal que utiliza hace que una punzada de dolor me atraviese el pecho de

lado a lado, pero me las arreglo para no lucir afectada y esbozo una sonrisa suave.

—No lo haré. Estaré lista a las cinco.

Ella me sonrío de vuelta y hace amago de marcharse por la entrada principal del apartamento. Yo sigo su camino con la mirada solo para verla detenerse en seco. En ese momento, su atención se vuelca hacia mí una vez más y muerde su labio inferior. En el proceso, arruina un poco el bonito labial que se ha puesto.

—¿Estás segura de que no quieres acompañarme? —de pronto, suena nerviosa.

Una punzada de algo que no logro identificar me recorre de pies a cabeza. La extraña y cálida sensación se extiende hasta las puntas de los dedos de mis pies y hace que me sienta pequeña y mimada.

—Estaré bien. No te preocupes por mí —digo, con suavidad. No me pasa desapercibido el hecho de que mi voz suena más aguda que de costumbre.

—La última vez que te dejé sola...

—Lo sé —la interrumpo y sacudo la cabeza para alejar los recuerdos aterradores que empiezan a filtrarse en mi memoria—. Siento mucho haberte asustado como lo hice. Prometo que no saldré de aquí sin avisarte.

La mirada preocupada y angustiada que me dedica solo hace que la sensación dulce y cálida incremente.

—Si pudieras no salir en lo absoluto, lo agradecería —ruega, en voz baja y temblorosa—. Aún estás muy débil. Necesitas descansar.

—Prometo que me quedaré en casa —mi sonrisa se transforma en una tranquilizadora—. Ahora vete, que vas a llegar tarde.

Ella toma una inspiración profunda antes de asentir.

—Te veo dentro de un rato —dice, finalmente, pero no se mueve de su lugar.

—Aquí estaré. No te preocupes.

Ella abre la boca para decir algo, pero parece pensarlo mejor y la cierra de golpe. Entonces, sin decir una palabra más, sale del apartamento.

En el instante en el que se marcha, el lugar se sume en un cómodo silencio. Lo único que lo irrumpe, es el sonido de los autos que pasan a toda velocidad por la calle, y el bajo volumen del televisor que Nate dejó encendido antes de marcharse a su lugar de trabajo.

Mi vista recorre la estancia con lentitud y se posa en la imagen de la mujer que conduce el noticiero matutino. Sin poder evitarlo, me quedo contemplándola sin ponerle demasiada atención, y me pregunto cuánto debieron haberle costado los implantes que lleva en el pecho.

«Si yo hubiese sido ella, no habría pagado ni un centavo. Lucen *tan* artificiales...».

Las imágenes en la pantalla cambian, de pronto, y me encuentro mirando la imagen de una edificación calcinada. Las palabras *Fanatismo Extremo* aparecen debajo de la toma y mi corazón se salta un latido.

Rápidamente, dejo mi computadora portátil sobre la mesa de centro y me estiro lo más que puedo para tomar el control remoto que descansa sobre el sillón individual. Una vez que tengo el aparato entre mis dedos, subo el volumen.

—... se cree que el incendio fue provocado; sin embargo, la policía aún no ha dado con ningún sospechoso. Mucho se ha especulado acerca de la veracidad de este supuesto accidente, pero las autoridades están cada vez más convencidas de que se trató de un atentado directo hacia estos fanáticos religiosos —mi pulso se acelera en ese instante, pero sigo escuchando—: El comandante de la policía, por otro lado, ha aseverado que han seguido investigando a la joven de diecisiete años que fue privada de su libertad a manos de este supuesto grupo religioso. Aparentemente, pensaban sacrificarla para evitar ser aniquilados por un presunto apocalipsis venidero. La familia de la víctima no ha querido hacer declaración alguna sobre lo ocurrido y ha optado por mantener el nombre y el rostro de la chica en completo anonimato. La investigación sobre este atentado aún está en marcha y nos queda mucho por descubrir. El oficial Richard Davidson, encargado de la investigación, ha dicho que...

Tengo el estómago revuelto. Todo dentro de mí se siente tenso y aterrorizado, pero me las arreglo para mantener mis emociones a raya.

La mujer no deja de hablar. No deja de especular respecto a lo ocurrido y la relación que, supuestamente, tratan de encontrar entre la secta religiosa por la que fui secuestrada y yo.

Se siente como si pudiese vomitar en cualquier momento.

Un montón de imágenes inconexas me invaden el pensamiento y, de pronto, me encuentro tirada en el suelo de una habitación sin iluminación. Me encuentro aovillada en una esquina, con las muñecas en carne viva y la garganta adolorida de tanto gritar.

Una oleada de pánico se apodera de mi sistema y me siento acorralada. Me falta el aliento, mis pulmones se sienten como dos trozos de carbón ardiente y el pecho me duele debido a la falta de oxigenación.

Mis dedos rebuscan entre los cojines el inhalador que siempre cargo conmigo y, una vez que lo encuentro, presiono el botón para liberar un coctel de medicamentos en mi tráquea.

El alivio viene a mí casi de inmediato y los párpados se me cierran debido a ello.

«No pasa nada. Estás a salvo ahora. No pasa nada. Estás a salvo a hora...», repito para mí misma una y otra vez, hasta que mi corazón disminuye su marcha acelerada.

Mis dedos tantean alrededor solo para encontrar el control remoto y presiono el botón de apagado para dejar de escuchar a la mujer en el televisor.

Estoy temblando. No puedo controlar los espasmos involuntarios de mi cuerpo, y tampoco puedo dejar de reproducir en las palabras que pronunció el sacerdote en la ceremonia en la que pretendían sacrificarme.

Los nombres de un montón de ángeles vienen a mi memoria, y luego, la imagen de un chico de ojos grises lo invade todo.

Me concentro en el recuerdo de su mandíbula angulosa y su mirada penetrante. Me enfoco en la manera en la que su cabello alborotado



cae sobre su frente y casi cubre sus ojos, y en el aire desgarrado y perezoso que siempre emana.

Mis párpados se cierran con fuerza y tomo una inspiración profunda, mientras me aferro a la visión de Mikhail que se forma en mi cabeza.

Entonces, me digo a mí misma que ya pasó, que estoy bien y que nada va a ocurrirme porque estoy a salvo, en casa. Porque sé que Mikhail me cuida pese a que apenas si hemos hablado desde que salí del hospital. Porque necesito aferrarme a la seguridad que él me trae o si no voy a estallar en pequeños pedazos.

Cuando los escalofríos disminuyen y me dan tregua, me obligo a abrir los ojos. Mi vista se clava en la pantalla del ordenador y en el listado de nombres que aparecen delante de mis ojos.

He pasado dos días enteros compilando los nombres de los ángeles que nombró el sacerdote que dirigía el sacrificio. Son demasiados y, además, no estoy segura de recordar la mitad de todos los que pronunció. No sé cómo diablos voy a hacer para averiguar quién fue Mikhail antes de ser el demonio que es ahora.

Un suspiro cansino brota de mi garganta, pero me obligo a tomar la computadora y continuar con la tarea que me he impuesto.

Ha pasado un poco más de una semana desde el incidente en la iglesia. He pasado más de la mitad de ese tiempo encerrada en mi habitación. El resto, lo he pasado aquí y en el comedor. Solo he salido a mis citas con el psicólogo y a la delegación de policía cuando requieren de mi presencia.

En la escuela fueron lo suficientemente accesibles como para permitirme faltar el tiempo que mi tía considerara necesario, así que no he asistido a clases en casi una semana y media.

Emily viene a al apartamento casi a diario, con el argumento de que debe pasarme las tareas que debemos realizar para los próximos días —aunque no compartamos ni la mitad de nuestras clases—, y yo no puedo estar más agradecida con ella. No por el hecho de que se tome la molestia de traerme las actividades escolares de las materias que sí

cursamos juntas, sino porque su compañía me hace mucho bien. Sobre todo, ahora que paso la mayor parte del día sola.

No he sabido nada de Axel o Mikhail. Desde que abandoné el hospital, desaparecieron de la faz de la tierra; pese a eso, sé que no me han dejado sola. Una parte de mí es capaz de percibirlos. No sé muy bien cómo es eso posible, pero soy capaz de sentirlos merodeando a mi alrededor. No sé a qué se deba, ni cómo es que logro sentirlos, pero lo hago. Sé que siempre están al acecho.

Por otro lado, no sé cómo sentirme respecto a lo que pasó con Mikhail. No entiendo qué ocurrió o qué cambió entre nosotros después del beso que nos dimos en la habitación del hospital, pero ya nada ha vuelto a ser como antes.

La última vez que lo vi, apenas si entablamos una conversación tensa. La indiferencia con la que me trató no hizo más que abrir un agujero en mi pecho y la manera cortés e informal con la que me habló, solo provocó que me dieran ganas de golpearlo.

No quiero decir que estoy molesta con él..., pero lo estoy. No puedo creer que hayamos retrocedido después de haber dado un paso tan grande. No puedo creer que haga como que no me conoce de la noche a la mañana.

Sacudo mi cabeza, en un débil intento de mantener a Mikhail fuera de mis pensamientos y me enfoco en el listado que tengo frente a mí. La última semana la he dedicado a la investigación de los ángeles, para así descubrir quién fue Mikhail en el pasado, pero ninguno de ellos parece asemejarse al chico de los ojos grises que me ronda.

Internet describe a los ángeles como seres bondadosos, constituidos enteramente de luz e incapaces de cometer algún acto deshonesto. Según todo lo que he leído, son los mensajeros y servidores de Dios, y se encargan de cumplir su voluntad porque para eso fueron creados.

He leído, además, que con ellos también existen las jerarquías, justo como con los demonios; y mi sorpresa fue inmensa al descubrir que los arcángeles no entran en la Primera Jerarquía.

Según lo que leí, los que entran en esta categoría, son los Serafines, los Querubines y los Tronos —de los cuales no conocía su existencia. Ahora, sin embargo, sé que están relacionados con las acciones de los hombres. Llevan un registro sobre ellas y son representados por entes gigantescos de alas circulares.

En la Segunda Jerarquía, entran Dominaciones, Virtudes y Potestades. Las Dominaciones, al parecer, se encargan de regular las tareas de los ángeles inferiores, y reciben órdenes de los ángeles de Primera Jerarquía. Las Virtudes son iguales a los Principados —los cuales salvaguardan a la humanidad—, pero solo supervisan a cierto grupo de personas. Y, finalmente, las Potestades son los ángeles encargados de salvaguardar la conciencia y la historia. Los ángeles de la muerte y el nacimiento entran dentro de esta categoría.

En la Tercera —y última— Jerarquía, se encuentran los ángeles que trabajan como mensajeros divinos. Los Principados, los Arcángeles y el resto de los Ángeles entran en esta categoría y son, también, los más conocidos por el hombre.

Basándome en toda esta información, he descartado a todos los de Primera y Segunda Jerarquía, ya que ellos no abandonan el Cielo por ningún motivo. Lo único que me ha quedado, es la tercera, la cual está repleta de ángeles que ni siquiera sabía que existían.

He descartado un montón de nombres que no recuerdo haber escuchado y he dejado aquellos que estoy segura de que fueron mencionados por el sacerdote en la iglesia.

Finalmente, después de días y días de investigación exhaustiva, me he quedado con un listado de treinta ángeles. He investigado, además, a los tres arcángeles más importantes mencionados en la Biblia —Gabriel, Miguel y Rafael— solo porque Axel dijo que Mikhail era poderoso, porque había sido un ángel de rango mayor.

Con todo eso, no puedo evitar pensar que ninguno de ellos tiene las características del demonio sinvergüenza que se ha empeñado en protegerme.

Al cabo de un rato leyendo acerca de Rafael Arcángel, decido dejarlo por la paz. Para este punto, mi cabeza se siente como si

estuviese a punto de hacer erupción.

Miro el reloj que cuelga en la pared de la sala y sonrío con satisfacción al ver que apenas son las once de la mañana. Sin perder un segundo más, me pongo de pie y me encamino hacia la cocina, donde maniobro como puedo con un envase de un litro lleno de yogur de fresa que, hasta hace unos instantes, se encontraba en el refrigerador.

Trato de servirlo en una taza sin derramarlo, pero fracaso terriblemente. Una palabrota brota de mis labios cuando el pequeño contenedor de porcelana que había comenzado a llenar cae al suelo de forma estrepitosa y se quiebra en fragmentos diminutos.

La exasperación provocada por mi torpeza solo me hace querer gritar y, cuando trato de limpiarlo todo, casi me pongo a llorar de la frustración.

El cabestrillo apenas me permite moverme y mi incapacidad de utilizar la mano izquierda sin provocar un desastre me hacen imposible hacer cualquier cosa que desee.

—Pensaba dejar que te revolcaras en tu miseria un poco más, pero la verdad es que me diste un poco de lástima —la voz a mis espaldas me hace girar con brusquedad. No puedo evitar sentirme alerta y a la defensiva, pero, cuando mis ojos se topan de frente con la imagen de Axel esbozando una sonrisa socarrona, me relajo por completo.

—¿Decidiste que era mejor venir a burlarte en mi cara? —sueno más irritada de lo que pretendo.

Una risa encantadora brota de su garganta y lo miro avanzar en mi dirección antes de que me quite la escoba de la mano.

—Decidí venir a ayudarte —dice, mientras junta los trozos de la taza embarrados con yogur en un pequeño montón. Entonces, aparta un mechón rebelde de cabello lejos de su rostro, antes de mirarme y suspirar con pesar—. Y solo para que lo sepas: esto es realmente denigrante. Por ti he pasado de ser un icono sexual a un chico de la limpieza.

Una sonrisa irritada se dibuja en mis labios y arqueo una ceja.

—¿Insinúas que ser un chico de la limpieza es malo?

—Insinúo que ese trabajo no está hecho para un demonio de mi categoría —dice, al tiempo que toma el recogedor que dejé junto a la estufa y me señala con él—. Solo quiero que sepas que hago esto por Miky. No me agradas en lo absoluto.

—¿Ni siquiera un poco? —hago un puchero gracioso y él rueda los ojos al cielo antes de acuclillarse para limpiar el desastre que hice.

—Puede que solo me agrades un poco —masculla, al cabo de unos instantes. Mi sonrisa se ensancha—. Si no quisieras robarme a mi hombre, quizás podrías ser mi perra.

Una risa corta brota de mi garganta mientras lo observo tirar los restos de la taza en la basura.

—No quiero robarme a tu hombre —digo, cuando él toma el trapo húmedo para limpiar el yogur del suelo.

Él bufa en respuesta.

—¡Sí! ¡Claro! —no me pasa desaparecido el sarcasmo en su voz.

—Hablo en serio —digo y, entonces, añado—: No es mi tipo.

Axel me mira como si fuese el ser más estúpido del planeta y suelta una risa carente de humor.

—Mikhail es el tipo de todas —dice, con seguridad y yo hago una mueca de desagrado.

—No el mío —miento.

—Bueno, ¿es que aparte de sorda eres ciega? ¿Lo has visto? ¿Es el hombre que quiero que me azote todas las putas noches! —lanza el trapo al fregadero en un gesto dramático, antes de mirar al cielo y añadir—: ¿Cómo puede ser posible que el destino me castigue así?! ¿Mi hombre se siente atraído por una mujer que no lo aprecia como yo! ¿Por qué, Dios?! ¿Por qué me castigas así?!

—No sabía que los demonios también le imploraban a Dios.

—No lo hacemos, cariño. Era una broma —me mira antes de negar con la cabeza—. No tienes sentido del humor.

—Si lo tengo —me defiendo, mientras abandonamos la cocina. Tengo que apresurar el paso para alcanzarlo en la sala—. Lo que pasa es que tú no eres gracioso.

Se detiene en seco y se gira con violencia para encararme.

—¿Cómo te atreves?! —chilla—. ¡Esto se acabó! ¡Mi tregua contigo ha terminado! ¡A partir de hoy se acabó el íncubo bueno!

Una carcajada brota de mi garganta en ese momento.

—No tienes idea de cuánta falta me hacía verte —digo, entre risas—. Tu hombre y tú desaparecieron de la faz de la tierra de la noche a la mañana.

—Hubo problemas en el paraíso, mi amor —suspira—. El Supremo no está contento con lo que Mikhail hizo con esa comunidad de locos religiosos y el pobre está haciendo control de daños allá abajo. Te merodea todas las noches, por si te interesa saberlo.

Mi ceño se frunce.

—Creí que su jefe quería mantenerme con vida.

—Por supuesto que lo quiere —Axel se encamina hacia mi habitación, y yo lo sigo de cerca—, pero no le gusta llamar la atención. Esto hará que esas asquerosas luces de navidad rondan la ciudad con más frecuencia.

—¿Luces de navidad?

—Ángeles, cariño —hace un gesto desdeñoso con una mano—. Esas luciérnagas molestas van a invadirlo todo, y mantenerlas lejos de ti va a ser un dolor en el culo. Ya te he dicho que eres como un espectacular iluminado, ¿no? Gritas «paranormal» por todos los poros.

Una punzada de miedo se cuele en mi sistema, pero me obligo a mantenerla a raya. Entonces, haciendo acopio de toda la tranquilidad que puedo imprimir, me siento sobre el colchón de mi cama.

Axel se deja caer sobre la silla de mi escritorio antes de suspirar.

—Y por si eso no fuera poco, algo ha pasado con Mikhail.

La alarma se enciende en mi sistema en el instante en el que escucho esas palabras. Todo mi cuerpo se tensa en cuestión de segundos.

—¿Qué ha ocurrido con él?

—Nadie está muy seguro de ello —sacude la cabeza—, pero se percibe algo... *extraño*, en su esencia. Los demonios despedimos un aroma especial para identificar nuestra Jerarquía, rango y tipo. La

esencia de Mikhail ha cambiado casi de un día para otro y nadie sabe qué significa. No sé cómo explicarlo. Solo sé que no está bien.

Mi corazón se detiene una fracción de segundo, pero me obligo a tragarme la ansiedad lo mejor que puedo.

—¿A qué te refieres con que no está bien? ¿Él se siente diferente?

—Dice que no siente absolutamente nada, pero El Supremo tampoco está contento con esto. Tiene los ojos fijos en Mikhail y temo que quiera eliminarlo por este cambio.

—Pero ¿por qué habría de eliminarlo? —sueno horrorizada—. Es solo un cambio en su aroma. No debería ser la gran cosa.

—Pero lo es —Axel me mira con genuina preocupación—. Lo es porque la esencia es lo que nos define como demonios. Mikhail ya no huele como uno. Huele como... como... —su mueca relajada de hace unos momentos, se ha transformado en una cargada de preocupación—. ¡Maldita sea! ¡Es que no entiendo qué fue lo que pasó!

Un vago recuerdo invade mi cabeza y, de pronto, lo único que puedo hacer, es reproducir el beso que nos dimos en la habitación del hospital.

«¿Y si...?».

Sacudo la cabeza.

«No. Es imposible. Mi beso no pudo haberle afectado. No al grado de cambiar su esencia... ¿O sí?».

Mis párpados se cierran con fuerza en ese momento y me obligo a tomar una inspiración profunda. Trato de ahuyentar el hilo absurdo de mis pensamientos, pero el miedo crece un poco con cada segundo que pasa.

Me siento ansiosa, nerviosa y abrumada. Odio no saber qué está ocurriendo realmente. Odio que Mikhail esté tanto tiempo lejos y que yo tenga que tragarme todas estas dudas una vez más.

Algo cálido se apodera del ambiente en un abrir y cerrar de ojos y, de pronto, me encuentro congelada en mi lugar.

Mis ojos se abren en ese instante y barro la vista por toda la estancia, al tiempo que trato de identificar qué diablos está pasando. Siento algo, pero no sé qué demonios sea. Es como si...

—¿Qué? —Axel habla, con cautela—. ¿Qué pasa?

Yo alzo mi mano sana para hacerlo callar, mientras trato de concentrarme en mi entorno. La densa sensación de que algo no marcha bien se cuela en mi pecho y echa raíces en lo más profundo de mi ser.

—Siento algo... —apenas puedo pronunciar.

Noto, por el rabillo del ojo, cómo Axel frunce el ceño ligeramente.

—¿Qué es lo que...?

Entonces, sucede.

El estallido es estrepitoso y aparatoso, y la onda expansiva es tan intensa, que me envía al suelo con un golpe sordo. El dolor en mi hombro hace que un grito ahogado brote de mi garganta, pero es amortiguado por el sonido del caos.

Mis oídos pitan, mi corazón late a toda velocidad y mi cuerpo entero parece haber sido doblado por una fuerza mayor que yo.

Un grito de dolor puro inunda mis oídos y mi carne se pone de gallina cuando lo escucho. El pánico y el terror se incorporan en mis venas a una velocidad impresionante y mi cuerpo entero se estremece mientras me arrastro por la alfombra en dirección a la puerta.

Una ráfaga de viento inmensa hace que la madera de la entrada se cierre con brusquedad y sé que eso ha sido obra de quien sea que nos ataca.

—¡Axel! —grito para localizarlo, pero no obtengo ninguna respuesta—. ¡Axel! ¡¿Dónde estás?!

Un sonido aterrizado me abandona en el momento en el que mi cama entera se estrella en la pared que se encuentra frente a mí y me agacho aún más en el suelo para evitar ser alcanzada por algo.

—¡Axel! —grito de nuevo, pero nadie responde.

—Estoy cansada de esto —dice una voz a mis espaldas y un escalofrío de terror puro me invade—. Bien dicen que, si quieres que las cosas se hagan bien, debes hacerlas tú mismo. Así que, Bess Marshall, es hora de que dejemos de jugar.

En ese momento, giro sobre mi espalda para mirar, y me congelo en el instante en el que la veo.



La mujer que está de pie frente a mí es impresionante.

Es alta. *Muy* alta. Su figura es estilizada y delgada, su cabello del color de la nieve cae sobre sus hombros en ondas suaves, y termina delicadamente en un punto debajo de su cintura; sus ojos color verde esmeralda parecen brillar con vida propia, y su piel pálida parece reflejar la luz que emanan las dos impresionantes alas platinadas que se extienden casi hasta abarcar la longitud de mi habitación.

Todo en ella es blanco, luminoso e impresionante, y no puedo apartar la vista de su rostro imposiblemente hermoso.

Su cuerpo entero irradia seguridad, altanería y soberbia, pero no es eso lo que me mantiene congelada en mi lugar. Es la inexpresividad de su rostro lo que lo hace. Es como si estuviese mirando de frente a una escultura antigua. Una muy hermosa y extraña.

—¡Bess! —la voz ahogada de Axel viene a mí y salgo de mi estupor en ese instante.

—¡Axel! —lo busco a mi alrededor, pero no logro encontrarlo.

—¡Vete de aquí! —medio gime, con dolor.

—¿Dónde estás?! —la angustia se filtra en mi tono, mientras miro hacia todos lados como una completa desquiciada.

La mujer en el centro de la estancia ni siquiera se inmuta. Se limita a observarme como si fuese un objeto irrelevante. Como si estuviese contemplando un sillón antes de comprarlo.

—¡Corre, maldita sea! —Axel suena jadeante y débil, y el terror incrementa—. ¡Vete de aquí!

—¡No! —gimoteo—. ¡No puedo! ¡No voy a dejarte!

No quiero decirle que no hay salida. No quiero gritar que nos tiene acorralados.

Un suspiro aburrido brota de los labios de la mujer frente a mí y clavo mis ojos en ella. Una punzada de coraje e irritación se mezclan con el terror y el miedo, y le sostengo la mirada.

—No te tengo miedo —siseo, pese a lo aterrorizada que me encuentro—. Ven por mí si eso es lo que quieres.

Una sonrisa se desliza en sus labios.

—No tienes idea de con quién estás tratando —dice, en tono dulce y suave.

—Pero yo sí —la voz ronca y profunda proveniente de la ventana me hace temblar de pies a cabeza.

«¡Mikhail!».

Alivio, frustración, angustia, coraje, tranquilidad... Todo se arremolina en mi interior.

«¿Por qué demonios siempre tiene que aparecer en el peor momento?».

Mi pulso ha acelerado su marcha, mi estómago no ha dejado de retorcerse una y otra vez, y mi cuerpo entero parece estremecerse al escuchar el tono tranquilo y perezoso que siempre utiliza.

La mujer mira hacia atrás por encima de su hombro, antes de girar sobre sus talones para encarar al demonio de aspecto amenazante que está de pie justo frente a la ventana.

—Ha pasado mucho tiempo, *Miguel* —ella sonríe. No me pasa desapercibido el nombre que utiliza para referirse a él. Tampoco lo hace el modo despectivo en el que lo pronuncia—. ¿Qué tal el infierno?

—Mejor de lo que piensas, Gabrielle —Mikhail esboza una sonrisa sombría y aterradora—. No tienes una idea de cuántas ganas tenía de verte.



## GABRIELLE

Mis ojos están fijos en las impresionantes alas platinadas que parecen emanar luz propia.

Son bellísimas. *Tanto*, que duele mirarlas en un entorno tan gris como lo es mi habitación.

La mujer frente a mí parece atemporal. No luce joven. Tampoco luce vieja. Hay algo andrógino en su rostro, pero no deja de ser lo más hermoso que he podido ver en mi vida.

—No has cambiado demasiado —dice ella, con voz neutra y carente de emociones, al tiempo que vuelve su vista hacia mí. Ni siquiera se molesta en cuidarse las espaldas.

—¿Eso crees? Yo siento que he cambiado un infierno. —La sonrisa de Mikhail se ensancha. Entonces, avanza a paso perezoso y lento hasta interponerse entre ella y yo—. El poder demoníaco me sienta bien.

Una ceja se arquea en el rostro de la mujer y, de pronto, luce arrogante y fría.

—Sigue diciéndote eso a ti mismo —dice ella, con desprecio—. Sabes que no eres ni la mitad de lo que eras. No sé cómo diablos es que te empeñas en tratar de demostrarle a todo el Reino que no es así.

—Yo no trato de demostrarle nada a nadie —dice Mikhail, y no me pasa desapercibido el tono duro y tenso que utiliza.

Una risa carente de humor brota de los labios de Gabrielle.

—No has hecho otra cosa más que desafiar al cielo. Te has dedicado en cuerpo y alma a gritarle al Creador que ahora estás con la escoria —suena justo a la mitad del camino entre el enojo y el aburrimiento.

—Al Creador no le importa una puta mierda lo que yo haga —La voz de Mikhail pasa de ser relajada a molesta en un abrir y cerrar de ojos.

La mirada de Gabrielle refleja algo que no logro identificar.

—Está muy decepcionado de ti y de tus acciones —dice ella, con dureza, pero hay un tinte dolido en su tono—. Confiaba en ti. Puso en tus manos a su ejército y mira en qué te has convertido.

—¡Él me convirtió en esto! —Mikhail estalla, y su voz trueno y reverbera en toda la estancia. Yo, por acto reflejo, me encojo en mi lugar debido al miedo.

Gabrielle sacude la cabeza y lo mira con una mezcla de lástima y decepción.

—No tienes idea de la lástima que me da ver en qué te has convertido.

—No tienes una idea de la lástima que me da que sigas siendo así de cerrada. —El demonio frente a mí crisper sus dedos en puños y, pese a que me da la espalda, puedo notar la ira que emana de su cuerpo—. Ni siquiera sé por qué pierdo mi tiempo hablando contigo.

Ella esboza una sonrisa cargada de... *¿tristeza?*

—Solía creer que eras un ejemplo para todos nosotros, ¿sabes? —suelta una pequeña risa dolida—. Creía que eras el ángel más honorario que existía. Que nunca serías capaz de hacer nada que fuera en contra de la doctrina que nos inculcaron. Te admiré durante mucho tiempo por ser la criatura recta que eras... —niega con la cabeza—. Rafael tenía razón. No eras más que un idiota arrogante con poder.

—Rafael puede besarme el culo si quiere —Mikhail dice y casi sonrío porque no puedo creer que haga un comentario como ese en

una situación como esta—. Todo el mundo allá arriba puede venir a lamerme los pies. Me importa una mierda lo que tú o los demás piensan de mí. Yo no traicioné a nadie. Tú mejor que cualquiera debería saberlo, pero, si no son capaces de darse cuenta, quiere decir que no merecen el lugar en el que están.

—¡Miguel, el arcángel justiciero ha hablado! —exclama ella, con ironía—. ¡El que juzga y desecha lo impuro lejos del Cielo! —niega con la cabeza—. Haznos un favor a todos y deja de interponerte en asuntos que ni siquiera son de tu incumbencia. Entrégame a la chica.

—¡Oh! ¡Claro! —Mikhail se burla—. ¿Te la envuelvo para llevar?

—No cambias, ¿no es cierto? —suelta un suspiro cargado de pesadez—. Nunca vas a dejar de ser ese idiota que no puede tomarse nada en serio.

Casi puedo dibujar la sonrisa arrogante en el rostro de Mikhail cuando se encoge de hombros.

—Hierba mala nunca muere, amor —dice—. Lo sé porque tú tampoco has dejado de ser una jodida estatua.

—¿Se supone que eso es un insulto?

—Para nada, Gabe —la voz de Mikhail suena pretenciosa y divertida—. Solo estoy puntualizando un hecho.

—Entrégamela, Miguel.

—No me llames así —escupe, pero ella ni siquiera se inmuta.

—No voy a repetirlo una vez más. Apártate de mi camino. Debo llevármela de aquí.

—¿Cómo te lo digo, Gabrielle? —Mikhail da un paso hacia enfrente, mientras coloca un dedo en su barbilla, como quien hace ademán de estar pensando algo detalladamente—. ¿Cómo te lo explico para que lo entiendas?... —gira su cuello con lentitud y separa las piernas para colocarse en una posición amedrentadora y hostil—. Vas a llevártela sobre mi puto cadáver.

Las cejas de Gabrielle se alzan, pero sigue luciendo aburrida hasta la mierda.

—No tengo intención alguna de pelear contigo.

—¿Por qué? ¿Me tienes miedo?

Ella suspira con irritación.

—No te tengo miedo, Miguel. Solo trato de evitarnos un mal momento. Puedes redimirte un poco si nos la entregas.

—¿Y a mí de qué me sirve redimirme ante un montón de ególatras arrogantes? La chica se queda justo donde está y se acabó.

—No me obligues a hacerte daño —ella advierte, pero el destello asustado en su mirada me saca de balance.

Mi ceño se frunce ligeramente, en confusión. No se supone que deba lucir asustada. No cuando es el Arcángel Gabrielle.

—Quiero ver cómo lo intentas —el tono que Mikhail utiliza suena jovial y frío al mismo tiempo.

En ese momento, la chica se coloca en posición de batalla; pero, de pronto, algo se acciona dentro de mi cerebro.

—¡Diablos, no! ¡Aquí adentro no! ¡Dahlia va a matarme!

Mikhail me mira por encima del hombro y su expresión casi me hace reír a carcajadas.

—¿Me estás jodiendo? —dice, con una sonrisa irritada pintada en el rostro—. ¿Tienes a un demonio de Primera Jerarquía y a un arcángel a punto de pelear delante de ti, y en lo único que puedes pensar es en no arruinar el apartamento de tu tía?

Hago una mueca.

—Si destruyen el apartamento, ¿cómo voy a explicárselo? Suficiente tengo con la ventana destrozada —digo, medio horrorizada, al tiempo que hago un gesto de cabeza hacia el agujero en la pared.

Una risa corta brota de los labios de Mikhail y niega con la cabeza.

—No puedo creerlo —masculla y vuelve su vista hacia Gabrielle, quien aún luce a la defensiva—. Parece que Bonita no quiere que peleemos aquí, así que, o nos largamos a otro lugar, o te marchas y hago como que no estuvimos frente a frente.

—Ya te dije que no quiero pelear contigo —dice ella, al tiempo que me mira a los ojos—. Ella no puede seguir más tiempo en la tierra y lo sabes. Ya es demasiado fuerte.

—No me lo tomes a mal, pero sigo siendo tan frágil como cualquier ser humano —mascullo y, para puntualizar lo que digo, hago una

seña en dirección al cabestrillo que sostiene mi hombro lastimado.

Ella aprieta la mandíbula y vuelca su atención hacia Mikhail.

—Sabes que no puedo lastimarte —dice y, por primera vez, noto algo más que frialdad en su expresión. Luce casi... *¿preocupada?*—. No después de... —sacude la cabeza—. Miguel, por favor, no hagas esto. La próxima vez no seré yo quien venga. Será Rafael, con toda La Legión. *Por favor...*

Mikhail niega con la cabeza.

—Él sabe que no puede hacer eso. Va en contra de El Acuerdo.

—¡El Acuerdo ya no le importa a nadie, por el amor de Dios! —exclama ella y la angustia se filtra en su tono. Por primera vez, luce más como un humano y menos como una estatua—. ¡El Fin está aquí, a la vuelta de la esquina! ¡¿Qué más da si la lucha comienza antes?! ¡Vamos a pelear pase lo que pase, Miguel! ¡Acaso no lo entiendes? ¡Se acabó! ¡Debes entregar a la chica y prepararte para la batalla!

—Si Rafael se atreve a venir a desafiarme, Lucifer no contendrá a las Bestias. Sabes que la tierra es prácticamente suya —Mikhail dice, en tono calmado—. Y, lamento decírtelo, Gabrielle, pero la tierra es, precisamente, el campo de batalla. Si ese idiota viola El Acuerdo, El Creador va a dejarlos a su merced. Tienen mucho que perder solo por violar un jodido tratado de paz.

—Rafael tomó tu lugar —Gabrielle sisea y se acerca un paso hacia él—. ¿No lo comprendes? Puede hacer lo que le plazca porque ha tomado tu lugar. El Creador nunca te cuestionó a ti. Eras libre de decidir. ¿Qué te hace pensar que Rafael no tiene esa libertad ahora que es como tú?

—¡Ese hijo de puta no es como yo! —la voz de Mikhail truena y ella se encoge debido al miedo— ¡Ese imbécil nunca va a ser como yo!, ¿entiendes? ¡Nunca!

—Vas a iniciar una guerra antes de tiempo si sigues así, Miguel —Gabrielle ignora la protesta de Mikhail y me mira de reojo mientras habla—. ¡Por Dios, es solo una humana!

—Me importa una mierda si es solo una humana. No voy a entregártela —escupe él—. Solo vete de aquí, Gabrielle, y, por el

Infierno, libera al íncubo de donde sea que lo hayas metido.

—No puedo volver con las manos vacías.

—Entonces di que has luchado conmigo y que llamé a más de los míos —Mikhail hace un gesto impaciente—. Solo libéralo y vete, Gabe. Es tiempo de que lo hagas.

La mandíbula de la chica se tensa, pero termina asintiendo.

—No digas que no te lo advertí, Miguel —dice—. Cuida tus espaldas —se gira sobre sus talones, pero se detiene en seco y me mira por encima del hombro para añadir—: Debes comprender, chica, que esto va más allá de tu poder de decisión. No puedes elegir no formar parte, así que no te pongas muy cómoda —mira hacia Mikhail—. Recuerda que él también quiere asesinarte.

Entonces, vuelve su vista hacia la ventana, sube al alféizar —o *lo que queda de él*— y despega con un furioso batir de alas.

El silencio se apodera de la estancia en el momento en el que nos quedamos solos.

Mikhail ni siquiera se gira para encararme. Se queda ahí, con la mirada fija en el punto por el cual desapareció el arcángel Gabrielle; al tiempo que la incomodidad comienza a filtrarse en su lenguaje corporal.

Yo no sé qué hacer para aminorar la tensión que se ha instalado entre nosotros. No cuando me siento tan aturdida como lo hago.

El chico de los ojos grises se gira con lentitud al cabo de unos instantes y, de pronto, me encuentro mirando sus facciones duras y afiladas. Luce diferente al chico de siempre. Más cansado. Viejo. Herido por la sombra de los recuerdos que la presencia de Gabrielle trajo a su memoria.

Su mandíbula está tan tensa que temo que pueda partirla en dos, y su mirada es una tormenta incontenible de emociones encontradas. El gesto abrumado que tiene pintado en el rostro me hace sentir extraña y vulnerable.

—¡Esa zorra me dejó caer! —la voz de Axel inunda mis oídos en ese momento, y mi vista se vuelca de inmediato hacia la ventana—. ¿Tú



sabías que podía guardar demonios dentro de esas espeluznantes cosas que dice llamar alas?

La figura del íncubo aparece en mi campo de visión y no puedo evitar reparar en las impresionantes alas de murciélago que hay en su espalda. Su piel se ha tornado grisácea y hay un par de cuernos sobresaliendo de entre su cabello. No me atrevo a apostar, pero luce un poco encorvado hacia adelante. No sé si tenga que ver con su condición de demonio o sea debido al ataque de Gabrielle.

En el instante en el que pone un pie dentro de la estancia, se desploma en el suelo y corro en su auxilio. Un gemido de dolor brota de la garganta del demonio y mi corazón se acelera casi de inmediato. Un destello de preocupación inunda mi cuerpo, pero me las arreglo para mantenerlo a raya mientras me bajo la manga de la sudadera hasta cubrirme la mano sana en su totalidad, antes de pasarla por sus costados en busca de alguna herida grave.

No quiero tocarlo directamente. Aún no sé si a él también le haré daño si le pongo una mano encima, pero no quiero tentar a mi suerte.

—¿Dónde te duele? —pregunto. La angustia se filtra en el tono de mi voz.

—En el puto orgullo, Bess —dice, con un gruñido y una risa ansiosa brota de mis labios—. ¡No pude defenderme! ¡Soy una vergüenza!

—¿Te ha hecho daño? —ignoro su ataque de frustración, mientras toco su cabeza en busca de alguna especie de contusión.

—Creo que me ha roto algo —dice y suelta un quejido cuando trata de moverse.

Una figura imponente se acuclilla a mi lado y sé, sin siquiera mirar, que se trata de Mikhail.

—Sabes que debes volver allá abajo —dice, en voz baja y preocupada—. No vas a sanar aquí en la tierra. Y, por cierto, las alas de los arcángeles pueden contener, por tiempo limitado, demonios dentro de ellas. Solo para que lo sepas y seas más cuidadoso la próxima vez.

—¿Y hasta ahora no lo dices?! —Axel se queja y añade, con un gemido adolorido—. ¡Maldición!, no quiero irme —esboza una mueca cargada de dolor—. No quiero dejarte solo con ella.

Es el turno de Mikhail para reír. Yo no quiero sonreír, pero lo hago de cualquier modo. Lo hago porque es un idiota impertinente y porque no es capaz de perder el sentido del humor aun estando herido.

—Si no vas por tu cuenta, haré que tu par venga por ti —dice el chico de los ojos grises, en un tono que pretende ser duro.

—¿Su par?

—¡No te atrevas a llamar a esa hija de puta! ¡Sabes que la detesto!

—Los íncubos y súcubos nacen en parejas —Mikhail ignora las quejas de Axel mientras explica—. Su hermana y él no se llevan bien.

—¡Esa estúpida no es mi hermana! —Axel resuella, en medio de un grito adolorido. Mi ansiedad y nerviosismo incrementan en ese momento.

—¿Qué tanto te duele? —pregunto cuándo noto cómo pone una mano sobre las costillas de su costado izquierdo.

—Peor que cuando me follaron por primera vez —Axel gimotea, y Mikhail esboza una sonrisa a pesar de la mueca tensa y preocupada que hay en su rostro. Sin embargo, hay algo más en su expresión. Algo que lo hace lucir diferente. Lejano.

—Debo llevarte allá abajo —dice, y sus palabras me sacan de mis cavilaciones. Entonces, coloca el brazo libre del íncubo alrededor de su cuello—. Necesito que me ayudes un poco aquí, ¿de acuerdo?

Axel ni siquiera tiene tiempo de decir nada cuando Mikhail lo levanta del suelo. Trato de estabilizar el peso del demonio herido, pero parece que el chico de los ojos grises lo tiene todo controlado.

En ese momento, su mirada encuentra la mía y afianza su agarre en Axel.

—Tengo que llevarlo a casa. Solo allá podrá tomar su forma real y sanar como es debido.

—¿Volverás? —mi voz suena inestable y débil. No quiero que piense que soy una completa idiota necesitada, pero necesito saber si voy a

verlo de nuevo o va a desaparecer una vez más.

Mikhail esboza una suave sonrisa.

—Estaré aquí para cuando vuelvas de tu terapia y, ¿eso?... —hace un gesto hacia la ventana destrozada—, estará arreglado para ese entonces. Es una promesa.



En el instante en el que bajo del auto, mi mirada se vuelca hacia arriba, en dirección al apartamento de mi tía Dahlia.

Hace un rato, cuando llegó, ni siquiera le di oportunidad de acercarse demasiado al edificio. Le dije que la esperaba abajo porque se nos haría tarde para ir con el psicólogo, y solo pude rogarle al cielo que no alzara la vista hacia el complejo habitacional, para que no pudiese toparse con la vista de mi ventana destrozada.

Por esa razón, el alivio que siento ahora mismo, al verla en perfectas condiciones, es casi tan intenso como la emoción que me da saber que Mikhail sí regresó.

No puedo esperar para entrar y llamarlo. No puedo esperar para verlo de nuevo.

Tengo muchas dudas respecto a toda la información que fue revelada por Gabrielle. Eso, aunado a la poca que tengo acerca de Miguel Arcángel, me hacen sentir insegura e incierta respecto a él.

Para ser honesta, en el instante en el que leí acerca de la importancia del arcángel para el Cielo, lo descarté inmediatamente. A pesar de las similitudes en la pronunciación de Mikhail y Miguel, lo deseché casi de inmediato, y me siento una completa idiota por no haber podido concluir lo obvio.

Estaba tan concentrada en leer entre líneas, que ni siquiera consideré la posibilidad de que el demonio que me protege fuese alguien así de importante.

Debo decir, pese a eso, que ahora todo tiene sentido. Si yo fuese el líder de los demonios, enviaría a mi guerrero más poderoso a velar

por mis intereses y, ¿quién mejor que Miguel Arcángel para eso? ¿Quién más poderoso que el arcángel justiciero?

Subo las escaleras al paso de Dahlia. En el proceso, trato de no lucir tan ansiosa como me siento, pero apenas puedo contener las ganas que tengo de echarme a correr hasta el piso donde vivimos.

Al llegar al apartamento, lo primero que hago es encaminarme a mi habitación. Dahlia me mira como si me hubiese vuelto loca mientras camino a paso apresurado hasta mi pequeño recinto; pero, llegados a este punto, ni siquiera eso me importa. Lucir como una completa lunática frente a ella es la menor de mis preocupaciones ahora mismo.

La decepción me invade cuando me encuentro con la visión de mi cuarto en perfecto estado, pero sin ningún rastro del chico en cuestión.

Trato de ahuyentar la desazón que me invade y tomo asiento en la silla frente al escritorio antes de encender mi computadora portátil.

Como puedo —y con una sola mano—, tecleo «Miguel Arcángel» antes de comenzar a navegar.

Wikipedia dice que Miguel es el jefe de los Ejércitos de Dios, el protector de la iglesia y el abogado del pueblo elegido. Dice, también, que será él quien tocará la primera trompeta del apocalipsis y que es, por esencia, el enemigo principal de Lucifer.

Otras páginas de internet lo describen como el arcángel que llevará a la gloria al pueblo de Dios y que, además, será él quien juzgue a los seres humanos en la hora final. He leído, también, que es imparcial y justo en todo momento, y que es un guerrero impresionante; capaz de enfrentar al ángel que osó desafiar a Dios: Lucifer.

Para cuando termino de leer, me siento abrumada.

Una mezcla de admiración, fascinación, terror y confusión se arremolina en mi pecho, y amenaza con ahogarme. No puedo imaginar a Mikhail como un ángel justiciero. No puedo imaginarlo siendo todo seriedad y hermetismo, tal y como lo describen.

Mikhail no es sereno, ni tranquilo, ni frío. Es un idiota arrogante con un horrible y negro sentido del humor. Es lo opuesto a la persona que plasman aquí y, a pesar de saber que hablan sobre él, no puedo evitar creer que se han equivocado de chico. Mikhail no es recto y equilibrado. Es un desastre caminando.

—¿Por qué te gusta complicarte tanto la vida?

Un sonido similar a un grito ahogado brota de mis labios y giro sobre la silla para encarar a la persona que habla detrás de mí, pero mi movimiento es tan violento que caigo al suelo de la forma más ridícula posible.

El dolor estalla en mi hombro y un jadeo adolorido se me escapa. La sensación de quemazón es tan intensa, que un montón de puntos negros se apoderan de mi visión.

—¡Joder! —un brazo se envuelve alrededor de mi cintura en ese momento, y tira de mí hacia arriba. En el proceso, el material de mi sudadera se eleva. Los dedos de Mikhail tocan la piel caliente que se curva en mi cintura y mi cuerpo entero se estremece debido al contacto.

De pronto, todo el ambiente se torna denso y extraño. El dolor es apenas una sombra extraña cuando un demonio como él te sostiene de esta forma.

Soy plenamente consciente de cómo sus dedos ásperos se crisan alrededor de mi piel blanda y de cómo su respiración golpea mi mejilla. Su cabello desordenado roza mi mejilla y me hace cosquillas, pero eso no impide que alce la vista para mirarlo a los ojos.

El tono grisáceo luce un poco más azul que de costumbre y su habitual ceño fruncido no está ahí. Su aliento cálido me da de lleno en los labios y es entonces cuando noto cuán cerca nos encontramos el uno del otro.

—¿Estás bien? —su voz sale en un susurro ronco.

—Sí —suelto, en el mismo tono que él—. No me ocurrió nada.

En ese instante, su vista se posa en mis labios entreabiertos.

—Juro por el Infierno que esto no fue intencional —dice y una sonrisa tira de las comisuras de sus labios. Mi estómago se estruja en

respuesta.

—¿Qué cosa? —mi voz suena áspera, ronca e inestable.

—Esto... —su mano desciende y se introduce por debajo de mi blusa, de modo que su palma entera se presiona en mi espalda baja.

Trago duro.

—¿No se supone que te dolía?

Una sonrisa perezosa se desliza en sus labios.

—Tengo resistencia al dolor, Bonita —me guiña un ojo—. No te preocupes por eso.

Un escalofrío me recorre la espina dorsal y trago una vez más.

—No puedes abandonarme durante casi dos semanas y pretender que puedes venir a hacer esto —reprocho, con un hilo de voz.

Un destello divertido e irritado inunda sus ojos.

—Bess, no se supone que deba hacer esto —dice, mientras su palma me presiona contra su cuerpo un poco más. Mis caderas y las tuyas están unidas ahora y lo único que impide que nuestros cuerpos se unan por completo, es mi brazo acomodado en el cabestrillo—. Va contra las reglas. Se supone que debo cuidarte y nada más —dice y no puedo evitar sentirme decepcionada—. No debería querer besar las preciosas pecas de tu piel, ni recorrer con mis dedos la longitud de tu espalda... —como para probar su punto, su dedo índice se desliza hacia arriba por mi columna vertebral—. Tampoco debería querer besarte como se debe, y mírame aquí... —su voz es una canción de tonos melifluos y dulces—, intentando no arruinarlo todo para mí. Intentando evitar que me condenen a una eternidad en los pozos del Infierno por haberte besado.

Mi respiración se atasca en mi garganta.

—Déjame ir, entonces.

—El problema es, Bess, que no quiero —susurra—. No quiero dejarte ir. *No puedo*.

Mis piernas tiemblan, mi corazón ruge y mis manos tiemblan con intensidad. Mis párpados se cierran en ese momento y mi frente se inclina para descansar contra su mejilla.

—¿Qué es lo que estás haciendo? ¿Qué quieres de mí? —digo.

Él no dice nada, se limita a empujar mi cara con su nariz, de modo que sus labios son capaces de rozar la piel ardiente de mi pómulo. Un montón de escalofríos me recorren el cuerpo cuando siento cómo sus dedos trazan patrones suaves en la piel de mi espalda.

—Quiero besarte —gruñe, y siento el movimiento de su boca muy cerca de la mía.

Mis dedos se cierran en torno al material de la chaqueta que lleva puesta e inclino mi cara ligeramente en su dirección. Él se aparta un segundo y duda. Puedo sentir la incertidumbre que emana por los poros.

—Mikhail... —susurro, pero suena más como una súplica que como un nombre dicho al aire.

—No puedo, Bess —suena torturado—. No puedo arriesgar tanto, ¿entiendes? Esto es... —sacude la cabeza y trata de apartarse.

Mis dedos alcanzan su nuca y tiro de él en mi dirección. Él se resiste durante un segundo, pero termina con la frente unida a la mía.

—¿Aún vas a asesinarme? —no sé por qué lo pregunto. Ni siquiera sé por qué quiero que me lo diga. Quizás, una parte de mí desea que lo haga para así poder alejarme. Quizás soy una idiota masoquista que desea escucharlo de sus labios una vez más.

—Bess —su voz destila advertencia—, no hagas esto.

—Miguel —pruebo su nombre real en mis labios y él suelta un gruñido en ese instante—, ¿vas a asesinarme?

Entonces, sin decir una sola palabra, une su boca con la mía. Mi cuerpo entero se estremece cuando su lengua se abre paso dentro de mí y el sabor mentolado de su beso me golpea de lleno.

Sus labios se mueven contra los míos con tanta ferocidad, que me quedo sin aliento. Sus brazos se envuelven alrededor de mi cintura y me atrae más hacia él, al tiempo que mi cabeza se inclina para profundizar el beso un poco más.

El contacto es feroz, desesperado, urgente, y todo mi cuerpo grita porque no puedo tenerlo más cerca; porque la presión de sus labios mullidos contra los míos es maravillosa, y porque un agujero se ha instalado en mi estómago debido a las emociones acumuladas.

Mis dedos se enredan en las hebras oscuras de su cabello, y un sonido ronco y profundo retumba en su pecho para reverberar en el mío cuando tiro de él con suavidad.

Entonces, rompe el contacto.

Un sonido torturado y adolorido brota de sus labios, y me deja ir.

En ese momento, tira de su cabello con manos temblorosas. Una palabrota sale de su boca y, cuando baja las manos de nuevo, toda la sensación vertiginosa se desvanece. El horror se apodera de mi cuerpo cuando noto el estado de la piel de sus palmas.

Luce irritada, enrojecida e hinchada y, de pronto, me siento enferma. Yo le hice eso. Yo lo herí.

Su vista se posa en sus manos y el entendimiento se apodera de su cuerpo. Rápidamente, su mirada se alza y aprieta los puños.

—No duele —asegura.

Mis ojos se posan en los suyos y sé que puede ver que no le he creído una mierda.

—Bess —trata de llegar a mí, pero me aparto. Entonces, lo intenta de nuevo—. Bess, por favor...

—¡No! —me aparto cuando trata de tocarme de nuevo—. No me toques.

—Bess, maldita sea, debes...

—No vuelvas a tocarme nunca más —suplico, mientras lucho contra el nudo que se ha formado en mi garganta—. Voy a hacerte daño.

Mikhail aprieta la mandíbula y busco en su rostro algún indicio de laceración en su piel. La confusión momentánea que me invade por no verle heridas en la cara es eclipsada por la horrible sensación de culpa que se instala en mis huesos.

—¡Bess, la cena está lista! —la voz de Dahlia viene a mí desde la sala y poso mi vista en la puerta durante una fracción de segundo, antes de obligarme a avanzar a toda velocidad fuera de la habitación.

Los dedos de Mikhail se cierran en la piel de mi brazo sano y me aparto con violencia y brusquedad.

—¡Te dije que no! —mi voz es apenas un siseo, pero él luce como si le hubiese gritado a todo pulmón—. No vuelvas a tocarme nunca



más, Mikhail.

Entonces, sin darle oportunidad de responder, salgo de la habitación.



## NEGACIÓN

Mi tenedor remueve los chícharos de un lado a otro por encima del plato, mientras mi vista lee y relee el mismo párrafo del libro de historia que descansa junto a mi bandeja de comida.

Ha comenzado a dolerme la cabeza y un nudo creado por la desesperación y la ansiedad se ha instalado en la boca de mi estómago. No puedo concentrarme. No puedo memorizar las estúpidas líneas que explican la base de lo que vendrá en mi próximo examen parcial, y a nada de estrellar mi cara contra la mesa una y otra vez porque no logro concentrarme.

Odio la escuela. Odio haber sido osada y haberle dicho a mi tía Dahlia que quería aplicar a Stanford. ¿A quién quiero engañar? Stanford es demasiado para una estudiante promedio como yo. Nunca voy a conseguirlo. Ni siquiera estoy cerca de lograrlo.

Trato de enfocarme una vez más, pero no puedo hacerlo. No cuando un estúpido demonio ronda mi cabeza sin darme tregua alguna.

La imagen de Mikhail se ha apoderado de mi cabeza y no puedo dejar de reproducir una y otra vez el recuerdo de nuestro beso, y lo que ocurrió después de él. Me obsesiona saber que soy capaz de lastimarlo con solo tocarlo. Me aterroriza la idea de volver a hacerle daño después de todo lo que ha hecho por mí.

La imagen de sus manos enrojecidas, como si hubiesen sido atizadas por un trozo de carbón ardiendo, ha hecho que mi estómago se revuelva con violencia y que el sonido adolorido con el que se apartó de mí no deje de torturarme desde ese día.

Nuestra relación se ha vuelto tensa y extraña desde entonces. Actúa como si nada de hubiese pasado y, al mismo tiempo, se siente como si hubiese un abismo entre nosotros. Está a mi alrededor todo el tiempo, pero no deja de ser diferente a lo que era antes de que nos involucráramos del modo en el que lo hicimos.

Estoy cansada de que su trato conmigo cambie cada dos segundos. Estoy cansada de tener que fingir que lo que pasó no está carcomiéndome por dentro.

No logro entenderlo. Ni siquiera soy capaz de especular qué diablos le pasa por la cabeza. Pasa gran parte del tiempo que estamos juntos mirándome como si tratara de armarse de valor para decirme algo, pero siempre terminara arrepintiéndose al último minuto.

Estoy harta de ese ir y venir que ha impuesto entre nosotros, pero tampoco sé cómo detenerlo sin sonar como una ridícula obsesionada. No quiero sonar como esa clase de chicas que asumen que un chico está interesado en ellas solo porque se preocupan.

Mikhail, con todo y lo que ha pasado entre nosotros, nunca ha dado muestras de sentir algo por mí y, siendo sincera, yo tampoco sé qué siento por él.

Lo único que sé en este momento, es que estoy abrumada hasta la mierda. No sé qué diablos está pasando entre nosotros ni en qué posición nos pone el beso que nos dimos.

Me aterroriza ponerle un nombre a lo que siento cada vez que lo tengo cerca y, al mismo tiempo, no puedo dejar de pensar en eso. A pesar de todo, no puedo detenerme. Sé que no debo sentir esto. No está bien. Después de todo, él va a asesinarme.

—Luces como si estuvieses a punto de echarte a llorar —el tono aburrido del íncubo sentado frente a mí solo consigue que alce la cabeza con aire aturdido.

Al cabo de unos instantes, me percató del lugar en el que me encuentro y de la figura desgarbada de Axel, quien se encuentra instalado en el asiento delante de mí.

—Cierra la boca —mascullo, al cabo de unos instantes, mientras paso la página del libro y trato de leer un poco más a fondo sobre el papel que jugó Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial.

—Eres consciente de que, si alguien te oye, te darán por loca, ¿verdad? Nadie aquí puede verme —dice Axel, en tono divertido.

Ignoro su comentario y me concentro en el montón de fechas y acontecimientos que se rehúsan a quedarse atrapados en mi memoria.

—Estoy aburrido —se queja—. ¿Quieres ver algo divertido?

—Ni siquiera lo intentes —digo, en voz baja, y alzo la vista para dedicarle una mirada severa. La última vez que me dijo eso, la cafetería entera se convirtió en un hervidero de adolescentes tocándose y frotándose de formas extrañas y desagradables.

Un bufido brota de la garganta de Axel y rueda los ojos.

—Eres una aguafiestas —masculla antes de subirse a la mesa y recostarse sobre ella con aire dramático—. Deberías ser más agradecida conmigo. Después de todo, estoy cuidándote el pellejo.

—Es tu trabajo.

—Corrección —me señala con un dedo—: Es trabajo de mi hombre.

—¿Dónde está él, entonces? No lo veo por ningún lado —miro a Axel con las cejas alzadas.

Él suelta un bufido irritado.

—No lo sé —se encoge de hombros—. Seguro está tonteando con otra humana. Se le da bien eso de ir por la tierra enamorando mujeres.

Una punzada de coraje, dolor e indignación atraviesa mi pecho, pero me las arreglo para mantener mi rostro inexpresivo.

—¿Estás tratando de herirme de alguna manera? Porque, si es así, no está funcionando —esbozo una sonrisa, pero sé que luce como una mueca extraña.

Axel me mira con gesto aburrido.

—Yo no trato de hacer nada —dice, encogiéndose de hombros—. Solo digo la verdad. A Mikhail le gusta follar humanas. ¿Acaso creías que eras la única, cariño?

—Eres una perra —digo. No quiero que suene como un reproche, pero lo hace. Mi voz suena ligeramente más aguda de lo normal y mi tono destila algo similar al enojo, pero trato de lucir indiferente mientras me meto un trozo de pan a la boca.

Una sonrisa maliciosa se desliza en los labios del íncubo y suspira.

—Está bien —masculla—. Lo admito. Ya no folla con humanas. Antes lo hacía, pero es cosa del pasado. De todos modos, no es como si importara.

—Lo que tú digas —sueno irritada y frustrada. De alguna manera, las palabras de Axel han conseguido aumentar mi mal humor a un grado estratosférico.

—Después de lo que pasó la última vez, dejó de querer meter su miembro en fluidos va...

—¡Dios! ¡Axel, detente! —siseo, cuando en realidad quiero gritar. Si no fuese porque estoy rodeada de gente, habría chillado para que se callara.

Él no parece inmutarse por mi tono escandalizado, ya que suelta una sonora carcajada.

—¿Qué pasa, princesa? —dice, entre risotadas—. ¿Te perturba escuchar la palabra «vaginal»?

—Cállate.

—Vaginal, vaginal, vaginal —canturrea—. ¡*Vaginal!*

—Axel... —mi tono destila advertencia.

Él ríe una vez más y se incorpora en una posición sentada. No puedo evitar pensar en que, si algún maestro pudiese verlo —está acomodado con las piernas cruzadas encima de la mesa—, ya lo habrían hecho bajar a punta de regaños.

—¿Quieres saber por qué Mikhail ya no folla con humanas? —se inclina hacia adelante.

—No.

—Ya no folla con humanas porque la última a la que se tiró se enamoró de él —dice y mi ceño se frunce ligeramente.

—Dije que no quería saber.

—Y yo te ignoré —se encoge de hombros—. Necesito que sepas que mi hombre no va a mirarte nunca. Sé que estás enamorada, pero...

Una risa irritada me asalta.

—No estoy enamorada —digo.

—Solo te lo digo porque no es bueno que ames a un demonio.

—¿Por qué? —digo. Sueno a la defensiva—. ¿Qué hay de malo en eso? ¿Qué hay de malo en que una humana se haya enamorado de Mikhail?

—Nada —se encoge de hombros—. Es solo que los demonios no somos capaces de sentir amor y, si alguien más lo siente por nosotros, nos incomoda.

Las palabras de Axel caen sobre mí como un baldazo de agua helada.

—¿Qué?

—Ahí vamos de nuevo con la sordera —rueda los ojos al cielo, pero está sonriendo.

—¿No pueden sentir amor? —sueno más sorprendida de lo que espero, pero no puedo evitarlo.

—Por supuesto que no —Axel me mira como si fuese el ser más idiota de la tierra—. Somos demonios. Nos alimentamos de oscuridad, malas intenciones, malos deseos... Lo más cercano que sentimos al amor, es la lujuria.

Mi mente corre a mil por hora. El recuerdo de mi beso con Mikhail, de mis interacciones con él, los roces que hemos tenido, su cercanía... Todo invade mi cabeza de un segundo a otro y me falta el aliento.

La resolución se asienta en mí tan rápido, que apenas puedo procesarla. Apenas puedo dejar que las palabras del íncubo tomen forma y sentido en mi cabeza.

Si lo que Axel dice es cierto, todo lo que ha ocurrido entre Mikhail y yo no es otra cosa más que una mentira. Un cuento que yo misma me he inventado para ponerle nombre a las ganas que tiene de meterse en mis bragas. Mikhail no tiene un interés real en mí. Solo quiere...

Mis ojos se cierran con fuerza y tomo una inspiración profunda, en un débil y patético intento de apaciguar la horrible sensación que se ha apoderado de mi cuerpo.

«¿Por qué te importa tanto?».

—Bueno —digo, volviendo la vista hacia mi comida casi intacta—, entonces, creo que será bueno decirle a tu amigo Mikhail que pierda el interés en mí. Yo no voy a acostarme con él.

—Amiga afroamericana a las tres —Axel dice, ignorando por completo mi declaración, y yo miro de reojo en la dirección que indica solo para encontrarme con la visión de Emily acercándose con una bandeja de comida por delante.

Ella se deja caer frente a mí y suelta un suspiro exasperado.

—Juro por Dios que odio a Gloria Murphy —dice y el veneno que destila su voz no me pasa desapercibido.

—Tú odias a todos los profesores del instituto, Ems —una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios y ella me muestra un dedo medio en respuesta. En ese momento, una carcajada se me escapa sin que pueda evitarlo.

El desfogue de tensión es agradecido por mis nervios alterados.

—Solo digo la verdad —me encojo de hombros.

—Cierra la boca, Marshall —masculla antes de estirar su mano para tomar un trozo del pan que descansa sobre mi plato. Entonces, añade —: ¿Dónde está el fenómeno que te sigue a todos lados?

Mi corazón se estruja solo porque sé que se refiere a Mikhail.

—No lo sé. No soy su niñera —me las arreglo para sonar aburrida y despreocupada.

Trato de no mirarla, pero no puedo evitar hacerlo. Una sonrisa burlona se ha pintado en sus labios.

—Oh, claro que no —su sonrisa se ensancha—. Tú quieres ser todo menos su niñera.

—No sé de qué hablas.

—Claro que lo sabes. Sabes perfectamente a qué me refiero.

—No, no lo hago.

—¡Por supuesto que sí! ¡Deja de fingir que el tipo no te gusta! ¡Lo huelo en tus feromonas!

Una risa carente de humor brota de mi garganta.

—Mikhail es un idiota. Jamás me fijaría en alguien como él.

—Claro. Lo que tú digas —Ems rueda los ojos al cielo—. Sigue fingiendo que el tipo no te gusta, Bess. Yo seguiré haciendo como que te creo.

—Es que no me gusta.

—Lo que digas.

—Lo digo en serio, Ems. Mikhail no me gusta.

—¿Debería sentir esto como una ruptura de corazón?

Un chillido aterrorizado brota de mi garganta en ese instante y suelto una palabrota por acto reflejo.

Una carcajada estalla a mis espaldas y me giro a toda velocidad solo para encontrarme de frente con la imagen de Mikhail, vestido todo de negro, con una bandeja de comida entre los dedos.

—¡Deja de hacer eso, maldición! —exclamo, y noto cómo un par de miradas curiosas y divertidas se posan en nosotros, pero concentro toda mi energía en dedicarle mi mirada más hostil. Él ni siquiera se inmuta. Se limita a sentarse en el espacio vacío que hay a mi lado.

—Tu amiga no tiene sentimientos —dice, en dirección a Emily y ella reprime una carcajada.

—No sé qué viste en ella —dice mi amiga y sacude la cabeza con fingido pesar.

Mikhail se encoge de hombros y posa su vista en la bandeja que tiene enfrente.

—En el amor no se manda. Me he enamorado de una perra.

Sé que está bromeando. Sé que es un maldito y estúpido comentario hecho al azar, pero no puedo decirle eso al músculo que bombea sangre a mi cuerpo. No cuando ha acelerado su marcha hasta convertirse en un golpeteo imparable en mi caja torácica.



—No estás enamorado de mí —me las arreglo para decir, mientras que clavo mi vista en el libro que descansa abierto frente a mí. Me da la impresión de que ha sonado como si estuviese intentando convencerme a mí misma de algo.

—No, no lo estoy —dice él, con aire despreocupado y mis ojos se alzan para mirarlo—. Tienes razón.

Quema. Sus palabras... Lo que ha dicho... Todo quema. Arde. Escuece... Y quiero llorar.

Un bufido brota de la garganta de Emily y le dedico la mirada más dura que puedo esbozar antes de concentrarme en el tema que trato de leer. De pronto, se me han quitado las ganas de hablar. De estar aquí, alrededor de Mikhail y el efecto que tiene en mí.

Nos sumimos en un silencio extraño. No es incómodo, pero no se siente como uno natural. Ni siquiera Axel, quien se encuentra abrazado a la espalda de Mikhail, parece tener intenciones de romperlo.

Emily nos mira a Mikhail y a mí de hito en hito, sin percatarse en lo absoluto de la presencia de Axel y rueda los ojos antes de tomar su teléfono y tontear en él. Yo trato de enfocarme en comer mientras leo, por tercera vez, el mismo párrafo. Axel, en el proceso, juguetea con los mechones de cabello del demonio de los ojos grises.

—Basta —escucho que Mikhail masculla.

Axel murmura algo en voz tan baja que no puedo escucharlo.

—Te he dicho que no —la voz del demonio de Primera Jerarquía suena un poco irritada.

—¡Pero qué genio! ¡Yo solo preguntaba! —Axel se despereza de encima de Mikhail y se sienta a mi lado para leer el texto que se despliega delante de mis ojos—. Puedo entender por qué se atraen —masculla hacia mí y le dedico una mirada cargada de irritación.

La expresión del ícubo es escandalizada ahora.

—¡Ustedes dos deben dejar esta actitud de mierda! —escupe, medio enojado—. ¡No estoy dispuesto a tolerar más idioteces! ¡Tú, Mikhail, hazme el favor de follarla de una maldita vez y tú, Bess, solo déjate llevar, mujer! ¡No es tan difícil y solo duele al principio!

Emily está tan absorta en su teléfono que ni siquiera nota la mirada que dedico en dirección a Axel. Tampoco es capaz de notar cómo aprieto los puños en señal de coraje y frustración.

—No tengo interés alguno en acostarme con tu amigo demonio — siseo, para que solo él pueda escucharme.

—Eh... ¿hola? Estoy aquí —Mikhail habla a mis espaldas.

—Y solo para que lo sepas —añado, mientras ignoro al chico que se queja detrás de mí—, hace mucho tiempo que no soy virgen.

Ni siquiera sé por qué lo he dicho, pero no me quedo a averiguarlo. Me pongo de pie de la mesa y guardo mi libro antes de marcharme.

Durante todo mi trayecto hacia la salida, siento la mirada de Mikhail clavada en mi espalda, pero no dejo que eso me amedrente. No dejo que eso me haga sentir insegura mientras abandono la cafetería.

Una vez en el corredor, me detengo unos instantes solo para tomar una inspiración profunda, ya que me encuentro sintiéndome falta de aliento. Cuando me doy cuenta de que no voy a poder respirar con normalidad por mi propia cuenta, rebusco mi inhalador dentro del bolsillo de mi sudadera y doy una calada al medicamento. No es hasta ese momento, que un puñado de memorias extrañas y desagradables vienen a mi cabeza.

Apenas sí recuerdo cómo fue la primera vez que estuve con alguien. Fue con el hermano de Emily, Kyle. Era la primera vez que bebía tanto alcohol y él estaba ahí, conmigo, sin pedirme que me detuviera. Sin decir que estaba mal. Solo bebía en silencio conmigo, mientras su hermana dormía en su habitación.

Recuerdo muy poco de lo que pasó. Solo sé que me quedé a dormir en su casa un fin de semana. Sé que Kyle estaba en el porche bebiendo cuando salí de la habitación de mi amiga en dirección a la cocina y que, cuando me ofreció una cerveza, me senté a su lado y me la bebí.

Esa noche lloré. Mucho. Creo que, incluso, le hablé sobre mi familia y, cuando ya no quiso escucharme más, me besó. Me besó y no lo detuve.

Sabía que era el hermano mayor de mi mejor amiga y que esas cosas no se hacen. Que estaba ahogada en alcohol y que él estaba lo suficientemente sobrio como para saber lo que hacía, pero no lo detuve.

Estaba tan necesitada. Me sentía tan torturada...

Mi mandíbula se aprieta con fuerza y tomo una inspiración profunda antes de tragarme el nudo de frustración que hay en mi garganta.

El remordimiento de conciencia viene a mí cada que pienso en eso. Ni siquiera he tenido las bolas de decírselo a Emily. ¿Cómo va a reaccionar cuando sepa que su hermano y yo...?

Cierro los ojos.

Me digo una y otra vez que no vale la pena revivir eso, porque no lo recuerdo del todo y porque fue hace casi un año. Porque pensar en eso no va a cambiar el hecho de que la primera vez que estuve con un chico, estaba medio borracha y vulnerable. No va a cambiar el hecho de que sucedió y de que no fue como me hubiese gustado que fuera.



Son casi las dos de la mañana cuando, finalmente, me doy por vencida y dejo el libro de historia por la paz. Me arden los ojos y me duele la espalda por haber estado sentada en una misma posición durante horas. Mis párpados pesan tanto, que apenas puedo mantenerlos abiertos y mi hombro bueno se siente tan tenso, que cruje cuando trato de moverlo.

La música que retumba en mis tímpanos suena más enérgica y fuerte que nunca. La voz de Bert McCracken llena mis oídos, mientras medio canta y medio grita *Take It Away*, una de las canciones del segundo álbum de su banda: The used.

No apago el reproductor de mi teléfono hasta que la canción acaba y, solo entonces, arranco los auriculares fuera de mis oídos.

El silencio de mi habitación me resulta demasiado denso después de haber pasado casi tres horas escuchando música a todo volumen,

pero es agradable hasta cierto punto. Entonces, muevo el cuello de un lado a otro para aminorar la tensión acumulada ahí, y estiro las piernas para desperezar los músculos de esa zona antes de ponerme de pie.

Cuando giro sobre mis talones y miro a Mikhail recostado sobre mi cama con aire despreocupado, me trago un grito. Una punzada de rabia e irritación se mezcla en mi sistema.

—¿Es que acaso es muy difícil decir: «¡Hey, Bess!, solo para que no vaya a darte un infarto, estoy justo aquí»? —espeto con irritación.

Él alza una ceja con arrogancia.

—Con ese ruido que escuchabas, dudo mucho que me hubieses oído —dice. No me pasa desapercibida la diversión que hay en su tono.

Un bufido exasperado brota de mis labios, pero no digo nada. Me limito a avanzar a paso perezoso en dirección a la cama. Él, en el instante en el que me acerco, se levanta. Su movimiento es descuidado y casual, pero soy capaz de percibir la incomodidad en su mirada cuando lo hace.

No estoy muy segura de cómo interpretar eso, pero asumo que es debido a lo que pasó la última vez que me puso una mano encima.

—¿Dónde está tu novio? —pregunto, para tratar de aligerar el ambiente, pero él sigue mirándome como si intentara ver algo que se encuentra enterrado en lo más profundo de mi alma.

Una ligera sonrisa tira de las comisuras de los labios de Mikhail.

—No lo llames así —masculla—. Harás que crea que realmente quiero algo con él.

Una pequeña sonrisa tira de mi boca.

—No es estúpido —digo—. Axel sabe perfectamente cómo te sientes respecto a él. Lo que pasa es que es optimista.

—Es necio —Mikhail replica, pero la expresión suena casi cariñosa—. Está empeñado en conseguir algo que no puedo darle.

Me encojo de hombros.

—Quizás deberías decírselo.

—Oh, créeme que lo he hecho. —Una mueca de fingido horror surca sus facciones y no puedo evitar reprimir una sonrisa—. Nada funciona con ese tipo.

Me siento sobre la cama y, después de unos instantes de vacilación, lo miro. La calidez en su mirada me pone la piel de gallina y hace que mi aliento se atasque en mi garganta.

La forma en la que su ceño se ha relajado hasta ser un gesto amable y dulce hace que mi pecho duela de formas incomprensibles. De pronto, mientras miro su expresión tímida y protectora, me resulta difícil creer lo que Axel dijo. No puedo imaginarlo como un tipo incapaz de sentir amor. No cuando me mira de la forma en la que lo hace: como si no hubiese nada en el mundo comparado conmigo.

—Hablando de Axel —digo, sin apartar mis ojos de los suyos—. Dijo algo esta tarde.

Mikhail me mira con expectación. Su vista se ha entornado ligeramente y su cabeza se ha inclinado en un gesto curioso.

—¿Qué te ha dicho?

Me arrepiento en el momento en el que pronuncia esas palabras. No tiene caso que averigüe algo que no va a cambiar nada. Él aún es un demonio y yo aún soy esta cosa extraña que debe ser sacrificada para que el apocalipsis comience. Si Mikhail puede o no sentir amor, no importa ahora mismo. No es relevante. No cambia el hecho de que va a intentar asesinarme tarde o temprano.

Sacudo la cabeza y bajo la vista hacia el edredón floreado que cubre mi cama.

—No es nada —mascullo—. Olvídalo. Es tarde. Estoy divagando, tengo mucho sueño y...

Antes de que pueda procesarlo, acorta la distancia que hay entre nosotros y se acuclilla delante de mí. El movimiento es tan rápido, que no lo noto hasta que sus ojos y los míos quedan casi a la misma altura.

—Dime —pide—. Por favor.

—No es importante —digo, sintiéndome pequeña y extraña ante su cercanía.

—Aun así, quiero saberlo. ¿Qué fue lo que dijo?

Muerdo la punta de mi lengua dentro de mi boca, pero ni siquiera me atrevo a alzar la cara para encararlo de lleno.

—Bess... —insiste—. Cielo, por favor, dímelo.

Sus dedos se posan en mi barbilla y su tacto delicado hace que mi pecho se caliente con una emoción indescifrable. Sé que debería apartarme. Sé que seguro estoy lastimándolo, pero no me muevo. Ni siquiera estoy segura de estar respirando como se debe.

—¿Qué te dijo? —dice, en voz baja y dulce.

Tomo una inspiración profunda. Debo hacer esto. Necesito preguntar...

—¿Es cierto que ustedes, los demonios, no son capaces de sentir amor? —las palabras salen apenas auditivas de mis labios, pero sé que me ha escuchado perfectamente.

Una tormenta de emociones se arremolina en su expresión, pero no dice nada. Se limita a mirarme fijamente. Luce contrariado, fuera de balance y confundido.

—No veo porqué eso es relevante —dice, al cabo de unos instantes, con cuidado y tacto.

Su respuesta hace que mi corazón se hunda y que la decepción que sentí esta mañana en la cafetería regrese.

—Lo es para mí —digo, con la voz enronquecida por las emociones. Él me estudia en silencio.

—¿Estás preguntándome si siento algo por ti? —dice, al cabo de unos segundos.

El tono de su voz me hiere. Destila desdén, burla, repulsión y...  
*¿miedo?*

Me quedo callada. Me limito a mirarlo a los ojos y sé que es la única respuesta que necesita.

Un suspiro entrecortado brota de sus labios y se pasa una mano por el cabello alborotado.

—No, Bess —su voz suena monótona, neutral y monocorde, pero no es eso lo que hace que me sienta miserable, es lo que dice cuando continúa hablando lo que lo hace—: No podemos sentir amor. Y no.

No siento nada por ti. No quiero nada serio contigo. Solo... —sacude la cabeza—. Me gusta besarte, ¿de acuerdo? Eso es todo. No estoy enamorado. No siento nada por ti. No puedo hacerlo. —Hace una pequeña pausa—. Lo lamento mucho.

Mis ojos se sienten acuosos, pero me los arreglo para no derramar ninguna de las lágrimas que se han agolpado en mi mirada. Entonces, me trago el nudo que hay en mi garganta.

«Ni siquiera sé por qué duele tanto...».

—Bien —sueno cansada, débil y derrotada—. Quiero dormir. ¿Puedes marcharte ya, por favor?

De pronto, luce arrepentido. El dejo de preocupación en su rostro casi me hace decirle que, si quiere quedarse, es bienvenido a hacerlo; sin embargo, me limito a sostener su mirada.

Una inspiración profunda es inhalada por la nariz de Mikhail y la deja escapar con lentitud antes de ponerse de pie.

—Como ordenes, Cielo —dice, con aire ausente y, entonces, se encamina hacia su salida habitual.

Mi vista sigue su camino y noto cómo se detiene en seco para mirarme por encima del hombro. La duda y la incertidumbre en la forma en la que me observa, hacen que mi corazón se acelere un poco. Entonces, clava sus ojos al frente.

No se mueve. Pese a todo, se queda quieto mientras lo observo con expectación.

—¿Bess? —su voz suena tan baja que, por un segundo, creo que no la he escuchado y que ha sido producto de mi imaginación. No es hasta que gira su cabeza un poco, de modo que sé que puede mirarme por el rabillo del ojo, que me doy cuenta de que no ha sido así.

—¿Sí?

—¿Tú...? —se detiene en seco y traga con fuerza—. ¿Tú sientes algo por mí?

«Siento que te odio. Siento que no puedo mirarte a la cara sin sentir que todo mi cuerpo reacciona por acto reflejo; que me falta el aliento cuando te acercas demasiado y que no soy capaz de pensar como

una persona normal cuando me dices *Cielo*. Que mis rodillas tiemblan cuando me hablas en idiomas que no comprendo y que bien podría permitir que me asesinaras si vuelves a besarme como el otro día.

Siento que el mundo se me viene encima cuando dices que soy bonita, porque sé que no lo soy. Porque no entiendo cómo diablos es que puedes querer besar a alguien como yo, cuando tú luces como... *tú*.

Y, joder! Siento que podría ir ahí mismo, frente a ti, y golpearte en la cara para después besarte».

—No —mi voz suena plana y débil—. No siento nada por ti, Mikhail.

Él vuelve su atención al punto frente a él y noto cómo sus hombros se hunden ligeramente.

Una pequeña y amarga risa brota de su garganta.

—No importa —dice, en un susurro casi imperceptible, pero me da la impresión de que habla para él mismo—. Sigues siendo tan bonita como el cielo.





## TORMENTO

—A Annelise le encantaba esto —la voz de Dahlia me hace alzar la vista de golpe y siento cómo mi corazón se estruja con violencia. La mención del nombre que comparto con mi mamá es capaz de enviarme al borde de las emociones de un segundo a otro; es algo que, desde su muerte, no puedo evitar.

Me toma unos instantes descubrir que mi cuerpo se ha congelado en su lugar, y que la mano con la que sostengo la cuchara de madera me tiembla. Un nudo se instala en mi garganta a toda velocidad, pero trato de ignorarlo mientras que vuelvo la vista hacia la carne molida bañada en salsa de tomate que preparo.

Los ojos me arden, la garganta me duele y, de pronto, me siento incapaz de mover un solo músculo. Quiero obligarme a seguir cocinando, pero no puedo dejar de temblar. No puedo dejar de dibujar el rostro de mi madre en mi cabeza.

La habitación en la que nos encontramos se siente pequeña de un segundo a otro y me falta el aliento; sin embargo, me obligo a mantener la mirada serena.

—Lo sé... —apenas puedo pronunciar.

El silencio se extiende largo y tirante entre nosotras, pero yo ya no puedo salir del agujero. Decenas de recuerdos tortuosos se arremolinan en mi cabeza y me obsesiono con ellos. No dejo de

reproducir la imagen de mi madre en la cocina las tardes de viernes, cuando preparaba lasaña solo porque era el inicio del fin de semana.

Puedo recordar un día en particular. Ese en el que, con voz amable y tranquila, le explicó a Freya porqué nosotros sí comíamos carne cuando ella la detestaba. Ese en el que miró de forma reprobatoria a Jodie por decirle a Freya que, si no comía carne, iba a morir por falta de proteínas. Recuerdo con mucha claridad la forma en la que reprimí mis carcajadas para no restarle importancia al reproche implícito en la mirada de mi madre y, también, recuerdo el sonido de la risa de mi padre, quien nos escuchaba desde la sala.

—Lo lamento —la voz de Dahlia me saca de mi ensimismamiento—. No debí decir eso en voz alta. Es solo que... —mi atención se posa en ella y palidece al instante—. *¡Dios!* —da un paso en mi dirección y se detiene en seco, con una expresión culpable en el rostro—. Lo siento tanto, Bess. No quería hacerte llorar. Créeme que era lo que menos intentaba conseguir.

Es solo hasta que lo menciona, que noto el sabor de mis lágrimas sobre mi labio superior y me percato del calor húmedo que corre por mis mejillas. Trato de limpiar mi cara con el dorso de mi mano buena, pero no lo consigo del todo. No cuando el llanto es así de intenso.

Una risa amarga brota de mi garganta y niego con la cabeza.

—No sé qué me pasa —digo, pero la verdad es que sé exactamente qué es lo que sucede—. No suele afectarme tanto hablar de ella, es solo que...

—Lo sé —Dahlia me interrumpe, mientras asiente con la cabeza—. Yo también la extraño.

Lágrimas nuevas se agolpan en mis ojos, pero me obligo a esbozar una sonrisa temblorosa.

«A veces la extraño tanto, que creo que no podré soportarlo», quiero decir, pero las palabras se atascan en mi garganta. «Hay días en los que no tengo fuerza suficiente para levantarme de la cama porque sé que ella ya no está. Porque sé que ninguno de ellos está aquí conmigo. Antes, me pasaba el tiempo pensando en lo fácil que sería para todos que yo también hubiese muerto. Tú no habrías tenido que

cargar conmigo, ni habrías tenido que renunciar a tu estudio para darme una habitación. Ahora mismo podrías estar con Nate, en su cena de negocios, en lugar de estar estancada aquí, con una adolescente que no tiene una idea de qué demonios hacer con su vida».

—Vamos a estar bien —digo, con la voz entrecortada, pero en realidad quiero hacerme un ovillo en el suelo y llorar.

La mano de Dahlia se posa en mi mejilla y mis párpados se cierran con el contacto. La caricia es suave y firme, pero no me siento a salvo. Dahlia nunca va a poder llenar el hueco que madre ha dejado.

—Te pareces *tanto* a ella.

El escozor en mi pecho es insoportable ahora. Todo se siente *tan* doloroso. *Tan* intenso...

Hay veces en las que el dolor es más llevadero. Es una pequeña punzada sorda en el fondo de mi pecho. Una que no se va, pero que no me hace la vida imposible. Sin embargo, otras veces, se siente como si mi corazón traicionero se empeñara en lastimarse a sí mismo y no quisiera que el resto de mí funcionara de forma correcta. Como si el mundo entero fuese un recordatorio de eso que perdí y que nunca podré recuperar.

Un sollozo brota de mi garganta en ese momento y cubro mi boca con el dorso de mi mano.

—Oh, no, cariño —Dahlia trata de abrazarme, pero me aparto con brusquedad. No quiero que me abrace. No quiero que me toque porque, si lo hace, voy a quebrarme. Voy a deshacerme a pedazos delante de ella.

—No —pido, con la voz hecha un hilo—. *Por favor.*

—Bess, déjame...

—No —la interrumpo y doy un paso hacia atrás cuando vuelve a intentar abrazarme.

Limpio mi cara con mis manos temblorosas e inhalo profundo para intentar tranquilizarme.

—N-Necesito... —sacudo la cabeza—. Necesito una ducha.

Dahlia sabe que es una mentira. Sabe que no necesito una mierda y que lo único que quiero es irme de aquí para poder llorar en paz.

Su boca se abre para decir algo, pero parece arrepentirse a medio camino, ya que vuelve a cerrarla. La aprensión con la que me observa me hace sentir un poco más miserable que antes, pero trato de no hacérselo notar.

—Ya regreso —digo, con la voz ronca y débil por el nudo en mi garganta.

Ni siquiera le doy oportunidad de responderme. Me alejo de la cocina lo más rápido que puedo y me encamino hasta mi habitación.

Mi vista se nubla con lágrimas mientras cruzo la sala del departamento, pero ya no me molesto en reprimirlas. Un sonido débil y estrangulado brota de mis labios cuando alcanzo la manija de la puerta y se convierte en un sollozo cuando doy un portazo para cerrarla.

—¿Estás bien, cariño? —la familiar voz me hace ahogar un gemido aterrorizado y giro sobre mis talones para encararlo.

Axel, quien se encuentra de pie junto a la cajonera acomodada al fondo de la habitación, me mira con el ceño fruncido en señal de confusión. La vergüenza y la humillación corren a toda velocidad en mi torrente sanguíneo, pero eso no impide que limpie mi cara lo más rápido posible para así poder decir que no pasa nada.

Tomo una inspiración profunda antes de intentar recomponerme, pero el gesto impasible de Axel me amedrenta un poco.

—No pasa nada. Estoy bien —hago acopio de toda la fuerza que me queda para hablar.

Mi voz suena congestionada debido al llanto contenido, pero ruego al cielo que no sea capaz de notarlo.

—Ya —dice Axel, con sarcasmo—. Olvidaba que siempre entras llorando a tu habitación. Cosa de todos los días.

En ese momento, el rostro de Mikhail aparece en mi campo de visión. Está asomado por la ventana, con expresión alarmada y gesto preocupado.

«Oh, mierda...».

Las cejas del íncubo se alzan cuando se percata del rumbo de mi mirada y siento cómo el rubor se extiende por mi rostro. Trato de lucir serena mientras aparto la vista del demonio de ojos grises, y me encamino hasta el armario para tomar algo de ropa y así poder tomar una ducha, pero no estoy segura de lograrlo. No en el estado de ánimo en el que me encuentro.

Remuevo las prendas colgadas, sin saber qué estoy buscando en realidad, y tomo un par de inspiraciones profundas para deshacer la bola de sentimientos en mi garganta.

—¿Bess? —es la voz de Mikhail la que suena ahora—. ¿Ocurre algo?

—No —respondo, en automático.

—Cielo, no somos estúpidos.

—¿En serio? ¡Quién lo diría! —hay veneno y sarcasmo en mi voz.

—Bess, ¿qué sucede? —Mikhail suena genuinamente angustiado y una risa amarga brota de mis labios.

—Como si te importara —mascullo, sin poder evitarlo.

—Chica, estamos siendo amables contigo. Deberías, por lo menos, ser un poco agradecida —Axel dice y una punzada de coraje se mezcla con la viciosa sensación de desasosiego que no me deja tranquila.

Aprieto los dientes y me digo a mí misma que ninguno de los dos trata de hacerme enojar, que solo están preocupados y que soy yo quien debe relajarse, pero apenas consigo detener la ira que se construye ladrillo a ladrillo en mi interior.

«Relájate, Bess. Relájate ahora», pienso, mientras tomo un par de inspiraciones más.

Giro sobre mis talones, dispuesta a marcharme antes de que pueda decir algo de lo que pueda arrepentirme, cuando me percato de qué es lo que Axel tiene entre las manos.

—¿Qué tienes ahí? —mi voz es un siseo molesto y mi pecho se estruja con la violencia de la ira que hierve en mi sistema. Sé perfectamente de qué se trata. Sé qué es lo que hay en sus manos, pero pregunto de todos modos.

—¡Oh!, ¿esto? —Axel levanta las austeras bragas de algodón que sostiene entre los dedos—. Solo intentaba averiguar porqué eres soltera. Creo que esto tiene mucho que ver, cariño.

Está bromeando. Sé que lo que ha dicho es solo una broma, pero la ira y el enojo no disminuyen ni un poco; al contrario, aumentan junto con la vergüenza, y se incrementan otro poco cuando noto, por el rabillo del ojo, que Mikhail mira la prenda fijamente.

—No husmees en mis cosas —suelto, con irritación. Sueno más dura de lo que pretendo, pero es lo único que puedo decir sin sonar como una completa hija de puta.

—Esto no es *sexy*. Necesitas ropa interior *sexy* —Axel me ignora por completo. Suena como un padre regañando a su pequeño y la humillación se extiende en mi sistema a toda velocidad. Sé que pretende aligerar el ambiente, pero lo único que consigue es alterar mis nervios un poco más.

En ese instante, una punzada de coraje se detona en mi cuerpo y, de pronto, avanzo hacia él a toda velocidad para arrebatarse la prenda y devolverla a su lugar.

Las cejas de Axel se alzan con incredulidad.

—¡Estoy tratando de ayudarte! —dice, como si ese fuera motivo suficiente para permitirle revisar mi ropa interior.

—No quiero tu ayuda —espeto, mientras cierro el cajón de golpe. Entonces, lo miro a los ojos—. No vuelvas a ponerle un dedo encima a este mueble.

No sé por qué estoy tan enojada. No sé por qué estoy desquitándome con él.

—¿Bess? —la voz preocupada de Mikhail llena mis oídos, pero ni siquiera lo miro. Me limito a sostener la mirada indignada y molesta de Axel.

—¿Te llegó la menstruación, cariño? —la pregunta del íncubo no hace más que detonar aún más ira irracional dentro de mí.

—¡Por supuesto que no! —exclamo, con enojo.

—¿Estás diciéndome que este es tu estado de ánimo habitual? —la voz del íncubo suena divertida y quiero estrellar mi palma en su cara

hasta borrarle la pequeña sonrisa que se asoma en las comisuras de sus labios—. Cada vez comprendo más el porqué de tu soltería.

—¡Vete a la mierda! —escupo, con violencia y me giro sobre mis talones para echarme a andar en dirección al baño.

—¿Con esa boca besas a tu madre? —medio grita, cuando estoy a punto de salir y otra punzada de dolor atraviesa mi pecho de lado a lado.

Un puñado de lágrimas nuevas se acumulan en mis ojos y la imagen amable de mi mamá se dibuja en mi memoria. Me siento derrotada y desgastada. Enojada hasta la mierda y al borde del colapso nervioso; así que, sin siquiera procesar lo que hago, me giro sobre mi eje y lo encaro.

—Si vuelves a mencionar a mi madre, te juro por Dios que voy a regresarlo al hoyo del que salió —señalo a Mikhail, quien luce horrorizado—. Tengo el poder para hacerlo y lo sabes.

—Bess, ¿ocurre algo? —Mikhail pregunta, con cautela. Ni siquiera suena perturbado por la amenaza que lancé.

No lo miro. Me quedo aquí, con los ojos fijos en Axel.

—Quiero ver cómo intentas lograr que se aleje. Debes saber que su nombre no es suficiente. Debes tener el poder suficiente para invocarlo y hacerlo tu sirviente —Axel medio ríe—. Además, solo para que lo sepas, alejarnos de ti sería lo mejor que podría pasarnos.

—Axel... —Mikhail advierte.

—¡Entonces, váyanse! —escupo. La ira crepita a toda velocidad por todo mi cuerpo—. ¡Lárguense de aquí y déjenme tranquila! ¡Estoy cansada de ustedes! ¡Estoy harta de toda su mierda!

—¿Qué carajo te sucede?! —Axel medio grita—. ¡Hemos protegido tu puto culo todo este tiempo! ¡Deberías ser más agradecida!

—Axel, ya basta —Mikhail suena duro y severo.

—¡No! —el íncubo exclama—. ¡La perra aquí ha empezado todo! ¡¿Qué tiene de malo que mencione a su madre?!

—¡Mi madre está muerta! —mis propias palabras me hieren—. ¡Toda mi familia lo está, imbécil!

—¿Y a mí que infiernos me importa?! ¡Supéralo! ¡Están muertos y no puedes hacer nada por ellos!

—¡Axel, ha sido suficiente! —la voz de Mikhail truena en toda la estancia y eso hace que el íncubo se trague una protesta.

Axel mira fijamente al demonio de los ojos grises antes de mascullar algo que no logro entender y, entonces, se deja caer sobre mi cama con gesto enfurruñado. Uno similar al de un niño de tres años al que acaban de regañar.

En ese momento, la vista de Mikhail se posa en mí y noto la disculpa en sus facciones. Da un paso en mi dirección, pero yo doy uno hacia atrás. No quiero llorar delante de él. No quiero que intente consolarme porque sé que voy a desmoronarme frente a sus ojos.

—Bess —su voz suena baja y dulce. Un contraste inmenso al tono aburrido que suele utilizar normalmente—, ¿qué ocurre? Habla conmigo, Cielo.

No puedo decir nada. El nudo que atenaza mi garganta está tan apretado, que no puedo pronunciar palabra alguna.

Mikhail da un paso más cerca, y aprieto la mandíbula y los puños para aminorar la ansiedad y la desesperación que pican en debajo de mi piel. Necesito salir de aquí. Necesito alejarme de todo el mundo.

—Mikhail, por favor, no —las palabras salen de mis labios en un susurro tembloroso e inestable y él se detiene en seco—. No te acerques. Necesito estar sola.

Entonces, sin darle tiempo de replicar, salgo de la habitación para encaminarme hasta el baño.

No sé cuánto tiempo paso sentada en el suelo de la regadera llorando como idiota. Tampoco recuerdo en qué momento Dahlia fue a buscarme para preguntarme si todo iba bien. Solo sé que salí del cuarto de baño hecha un desastre y que ni siquiera me he molestado en aparentar que me encuentro bien desde entonces.

Dahlia terminó de preparar la lasaña que dejé inconclusa y sirvió una porción generosa sobre mi plato sin preguntarme, siquiera, si tenía hambre.



Como en silencio y con lentitud, incluso con la falta de apetito que tengo ahora mismo y, cuando termino, me retiro con el argumento de que estoy agotada y de que el día de mañana tendré que levantarme temprano para ir a la escuela. Mi tía no dice nada en objeción. Se limita a observarme mientras me alejo del comedor y desaparezco camino a mi habitación.

La puerta de la entrada de mi pequeño espacio está entreabierta cuando me acerco. No recuerdo haberla dejado así, pero no le doy mucha importancia mientras me escurro dentro.

Estoy a punto de dar un portazo detrás de mí, cuando soy capaz de percibir las voces roncadas susurradas que provienen de algún punto fuera de mi campo de visión. El pequeño corredor creado por el inicio de mi armario y la pared conjunta a la puerta, me ocultan de la pequeña interacción que los demonios tienen, así que me detengo en seco y agudizo el oído para escuchar qué es lo que dicen.

—Tienes que decírselo, Mikhail —suena como Axel, pero la falta de humor que hay en su voz, me hace dudar.

—No puedo hacerlo —ese es Mikhail. Podría reconocer su voz en cualquier parte del mundo.

—No se trata de si puedes o no —la preocupación en la voz del íncubo me saca de balance. No es usual en él—. Ella confía en ti.

El silencio se apodera del ambiente y, por un doloroso instante, creo que se han percatado de mi presencia; sin embargo, al cabo de unos segundos, Mikhail habla:

—No puedo hacerle eso. Va a odiarme.

Un bufido brota de la garganta de Axel.

—Esa chica jamás podría odiarte —dice—. No sé si lo has notado, pero está enamorada de ti.

Un sonido similar a un gruñido frustrado resuena en la estancia y sé que ha venido de Mikhail.

—No la conoces. Por supuesto que lo hará —viene una pausa—. Y claro que no está enamorada de mí.

—Yo solo digo, Mik, que ella merece saberlo. Debes decirle a Bess toda verdad.

Mi corazón se acelera cuando escucho la mención de mi nombre y un montón de pensamientos se arremolinan en mi cabeza. Las posibilidades danzan en mi cerebro y, de pronto, me encuentro intentando atar cabos para descubrir qué es eso que Mikhail me oculta.

No es un secreto para nadie que nunca ha sido del todo honesto conmigo. No quería decirme porqué podía verlo siendo un demonio, tampoco quería contarme el motivo por el cual los ángeles me cazaban. Me enteré, gracias a terceros, de que fue el arcángel más poderoso que ha existido y, por si eso no fuera suficiente, ha mantenido oculto el motivo por el cual fue desterrado del Cielo. La única información que tengo acerca de eso ha venido a mí a cuentagotas y a manos del íncubo que lo sigue a todos lados.

Mikhail jamás me ha hablado acerca de su naturaleza de arcángel. Jamás me ha hablado con la verdad acerca de nada, así que no me sorprende en lo absoluto que guarde aún más secretos.

—¿Qué voy a decirle, Lamhey? —Mikhail suena duro y molesto—. ¿Qué dejé que toda su familia muriera en ese maldito auto? ¿Qué pude haberlos salvado a todos pero que no lo hice? ¿Cómo demonios crees que vaya a tomarlo? No puedo decírselo. No puedo simplemente... *hacerlo*.

Toda la sangre de mi cuerpo se agolpa en mis pies. Un dolor insoportable se asienta en mis huesos y, de pronto, no puedo respirar. No puedo enfocar la vista. No puedo aminorar la sensación enfermiza que se cuele en mis venas.

Axel dice algo, pero ya no pongo atención a lo que dice. Lo único que puedo hacer es escuchar el latido frenético y doloroso de mi corazón.

—Bess —la voz de mi tía suena a mis espaldas y las voces se callan de golpe—, ¿puedo entrar?

En ese instante, la figura imponente de Mikhail aparece en mi campo de visión y un destello de pánico surca sus facciones.

—Bess... —da un paso en mi dirección, pero la puerta detrás de mí se abre y él desaparece al instante.

En ese momento, me giro sobre mis talones y me topo de frente con el gesto preocupado de mi tía. Ella debe notar algo en mi expresión, ya que la suya se endurece notablemente.

—Bess, por favor, no llores más. Lo lamento tanto —sueno realmente arrepentida—. No pensé cuando hablaba. No creí que...

—Está bien —mi voz es apenas un hilo tembloroso, pero no puedo evitarlo. No cuando mi cuerpo entero parece traicionarme y mostrar cuan débil soy—. N-No pasa nada.

—Por supuesto que pasa —ella da un paso hacia mí, pero yo retrocedo. Un atisbo de dolor se apodera de su mirada—. Bess, por favor, déjame abrazarte.

—No —sueno dura, pero no puedo controlarlo. No quiero un abrazo. Quiero estar sola.

Ella traga duro y baja la mirada al suelo.

—Quiero ayudarte, cariño. De verdad, es lo único que quiero, pero si tú no me dejas...

—Necesito estar sola —digo, pero suena más como una súplica que como otra cosa—. Por favor, déjame sola.

Dahlia me mira a los ojos una vez más y me sostiene la mirada por un momento que parece eterno, pero, finalmente, asiente.

—Prométeme que no vas a hacer nada estúpido —suplica y el miedo en su mirada me hace sentir culpable y miserable—. Por favor, Bess. Promételo...

No puedo hablar. No puedo hacer otra cosa más que mover mi cabeza en un gesto afirmativo. Entonces, una vez que ha quedado conforme con mi respuesta, toma una inspiración profunda y sale de la habitación.

No es hasta que han pasado varios minutos de que se ha marchado, que comienzo a llorar.

El ardor en mi pecho es insoportable, las lágrimas son incontenibles, el dolor en todo mi cuerpo es lacerante y caótico. No puedo dejar de sollozar. No puedo dejar de pensar en las palabras de Mikhail y Axel, y tampoco puedo dejar de reproducir el accidente que sufrí con mi familia.

Decenas de preguntas se arremolinan en mi cabeza y un sentimiento oscuro, vicioso y enfermizo se apodera de mí; impidiéndome pensar con claridad. La ira, el dolor, el resentimiento y la oscuridad se mezclan en mi pecho en un abrir y cerrar de ojos, y mi mundo entero parece arder, mientras que el hecho de saber que Mikhail dejó morir a mi familia, se asienta en cada uno de mis huesos. Entonces, lloro aún más. Lloro hasta que las fuerzas de mi cuerpo se agotan. Hasta que el sufrimiento se transforma en un suave aturdimiento y no soy capaz de hacer nada más que torturarme con recuerdos.

—Bess —Mikhail habla a mis espaldas, pero, por primera vez desde que lo conozco, no me toma por sorpresa. Sabía, mucho antes de que hablara, que él estaba aquí. Podía *sentirlo*—. Escúchame, por favor, yo...

—Cállate —mi voz suena vacía. Hueca. *Destrozada*.

—Cielo, necesito...

Me giro para mirarlo.

—Vete —pido y sostengo su mirada.

La angustia en la forma en la que me observa casi me hace querer vomitar. Casi me hace querer abalanzarme sobre él y golpearlo hasta borrarla. Él no tiene derecho alguno de mirarme de esa manera. No cuando es el hijo de puta que dejó que toda mi familia muriera.

—Bess, escúchame, por favor, yo...

—¡Cállate! —Escupo, con la voz entrecortada por las lágrimas contenidas.

—Bonita, necesito explicarte. Las cosas no son como...

—¡Miguel, cállate! —En ese instante, enmudece. La desesperación en su rostro me hace saber que está luchando contra la orden que acabo de darle, pero yo no puedo sentir remordimiento por él. No cuando los muros que he construido a mi alrededor han comenzado a caerse a pedazos.

—Te odio —mi voz suena rasposa, derrotada, dolida, iracunda, *oscura*... —. Eres el ser más despreciable de la tierra. Ojalá jamás me hubiese topado contigo. —Un par de lágrimas traicioneras se me escapan y un sonido ahogado similar al de un sollozo brota de mis

labios—. Los dejaste morir. —Sacudo la cabeza en una negativa frenética. El peso de mis palabras se asienta en mi consciencia y la ira crece en forma desmedida—. Eres un hijo de puta. Un cabrón de mierda... —lágrimas desesperadas se escapan de mis ojos y un profundo resentimiento se asienta en mi cuerpo mientras lo observo—. ¿P-Por qué? —un sollozo se me escapa—. ¿Por qué no hiciste algo, maldita sea?!

Mikhail da un paso en mi dirección.

—¡No te me acerques! ¡No te atrevas a acercarte a mí! ¡Me das asco! ¡No quiero tenerte cerca jamás! ¡¿Me oyes?! *¡Jamás!*

Un destello de dolor surca sus facciones, pero no dice nada. No puede decir nada porque le he ordenado que no lo haga. Porque no quiero escuchar lo que tiene que decir.

El silencio se extiende en toda la estancia y se siente como si un inmenso mar estuviese abriéndose paso entre nosotros. Un sonido estrangulado brota de la garganta de Mikhail y sé que está luchando por recuperar el habla.

—Quiero que te vayas —digo, con la voz hueca y dolida, pero él no parece querer escucharme, ya que acorta la distancia que nos separa en cuestión de segundos.

Sus manos se estiran hacia mí para acunarme el rostro, pero las aparto de un movimiento brusco. Él vuelve a intentarlo, pero esta vez estoy lista para recibirlo con un puño en la cara.

Mikhail recibe el golpe con una mueca de sorpresa pintada en las facciones, pero no se aparta, así que lo hago de nuevo.

Un golpe tras otro es atestado en su dirección hasta que quedo aprisionada entre su cuerpo y la puerta. Él aprovecha el reducido espacio que hay entre nuestros cuerpos y se apodera de mi mano buena para evitar que siga golpeándolo; sin embargo, yo no dejo de luchar. No dejo de intentar liberarme de él aunque me inmovilice con una facilidad aterradora.

Una de sus manos grandes me sostiene por la cara para obligarme a mirarlo a los ojos y yo, sin pensarlo, le escupo en el rostro.

La sorpresa y la ira se filtran en sus facciones, pero su agarre no cede. Sigue sosteniéndome con fuerza, mientras se limpia con su mano libre.

Los ojos de Mikhail se clavan en los míos cuando su abdomen empuja contra mí para inmovilizarme por completo, y es entonces cuando soy capaz de notar el dolor crudo y angustiante en su mirada.

Está desesperado y una satisfacción retorcida se instala en mi pecho en ese momento. Sus ojos son una tormenta grisácea y azulada cargada de arrepentimiento y dolor, pero no provoca nada en mí. No hace nada más que aumentar el odio que siento hacia él en este momento.

—Suéltame —mi voz es dura y violenta, pero él niega con la cabeza frenéticamente. Entonces otra lucha comienza.

La frustración se mezcla con la cantidad inmensa de emociones que amenaza con destruirme, pero no cedo. No dejo de pelear por ser liberada.

Mi mano libre se coloca en su rostro y un sonido estrangulado brota de la garganta del demonio. Entonces, la resolución se asienta en mí de golpe, y cargo todo mi peso en esa parte de su piel que mi mano está quemando.

Mikhail aprieta la mandíbula y ahoga un grito de dolor, pero no se mueve. Se queda ahí, absorbiendo el dolor que trato de infligirle.

Un gemido torturado brota de su garganta al cabo de unos instantes de contacto y, como si saliese de un trance profundo, lo libero. Horror, asco y repulsión hacia mi persona se mezclan en el maremoto de emociones que está acabando conmigo y trato de empujarlo. Esta vez, para evitar hacerle más daño.

El demonio delante de mí aprovecha esos segundos de aturdimiento y terror para envolver sus brazos alrededor de mi cuerpo y aferrarme con brusquedad. Esta vez, no lucho. No trato de apartarme porque ya no tengo fuerzas para nada. Ya no hay nada más que lágrimas dentro de mí.

—¿Por qué no dejaste que muriera con ellos? —digo, cuando el llanto regresa y un sollozo torturado me asalta—. ¿Por qué dejaste que

mi vida se convirtiera en esto? ¿Por qué no permitiste que me fuera? —otro sonido torturado brota de mi garganta y hundo la cara en su pecho, en busca de consuelo—. No quiero estar aquí sin ellos. Me siento *tan* sola.

Sus brazos se aprietan con tanta fuerza a mi alrededor, que mi hombro malo comienza a doler.

—Ya no quiero esto —sollozo—. Ya no puedo más. Ya no.

Mi mano buena cierra su chaqueta dentro de mi puño y siento cómo una de sus manos se entierra en mi cabello.

—Bess, por favor... —su voz es un susurro estrangulado y me pregunto cuánto debe estar costándole hablar.

—Haz que termine —suplico—. Por favor, Mikhail, haz que acabe todo esto. Si... —trago duro—. Si de verdad vas a asesinarme, hazlo ahora. Por favor.

Mikhail se aparta de mí un poco. Sus ojos encuentran los míos y noto una profunda tristeza grabada en ellos. Él niega con la cabeza y une su frente a la mía. Mi aliento tembloroso golpea su barbilla y se inclina hacia adelante un poco más.

—Mikhail —susurro—, por favor, acaba conmigo.

Un suspiro entrecortado brota de la garganta del demonio que me sostiene.

—No —la palabra sale de sus labios y suena estrangulada y dolorosa—. No puedo asesinarte, Bess.

—Por favor...

—No, Bess. Ni hoy, ni nunca, ¿me oyes? No puedo. No quiero.

La confusión me invade en ese momento, pero no me da tiempo de procesar nada. No puedo analizar lo que ha dicho porque sus labios se han unido a los míos en un beso ansioso, desesperado y angustiado.



## REDENCIÓN

El sabor mentolado se mezcla con el de mis lágrimas cuando la lengua de Mikhail se abre paso dentro de mi boca sin pedir permiso. Un estremecimiento de puro placer me recorre de pies a cabeza y se entreteje con las sensaciones devastadoras que amenazan con destrozarme.

Mis dedos temblorosos se aferran a su chaqueta con más fuerza y un sonido —mitad sollozo y mitad gemido— brota de mis labios. La opresión en mi pecho lucha contra la abrumadora sensación de calor que los besos del demonio evocan y el choque de sentimientos encontrados me aturde.

La ira, el rencor, la desesperación, la angustia, la tristeza, la confusión, la oleada de sentimientos crecientes que tengo hacia Mikhail... Todo se funde entre sí y no puedo pensar. No puedo hacer otra cosa más que llorar y corresponder su gesto ávido y desesperado.

«¡No!», grita una parte de mí, pero no me muevo. No dejo de aferrarme a él con toda la fuerza de mi cuerpo.

«¡Bess, detente!».

Sus manos abandonan el agarre implacable que ejercen en mí, solo para ahuecarse en mis mejillas.

«¡Dejó que tu familia muriera, maldita sea!».



Entonces, me aparto con brusquedad.

Apoyo mi frente en su barbilla e inhalo profundo, en un intento desesperado por recuperar el aliento.

—N-No puedes pretender arreglarlo todo con un beso —digo, en medio de un sollozo—. No puedes hacer esto. N-no cambia nada.

Un sonido estrangulado y torturado brota de mí y trato de apartarme, pero él envuelve sus brazos alrededor de mi cintura una vez más.

—Bess... —su voz es una súplica.

—Eres un asesino —digo, con voz apenas audible—. Los dejaste morir a todos.

—No podía salvarlos, amor.

—S-si podías. Lo dijiste —mi llanto aumenta y trato de deshacerme de su abrazo una vez más. Esta vez, lucho con más fuerza que antes, pero él no cede ni un poco.

—Bess, por favor, necesito que me escuches —pide, pero yo empujo con más fuerza.

—¡Suéltame! —digo, en un siseo enfurecido y él empuja mi cuerpo contra la puerta detrás de mí, para después tomar mi cara entre sus manos una vez más.

El control en su expresión vacila, cambia y se transforma en algo oscuro y desesperado.

—¡Maldita sea, Bess! ¡Escúchame! —espetea, con brusquedad. La ira, la frustración y la angustia tiñen su voz de forma extraña y la hacen sonar dura y violenta—. ¡No podía salvarlos, con un carajo! ¡No podía! ¡Hay reglas! ¡Si los hubiese salvado habría pasado el resto de la eternidad en un jodido pozo del Infierno! —su expresión se suaviza ligeramente al ver el pánico en mi mirada, pero no es hasta que toma un par de inspiraciones profundas que vuelve a hablar. Suena mucho más calmado para entonces—: Si un demonio o un ángel interfieren en el destino de un ser humano, lo paga con sangre. —Su voz suena controlada y nivelada ahora, pero aún hay una sombra de desesperación en ella—. Hay cosas peores que la muerte, Bess. Para nosotros, el castigo por influir en la vida de ustedes es espantoso. —

Sacude la cabeza—. Te salvé a ti porque aún no era tu tiempo. Ellos ya no tenían más que hacer en este mundo.

Un torrente de lágrimas nuevas escapa de mis ojos y, de pronto, lo único que quiero hacer es hacerme un ovillo en una esquina de la habitación y desaparecer.

Mis rodillas apenas pueden sostener mi peso, así que me doblo, con la intención de aovillarme en el suelo, pero Mikhail no me deja sola. Baja conmigo y me sienta sobre su regazo mientras escondo mi cuerpo en las dimensiones del suyo.

Mi brazo sano está alrededor de su cuello, mi cara se encuentra enterrada en el hueco de este; mis piernas están flexionadas y él está aquí, sosteniéndome. Envolviendo sus brazos de manera protectora y cálida.

No puedo dejar de sollozar. No puedo dejar de temblar. El dolor se clava en mi pecho como una estaca y me impide hacer otra cosa que no sea agonizar.

—Esa noche te encontré —Mikhail habla. Su voz suena más ronca que nunca—. Después de buscarte durante años, esa noche por fin di contigo. No sé cómo es que estaba tan seguro, pero sabía que eras tú. —Mis ojos se abren ligeramente y veo cómo su nuez de Adán sube y baja cuando traga saliva—. Siempre... —vacila. El sonido de su voz es cada vez más ronco—. Siempre he sentido una especie de... *conexión* contigo. No sé cómo empezó. Ni siquiera recuerdo cuándo —se detiene un segundo—. Solo sé que está ahí y que es como un hilo de energía. Como una línea entre tú y yo que, al principio, era débil. Tan débil que apenas podía percibirla; pero, conforme pasó el tiempo, se hizo fuerte. Intensa. Poderosa... —sus brazos me aprietan contra él—. Al grado de poder sentir cuando te encuentras en peligro. Literalmente puedo *sentir* cuando algo va mal. —Hace otra pausa—. Esa noche, fue la primera en la que percibí ese cambio. Ese que indica que algo ha ocurrido. La conexión fue tan intensa y abrumadora, que, de pronto, sin saber por qué, me encontraba en pleno vuelo hacia ti; sin saber realmente que esa sensación iba a llevarme a tu encuentro.

Guarda silencio. El peso de sus palabras se asienta entre nosotros y, entonces, descubro que ya no sollozo. Aún hay lágrimas en mis ojos. Aún quiero desaparecer; pero el llanto ya no es incontenible.

—Cuando te encontré, ya todo había pasado —se detiene unos instantes—. Todos ellos... —sacude la cabeza en una negativa—. Tu familia... —se corrige—. Absolutamente todos despedían ya el halo de los muertos. El Ángel de la Muerte ya los había reclamado. No había nada que hacer. —Niega una vez más—. Así que esperé, sin saber qué hacer. Vi morir a tu madre, porque tu padre ya había fallecido cuando llegué. Vi morir a la más pequeña de tus hermanas. —Su voz suena inestable, de pronto; como si realmente sintiera algo de pesar por lo que está contando—. Al final del tercer día, no podía soportarlo más. La chica que tenía el metal incrustado en el estómago sufría *tanto*... —siento cómo su mandíbula se aprieta—. Tomé una decisión estúpida. Sabía que no podía interferir. Sabía que, si yo la salvaba, iban a venir por mí —dice—, pero no me importó. En ese momento decidí que podía conseguir que un humano las ayudara. Técnicamente, no habría roto ninguna regla. —Su abrazo se tensa otro poco—. Entonces, fui a buscar a alguien. Manipulé a un chofer para hacerlo encontrar el auto y, en el instante en el que el hombre vio el coche volcado, comenzó a actuar por sí solo. Llamó a la policía y a una ambulancia, pero, cuando bajé de nuevo a verificarlas, tu hermana ya había muerto.

Lágrimas renovadas me asaltan y el odio previo se disuelve en confusión y frustración. Entiendo que él no podía interferir, pero mi idiota corazón no puede dejar de pensar en que pudo haber hecho más.

—Bess, lo lamento tanto —su voz es un susurro ronco y torturado, y mi pecho se estruja.

Nos quedamos así, en silencio, durante un largo rato y, eventualmente, dejo de llorar. A pesar de eso, no nos movemos.

No hay palabras para llenar el ambiente. No hay nada más que el sonido de nuestras respiraciones y el latir de nuestros corazones.

Es así, estando de esta forma con él, que me doy cuenta de que lo único que quiero fundirme en él. Fundirme y desaparecer dentro de la calidez de su pecho. Dentro del terciopelo de su voz y del mar incierto que hay en sus ojos.

Me acurruco más cerca y siento cómo su mano sube para descansar en mi cabello enmarañado. Entonces, cierro los párpados y la pesadez del sueño me invade.

Estoy agotada. Derrotada... Así que me aferro a la bruma de la inconsciencia y dejo que me trague, porque solo así voy a ser capaz de olvidar el dolor persistente de mi pecho. Solo así voy a poder olvidar que mi vida se acabó en el instante en el que mi familia falleció.



Estoy moviéndome. Mi cuello está acomodado de forma dolorosa, pero no puedo arrancar las garras del sueño lejos de mí. Hay algo firme y cálido junto a mi brazo bueno y me acurruco más cerca casi por instinto.

De pronto, mi estómago cae en picada y siento cómo el movimiento cede. Ahora, me encuentro recostada sobre algo blando y me aovillo en mi lugar, en un intento desesperado por aferrarme a la inconsciencia que amenaza con arrastrarme de nuevo.

Soy vagamente consciente de cómo algo me cubre, pero no abro los ojos hasta que siento la ráfaga helada de viento colándose en mi sistema.

La habitación está casi en penumbra y solo es iluminada por un pequeño halo de luz azulada que sé que proviene de la ventana.

Me incorporo de golpe y siento cómo el mareo viene a mí en oleadas; sin embargo, eso no impide que barra el lugar con la vista. Mientras lo hago, absorbo la imagen de mi alcoba y trato de recordar cómo llegué hasta la cama, pero es imposible.

Poco a poco, los recuerdos de lo ocurrido más temprano vuelven a la superficie y mi corazón duele de nuevo. Las palabras de Dahlia, la

conversación entre Axel y Mikhail, la decepción y la angustia en mi pecho... Todo se funde en ese instante y me abrume por completo.

Lo último que recuerdo es haberme acurrucado en el suelo con Mikhail.

«¡Mikhail!».

Mi vista se precipita hasta la ventana a toda velocidad y mi corazón se detiene durante una dolorosa fracción de segundo.

Está ahí, de pie junto a la ventana abierta y me mira con cautela. Desde esa posición y con esa cantidad de luz iluminando su rostro, luce sombrío; casi atemorizante.

No dice nada. Se limita a fijar su vista en la mía.

—Te vas —mi voz suena débil y pastosa. No estoy preguntádoselo. Sé que va a marcharse.

—Deberías dormir —su voz suena más ronca que de costumbre y no me pasa desapercibida la forma en la que evade mi afirmación.

En ese momento, mi vista viaja a las sábanas que me cubren y siento cómo un nudo se instala en mi garganta.

—Debería hacer muchas cosas —digo, en tono suave y cansado.

De pronto, el silencio se extiende entre nosotros y crea un abismo imposible de cruzar. Crea una barrera invisible entre nosotros.

De cualquier modo, me pongo de pie y avanzo hacia él.

Me detengo justo cuando quedamos a pocos pasos de distancia y él me mira a detalle. Sus ojos barren cada centímetro de mi rostro y, solo entonces, aparta un mechón de cabello lejos de mi cara. Una inspiración profunda es inhalada por sus labios, pero no dice nada. Se limita a asentir de manera ceremoniosa antes de apartarse y sacar la mitad del cuerpo por la ventana. A pesar de eso, no se deja caer como habitualmente hace.

Se queda ahí, suspendido, con una mano aferrada a la ventana y apenas la punta de sus botas de combate en contacto con el alféizar.

Duda, pero no durante mucho tiempo, ya que despliega sus alas de un movimiento furioso, desgarrando la camisa que se aferra a su cuerpo. Me quedo sin aliento cuando veo la inmensidad de las poderosas extensiones de su cuerpo.

Son aterradoras y, al mismo tiempo, hermosas. De una manera cruel, cruda y retorcida, pero hermosas, al fin y al cabo.

No sé por qué no ha comenzado a alejarse. No sé por qué sigue aquí, pero me aferro a la imagen de su espalda desnuda y sus alas gigantescas. Luce como un rey de la noche. Como un ángel vengador de alas negras. Como la cosa más gloriosa que podré ver jamás.

—¿Qué se siente? —las palabras salen de mi boca sin que pueda detenerlas.

Él me mira por encima de su hombro.

—¿Qué cosa?

—Volar.

Su expresión se suaviza y, entonces, bate sus alas ligeramente para elevarse y descender hasta quedar a la altura de mi cara. El movimiento suave que sus alas trazan para mantenerse fijo en ese lugar hace que luzcan inofensivas y frágiles.

—¿Bess? —dice, mirándome con calidez.

—¿Sí?

—¿Quieres venir?

Mi pecho se calienta con una emoción desconocida.

—¿A dónde?

Un atisbo de sonrisa se dibuja en las comisuras de sus labios.

—Al lugar donde estoy quedándome —dice, con aire... *¿tímido?*

Mi ceño se frunce, pero no estoy segura de si es por el hecho de escucharlo tímido, o porque no tenía idea de que tenía un lugar para quedarse. Nunca imaginé que un demonio lo necesitara.

—¿Tienes un lugar? ¿Cómo un apartamento o algo así? —sueno más sorprendida de lo que pretendo.

—Es más bien un cuartucho simple —dice, a regañadientes.

—No tenía idea de que ustedes los demonios necesitaran un espacio así —digo y mi ceño se frunce un poco más.

Un suspiro medio irritado se le escapa.

—Solo los que tenemos forma corpórea lo necesitamos. También apestamos cuando no nos duchamos y necesitamos descansar. Es un fastidio, si me lo preguntas.

Una sonrisa tira de las comisuras de mis labios. De alguna manera, saber que Mikhail tiene actividades tan mundanas, me hace sentirlo un poco más... *real*.

—¿Entonces? —de pronto, suena ansioso y desesperado.

Mi sonrisa toma fuerza.

—¿Vas a llevarme volando? —trato de sonar casual, pero la emoción se acumula en mis venas y se filtra en el tono de mi voz.

No responde, se limita a estirar su mano y tomar mi muñeca para tirar de mí. Me tambaleo hacia adelante y un jadeo aterrado brota de mis labios cuando pierdo el equilibrio, pero Mikhail ya está ahí para estabilizarme mientras me arrodillo sobre el alféizar.

Por instinto, bajo la mirada, pero los dedos libres de Mikhail me alzan el rostro antes de que pueda ver qué hay debajo.

—Mirada arriba —ordena con suavidad y toma mi brazo para envolverlo alrededor de su cuello. Entonces, envuelve los suyos en mi cintura—. Vas a envolver tus piernas en mí cuando nos apartemos de la ventana, ¿de acuerdo?

Mi aliento se atasca en mi garganta y mi corazón se salta un latido debido al nerviosismo creciente, pero asiento. Entonces, nos alejamos. Mis piernas se enredan alrededor de su cintura y hundo la cara en su pecho cálido para ahogar el terror que me invade.

Mikhail aprieta su agarre en mí y acerca su boca a mi oreja.

—No tengas miedo, Cielo —susurra—. Te tengo.

Mi corazón se acelera, pero no sé si es por el pánico o por la forma en la que su aliento caliente me golpea en la piel.

—¿Lista? —pregunta, pero ni siquiera me da tiempo de responder, ya que comienza a moverse.

La velocidad hace que mi pecho se estruje y mi aliento falte, pero, pese a eso, me armo de valor y salgo de mi escondite solo para sentir cómo el viento azota mi cara con brusquedad.

El frío se cuela en mis huesos a través de la ropa, y siento cómo mis brazos y piernas se entumen debido al cambio brusco de temperatura. El sonido del aire rompiendo en nosotros es lo único

que puedo escuchar y, cuando Mikhail hace un giro brusco para esquivar la cornisa de un edificio, grito.

Una risa vibra en su pecho y vuelve a girar; esta vez, el mundo entero se pone de cabeza. Un chillido se me escapa en ese instante.

—Vas a hacer que el mundo entero nos vea—dice, a manera de reprimenda, pero no deja de reír.

Trato de responderle con un reclamo, pero no puedo hablar. El vértigo es tan grande, que no puedo nivelar mi respiración para hacerlo.

Mikhail planea entre los edificios y, eventualmente, me atrevo a mirar hacia abajo. La visión desde aquí es preciosa y merma el pánico que siento. Las luces pasan como un borrón debajo de nosotros y todo se vuelve una fiesta de colores cálidos y líneas brillantes y llamativas.

El demonio se eleva aún más y pasamos las puntas de los complejos habitacionales más altos de la ciudad. Entonces, se inclina un poco hacia mí.

—Abre los brazos, pequeña —dice y un escalofrío me recorre el cuerpo.

Dudo. Mi vista se clava en él y noto cómo desvía los ojos del camino durante un segundo solo para guiñarme un ojo. La confianza y la seguridad en su gesto hacen que me arme de valor y que, poco a poco, extienda mi brazo bueno.

El viento se siente diferente de esta manera. Más salvaje. Fresco. Liberador.

Mi cabeza es echada hacia atrás en ese momento y mis párpados se cierran.

Adrenalina, euforia y felicidad se mezclan en mis venas y cantan con toda la fuerza que poseen. Me liberan de todo lo demás. Arrancan de mí la tristeza, el miedo, la incertidumbre... Y soy libre de todo aquello que me oprime y me doblega. Soy libre de todo dolor y congoja.

Una carcajada eufórica brota de mi garganta cuando Mikhail hace un giro completo en el aire y él ríe conmigo antes de apretar sus brazos



en mi cintura y dejarse caer en picada hacia el suelo.

Ni siquiera abro los ojos.

Confío en él.

Sé que no va a ocurrirme nada si está conmigo. Sé que va a cuidar de mí siempre. Lo siento en cada fibra de mi ser.

Entonces, emprende el vuelo cuesta arriba una vez más.

Pasan los minutos —los segundos, las horas... no lo sé—, y yo sigo aquí, aferrada al torso desnudo de un demonio, embelesada con la maravillosa sensación del vuelo.

No me importa el entumecimiento de mi cuerpo, ni el dolor de mis músculos. Mucho menos me importa la forma en la que mi rostro arde debido al aire que me golpea, porque jamás me había sentido tan bien. Jamás había sido tan *feliz*.

Al cabo de un rato más, Mikhail baja la velocidad y planea ligeramente antes de erguirse en su figura y tocar el techo de un edificio con las plantas de sus botas. Yo, de un movimiento, bajo mis piernas. Entonces, cuando trato de apartarme de él, me tambaleo hacia atrás debido a la falta de equilibrio.

Él se apresura a alcanzarme y envuelve un brazo alrededor de mi cintura para estabilizarme. Una risa ansiosa me asalta, y alzo la vista para encararlo y darme cuenta de que su rostro está cerca del mío. Demasiado cerca.

—¿Qué se siente? —pregunta, en un susurro profundo y ronco.

—¿Qué cosa? —mi voz es un apenas audible.

—Volar.

Mi corazón da un vuelco furioso y acelera su marcha. Mis ojos están fijos en los suyos y veo una tormenta de tonalidades azules, grises y ambarinas. Hay más dorado que antes. Sus irises están teñidos de cobre y oro, y lo hacen lucir extraño y cálido al mismo tiempo.

Se acerca otro poco.

Quizás soy yo quien se acerca.

—¿Volar, dices? —mi voz tiembla, pero me siento valiente—. Se siente como esto...

Mis labios se plantan en los suyos en un beso torpe pero ávido. Él gruñe contra mi boca y corresponde mi caricia con urgencia. Sus palmas me presionan más cerca de él y mis dedos se enredan en las hebras alborotadas de su cabello.

Al cabo de unos instantes, se aparta de mí con brusquedad y jadeo, mientras intento recuperar el aliento.

—Eres una mentirosa de mierda —dice, pero su tono es dulce—. *Esto...* —presiona sus labios contra los míos con suavidad—, es mil veces mejor que volar.

Una sonrisa tira de las comisuras de mis labios y vuelvo a besarlo. Vuelvo a besarlo y dejo que mis labios se fundan en los suyos una vez más. Dejo que el dolor afloje la tenaza que aprieta en mi pecho y que mi alma entera se enrede en el mar de sentimientos que Mikhail despierta en mí.



## CONFESIÓN

—¿Cómo te sientes? —la voz profunda y tranquila de Mikhail llena el silencio en el que se ha sumido todo el lugar.

Mi vista está fija en el techo del pequeño espacio donde habita. Estamos tumbados el uno junto al otro sobre su espacioso colchón, con la mirada fija en la nada.

El lugar donde vive es una pequeña construcción situada en la cima de un edificio. No es un apartamento y es completamente independiente del complejo habitacional; pero, es tan espacioso, que ha acomodado a la perfección una cama matrimonial, un par de sillones, una pequeña nevera, una reducida mesa y un armario. Lo único que está fuera del alcance de mi vista, es el baño.

No he podido dejar de reparar en el aspecto de los muebles. Todo luce extraño y disonante. Ninguno de ellos parece haber sido pensado para combinar con el otro, y eso es lo que hace que la estancia se sienta acogedora para mí de algún modo u otro.

Mi mamá nunca fue una mujer de decoraciones pensadas y elaboradas, y este lugar es exactamente lo que fue alguna vez la casa en la que viví con mi familia. La diferencia entre el mobiliario y la falta de coordinación hace que me sienta como si estuviese en el lugar que alguna vez fue mi morada.

—Estoy mejor —digo, porque es cierto.

Viene el silencio.

—¿Estás segura de eso? —su voz suena tímida y preocupada ahora.

Una pequeña sonrisa se desliza en mis labios.

—Completamente —asiento y lo miro de reojo.

La visión de su perfil anguloso me roba el aliento durante unos segundos y trato de memorizar cada arista, línea y curva de su cara en esta posición. Trato de guardar en mi cabeza el espesor de sus cejas, la tensión de los músculos en su mandíbula, la manera en la que su nuez de Adán se mueve cuando traga saliva, la longitud de sus pestañas largas haciendo sombras sobre sus pómulos altos y afilados.

—Deja de mirarme así —masculla, pero una sonrisa baila en las comisuras de sus labios—. Me pone de los nervios.

El calor se apodera de mi rostro en ese momento. Una oleada de vergüenza me invade por completo y me obligo a apartar la vista de él para clavarla de nuevo en el techo blanco sobre nosotros.

—No estaba mirándote —digo, en voz baja y abochornada.

—Claro —se burla.

Le dedico una mirada dura, pero siento cómo el rubor baja hasta mi cuello.

—No eres mi tipo —trato de sonar arrogante, pero no lo consigo del todo.

Más que verlo, *siento* cómo se encoge de hombros.

—Tú tampoco eres el mío —dice, pero el tono dulce que utiliza hace que mi corazón se estruje.

El ritmo de sus latidos aumenta ligeramente.

—Bien —me las arreglo para responder en tono casual.

Siento su movimiento en la cama y lo miro por el rabillo del ojo solo para tener una vista de él, acomodándose sobre su costado para mirarme a detalle.

Sus ojos barren mi rostro con lentitud y se deslizan por cada una de las curvas de mi cuerpo en esta posición. La tensión en mis músculos aumenta y el calor me sofoca por completo. Sé que me he ruborizado hasta la médula y eso solo me hace sentir más tímida que hace unos instantes.

—Deja de mirarme así —cito sus palabras, con la voz enronquecida por las emociones—. Me pone de nervios.

Una pequeña risa brota de sus labios en ese instante.

—Me gusta mirarte. No me quites el placer de mirarte.

Mi pecho se calienta con una emoción desconocida e intensa y mi pulso se acelera otro poco.

Mis ojos se posan en él.

—Pero no soy tu tipo.

—No, no lo eres —asiente y su sonrisa se ensancha—. Pero eso no quiere decir que no me guste admirar lo bonita que eres.

—No soy bonita —digo, porque es cierto.

No lo digo para que me haga callar con una frase dulce. No lo digo para que me contradiga y pronuncie que soy hermosa. Lo digo porque es la verdad. Conozco cada ángulo de mi cara y sé que no soy una chica bonita.

No tengo los ojos claros, mi piel no está bañada con una fina capa de pecas, sino con una hosca, llena de manchas grandes que la hacen lucir sucia, casi como si tuviese una enfermedad en ella; mi nariz tiene una ligera desviación provocada por una caída en bicicleta cuando era una niña, mis labios son demasiado mullidos y pequeños como para lucir atractivos o merecedores de un beso... Definitivamente no soy guapa.

—Que no seas del mismo tipo de «bonita» de las mujeres que aparecen en las revistas o en la televisión, no te hace una chica fea —dice, con toda la naturalidad del mundo. No suena pretencioso. No suena como cuando un chico trata de convencerte de algo que no es verdad—. Yo en lo personal, te encuentro preciosa.

Mi rostro se calienta un poco más.

—Si tratas de seducirme, déjame decirte de una vez que no va a funcionar —bromeo para aligerar el ambiente y él esboza una sonrisa lasciva.

—Oh, Cielo, si yo quisiera seducirte, a estas alturas ya te habría hecho gritar mi nombre.

—Dime de lo que presumes y te diré de lo que careces —cito las palabras que solía decir mi madre.

Las cejas de Mikhail se disparan al cielo.

—No estoy alardeando —dice, con fingido enojo—. Solo digo la verdad. Soy bastante bueno con las manos. Nadie se ha quejado.

Una carcajada brota de mi garganta y él dice algo más que no logro entender debido al estridente sonido que me abandona.

—¡Deja de reírte! —se queja, mientras se coloca a horcajadas sobre mí.

El peso de su cuerpo me aplasta, pero no es incómodo. No cuando sus manos se han apoderado de mis muñecas y las ha colocado por encima de mi cabeza. Su cuerpo está inclinado hacia adelante, de modo que su cara está muy cerca de la mía.

—Ya verás —dice, en un gruñido—. Voy a enseñarte...

Se acerca un poco más, con toda la intención de besarme, cuando lo noto.

Mi ceño se frunce ligeramente y me aparto de su camino para tener una vista de la mancha carmesí que hay en la piel de su rostro.

Mi sonrisa vacila en ese momento. Hay un trozo de piel enrojecida e irritada justo entre su barbilla y el punto en el que la mandíbula se une con el cuello. El entendimiento me azota como un látigo y todo mi cuerpo se estremece cuando una horrible sensación de pesadez se instala en mi estómago.

El recuerdo de mis manos presionando contra su cara taladra mis pensamientos y me convierte en una masa temblorosa de repulsión y enojo hacia mí misma.

«Yo le hice eso».

Mi sonrisa se desvanece por completo.

—¿Qué ocurre? —la voz de Mikhail pasa a la alarma en ese momento.

Me aparto con brusquedad de él y me deja ir, mientras me echo hacia atrás en la cama y me incorporo en una posición sentada. Mi vista viaja hasta sus manos y, a pesar de la distancia y de que no

tengo una vista directa de sus palmas, soy capaz de notar el enrojecimiento de sus dedos.

La piel de esa zona luce casi en carne viva desde mi posición y una punzada de dolor me atraviesa el cuerpo.

La vista de Mikhail cae en sus manos y noto cómo las gira solo para tener una visión de la carne destrozada de sus palmas. Un grito se construye en mi garganta cuando veo el estado en el que se encuentran y cubro mi boca con el dorso de mi mano para ahogar el sonido que amenaza por abandonarme.

Horror, culpa, malestar... Todo se arremolina en mi pecho y me hace difícil mirarle a la cara.

—Bess... —sacude la cabeza y estira su mano para tocarme.

—¡No!

Me aovillo aún más y me abrazo a mí misma para esconder mis manos. Mi vista no abandona la piel quemada e irritada y Mikhail cierra sus manos en puños antes de apartar la vista.

—No duele... —musita, pero sé que sí lo hace. Sé que debe dolerle demasiado.

Mis ojos arden debido a la cantidad inmensa de lágrimas que he derramado esta noche, pero eso no impide que las ganas de llorar vuelvan a mí. No impide que el nudo que estruja la garganta sea tan intenso, que duela cada que trago o respiro.

—Lo siento —susurro, con la voz entrecortada por el llanto reprimido—. Lo lamento mucho, Mikhail, yo...

—Shhh... —avanza a gatas sobre el colchón y se detiene cuando llega frente a mí—. No digas nada.

Trata de tocarme, pero yo me aparto una vez más.

—No... —mi voz es una súplica débil y temblorosa.

—Cielo —niega con la cabeza—, no me importa, ¿entiendes? —su voz es ahora un sonido bajo y tímido—. *Esto...* —extiende sus palmas—, no me importa en lo absoluto, porque tocarte —alza la vista y me mira con aprensión—, es lo más maravilloso que existe. Y besarte... —niega con la cabeza y su tono se suaviza aún más—. Besarte es lo

único bueno que tengo en esta existencia de mierda. Lo único bueno que ha podido pasarme desde que caí.

—Dijiste que no sentías nada por mí —mi voz suena más como un reproche que como una afirmación.

Sus ojos se clavan en los míos y su máscara de serenidad se deshace. De pronto, lo único que soy capaz de ver, es el terror en sus facciones y la ansiedad en su mirada.

—Mentí —dice.

Mi corazón da un vuelco furioso en ese momento.

Quiero decir algo —lo que sea—, pero las palabras no llegan a mí. Estoy completamente en blanco.

—Los demonios no pueden sentir amor —digo, al cabo de unos instantes, con la voz entrecortada por las emociones y las lágrimas, y trato de creer mis propias palabras. Trato de mantener las ilusiones y esperanzas muertas.

—Yo no soy un demonio, Bess —susurra y se acerca un poco más. Está tan cerca ahora, que puedo sentir su aliento en mi rostro—. Al menos, no por completo.

Niego con la cabeza, pero no digo nada.

—No se supone que deba sentir algo por ti, Bess —dice, al notar mi reticencia a creerle—. No se supone que un demonio de mi rango y jerarquía tenga la capacidad de sentir esto... —sus ojos barren hasta los míos—. Pero *lo hago*.

Trago duro.

—No sé qué sea —me mira con una angustia que no había visto jamás en sus ojos—. No quiero mentirte y decirte que esto es amor, porque no sé cómo diablos se siente el amor. Lo único que sé es que cada parte de mí responde a tu presencia. Reacciona a tu cercanía.

Mis manos pican por ahuecar su rostro entre ellas y atraerlo hacia mí para besarlo, pero lo reprimo. Lo reprimo porque ya le he hecho suficiente daño. Porque no podría soportar lastimarlo de nuevo.

Él se acerca un poco más y toca mis rodillas vestidas con el material de mi pijama. Entonces, se inclina para besarme.

Me aparto.



—No —pido. Mi voz suena dolida y culpable—. No quiero hacerte más daño.

Una pequeña sonrisa se desliza en sus labios.

—Cuando te beso —dice, con la voz enronquecida—, no duele. Ya no.

Mis ojos se arrastran hasta encontrar los suyos y busco en ellos algún vestigio de mentira, pero no hay nada ahí. Solo una tormenta dorada y gris. Entonces, poso mi atención en sus labios, en busca de algún tipo de herida o quemadura, pero tampoco encuentro nada.

Vuelvo a mirarlo a los ojos.

—¿Por qué? —mi voz es un susurro ahogado. La emoción y la ansiedad se filtran en mi tono.

Él se encoge de hombros.

—No tengo una puta idea —sonríe y, con mucho cuidado, acomoda un mechón de cabello detrás de mi oreja, antes de presionar sus labios contra los míos con suavidad.

Recibo el contacto dulce con los ojos cerrados y el corazón desbocado.

—También siento algo por ti. Lo sabes, ¿cierto? —susurro, una vez que se aparta de mí.

Otra risa brota de su garganta, pero esta es más dulce. Aliviada.

—Sí —dice—. Pero ya era hora de que lo aceptaras —bromea y le dedico una mirada cargada de irritación antes de presionar mi boca contra la suya una vez más.



Hay algo raro en el ambiente.

No logro identificarlo del todo. Tampoco sé qué es exactamente, pero se siente como si me asfixiara. Como si el mundo entero se hubiese sumido en un aura oscura, densa y pesada. Como si una capa densa de contaminación se hubiese instalado en el aire y tuviese qué respirarlo directamente.

A pesar de eso, trato de ignorar la pesadez, mientras amarro mi cabello en un moño alto y desordenado; sin embargo, me siento cada vez más nerviosa.

«Algo va mal», pienso para mis adentros, pero deshecho el hilo de ideas tortuosas que amenazan con apoderarse de mí tan pronto como llegan, y me concentro en la imagen en el espejo antes de echarme una última ojeada.

Acto seguido, aplaco un par de cabellos rebeldes que se alzan alrededor de mi frente y acomodo el cabestrillo de mi hombro hasta que queda en una posición cómoda para mí.

Entonces, una vez que estoy conforme con lo que veo, me concentro en la tarea de localizar mis llaves.

Mikhail se encuentra de pie, recargado contra el marco de la puerta de mi habitación, mientras espera pacientemente a que termine de alistarme.

Desde que apareció esta mañana, ha estado demasiado callado y alerta. No me atrevo a apostar, pero estoy casi segura de que él también puede percibir el cambio en el entorno.

Me toma cerca de cinco minutos reunir mi teléfono, mis llaves y mi cartera, y, una vez que tengo todo en mi poder, me encamino hasta el comedor, donde Nate y Dahlia toman el desayuno. Mikhail me sigue de cerca, pero estoy segura de que ninguno de los dos es capaz de mirarlo.

—Me voy —anuncio, y esbozo una sonrisa en dirección a mi tía y su prometido. Es domingo en la mañana, así que ambos se encuentran en casa.

—¿Va a venir Emily por ti? —Dahlia pregunta.

—La veré en el centro comercial —digo, pero no me pasa desapercibida su expresión preocupada, así que añado—: Estaré bien. Llamaré en cuanto me haya reunido con ella. Lo prometo.

Mis palabras parecen tranquilizarla un poco, ya que asiente.

—De acuerdo —dice—. Ve con cuidado.

—¿Llevas dinero? —Nate pregunta, con una sonrisa ladeada pintada en el rostro.

Asiento.

—Solo iremos a almorzar y a ver una película. No necesito demasiado.

Ignorando lo que he dicho, Dahlia hace ademán de alcanzar su cartera; sin embargo, me apresuro a acercarme a la mesa y besar su mejilla a manera de despedida. Luego de eso, beso la de Nate y avanzo a toda velocidad hasta la puerta, para así evitar que quiera darme más dinero del que necesito.

Mikhail sale detrás de mí y avanza por el pasillo a mi paso. No habla en lo absoluto. Se limita a estudiar cada centímetro del lugar donde nos encontramos. Sé que algo le inquieta, pero no me atrevo a preguntar qué es. Sé que algo le preocupa, pero no estoy muy segura de querer averiguar de qué se trata.

Sin decir una palabra, salimos del edificio y caminamos hasta la parada del autobús. Ahora que estamos afuera, Mikhail luce más alerta que antes. Casi me atrevo a jurar que está listo para saltar a la batalla en el momento en el que algo se presente.

—Me estás poniendo de nervios —digo en voz baja, para que solo él pueda escucharme. Trato de aligerar el ambiente con mi comentario, pero este tiene un efecto contrario en él, ya que toma una inspiración profunda, mientras su cuerpo se tensa por completo.

—Hay demasiado movimiento angelical —murmura, al cabo de unos segundos. Trata de sonar tranquilo, pero no lo consigue—. No es normal.

—¿Crees que sea por mí? —una nota de pánico se filtra en mi voz.

—No lo sé —murmura—. No lo creo. Se siente diferente. Están siendo descuidados y no entiendo por qué.

Mi ceño se frunce un poco.

—¿Es por eso por lo que el ambiente se siente de este modo? —pregunto, al cabo de unos instantes en silencio.

Los ojos de Mikhail se clavan en mí en ese momento.

—¿Qué es lo que sientes? —pregunta, medio fascinado y medio preocupado.

Mi ceño se profundiza.

—No lo sé —digo, porque es cierto—. Es... *extraño*. El aire se siente denso. Como si hubiese una capa de algo cálido e irrespirable en todos lados.

Él asiente con lentitud.

—¿No percibes ninguna clase de aroma?

Niego con la cabeza.

—Solo la densidad en el viento.

—Es el aroma de los ángeles —dice él, en voz baja para que solo yo lo escuche—. Esa bruma que percibes no es otra cosa más que su olor característico —niega con la cabeza—. Están por todos lados. Son demasiados. No me sorprendería en lo absoluto si algunos humanos extrasensoriales pudiesen percibirlos.

—¿Qué crees que esté ocurriendo? —el miedo tiñe mi voz.

Él clava su vista en el cielo.

—Alguien les ha dado la orden de bajar —dice—. Los Ángeles no tienen permiso de venir a la tierra. No sin una orden expresa.

—¿Crees que Gabrielle los haya enviado?

—No —afirma—. No ha sido ella.

La forma en la que la defiende hace que una punzada de algo frío me golpeé de lleno, pero trato de ignorarlo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —pregunto, mientras empujo la sensación de enojo repentino que me ha invadido.

—Gabrielle no tiene poder alguno sobre La Legión. Ella solo es una mensajera. Los ángeles la respetan por el hecho de que es la única que tiene pase libre de ir y venir al Reino del Creador. De reunirse con él... —Mikhail me mira—, pero no representa una autoridad para ellos. Los Ángeles son guerreros, Bess. Soldados. Los mejores que existen. —Suena preocupado ahora—. Puedo atreverme a decir que son seres sin capacidad de conciencia sobre sus actos cuando se les da una orden. No flaquean ni vacilan, pero tampoco escuchan a cualquiera que trate de domarlos. Se rigen por una Jerarquía militar, y Gabrielle, por más que lo desee, no tiene ningún rango.

Un escalofrío me recorre el cuerpo con la sola idea de un montón de seres carentes de emociones y conciencia cazándome.

—¿Crees que vengán a pelear? —pregunto, con la voz entrecortada por el miedo, al cabo de un rato—. ¿A iniciar la guerra de la que hablaba Gabrielle?

—No —su ceño se frunce—. Están más bien... desorientados.

Luce confundido.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo *siento* —dice, pero luce cada vez más y más extrañado. Niega con la cabeza—, pero no se supone que deba —entonces, pregunta para sí mismo—: ¿Por qué puedo sentirlos?...

—¿A qué te refieres con «sentirlos»?

—A que puedo percibir su agitación —su vista se clava en el suelo—. Su confusión.

—¿Cómo es que puedes hacer eso?

—No lo sé —de pronto, luce preocupado—. Ya no soy uno de ellos. Se supone que la conexión entre nosotros se rompió en el momento en el que me echaron. Tenía siglos sin sentirla. No entiendo qué ha cambiado.

—No estoy entendiendo una mierda —digo, pero sueno más asustada de lo que pretendo.

Mikhail me mira y observa hacia todos lados antes de inclinarse hacia mí.

—Los Ángeles, absolutamente todos, están conectados por medio de las emociones. Puedes sentir lo que otros sienten. Puedes percibir cuando uno de los tuyos está en peligro gracias a eso y puedes socorrer a quien te necesite gracias a esa especie de... *enlace* —explica, en voz baja—. Pero, cuando caí, dejé de sentirlos. Dejé de percibir todo lo que pensaban y sentían. No entiendo qué es lo que está pasando ahora. No sé por qué puedo sentirlos de nuevo.

Mi piel se eriza por completo y, de pronto, las palabras de Axel retumban en mi cerebro una y otra vez, sin cesar:

«La esencia de Mikhail ha cambiado casi de un día para otro y nadie sabe qué significa. No sé cómo explicarlo. Solo sé que no está bien».

«¿Será posible que...? ¡No!», digo, para mis adentros y mis párpados se cierran. «Es imposible. Mikhail no puede estar sufriendo algún

efecto provocado por mí. No puede ser de esa manera... ¿O sí?».

Los ojos de Mikhail se clavan en el cielo y noto cómo su mandíbula se tensa.

—Esto no me gusta en lo absoluto —musita, para sí mismo—. Será mejor que nos demos prisa. No quiero que estés mucho tiempo expuesta a esto. No me da buena espina.

Trago duro.

—De acuerdo —asiento—. Tomemos un taxi, entonces. Le diré a Emily que mejor vayamos a su casa a pasar la tarde.

Mikhail me dedica una mirada agradecida y asiente. Trata de sonreírme, pero la mueca que esboza es una cargada de preocupación.

—Bien. Ahora vámonos que se nos hará tarde —dice, mientras estira su mano para tomar la mía. Yo, sin embargo, no toco su piel. Me limito a envolver mis dedos alrededor de su muñeca cubierta por la manga de su chaqueta de piel. Entonces, nos echamos a andar por la calle, en dirección a la avenida para detener a un automóvil de servicio.



## TENSIÓN

El camino de vuelta al apartamento es tenso y no es precisamente debido a que toda la ciudad esté llena de ángeles rondando. Mikhail apenas ha dicho una palabra desde que salimos de casa de Emily y yo no me he atrevido a romper el silencio que se ha instalado entre nosotros porque no tengo cara para hacerlo. No cuando Kyle —el hermano de Emily— no dejó de acercarse a mí. No cuando estoy segura de que él *sabe* lo que ocurrió entre el hermano de mi mejor amiga y yo hace ya bastante tiempo.

Mikhail se mantuvo invisible a los ojos de Emily y su familia durante todo el tiempo en el que nos encontramos en el lugar, así que no pudo hacer demasiado para intimidar al chico que no dejaba de intentar charlar conmigo.

No voy a negar que fui educada con Kyle todo el tiempo, pero también traté de poner la mayor distancia posible entre nosotros. Él, sin embargo, de alguna u otra manera se empeñó en mantenerse en ánimo conversador y amable.

No sé qué mosca le ha picado. No solía ser así conmigo. A decir verdad, después de aquella fatídica noche —esa que no quiero ni recordar—, no me había dirigido la palabra más de lo indispensable.

Emily justificó el comportamiento de su hermano diciendo que actúa así desde que terminó definitivamente con su más reciente novia y no

dejó de disculparse por él, como si realmente hubiese tenido la culpa de la insistente actitud de su hermano. Como si lo hubiese obligado a comportarse del modo en el que lo hizo.

La mañana y la tarde entera se me fueron como agua entre los dedos en casa de Ems. Había olvidado lo cómoda que me siento alrededor de su madre y de lo reconfortante que es hablar hasta el cansancio de las cosas más triviales.

Mi amiga preguntó por Mikhail una vez llegado el momento de hablar sobre nuestras casi inexistentes vidas amorosas, y fue el único momento en el que él dejó de estar alerta a la calle para mirarnos. Cuando escuchó cómo dije que siento algo por él, me regaló una sonrisa arrogante y volvió su atención al barullo que, seguramente, sentía en el exterior.

Cerca de las seis de la tarde me despedí de Emily y su familia y emprendimos el viaje de regreso a casa.

Mikhail no ha hablado en lo absoluto desde entonces; a pesar de que ahora estamos solos y que todo mundo puede verlo. Sé que se ha vuelto visible porque la gente voltea a verlo mientras avanzamos —por no decir que son las mujeres quienes se lo comen con la mirada.

No me mira. Si no fuese porque avanzamos el uno junto al otro, diría que ni siquiera tiene la más mínima y remota intención de estar cerca de mí.

Una mezcla de coraje, frustración y desesperación se ha apoderado de mis huesos, pero me las arreglo para no hacérselo notar mientras nos abrimos paso entre los peatones que transitan a nuestro alrededor.

Mantengo mi expresión tan relajada como me es posible mientras camino y procuro tener los ojos fijos en la calle que se extiende delante de nosotros para así no tener qué mirarlo.

Apenas puedo concentrarme. El ambiente denso, aunado al intenso malestar que me provoca saber que Mikhail está molesto, apenas me permite funcionar correctamente.



Puedo visualizar el edificio donde vivo desde esta distancia y me encuentro deseando echarme a correr para acortarla y así volver a la seguridad de mi habitación. Hay algo aquí afuera que no deja de ponerme los nervios de punta y, con cada segundo que pasa, aumenta su fuerza.

Acelero el paso. Mi corazón late a un ritmo suave y constante, pero no he dejado de sentirme ansiosa desde que abandonamos la casa de Emily. Un agujero se ha abierto paso en mi estómago desde hace un rato y yo, por acto reflejo, no he dejado de mirar hacia todos lados cada pocos segundos. Sobre todo, cuando las ráfagas de viento que se han hecho presentes durante todo el día me azotan la cara.

«¿Por qué estoy tan nerviosa?».

—Tranquila —la voz de Mikhail suena suave y débil detrás de mí—. No hay peligro aquí.

Una punzada de dolorosa ansiedad se apodera de mi pecho, pero no digo nada. No estoy muy segura de qué es lo que me pasa, pero se siente como si estuviese a punto de estallar. A pesar de eso, me limito a asentir con la cabeza y a avanzar aún más rápido.

—Bess... —la advertencia en el tono del demonio que avanza detrás de mí me pone la carne de gallina y no comprendo por qué.

—Algo no está bien —digo, para justificar mi repentino ataque de paranoia.

—Lo sé —su voz es amable y tranquila—, pero estoy aquí y no voy a permitir que te hagan daño.

Lo miro por encima del hombro y aprieto la mandíbula. Un escalofrío me eriza todos los vellos del cuerpo, pero trato de ignorar a la parte de mí que grita que alguien nos está mirando de cerca.

—¿Lo prometes? —mi voz es apenas un susurro entrecortado por las emociones.

Mikhail no responde. Se limita a igualar mi paso y entrelazar sus dedos con los míos. Trato de apartarme porque sé que le hago daño, pero él no me deja ir.

—¿Confías en mí? —su voz es profunda y densa.

—Sí —no dudo ni un segundo al responder, pero la sensación de ser perseguida no se va. Al contrario, se arraiga en mis huesos.

—Entonces no hay necesidad alguna de hacer una promesa.

Mi pecho se estruja con una emoción profunda, violenta y salvaje, como el mismísimo viento que se cuele entre mi ropa en este momento. Como la aterradora y maravillosa certeza que tengo de que los demonios existen y de que no son tan malos como yo creía.

Avanzamos en silencio hasta llegar al edificio donde vivo y subimos las escaleras a toda velocidad. Al llegar al piso del apartamento, acortamos el pasillo en un par de zancadas y abro la puerta lo más rápido que puedo, con mis dedos temblorosos.

Dentro del lugar no hay nadie y la sensación de ser observada se va al instante. Los músculos de mi cuerpo se relajan un poco debido a eso y soy capaz de respirar con un poco de normalidad.

Mi vista recorre la estancia con lentitud, solo porque necesito cerciorarme de que todo está en orden, cuando noto el trozo de papel que descansa sobre la mesa de la sala. Avanzo hasta él para tomar entre los dedos y leer:

*Salimos al cine. traeremos la cena.*

*Dahlia.*

—No están —anuncio, a pesar de que sé que Mikhail nota la ausencia de mi tía y su prometido.

Me giro para encararlo y, en ese momento, siento cómo mi sangre baja debido a su postura. Luce alerta y en guardia. Listo para atacar en cualquier momento.

—¿Qué pasa? —mi voz es un susurro aterrorizado.

Mikhail avanza con lentitud y, por un absurdo segundo, creo que está olisqueando el ambiente, como si fuese un depredador en plena caza de una presa.

—Estuvieron aquí —dice, en voz baja y ronca. Los ojos grises del chico que examina la estancia se posan en mí. Hay un brillo preocupado y hostil en su mirada—. No puedes pasar la noche en este lugar —dice, con determinación—. Nos vamos de aquí ahora mismo.

—¿Cómo lo sabes? —las palabras abandonan mi boca de manera atropellada y ansiosa.

—Más que saberlo, puedo sentirlo —Mikhail frunce el ceño e inclina la cabeza ligeramente, como si tratara de escuchar algo más allá de mi percepción—. No sé cómo explicarlo, pero estoy seguro de que han entrado en este lugar.

El miedo comienza a escalar sobre mi cuerpo a toda velocidad.

—¿Qué vamos a hacer? —mi voz suena cada vez más aterrorizada.

Los impresionantes ojos de Mikhail se clavan en mí.

—Irnos de aquí ahora mismo —dice. A simple vista, su expresión es relajada, pero hay un destello alerta en sus ojos—. Quien estuvo aquí, va a volver y no lo hará solo.

El terror cala en mis huesos y se instala en mi estómago. Se siente como si tuviese un nido de arañas dentro.

—No podemos irnos —el pánico hace que mis manos tiemblen y mi voz suene entrecortada. Niego con la cabeza, aterrorizada—. Van a hacerle daño a Dahlia. Van a...

Ni siquiera puedo terminar la oración porque Mikhail ya ha acortado la distancia que había entre nosotros para ahuecar mi rostro entre sus manos.

—Bess —me interrumpe—, te juro que no voy a permitir que le hagan daño. Voy a montar guardia al pie de su cama si es necesario, pero primero necesito sacarte de aquí y llevarte a un lugar seguro, ¿entiendes eso? —se siente como si buscara algo en mi mirada. Como si tratase de encontrar una determinación que no poseo—. Necesito que te calmes y que vengas conmigo.

—¿Qué se supone que voy a decirle a Dahlia cuando me llame preocupada porque no he llegado? —digo, en voz baja y temblorosa. Mi mente corre a toda velocidad en la búsqueda de los escenarios

más caóticos posibles. No puedo irme. No sin avisar a nadie. Dahlia va a enloquecer si lo hago—. No puedo irme así como así.

La mirada de Mikhail se endurece tanto, que una punzada de miedo recorre mi espina dorsal.

—No está a discusión, Bess. Necesitamos irnos de aquí ahora.

—Pero...

—¡Ahora! —su voz suena tan dura, que enmudezco por completo. Cualquier protesta que pudiera estar a punto de salir de mis labios, muere y se esconde en un rincón debido a la hostilidad de su tono.

La verdadera naturaleza de su estado de ánimo ha salido a flote en este momento, y el terror me paraliza cuando me doy cuenta de cuán asustado se encuentra.

Jamás lo había visto tan alterado.

Me obligo a moverme. Muevo un pie y luego el otro antes de encontrarme avanzando a toda velocidad hacia mi habitación. Mi cerebro apenas empieza a procesar lo que mi cuerpo hace por instinto, así que no estoy muy segura de qué hago hasta que llego a la estancia. Necesito dinero, ropa y llamar a Dahlia.

—¿Bess? —Mikhail habla a mis espaldas, pero ya he avanzado hasta el armario—. ¡Por el amor de Dios, Bess! ¿Es que no lo entiendes? ¡Estuvieron aquí, maldita sea! ¡Los ángeles estuvieron aquí, buscándote!

Me giro sobre mis talones con brusquedad.

—¿Quieres callarte un segundo?! —escupo, hacia él, presa del pánico—. ¡Ya te oí! ¡Iré contigo! ¡Tomaré algo de ropa y llamaré a Dahlia para decirle que me quedaré en casa de Emily! ¡Jesús! ¡Dame un jodido respiro que estoy a punto de hacerme en los pantalones del miedo de mierda que siento!

La expresión descolocada de Mikhail envía una extraña satisfacción a mi sistema, pero no le doy tiempo de decir nada. Me limito a volcar mi atención hacia el mueble para tomar un cambio de ropa, el cargador de mi teléfono y algo del dinero que tengo guardado entre las prendas.

Mikhail no dice nada mientras echo todo dentro de una vieja mochila. Me observa trabajar en silencio durante unos segundos antes de salir a inspeccionar el resto del apartamento.

Para el momento en el que llamo a Dahlia, ya estamos bajando las escaleras del edificio. Mi tía no suena conforme cuando le digo que deseo quedarme en casa de mi amiga. Mucho menos tomando en cuenta que el día de mañana debo ir a la escuela; sin embargo, accede a permitírmelo solo porque no suelo hacer esto a menudo. Me hace prometer que voy a mantenerme en contacto y que volveré directo a casa al terminar la jornada escolar. Entonces, se despide de mí pidiéndome que me comporte y que le llame si algo ocurre.

—¿Iremos a tu apartamento? —le pregunto a Mikhail, mientras detiene a un taxi.

—No —su respuesta me hace mirarlo con el entrecejo fruncido, pero no dice nada más mientras nos trepamos al vehículo.

—¿A dónde vas a llevarme?

Silencio.

—Mikhail, dime a dónde vas a llevarme.

Mira hacia la ventana. Sé que está ignorándome y me preocupa el motivo.

—Miguel, dime ahora mismo a donde me llevas.

La irritación y el enojo se apoderan de su expresión y me mira como si hubiese cometido la peor de las traiciones.

—A casa de una vieja amiga —dice a regañadientes.

Mis cejas se alzan con incredulidad.

—¿De una vieja amiga?

—En realidad es algo así como un dolor en el culo, pero podrá ayudarnos. Podrá ocultarte.

—¿Qué es lo que no me estás diciendo? —Pregunto, con cautela, al ver su expresión vacilante y su mueca disgustada.

—Cuando llegemos allá vas a averiguarlo por ti misma.



Nunca había venido a esta parte de la ciudad. Estamos casi a las afueras de Los Ángeles y las casas aquí lucen antiguas y atemporales al mismo tiempo. Es una extraña mezcla entre el pasado y el presente. Como si el tiempo se hubiese detenido aquí, en un punto entre una generación y otra.

El barrio luce tranquilo a esta hora de la tarde —casi noche—. Las tonalidades anaranjadas proyectadas por la puesta del sol le dan un aspecto cálido y afable; como si te invitaran a adentrarte en las calles con la seguridad de que nada va a ocurrirte en ellas.

Así pues, el taxista sigue las indicaciones de Mikhail, mientras que yo miro a través de la ventana. El vidrio ha sido echado hacia abajo, de modo que puedo sentir el frío del ambiente en mi cara, al tiempo que observo las fachadas de las casas. La temperatura ha descendido un par de grados y he comenzado a sentir los dedos entumecidos y la punta de la nariz helada.

No sé, sin embargo, si tiemblo debido al clima o al miedo que me embarga. Tampoco lo pienso demasiado. Me enfoco en el camino que seguimos y en la extraña tranquilidad que siento al estar en este lugar, lejos del barullo de la parte de la ciudad en la que vivo.

El taxi aparca al cabo de unos minutos andando por pintorescas callejuelas.

Mikhail deja un billete en las manos del conductor y me pregunto de dónde lo ha sacado. Nunca lo había visto manejar dinero o hacer algo tan mundano como pagarle a alguien por algún servicio. Eso, aunque no quiera admitirlo, me descoloca por completo.

A pesar de eso, bajo del auto sin decir una palabra y Mikhail me sigue a pocos pasos de distancia.

Estamos de pie justo frente al pórtico de una casa que luce especialmente vieja. La hierba crecida y seca del jardín me hace saber que no ha sido atendido en mucho tiempo, y la pintura descuidada del cancel de madera solo le da un aspecto un poco más descuidado al entorno. La casa, a pesar de todo, luce en buen estado y es extrañamente encantadora.

—Es aquí —Mikhail anuncia y hace un gesto hacia la construcción, antes de abrirse paso hacia el interior del camino de piedra que lleva a los escalones de la entrada.

Me quedo congelada unos segundos más para contemplar la fachada del lugar donde voy a pasar la noche. Hay algo extraño en este lugar. Una sensación que se percibe debajo de la piel; que pica y escuece hasta que es imposible ignorarla.

Es una especie de zumbido bajo y profundo; como el del motor de un coche corriendo a toda velocidad. Como el del rugido de la música a todo volumen, esa que retumba con tanta fuerza, que eres capaz de sentir la vibración en la planta de los pies.

—¿Bess? —la voz ronca me hace alzar la mirada para toparme con la figura de Mikhail, parado frente al umbral.

—Siento algo... —musito, al tiempo que me adentro al jardín. La vibración aumenta con cada paso que doy y me marea.

Él asiente.

—Es energía —dice él, en voz baja—. En esta casa viven un par de seres muy poderosos. Seres capaces de protegerte mientras voy a averiguar qué está ocurriendo.

Un pinchazo de preocupación me asalta.

—Asegúrate de que Dahlia se encuentre bien —pido, mientras lo alcanzo—, por favor.

Él asiente y ahueca mi mejilla en su mano antes de que la puerta se abra de golpe.

Mi cuerpo entero se estremece ante la brutal sensación de ahogamiento que me invade en ese instante. Retrocedo un par de pasos porque me siento abrumada y aturdida durante unos segundos.

Trato de enfocarme para mirar en dirección a la persona que ha salido de la casa, y es entonces, cuando la veo.

El cabello de la anciana que se encuentra de pie del otro lado de la puerta es blanco en su totalidad. Su cuerpo luce pequeño y frágil debido a la prominente joroba en la que se ha convertido su columna; su mirada, pálida debido a las cataratas, es feroz y violenta, y su gesto es inescrutable y arrollador.

Un escalofrío me recorre el cuerpo mientras me analiza de pies a cabeza.

Tiemblo cuando nuestros ojos se encuentran y, al mismo tiempo, percibo cómo mi cuerpo se agita gracias a la vibración tan poderosa que emana. Es ella la causante de mi vértigo. Es ella la dueña de esta energía tan abrumadora.

Algo cambia en su expresión cuando nos sostenemos la mirada: pasa de ser cautelosa a aterrorizada en cuestión de un parpadeo, pero no dice nada. Se limita a posar su atención en Mikhail.

Su reacción cuando lo mira es completamente diferente a la que tuvo conmigo. Luce conmocionada y confundida durante unos instantes antes de fruncir el ceño.

—Por un momento creí que eras el arcángel que vino la otra noche —dice, con su voz áspera y profunda—. Hueles extraño.

Es el turno de Mikhail de fruncir el ceño.

—¿Te visitó un arcángel? ¿Cuándo?

Ella hace un gesto desdeñoso con una mano, para restarle importancia.

—Hace unos días. Fue el de cabellos rojos y ojos azules. Ese que hizo que te echaran —explica, mientras olisquea en dirección a mi chico de los ojos grises, como si tratase de identificar el motivo del cambio en su aroma de demonio—. Ha venido a solicitar mi ayuda. Al parecer, ha perdido el control total de tus tropas y quiere que yo le ayude a recuperarlo —bufa y rueda los ojos al cielo—. ¡Como si yo pudiese hacer algo!

La mandíbula de Mikhail está tensa ahora.

—¿Ha perdido el control? ¿Es eso posible? —sacude la cabeza, pero su gesto es preocupado—. ¿Qué está pasando allá arriba? ¿Lo sabes?

La anciana me mira.

—*Ella* —me apunta con un dedo largo y huesudo—. *Ella* está pasando. Su esencia los ha vuelto locos a todos y el arcángel ese no tiene el poder suficiente para controlar a tu Legión. Yo, que ni siquiera visito la ciudad, puedo percibirla. Es como...



—Un espectacular iluminado. Lo sé —la interrumpo, al tiempo que asiento, con exasperación—. Me lo dicen a menudo.

Ella ni siquiera se inmuta cuando hablo. Se limita a mirar a Mikhail.

—¿Para qué la has traído aquí? —dice—. ¿Sabes lo peligroso que es? Los ángeles están como poseídos buscándola y no precisamente porque se los hayan ordenado.

—Es, precisamente, por ese motivo por el que la traje. Necesito que la ocultes esta noche —dice él—. Y necesito que nos consigas algo de tiempo y nos hagas alguno de tus amuletos para ocultarla el mayor tiempo posible.

La mujer niega con la cabeza.

—No puedo ayudarte, Miguel —su voz ni siquiera tiembla al mencionar el nombre real de Mikhail—. Nosotros no interferimos en el orden divino y lo sabes.

—Lo has hecho antes —por primera vez, Mikhail luce al borde del pánico.

—Pero esto es diferente —ella me mira y hay un destello de terror en su expresión—. Ella altera el orden. Debes dejar que el destino siga su curso. Debes dejar que la eliminen.

—Gaela, por favor —él responde—. Solo será esta noche.

La anciana niega con la cabeza una vez más y me observa con congoja.

—Sabes que se convertirá en destrucción si no dejas que cumpla su cometido —sueno preocupada—. No puedes dejar que una criatura de su naturaleza exista más tiempo del necesario. Es demasiado peligroso. Debes deshacerte de ella.

Las palabras de la mujer me erizan la piel y, en ese momento, mi vista cae sobre Mikhail.

—No voy a matarla —dice él, con determinación—. Y, si no vas a ayudarme, entonces tú y tu clan han perdido mi protección.

La mujer vacila.

—Hiciste un juramento. Me diste tu palabra.

—Era un intercambio. Cuando yo te necesitara, ibas a ayudarme —Mikhail suena duro ahora—. Te has negado a cumplir tu parte del

trato. Es mi turno de negarme a cumplir la mía.

—No puedes obligarme a mantenerla a salvo —ella urge, entre dientes—. No voy a arriesgar a los míos por proteger a alguien que podría asesinarnos si se sale de control.

Las palabras de la mujer me sacan de balance.

«¿Cómo, en el jodido infierno, sería yo capaz de hacer algo así de atroz? ¿En qué cabeza cabe?».

—¡Bess es inofensiva, por el amor de Dios! ¡Apenas si puede sentir la presencia de un ángel! —Mikhail estalla—. ¡Deja la puta ridiculez ahora mismo y cumple con tu parte de nuestro acuerdo!

Gaela aprieta la mandíbula.

—Estás cometiendo un error al mantenerla viva —el tono de voz de la anciana se ha vuelto tranquilo, pero determinante—. No puedes notarlo, pero estar a su alrededor está convirtiéndote en algo extraño y retorcido. —Ella se acerca tanto a él que, por un segundo, creo que va a besarlo; sin embargo, al cabo de unos instantes, me doy cuenta de que lo olisquea más de cerca—. No hueles como un demonio —sentencia—, pero tampoco como un ángel. Esa *cosa* te está transformando en algo que ni siquiera Dios ha planeado crear. Va a acabar contigo. Va a destruirte si sigues a su lado.

—Deja de hablar estupideces y dime si nuestro acuerdo ha terminado o vas a cuidar de ella hasta que sepa qué diablos está pasando.

La anciana duda. Mira a Mikhail con una expresión fiera y determinada. Se va a negar rotundamente. Puedo sentirlo en cada poro de mi cuerpo.

—Solo esta noche, Miguel —dice ella, finalmente, y el alivio viene a las facciones del demonio de los ojos grises.

—Necesito un amuleto, también.

La anciana asiente, con dureza.

—Costará y no te garantizo que funcione.

—No me importa. Hazlo.

Ella le dedica una sonrisa triunfal y cruel.

—Perfecto. Solo te lo advierto, Miguel: quiero a los míos fuera de esto cuando la mierda estalle —su mirada se posa en mí y me barre de pies a cabeza mientras pronuncia esas palabras.

Entonces, sin esperar una respuesta, se abre paso hacia el interior de su casa.

Mikhail la sigue de cerca, pero yo no me muevo de mi lugar. No quiero entrar. No quiero quedarme en un lugar donde piensan que soy un monstruo.

—Entra —una voz a mis espaldas me hace saltar del susto. Me giro con brusquedad en ese instante, y casi suelto un grito horrorizado cuando noto lo cerca que se encuentra la chica de mí.

Es más alta que yo por apenas unos centímetros. Su cabello ondulado es una maraña castaña que apunta hacia todos lados, su cuerpo delgado y estilizado la hace lucir más alta de lo que es en realidad, y la forma curiosa en la que me mira me pone los nervios de punta.

—La abuela solo está asustada —dice ella y me dedica una sonrisa que se me antoja enigmática. Su mirada, sin embargo, es igual de penetrante y aterradora que la de Gaela—. En lo personal, creo que la fuerza que emanas es increíble.

Me quedo en blanco. No aparto la vista de ella, pero tampoco digo nada. No entiendo de qué diablos habla, ni de dónde demonios salió para que ni siquiera pudiese percibirla.

La chica frente a mí esboza una sonrisa burlona al ver la expresión en mi rostro.

—Soy Daialee —dice y extiende una mano en mi dirección—, y este es el aquelarre de mi abuela.

—¿Aquelarre?

La sonrisa de Daialee se extiende.

—Tranquila —dice, al tiempo que me guiña un ojo—. Las brujas no somos tan aterradoras como nos describen.



## CAÍDA

Lo primero que noto cuando entro en la casa, es el olor a incienso.

Una densa capa de humo blanco cubre todo el lugar, mientras nos abrimos paso entre el montón de baratijas regadas por toda la estancia.

El lugar es un completo desastre, pero no está sucio. Es la decoración irregular lo que le da un aspecto descuidado. Ninguno de los sillones de la sala hace juego con el otro: uno es de piel, otro parece haber sido sacado de una película de época y el más grande de todos tiene un estampado tan anticuado y brillante, que bien podría imaginarlo como parte de la escenografía una serie de televisión sesentera.

Hay fotografías y cuadros antiguos por todos lados, y un montón de vasijas de distintos tamaños, estilos y colores adornan las estanterías que hay en cada una de las paredes.

Casi me da miedo avanzar. Soy tan idiota a veces, que temo dar un paso en falso y provocar una horrible masacre de jarrones viejos.

Un enorme atrapasueños —el cual llama mi atención de inmediato— cuelga sobre el estrecho inicio de las escaleras, y las enormes plumas coloridas que danzan debajo de él, me hacen querer acercarme para tocarlas.

—No toques nada —la voz de Gaela, la anciana, llega a mis oídos; como si hubiese sido capaz de leerme el pensamiento.

De pronto, me siento como cuando iba a casa de la abuela antes de que falleciera. Ella también nos prohibía tocar cualquier cosa a mis hermanas y a mí. El recuerdo no es particularmente desagradable, pero tampoco es uno bienvenido. Era una de las pocas cosas que detestaba de ir con ella. A pesar de lo mucho que llegaba a consentirnos, no ser capaz de poner mis manos en sus muñecas de porcelana creó una especie de ridículo resentimiento dentro de mí.

—Creo que ya le agrado —mascullo, con sarcasmo, mientras sigo a Daialee; quien, a su vez, va detrás de Mikhail.

La chica me mira por encima del hombro, con una sonrisa dibujada en el rostro.

—¡Qué va! ¡Ya te ama! —dice.

Una pequeña sonrisa tira de las comisuras de mis labios y sé, de inmediato, que ella me agrada.

Mikhail nos mira por encima del hombro y casi puedo ver el brillo divertido en su expresión, mientras sacude la cabeza con aire reprobatorio. Muy a su pesar, sé que le ha divertido la pequeña interacción sarcástica entre Daialee y yo.

Avanzamos al paso lento impuesto por Gaela y nos adentramos casi hasta llegar al fondo de la casa. Finalmente, la anciana se detiene detrás de una puerta cerrada y se gira para mirarnos a todos. Sus ojos se detienen en mí más tiempo de lo debido y noto, debajo de toda esa repulsa que hay en sus facciones, que me tiene miedo. No sé cómo describirlo, pero sé que me teme. Puedo sentirlo.

—Daia —la mujer mira a su nieta—, llévala al sótano y enciérrala ahí.

Mis cejas se alzan con incredulidad.

—¿Va a pedirle, también, que me ate una soga al cuello y que ponga un trasto con comida y otro con agua para mí? —suelto, sin siquiera pensarlo.

Gaela me dedica una mirada dura, pero yo no aparto la vista. Clavo mis ojos en los suyos y alzo una ceja en un gesto que indica,

claramente, que no le tengo miedo. La anciana entorna los ojos y me señala con un huesudo dedo.

—Estás en mi casa. No lo olvides.

Asiento.

—Por mí puede meterse su casa por el...

—Bess... —Mikhail me interrumpe. No suena molesto, pero me mira con aire severo.

Una oleada de frustración se apodera de mi cuerpo, pero me limito a morder la punta de mi lengua para evitar terminar mi frase.

Daialee, quien se ha recargado contra una de las paredes con los brazos cruzados sobre el pecho, rueda los ojos.

—Ven —interviene y se acerca a mí para tomarme del brazo con gentileza—, te quedarás en mi habitación.

No quiero irme, pero la mirada de Mikhail me dice que debo hacer lo que se me indica. Nunca he sido buena para complacer a los demás, pero, en esta ocasión, accedo a marcharme a regañadientes.

Sigo a la chica de vuelta sobre nuestros pasos hasta llegar a las escaleras; sin embargo, antes de subir, echo una última ojeada en dirección a Mikhail. La mujer ha abierto la puerta que antes se encontraba cerrada y ahora se dispone a encaminarse dentro. Segundos después, Mikhail la sigue.

La sensación de hundimiento que me provoca el hecho de saber que va a dejarme aquí, me ahoga y hace que me sienta incómoda hasta la mierda.

—¿Chica? —la voz de Daialee me hace volcar mi atención hacia ella. Sus cejas están alzadas en un gesto gracioso—. ¿Vienes?

—Mi nombre es Bess —digo, mientras avanzo para seguirla.

La observo hacer un gesto desdeñoso para indicarme que mi nombre le es irrelevante ahora mismo y se gira para andar escaleras arriba.

La madera debajo de mis pies parece estar a punto de ceder bajo mi peso. El crujido espeluznante que resuena en todo el estrecho pasillo me hace sentir insegura. Temo que, con cualquier paso en falso, vaya a terminar hecha mierda entre escombros y tablas destrozadas.

Aún ni siquiera he terminado de recuperarme del hombro dislocado. Lo que menos necesito es otro hueso fuera de su lugar.

Llegamos a la planta superior al cabo de unos instantes. El espacio está igual de atestado de jarrones y cuadros antiguos que el piso de abajo, pero aquí no huele tanto a incienso. El corredor por el que caminamos ahora nos guía a las distintas habitaciones de la casa. Son más de las que esperaba encontrar.

Nos abrimos paso hasta llegar a la pieza más apartada de todas y, una vez ahí, Daialee se gira para encararme.

—No te fijes demasiado en el desastre —suena avergonzada.

Me encojo de hombros.

—Si vieras mi habitación, te daría un ataque —bromeo y ella esboza una sonrisa.

En ese momento, se vuelve sobre sus talones y abre la puerta. Acto seguido, se aparta para dejarme entrar.

Yo dudo unos instantes antes de dar un paso dentro, pero una vez ahí, me siento mucho más cómoda que allá abajo.

El espacio es tan acogedor como la habitación de cualquier chica. Huele a desodorante, perfume y canela, y las paredes están pintadas completamente de blanco. Eso le da la sensación de amplitud al pequeño lugar.

La decoración es simple y austera. Apenas hay unas cuantas luces navideñas colgando de las paredes, un pequeño tocador, un escritorio, una mesa de noche y una cama individual. Me llama la atención la cantidad impresionante de libros que hay por todos lados. Un centenar de títulos conocidos y desconocidos para mí saltan a la vista y, de pronto, me siento como en casa. La habitación de Jodie, quien era adicta a la lectura, también estaba repleta de ejemplares de todos los estilos y géneros posibles.

Una punzada de dolor me atraviesa el cuerpo.

—Ponte cómoda —Daialee dice, a mis espaldas y me giro para encararla, mientras lanzo el dolor lo más lejos que puedo. Entonces, tomo una inspiración profunda y dejo escapar el aire de mis pulmones con lentitud.

No estoy muy segura de lo que debo hacer, así que me quedo aquí, parada como una estúpida, en medio de su habitación. Ella, por el contrario, se deshace de sus zapatos y se deja caer en la cama con aire despreocupado.

Me remuevo en mi lugar, un tanto incómoda, mientras busco en mi cabeza algo para decir; a pesar de eso, nada viene a mí. No entiendo cómo diablos puedo hablar con Emily sin parar y perder la capacidad de lucir inteligente con alguien a quien apenas conozco.

Se supone que debería ser capaz de entablar una conversación coherente con ella, pero no es así. Estoy aquí, como una completa idiota, mirando hacia todos lados.

—Entonces... —Daialee se coloca sobre su costado y carga el peso de su cabeza en su palma, al tiempo que me observa con una pizca de curiosidad y diversión—. ¿Qué le diste al demonio para que recurriera a nosotras por ayuda?

—Yo no le di nada —digo, pero el tono tímido y defensivo de mi voz, delata el vínculo que he creado con él.

Ella rueda los ojos al cielo.

—¡Sí, claro! —bufa—. Como si uno pudiese hacer que un demonio así de poderoso se convierta en nuestro guardaespaldas con solo desearlo.

—Le ordenaron protegerme —objeto.

—Y aun así no tiene sentido.

—¿Tienes una idea de cuánto miedo le tienen en el Inframundo? —sacude la cabeza y ella misma responde a su pregunta—: No, por supuesto que no la tienes.

—¿Por qué hablan de él de esa manera? —pregunto, porque no puedo evitarlo—. Todo el mundo dice que es poderoso, que los demonios le temen y que, incluso, El Supremo teme que se revele; pero, cuando estoy con él, yo solo... —«Yo solo veo al chico que sería capaz de dar la vida por proteger a quienes le importan». Quiero decir, pero en su lugar, pronuncio—: Yo solo veo a un tipo con el ego del tamaño del mundo.

—No sabes su historia —no es una pregunta. Es una afirmación.



Yo niego con la cabeza.

Un suspiro brota de su garganta.

—Debes pedirle que te hable sobre quién fue, chica —Daialee dice—. Una vez que lo hagas, sabrás porqué es así de poderoso.

—Fue Miguel Arcángel —asiento—. Eso lo sé. Lo que no sé, es cómo diablos pasó de ser el arcángel más poderoso mencionado en la Biblia, a un demonio.

—Pregúntaselo a él —dice ella—. Yo no soy nadie para decirte nada.

—Pero tú sabes qué fue lo que ocurrió. ¿Por qué no decírmelo ahora mismo?

—Porque no me corresponde. Debe ser él quien te lo cuente.

—Mikhail no va a decirme una mierda —me quejo, con una mueca cargada de frustración—. Ni siquiera sé muy bien qué papel juego en todo esto, ni qué se supone que ocurrirá si yo... —me detengo y siento un agujero en el estómago ante la expectativa de decir eso que tanto me aterra en voz alta. Mis dedos se cierran en puños y aprieto la mandíbula antes de tragar duro para obligarme a decir—: Cuando yo *muera*.

La expresión de Daialee cambia de un segundo a otro. No me atrevo a apostar, pero luce casi como si tuviese lástima de mí. Como si mis palabras provocaran en ella una clase de empatía que no soy capaz de comprender.

La duda se filtra en su mirada y me estudia con detalle, como si intentara ver más allá de mí; más allá de la situación y de lo que ha empezado a cambiar en mi entorno.

Finalmente, después de unos instantes en silencio, se pone de pie y acorta la distancia que nos separa. Se detiene justo cuando sus pies descalzos rozan la punta de mis Converse. Es un poco más alta que yo, pero no tanto como para tener que alzar la cara para mirarla a los ojos.

Sus ojos me estudian detalladamente y, sin decir una palabra, una de sus manos se enreda en mi muñeca sana. Acto seguido, la levanta

para mirarla. La gira con cuidado y deja a la vista una de las cicatrices de los agujeros que me llevaron al hospital hace unos meses.

Su índice traza la burda marca.

—*Aquí* —dice y noto cómo sus músculos se tensan—. Aquí es dónde todo tu poder inicia. Es el núcleo de todo...

—No hay poder alguno en mí —digo, en voz baja.

Sus ojos se clavan en los míos.

—No te subestimes, chica —la forma salvaje en la que sus labios se curvan en una sonrisa envía un escalofrío a mi sistema—. *Esto* —presiona la piel delgada de la zona—, es por lo que los ángeles te buscan. No lo olvides. Es con lo que, probablemente, vas a poder controlarlos.

—¿Controlarlos? —mi voz es apenas un susurro tembloroso y débil.

—No estoy muy segura de ello —musita, mientras estudia la marca cerrada—. Es una corazonada... —sacude la cabeza, en una negativa—. No me hagas caso.

La frustración se arraiga en mi sistema.

—¿Podrías, por favor, dejar de hablarme como si supiera una mierda de todo esto y contarme toda la maldita verdad de una vez? —mi voz es un susurro exasperado y aterrorizado, pero suena más firme de lo que espero.

Daialee se aparta de mí y se sienta sobre la cama antes de dar una palmada en el lugar a su lado.

—Siéntate —dice—. Vamos a tener una conversación muy larga.

Entonces, sin decir una palabra, me acomodo en el lugar indicado y la miro, con expectación.

—Hay mucho qué explicarte —dice—, pero empezaré por tu demonio, ¿de acuerdo?

Asiento, con impaciencia y ella esboza una sonrisa suave.

—El demonio mayor y la abuela se conocen desde que ella tenía mi edad —comienza. Su tono me recuerda al de mi madre cuando le contaba historias a Freya—. Ella dice que una de las antiguas brujas del aquelarre al que pertenecía invocó a un demonio demasiado poderoso. Casi destroza una ciudad entera por jugar de ese modo con

la fuerza del Inframundo. —Una pequeña sonrisa divertida se desliza en sus labios—. Mikhail vino a neutralizar el desastre y, desde entonces, la abuela se obsesionó con él. Trató de invocarlo una infinidad de veces sin éxito —sacude la cabeza, sin dejar de sonreír—. Cuenta que, con el paso de los años, fue resignándose a no encontrarlo nunca más. Tengo entendido que, muchos años luego de eso, ella se separó de su antiguo aquelarre. Sus antiguas hermanas no lo tomaron bien y trataron de matarla en muchas ocasiones. —Hace una pausa—. Mi vieja cuenta que necesitaba protección y es bien sabido entre las de nuestra clase, que no hay mejor protección que la que los ángeles proporcionan, por ese motivo decidió que debía invocar a uno. —Me mira y no hace falta que diga más. Sé que trató de invocar a uno de los más poderosos. Sé que la anciana trató de invocar a Miguel Arcángel—. Se dice que solo las brujas más poderosas son capaces de hacer contacto con los seres luminosos. Ya sabes —hace un gesto desdeñoso—, por aquello de que estamos enlazadas a la oscuridad y que nuestro poder nos ha sido otorgado por demonios. —Rueda los ojos al cielo—. No cualquiera puede invocar a un ser del cielo con una naturaleza como la nuestra.

—No tenía idea de que era así —musito, solo para hacerle saber que me ha enseñado algo nuevo.

Ella se encoge de hombros, como quien encuentra esa información irrelevante.

—Como sea... —cruza las piernas sobre la cama—. El punto es que la abuela siempre ha sido una bruja poderosa y, también, una mujer ambiciosa. Esa arrogante quería la protección del arcángel más poderoso y trató de invocarlo —me mira con aire divertido—. Ya te imaginarás su sorpresa cuando, al llamarlo, apareció el demonio que tanto le había obsesionado años atrás.

—¿Ella supo de inmediato que Mikhail era Miguel Arcángel?

Daialee asiente.

—Él solo se lo confirmó —dice—. Tengo entendido que, en ese entonces, Mikhail apenas había iniciado su proceso de conversión. Era más ángel que demonio y aún no tenía el poder suficiente para

liberarse de invocaciones menores como las de la abuela; así que se vio obligado a brindarle su protección hasta que el aquelarre aquel se rindió y dejó de intentar asesinarla. Para ese entonces, Mikhail y la abuela habían entablado una especie de amistad —la chica sonrío al mirarme a la cara. No estoy segura de qué es lo que ha visto en ella, ya que ríe por lo bajo y mientras que añade—: No, chica. La abuela y tu demonio jamás tuvieron nada. Para ese entonces, la anciana ya estaba enamorada del abuelo y no tenía ojos para nadie más.

Siento cómo la vergüenza calienta mi rostro.

—Yo no he dicho nada —mascullo—. Y tampoco es como si me importara.

Un bufido brota de sus labios.

—¡Sí! ¡Claro! —suelta con sarcasmo y medio ríe en el proceso—. Vamos a hacer como que te creo.

—No es mi tipo —digo y se siente como si estuviese diciendo un mantra; ya que, últimamente, lo repito demasiado.

Daialee rueda los ojos al cielo.

—Como sea. No voy a discutir tu vida amorosa en este momento —hace un gesto desdeñoso para restarle importancia—. Lo que trato de decir, es que Mikhail y la abuela se volvieron cercanos. Hasta el punto de que él le ofreció protección a su clan a cambio de favores cuando fuesen necesarios. La abuela, por supuesto, aceptó el trato y lo sellaron con sangre.

—¿Con sangre? —pregunto, un tanto perturbada.

—Los demonios no tienen palabra, Bess —dice y no me pasa desapercibido que, por primera vez, ha dicho mi nombre—. Si quieres que un demonio sea honesto y leal contigo, debes hacer un pacto de sangre con él. Solo así tendrás la certeza de que no habrá trucos sucios de por medio.

—Pero se supone que eran amigos —sueno más indignada de lo que pretendo—. Los amigos confían los unos en los otros, ¿no es así?, tu abuela debió confiar más en él.

—Confía en él, pero Mikhail aún no es un demonio completo —Daialee refuta—. No sabemos cuánto va a cambiar cuando se

transforme en uno en su totalidad —suenan pesarosa—. Por lo que veo, nunca te has topado con un príncipe del Infierno o con un demonio de Primera Jerarquía —niega con la cabeza—. Esos seres son aterradores, Bess. No hay nada en este mundo que sea más cruel y despiadado que un demonio así de poderoso.

Un escalofrío me recorre la espina dorsal.

—Mikhail ha sido catalogado como un demonio de Primera Jerarquía y no es, ni de cerca, despiadado o aterrador —musito, con la voz cargada de miedo e incertidumbre.

—Pero, insisto: él aún no es un demonio por completo —ella suspira—. Por muy fuerte que sea, no deja de ser un semidemonio. Aún no está lleno de oscuridad. Aún le importa lo que ocurre a su alrededor. Una vez que se transforme en su totalidad, nada nos garantiza que seguirá siendo como es.

Un nudo se instala en la boca de mi estómago. El pánico y la ansiedad hacen estragos conmigo, pero me las arreglo para mantener el gesto tranquilo.

—La abuela teme mucho por él —Daialeen habla, tras un largo momento de silencio—. Estaba muy cerca de la transformación entera antes de que su esencia cambiara. Antes de que *tú* aparecieras.

Trago duro solo porque no sé qué decir, y miro mis manos, las cuales están cerradas en puños sobre mi regazo.

—¡Era un arcángel, por el amor de Dios! —niega con la cabeza—. ¿Cómo diablos pasó de ser un arcángel a un demonio? ¿Cómo es que estamos discutiendo acerca de su posición como demonio de Primera Jerarquía cuando él fue un jodido *arcángel*?

Ella suspira, con pesar.

—A eso voy —dice. Trata de sonar fastidiada, pero no lo consigue—. Trato de llegar ahí, solo..., sé un poco más paciente, ¿de acuerdo?

Aprieto la mandíbula, pero le regalo un asentimiento brusco. Entonces, ella continúa su relato:

—Tu demonio y mi abuela comenzaron a trabajar juntos cuando él tenía tareas por realizar aquí en la tierra o esas cosas. La confianza fue creciendo entre ellos hasta que, una noche, ella le preguntó acerca de

su caída y él se lo contó todo. —Hace una pausa—. No se supone que yo debería saberlo —se encoge de hombros—, pero la abuela me lo contó de todos modos. Dice que, como heredera del clan, debo estar enterada acerca de todo lo que se refiere a nuestras alianzas. —Mira un punto en el suelo—. Según lo que ella me dijo, Mikhail cayó por culpa de uno de los suyos. El tipo empezaba a tener algo con Gabrielle Arcángel —hace una pausa para acotar—: Por cierto, ¿sabías que es una mujer? ¡Dios! ¡No lo vi venir, joder!

Meuerzo a esbozar una sonrisa, cuando en realidad se siente como si un bloque de concreto se hubiese instalado sobre mis hombros. La sola idea de imaginar a Mikhail teniendo algo con ella, me enferma.

—Yo tampoco —admito, muy a mi pesar. Yo también creía que Gabrielle era hombre.

Un suspiro brota de su garganta.

—Bueno, de regreso a lo importante... —dice, mientras se prepara para retomar el hilo de su historia—. Miguel y Gabrielle estaban teniendo algo y, al parecer, eso está prohibido en el cielo. Los ángeles, a pesar de ser seres que se alimentan del amor y de todo lo bello del mundo, no tienen permitido enamorarse. No se supone que deban hacerlo. No está en su naturaleza. —La chica frunce el ceño y sé que trata de recordar los detalles sueltos para darme una información un poco más completa—. Tengo entendido que empezaron a tener problemas allá arriba debido a eso y la mira estaba sobre ellos. Las tropas de Miguel empezaron a desobedecerlo y comenzó a crearse un pequeño gran caos en el Reino del Creador, solo porque Miguel Arcángel, el guerrero de la justicia, tenía los ojos puestos en Gabrielle, y porque Lucifer, el preferido del Creador, acababa de caer —hace una pequeña pausa—. Entonces, mientras las cosas allá arriba estaban extrañas y tensas, en las tinieblas también estaba ocurriendo algo: Lucifer estaba creando su propio reino y la oscuridad empezaba a hacer de las suyas también; sin embargo, no fue hasta que el caos se desató en la tierra que los ángeles se dieron cuenta de todo. Ellos, por supuesto, trataron de intervenir, pero, por alguna extraña razón, Lucifer siempre parecía saber cómo iban a

actuar. Él y sus sombras parecían ser conscientes de los planes de los ángeles, y de la forma en la que iban a proceder. De alguna manera, los planes se estaban filtrando. Información que se suponía que solo Gabrielle poseía, estaba llegando a manos de Lucifer y, gracias a eso, se desató el infierno, el caos, la muerte, la guerra y la destrucción —un escalofrío de puro terror me recorre de pies a cabeza, pero ella continúa—: La tierra fue envuelta en un halo de oscuridad casi impenetrable, los ángeles estaban siendo aniquilados por el ejército oscuro que había creado Lucifer y la supuesta traición de Gabrielle estaba en boca de todos —Daialee luce absorta en sus pensamientos—. Miguel apenas pudo neutralizar la oscuridad que rodeaba a la humanidad. Afortunadamente, nos libró de todos esos demonios antes de que las cosas se pusieran horribles. —Niega con la cabeza, mientras mira hacia la nada—. Perdió a muchos de sus guerreros en el proceso. Los ángeles mermaron, los Vigilantes, quienes se supone que debían velar por la humanidad, cayeron por contribuir, implícitamente, en la creación de los *Nephilim*, quienes, por cierto, invadieron la tierra... —se hace un pequeño silencio.

—Todo se sumió en terror y oscuridad —dice, al cabo de un rato—. Gabrielle fue condenada a caer por infiltrar información que se le había confiado —el tono de su voz es un susurro ahora—. El creador estaba furioso y no iba a tener contemplaciones de ningún tipo. El mundo como lo conocemos estuvo a punto de ser tomado por la oscuridad. —Daialee parece estar sumida en el universo que ha creado en su cabeza—. No iba a perdonar una traición que casi llevó al mundo al carajo... —sus ojos encuentran los míos, de pronto—. Y Miguel no podía soportar que Gabrielle cayera. Sobre todo, cuando ella juraba por su vida que no había filtrado nada. Que era inocente.

Trago duro.

—¿Qué pasó después? —susurro, a pesar de saber lo que va a decir.

—Miguel se inculcó —dice ella—. Dijo que él había sido el traidor y que era él quien merecía el castigo. —Me mira a los ojos—. Y entonces, cayó. Cayó ante los ojos de su ejército, ante su amada

Gabrielle, quien lo creyó culpable; ante su compañero Rafael, quien siempre deseó su lugar. —Se detiene unos segundos—. Mikhail dice que pasó un montón de tiempo, y con «montón» me refiero a siglos y siglos —acota—, antes de que Lucifer acudiera a él y le ofreciera sus alas de nuevo, a cambio de su lealtad y de que aceptara la oscuridad como parte de sí mismo. Él, alimentado por el odio y la traición, accedió... Y, pues, bueno... Creo que el resto es fácil de imaginar.

El silencio se apodera del ambiente en ese momento.

Las palabras de Daialee flotan en el aire, sin asentarse del todo y sin pasar desapercibidas tampoco. Un millar de sentimientos encontrados colisionan en mi interior y no me siento capaz de pronunciar nada mientras proceso la información recibida.

La empatía que tengo hacia Mikhail en este momento, es casi tan fuerte como la horrible sensación que me provoca saber que tuvo algo con Gabrielle en el pasado. El hecho de saber que fue desterrado por algo que no hizo, es casi tan doloroso como darme cuenta de todo lo que debió haber sufrido.

Él no merecía lo que le pasó. El único error que cometió fue haberse culpado por algo que no hizo.

La puerta de la habitación se abre con brusquedad en ese momento. De pronto, me encuentro mirando la figura impresionante de Mikhail justo en el umbral. Mi estómago se retuerce cuando nuestros ojos se encuentran y me quedo sin aliento al notar su semblante tranquilo. Sea lo que sea que le haya dicho Gaela, ha logrado calmar un poco su estado de ánimo hostil y a la defensiva.

El demonio de los ojos grises mira a la chica sentada junto a mí, para luego dedicarme una mirada dubitativa.

—¿Interrumpo algo? —su voz es terciopelo en mis oídos.

—No —decimos Daialee y yo al unísono.

Entorna los ojos.

—Solo venía a despedirme —dice, al cabo de unos segundos. Sea lo que sea que ha pensado, lo ha dejado pasar.

En ese momento, la chica se pone de pie y se encamina hacia la puerta.



—Les daré un momento —anuncia—. Nada de cosas sucias en mi habitación. Gracias.

Mikhail rueda los ojos, pero no dice nada. Se limita a apartarse de su camino para que salga.

Nos quedamos en silencio. Él se adentra en la estancia y cierra la puerta antes de acortar el espacio entre nosotros. Entonces, sin pronunciar palabra alguna, se acuclilla delante de mí y me estudia con la mirada.

—¿Estarás bien? —pregunta, en un susurro dulce, al cabo de un rato.

—¿Tú lo estarás? —sueno preocupada hasta la mierda.

Él esboza una media sonrisa torcida y el único hoyuelo que tiene en la mejilla, resalta.

—Por supuesto. ¿Por quién me tomas?

Muy a mi pesar, sonrío.

—Por favor, no me dejes sin saber de ti mucho tiempo —pido.

—Vendré mañana —dice él—. No dejes que Gaela trate de experimentar contigo, por favor, y mantente lo más lejos que puedas de ella.

—Hablas como si supieras que va a tratar de hacerme daño.

Mikhail niega con la cabeza.

—No lo hará. Es solo que está muy asustada —suspira, con pesadez—. Te tiene mucho miedo. Quiero evitar a toda cosa cualquier clase de inconveniente. Suficiente tenemos con toda la mierda que está ocurriendo allá afuera como para tener que lidiar con una bruja fuera de sus cabales.

—Lo sé —digo, en un suspiro.

—Prométeme que vas a quedarte aquí hasta que vuelva —pide, mientras coloca sus manos sobre mis rodillas vestidas.

—Solo si tú me prometes que volverás sano y salvo.

Una pequeña risa se escapa de su garganta.

—No voy a prometerte nada porque no hay necesidad de hacerlo, Bess. No voy a morir. Eso te lo aseguro.

Quiero protestar. Quiero decir que no debe tentar de esa manera al destino, pero no lo hago. En su lugar, me muerdo el labio inferior y

trago duro. En ese instante, Mikhail ahueca un lado de mi cara con una de sus manos.

—Mantente a salvo, Cielo —susurra.

—Tú también, Miguel —susurro de vuelta.

Sus labios se curvan en una pequeña sonrisa antes de posarse sobre los míos. Nos quedamos así durante lo que parece una eternidad, pero, cuando su lengua busca la mía, el mundo debajo de mis pies desaparece.

Su caricia es lenta, profunda y pausada, y me pone la carne de gallina y los sentimientos a flor de piel.

Cuando nos separamos, Mikhail une su frente a la mía y deja escapar un suspiro entrecortado.

—Volveré pronto —dice y se pone de pie para encaminarse hacia la salida, pero se detiene cuando está a punto de abandonar la habitación.

Yo me quedo quieta, al tiempo que él me mira por encima de su hombro. Luce como si quisiera decir algo y no se atreviese a hacerlo.

Un destello de nerviosismo se apodera de sus facciones, pero no dice nada. Solo me dedica una última mirada antes girarse y desaparecer por el umbral.



## PODER

Seis de las nueve mujeres que viven en este lugar, han dicho que soy una abominación. Las otras tres —esas que no han recalcado mi condición como Sello— han dicho que soy impresionante.

Lo cierto es que no considero que ninguna de las dos definiciones tenga algo de verdad. Lo único que sé hacer —además de atraer a legiones de ángeles sedientos de guerra, justicia, destrucción y victoria divina—, es sobrevivir a la preparatoria y tratar de encontrarle algo de sentido a la locura que se ha apoderado de mi vida durante los últimos meses. A veces, cuando despierto en las mañanas y recuerdo todo lo que ha pasado últimamente, me pregunto si no lo he soñado. Si esto realmente está ocurriendo y si en verdad hay un demonio —que fue arcángel— que me vigila a sol y a sombra.

Todo esto es tan surreal. Tan... *increíble*.

Daialee no ha hecho otra cosa más que parlotear acerca de las brujas que conforman el aquelarre de su abuela desde que Mikhail se fue.

Todas ellas, por cierto, fueron convocadas por Gaela —la vieja amiga de Mikhail— para informarles acerca de mi estadía temporal en su hogar. La mayoría protestó. Argumentaron que iba a traer destrucción y caos a su delicado equilibrio energético, y más de una

se atrevió a decir que los ángeles van a matarlas a todas si descubren que me encuentro aquí.

Solamente dos brujas —y Daialee—, mostraron una aterradora emoción ante la perspectiva de tener que proteger el aquelarre de una Legión de ángeles furiosos. No me sorprende en lo absoluto que sean las tres más jóvenes de todo el clan las entusiasmadas con mi estancia aquí. Mucho menos me sorprende que sean las más intrépidas de todas.

Ahora mismo, no sé si son muy valientes o muy estúpidas.

Papá solía decir que la juventud hace valiente a todo el mundo y que, muchas veces, confundimos la estupidez con la valentía. Solía repetirme hasta el cansancio que tomase decisiones arriesgadas y valientes, pero que también fuese sabia a la hora de decidir.

En ese entonces, no estaba muy segura de qué era lo que quería decir con eso, pero ahora que veo a Daialee y a sus amigas, empiezo a comprenderlo un poco. Aún no logro decidir si me parecen impresionantes o ingenuas; pero, me gusta pensar que son valientes. Me gusta pensar que son poderosas y que por eso están tan eufóricas con la situación.

Es lo único que a lo que puedo aferrarme. Lo único que calma un poco el nudo de nerviosismo que se ha formado en mi estómago.

El ambiente en la enorme casa pasó de ser relajado y tranquilo, a tenso y nervioso. Las mujeres que antes habían estado encerradas en sus habitaciones ahora corretean por toda la casa en busca de hechizos y rituales de protección para mantener a raya *lo-que-sea-que-despido* que atrae a los ángeles.

Las cuatro brujas de edad más avanzada se han encerrado con Gaela en una habitación al fondo de la casa; más allá, incluso, de la cocina; dos más, se han instalado en la sala desigual con un montón de tomos antiguos de brujería a su alrededor. Las dos brujas jóvenes han salido al jardín para fortalecer las protecciones que han colocado alrededor del perímetro del lugar —según lo que me explicó Daialee—; mientras que ella no ha hecho otra cosa más que parlotear a mi lado acerca de lo fuertes que son todas estas mujeres.

—Gahlilea —dice, mientras señala la puerta donde se ha encerrado su abuela—, una de las brujas que se encuentra ahí dentro, con la abuela, es capaz de hablar con los «no vivos». Dicen que es ciega porque hizo un pacto con un demonio menor. Le dio sus ojos a cambio del poder para comunicarse con los errantes que vagan por la tierra en busca de paz. —Sueno entusiasmada mientras lo cuenta, así que me digo a mí misma que voy a poner atención para identificarla cuando tenga oportunidad. No debe ser difícil identificar a una bruja ciega, ¿o sí?—. La abuela nunca ha querido decirme nada acerca de eso, así que supongo que es verdad.

—¿Por qué querría alguien hablar con la gente que ha muerto? —digo, al tiempo que un escalofrío de puro terror me recorre el cuerpo.

Daialee me dedica una mirada cargada de una emoción perturbadora.

—Porque a los muertos son seres capaces de contarte secretos —dice—. Cosas que la tierra ha guardado para ella misma y que solo son perceptibles en el plano espiritual. No tienes una idea de lo que puede hacer una bruja con información como esa. Gahlilea es muy poderosa ahora.

Mi vista se clava en la puerta de madera donde han desaparecido Gaela y las brujas de edad más avanzada, y no puedo evitar preguntarme si sería capaz de renunciar a mi vista para obtener poder. Probablemente no. No soy así de ambiciosa o intrépida.

—Sueno... —«espeluznante». Quiero decir, pero no lo hago. En su lugar, pronuncio—: interesante. Perturbador..., pero interesante.

Una sonrisa salvaje se dibuja en los labios de Daialee.

—Otra de las ancianas que está ahí dentro, con la abuela, es capaz de tener visiones respecto al futuro —dice—. No son imágenes claras, según explica, pero nos ha salvado de un par de amenazas.

—¿Es algo así como una clarividente?

La chica a mi lado parece pensarlo unos segundos.

—No estoy segura. Nunca he hablado con una clarividente, así que no sé si es algo similar —dice al cabo de unos instantes.

—Suenan como un don bastante genial —musito, mientras trato de imaginar cómo sería tener esa clase de poder en las manos.

—Otra de las brujas que están ahí dentro —Daialee interrumpe el hilo de mis pensamientos—, la más joven de todas —acota—, es mi madre.

Mi atención se vuelca hacia ella en el momento en el que escucho la tristeza filtrándose en el tono de su voz, pero ni siquiera me da tiempo de preguntar nada. Se limita a girar sobre sus talones y avanzar a paso rápido en dirección a la sala.

—Sígueme... —dice sin mirarme y yo, medio aturdida, voy detrás de ella.

Los muebles de cocina son rápidamente reemplazados por el montón de estanterías de la sala y me detengo cuando la chica delante de mí lo hace.

Sin decir una palabra, recorro la estancia con la mirada y me encuentro con la visión de dos mujeres más. Ambas lucen concentradas y leen ávidamente al tiempo que comparten murmullos en un idioma desconocido para mí.

—¿Qué idioma hablan? —pregunto en voz baja para que solo Daialee sea capaz de escucharme.

—No tengo idea —Daialee responde—. La abuela dice que es una especie de dialecto, pero no sé de dónde provenga exactamente. No hablan mucho acerca de su pasado, así que es difícil saber de dónde han salido.

—¿Quiere decir que ellas solo... llegaron aquí?

Asiente.

—Hace muchos años. Yo era muy pequeña y no lo recuerdo —su ceño se frunce ligeramente—, pero nunca me han gustado demasiado. La magia que utilizan es demasiado oscura. —Sacude la cabeza en una negativa—. Simplemente, no puedes confiar en una bruja que ha traído a alguien de regreso.

—¿A qué te refieres con eso? —mi voz suena asustada y cautelosa.

—A que están ligadas.

—¿Ligadas?

Asiente una vez más.

—Se dice que puedes traer a una persona de regreso a la vida si la atas a ti —explica—. Es muy similar a ser uno solo con esa persona, ¿sabes? Es un lazo tan fuerte y único, que muy pocas veces se consolida de la manera correcta. La mayoría de las veces, la persona que trata de hacer el ritual, termina muerta; pero, cuando el enlace se logra, hace que la persona que volvió y esa a la que la trajeron de regreso, sean casi tan poderosas como un demonio menor —su voz suena un tanto asustada ahora—. El problema es que, para lograr ese ritual, tienes que recurrir a magia muy oscura. Magia demoníaca demasiado peligrosa.

—¿Quién de ellas fue la que murió? —pregunto, con un hilo de voz.

Daialee vuelve su atención hacia las dos mujeres que se comunican en un idioma extraño y desconocido.

—Dinorah —hace un gesto de cabeza hacia una de ellas—. Al menos, eso creo... —niega con la cabeza—. Los textos que he leído al respecto dicen que la persona que ha sido traída de regreso, con el tiempo pierde la poca humanidad que le queda y se convierte en un instrumento. Una vasija vacía a merced de la persona a la que ha sido atada... Y Dinorah es la más extraña de las dos. Hay algo bastante retorcido y aterrador en la forma en la que actúa. Estoy casi segura de que es ella quien murió.

El miedo se arraiga con un poco de más fuerza en mis entrañas.

—¿Debería cuidarme de ella?

Daialee no responde de inmediato.

—Creo... —comienza, con cautela—, que debes cuidarte de todas aquí. Has provocado discordia en el Aquelarre, y las discordias entre las brujas no son algo bueno.

—¿Debo cuidarme de ti también?

—¿Si te digo que puedes confiar en mí, lo harás?

—No.

Ella asiente, pero esboza una sonrisa.

—Eres una chica inteligente, entonces.

—No sé si debo correr lejos de ti ahora.

Suelta una risita ante mi comentario, pero niega con la cabeza.

—No voy a hacerte daño, Bess; pero, si quieres estar en guardia conmigo, no voy a molestarte en lo absoluto. Al contrario, lo aplaudo —me regala una mirada cálida.

Una sonrisa se dibuja en mis labios, muy a mi pesar, pero no digo nada. Me limito a mirar al par de mujeres de actitud extraña que susurran cosas que no entiendo.

Daialee toca mi brazo y hace un gesto de cabeza al cabo de unos segundos de silencio.

—Ven —dice, en voz baja—. Aún tengo que presentarte a mis chicas.

Salimos de la casa sin mediar palabra alguna y circundamos el perímetro de la propiedad hasta encontrar a las otras dos brujas restantes; esas que no me ven como una amenaza. Ambas, al acercarnos, alzan la vista a toda velocidad y posan su atención en mí.

Una de ellas —la que es rubia y tiene el cabello casi hasta las caderas— me regala una sonrisa radiante, mientras que la otra —una chica afroamericana de cabello salvaje y ojos claros— simplemente se relaja al instante.

—¡Chica! —exclama la rubia—, ¡emanas una energía bastante intensa!

Daialee sonrío.

—Te acostumbrarás —dice—. ¿Han terminado ya?

—Aún nos quedan dos círculos que reforzar —responde la rubia—. ¿Creen que sea suficiente con esto?

—No —dice la chica de piel oscura—. Definitivamente debemos hacer algo con ella y su energía.

—¿Qué sugieres, entonces? —Daialee pregunta, mientras se cruza de brazos, con expresión curiosa en el rostro.

Una chispa de algo irreconocible se apodera de la mirada de la chica afroamericana y una sonrisa se dibuja en sus labios.

—Se me ocurren muchas cosas —dice. La emoción tiñe su rostro—, pero primero debemos conseguir el libro Celta de tu abuela.

Las cejas de Daialee se disparan al cielo.



—Oh, tú, pequeña mierda —niega con la cabeza, sin dejar de sonreír—, no sabes cuánto te odio. ¿Tienes una idea del lío en el que vas a meterme si se entera de que lo hemos tomado?

En ese momento, las tres chicas ríen con una complicidad que no comprendo y una punzada de miedo me recorre de pies a cabeza.

—Terminemos con esto para averiguar qué podemos hacer con ella —la rubia hace una seña con la cabeza en mi dirección y me dedica una sonrisa amable—: Soy Karen, por cierto.

—Bess —alzo una mano a manera de saludo y esbozo una sonrisa un tanto incómoda.

—Niara —la chica de piel oscura hace una seña mientras se presenta y trato de lucir casual y despreocupada cuando hago un gesto hacia ella.

—Entonces, ¿qué? —Daialee retoma el hilo de su conversación—, ¿lo haremos?

—Por supuesto —dice Niara, con expresión salvaje y entusiasmada.

—Será divertido —Karen asiente, al tiempo que Daialee suelta una risita nerviosa.

—No se diga más —Daialee sonrío—. Terminemos aquí para poder ir a meternos en un jodido problema más.



No puedo dormir.

A pesar del ritual que hicieron las nueve brujas a mi alrededor, del amuleto que Daialee, Karen y Niara me dieron, y la enorme cantidad de protección que las brujas pusieron alrededor de su propiedad, no puedo dormir.

Es como si algo se hubiese encendido dentro de mi cabeza y me impidiera cerrar los ojos. Como si una presión incómoda se hubiese instalado sobre mis hombros y me impidiese relajarme por completo.

Dentro de la habitación de Daialee el aire se siente denso y pesado, y me cuesta respirar de forma adecuada. Estoy asustada hasta la

mierda. No puedo dejar de pensar en Mikhail, en Dahlia, en Nate y en todo el caos que ha rondado mi vida las últimas doce horas.

Tampoco puedo dejar de darle vueltas a la historia que me contó la nieta de Gaela acerca de Mikhail, y tampoco puedo sacar de mi mente el hecho de que Gabrielle y él tuvieron algo.

Sé que no debería sentirme como lo hago respecto a eso. Sé que, de todas las malditas cosas en las que podría estar pensando ahora mismo, esa es, precisamente, la más ridícula de todas..., pero no puedo evitarlo.

Sé que debería estar angustiada y preocupada porque los ángeles han invadido la ciudad para buscarme; pero estoy aquí, recostada en una cama desconocida, sin poder dejar de torturarme con la imagen de él besándola del mismo modo en el que me besa a mí.

Cierro mis ojos con fuerza y tomo una inspiración profunda.

«Deja de darle vueltas a eso, Bess», me reprimo. «No ganas nada. No tiene caso que lo pienses tanto».

Dejo ir el aire con lentitud y me acomodo sobre mi costado mientras trato de conciliar el sueño.

Me toma unos minutos empezar a sentir la pesadez provocada por el cansancio. Mis párpados se cierran y mis extremidades se sienten lánguidas y relajadas, al tiempo que la cómoda somnolencia se hace cargo de mi cuerpo.

Entonces, un grito lo invade todo.

Los vellos de mi nuca se erizan debido al terror y, de pronto, estoy despierta. *Tan* despierta, que soy plenamente consciente de lo mucho que tiemblo y de lo acelerado que está mi corazón.

Los pasos de alguien subiendo las escaleras a toda velocidad me ponen la carne de gallina y me incorporo de golpe en la cama cuando alguien grita algo incoherente justo en el pasillo.

Segundos después, el silencio lo invade todo.

Me quedo quieta.

Trato de escuchar más allá del sonido de mi respiración y el golpeteo intenso de mi pulso detrás de mis orejas, pero nada más viene a mí. No soy capaz de percibir nada.

Mi vista barre la habitación con lentitud, y el espacio desconocido y silencioso lo único que consigue es incrementar la sensación de horror que me invade.

La quietud se ha apoderado de todo el lugar, pero se siente erróneo. Algo va mal. Sé que algo marcha terrible. Puedo sentirlo.

Me pongo de pie al cabo de unos instantes más y avanzo con mucha lentitud hasta la puerta cerrada. No sé qué diablos estoy haciendo, pero no me detengo de todos modos. Sigo caminando hasta que el material de la entrada se interpone entre el pasillo y yo. Mi respiración es irregular para ese momento. Estoy tan asustada, que mi corazón y mis pulmones se sienten agitados y doloridos. A pesar de eso, no dejo que el miedo me paralice. Al contrario, me obligo a tomar la perilla entre los dedos, para girarla y abrir la puerta con mucho cuidado de no hacer ruido.

Estoy frente al pasillo y mi corazón se estruja en ese instante. Está demasiado oscuro. Demasiado silencioso.

Trago duro.

Quiero llamar a Daialee, pero no lo hago. No puedo hacerlo. No cuando una parte de mi cerebro que me grita que debo guardar silencio y salir de aquí. No cuando el instinto me grita que debo escapar.

«¡Deja la paranoia y vuelve a la cama!», digo para mí misma, pero, presa de una determinación que no sabía que poseía, avanzo por el pasillo con la mayor cautela que puedo.

Mis pies descalzos son silenciosos mientras dirijo mis pasos en dirección a las escaleras. Para este punto, no estoy muy segura de haber soñado o no lo que escuché. No sé si solo estoy siendo una ridícula o realmente hay algo de qué preocuparse.

Estoy a punto de llegar al estrecho pasillo de las escaleras. Escasos metros me separan del inicio del descenso, cuando ocurre.

Los vidrios de toda la estancia estallan de manera estruendosa, seguido de los jarrones y vasijas que se encuentran sobre todos los muebles. El mundo de cristal que es esta casa se despedaza ante mis ojos y un grito ahogado se me escapa.

Me toma unos instantes reaccionar y tratar de cubrirme la cabeza con mi brazo sano, mientras me agazapo en el suelo; pero, aun así, puedo sentir el ardor y el escozor de los vidrios rozándome las piernas y los brazos. Alguien grita el nombre de Gaela al final del pasillo, un segundo antes de que el sonido atronador similar al de una trompeta lo invada todo.

«¡Muévete!», grita la parte activa de mi cerebro y me obligo a empujarme para ponerme de pie.

Apenas tengo tiempo de alzarme, cuando decenas de figuras luminosas se adentran por las ventanas a toda velocidad.

—¡Bess! —alguien grita a mis espaldas, y siento como tiran de mí apenas unos instantes antes de que *algo* pase a centímetros de mi cabeza—. ¡Corre!

Reconozco la voz de Daialee, pero ni siquiera me giro para mirarla. Me limito a moverme lo más rápido que puedo.

Estamos corriendo. Corremos escaleras abajo y me tomo un instante para mirar hacia arriba, hacia el caos de luces que ha invadido la planta superior. Un grito de miedo amenaza con escaparse de mis labios cuando observo como las figuras luminosas comienzan a tomar forma humana, justo como hicieron las sombras —los Grigori— cuando me atacaron en la fiesta de Phil Evans.

—Mierda... —el pánico en la voz de Daialee me hace saber que ella también los ha visto transformarse—. ¡Vámonos de aquí, Bess! ¡Más rápido!

Entonces, acelero el paso.

Estamos en la planta baja. Daialee corre justo detrás de mí y el caos retumba en la planta superior. En ese momento, otro estallido resuena, pero esta vez, es aquí, en la planta baja. Centenares de jarrones estallan a nuestro alrededor y siento como soy empujada hasta caer al suelo segundos antes de que una lluvia de cristales caiga sobre mí. Otra explosión lo invade todo y un grito horrorizado se escucha a lo lejos.

—¡Ya vienen! —el chillido aterrorizado de una voz vagamente familiar me hace avanzar a gatas por toda la estancia.

—¡Mikhail! —pido a la nada y me corrijo a mí misma—: ¡Miguel!, ¡Miguel, por favor...! ¡Por favor, ven!

Pero nada ocurre.

—¡Vamos! —Daialee dice, y asiento sin dejar de murmurar una y otra vez el nombre real de Mikhail.

Estamos llegando a la cocina cuando me atrevo a echar un vistazo rápido hacia atrás. Es apenas un segundo el que me permito mirar, pero, cuando lo hago, me arrepiento.

Un ángel se cierne sobre Karen, quien viene justo detrás de nosotras y, sin más, algo la atraviesa de lado a lado. En ese momento, la sangre empieza a manchar su camión de dormir. Un grito de puro terror se construye en mi garganta cuando veo a la bruja detenerse en seco y toser un líquido espeso de color carmesí.

Daialee ha dejado de correr. Se ha detenido para gritar el nombre de su amiga. Esa que ha comenzado a desangrarse debido a una herida mortal provocada por un arma invisible a nuestros ojos.

Lágrimas de pánico se acumulan en mis ojos, pero tiro del brazo de la chica que no ha hecho más que tratar de cuidarme y la obligo a avanzar a toda velocidad hasta llegar al patio.

Los gritos dentro de la casa me ponen la carne de gallina, y la culpa y la ira se arremolinan en mi pecho a toda velocidad.

Daialee grita por su abuela y su madre, por Karen y Niara. Grita por todo lo que le ha sido arrebatado por mi culpa y la oscuridad se cuele en mis huesos.

Un puñado de ángeles sale de la casa que se encuentra justo detrás de nosotros, y se acercan a toda velocidad.

«No. Ellos no pueden hacer esto. No pueden ganar tan fácilmente», mi mente viaja a toda marcha. «Ellos no pueden hacer esto. No tienen el derecho».

Lágrimas furiosas se me escapan y siento cómo mi pecho se llena de algo desconocido y doloroso.

Ira cruda y cegadora me invade por completo y entonces, grito. Grito con todas mis fuerzas y la tierra se cimbra debajo de mis pies; y el mundo entero se detiene durante unos instantes, antes de que

decenas de alaridos torturados de voces desconocidas lo invadan todo.

Las figuras luminosas que sobrevuelan por encima de mi cabeza, junto con las que se acercan a toda marcha, caen con estrépito en el suelo y comienzan a deshacerse, mientras mis pulmones arden y escuecen.

Caigo sobre mis rodillas.

Mi cuerpo entero tiembla debido al coraje incontenible. Un sonido aterrador e inhumano se me escapa y todo es difuso a mi alrededor.

Algo caliente corre por mis muñecas y un sollozo brota de mi garganta, antes de que el llanto se haga cargo de mis emociones.

Entonces, me detengo.

El grito muere en mis labios y caigo al suelo con tanta fuerza, que mi cabeza rebota contra el pasto húmedo.

Estoy aturdida, adolorida y mareada, así que me aovillo en el suelo y lloro. Llora hasta que todo vuelve a su lugar. Hasta que todo vuelve a su posición y unas manos cálidas tiran de mí. Hasta que soy retirada de la hierba húmeda para ser acunada con cuidado contra algo firme y cálido.

—E-Ella... —alguien balbucea—. Ella los... l-los..., Oh, Dios mío. ¡Ella *los mató!*

—Necesito que te quedes aquí mientras inspecciono adentro —la familiar voz ronca invade mis oídos y sé que es Mikhail—. Si alguien allí dentro logro esconderse...

—No —es Daialee quien habla. Puedo reconocerla ahora—. N-No quiero quedarme aquí con ella. No puedo. Yo no... Y-Yo...

—No va a hacerte daño —Mikhail la interrumpe—. Bess no es capaz de hacerle daño a nadie.

Se hace el silencio.

Quiero decir algo, pero no puedo moverme. Estoy paralizada por completo en los brazos del demonio que no deja de protegerme.

«¿Por qué no puedo moverme?».

—De acuerdo —Daialee dice, finalmente—. Me quedaré con ella.

—Bien —Mikhail habla y siento como me deposita en el suelo con mucho cuidado—. Ahora regreso. No tardaré demasiado.



## ABANDONO

Una mano grande y cálida ahueca un lado de mi rostro y, en ese instante, doy un brinco en mi lugar. Me aparto, medio asustada y medio aturdida, pero el tacto no se va. No vacila ni un segundo.

Me toma un momento registrar que Mikhail está acucillado frente a mí y que es su mano la que me toca. El nudo que se ha instalado en mi garganta desde que abandonamos el viejo patio de la casa de las brujas, se aprieta un poco más. Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando noto cómo estudia mi rostro con preocupación, pero no aparto la vista. No dejo de mirarlo directo a los ojos.

—¿Cómo te sientes? —su voz es un susurro ronco y profundo, y las ganas que tengo de echarme a llorar aumentan.

Me abrazo a mí misma con mucha fuerza.

—¿Qué pasó? —evado su pregunta con otra y él aprieta la mandíbula antes de tragar duro. Soy consciente del sonido desgastado y rasposo que tiene mi voz.

—¿No lo recuerdas?

—No —digo, pero la realidad es que sí lo hago.

Recuerdo haber estado aterrada —y furiosa—. Recuerdo a los ángeles matando a las brujas en su propia casa, a la abuela y la madre de Daialee, quienes se encontraban dentro cuando su pequeño mundo colapsaba; recuerdo, también, a Karen —la joven bruja que



fue asesinada frente a mis ojos—, y también soy capaz de evocar las decenas y decenas de ángeles cayeron al suelo y se desintegraron cuando... bueno, es aquí donde las cosas se ponen complicadas, porque no sé qué fue lo que pasó con ellos en realidad.

Además de ese pequeño detalle, todo lo demás lo recuerdo vívidamente.

Mikhail estudia mi mirada unos segundos más antes de hablar de nuevo:

—¿No recuerdas ni siquiera un poco de lo que pasó, Bess?

—Recuerdo a los ángeles —le concedo—. Recuerdo que nos seguían. —Hago una pequeña pausa—. Y también recuerdo que estaba furiosa.

Él asiente antes de apartar su mano de mi rostro para girarse a encarar a toda la gente que se encuentra en la reducida estancia en la que estamos instalados.

Después de que Mikhail salió del aquelarre con tres brujas a cuestas, nos subió a un taxi y nos trajo al lugar donde vive. Al llegar aquí, lo primero que hizo fue depositarme sobre su cama —porque aún no podía moverme—, colocar torniquetes en las heridas abiertas de mis muñecas y dar órdenes expresas a las brujas de no acercarse a mí si no querían morir de manera lenta y dolorosa. Entonces —solo entonces—, se marchó y no regresó hasta unas horas después.

En el transcurso de ese tiempo, no me moví. Y no porque no pudiera hacerlo, sino porque sabía que las brujas estaban pendientes de cada uno de mis imperceptibles movimientos: el parpadeo de mis ojos, el subir y bajar de mi pecho con mi respiración acompasada, las lágrimas silenciosas deslizándose por el puente de mi nariz hasta el colchón mullido...

Nadie dijo nada.

Las cuatro brujas sobrevivientes —Daialee, Niara y las dos mujeres ligadas— se sumieron en un silencio sepulcral hasta que Mikhail —seguido de cuatro personas más— apareció de nuevo.

Entonces, el caos comenzó.

Las acaloradas discusiones, los tonos elevados de voz, el llanto de Daialee, la ira desmedida en las voces de las brujas atadas... Todo me llevó a deslizarme por la cama, fuera del alcance de todo mundo, hasta aovillarme en un rincón de la estancia; fuera del campo de visión de todas estas personas.

No fue hasta ahora que los ánimos se calmaron, que Mikhail se dispuso a buscarme. No tardó mucho en dar conmigo. ¿Cómo iba a hacerlo cuando su improvisado apartamento es apenas un poco más grande que la sala del apartamento de Dahlia?

—¿Estás segura de que eso es todo lo que recuerdas? —pregunta. Su voz acompasada y tranquila, sacándome de mis cavilaciones.

Yo asiento, sin poder pronunciar nada en lo absoluto. Él aprieta la mandíbula y trata de ayudarme a incorporarme, pero no dejo que lo haga. Lucho contra su agarre y me aovillo aún más en mi pequeño rincón de seguridad. En ese pequeño espacio de universo que he convertido en mi fortaleza imaginaria.

—Bess, por favor —pide, cuando trata de alcanzarme y lo empujo lejos.

—No —mi voz es un susurro lastimero.

—No te comportes de así, bonita —dice, con lo que pretende ser un tono de voz duro—. No necesitamos esto ahora mismo.

—¡No! —me alejo otro poco cuando intenta ponerme de pie a la fuerza, y él suelta una maldición frustrada.

—Déjala tranquila —una voz desconocida resuena detrás de Mikhail—. No podemos correr el riesgo de que atente contra nosotros.

El demonio de los ojos grises vuelca su atención hacia el lugar de donde la voz proviene.

—Ella no es capaz de hacerle daño a nadie —escupe, con violencia.

—No me lo tomes a mal, Miguel —dice otra voz. Esta suena vagamente familiar—, pero desintegró a más de veinte ángeles al mismo tiempo. Los *absorbió* ¿Qué te hace pensar que no va a hacer lo mismo con nosotros?

—¿Quieres cerrar la boca? —Mikhail espeta y se pone de pie antes de darme la espalda, en un gesto protector—. No te traje aquí para

crear discordia. Bess es incapaz de dañar a alguien. No olvides que el verdadero problema está allá afuera y que tiene a un ejército de ángeles a su servicio.

—Vamos a calmarnos todos por aquí —mi vista se alza de golpe en ese momento y mi estómago se aprieta cuando alguien se abre paso para llegar a mí.

Los ojos claros, el cabello ondulado y las cejas espesas de Axel se dibujan en mi campo de visión cuando se acuclilla para quedar a mi altura y quiero envolver mis brazos alrededor de sus hombros para estrecharlo con fuerza. Quiero decirle que es un idiota por haber dicho que debía superar la muerte de mi madre de una manera tan cruel y quiero confesar cuánta falta me ha hecho su compañía estos últimos días.

—Axel... —mi voz es un susurro ronco y entrecortado.

—No puedes simplemente mantener un perfil bajo, ¿no es cierto? —niega con la cabeza con aire reprobatorio, pero una pequeña sonrisa ha comenzado a dibujarse en las comisuras de sus labios—. Tienes que hacer todo un jodido espectáculo para probar que eres un sello apocalíptico y ponernos a todos a temblar. ¿Es que acaso te gusta el protagonismo?

—L-Lo siento —susurro, en medio de un sonido estrangulado y, así, sin más, un montón de lágrimas se me escapan.

—No, no, no, no. —Axel me señala con su índice, como quien reprime a un niño pequeño—. No te atrevas a ponerte toda llorona. No eres una chica bonita, Bess. No puedes darte el lujo de llorar cuando no eres guapa. ¡Mira nada más cuán roja te has puesto! —chasquea la lengua—. Venga ya que se te arruga el gesto y te salen líneas de expresión.

Una pequeña risa se me escapa en ese instante, pero no puedo dejar de llorar como una idiota.

—N-No sé cómo lo hice —digo, entre gimoteos patéticos—. No sé qué fue lo que pasó.

Axel suspira con pesar.

—¿No sabes qué fue lo que pasó? —me mira con aire orgulloso—. Yo te lo diré. —Hace una pausa para sentarse con las piernas cruzadas frente a mí—. Pasó que le salvaste el puto culo a todas las brujas malagradecidas que están en este lugar. —Suena severo, pero amable al mismo tiempo y sé, en ese momento, que habla tanto para ellas, como para mí—. Pasó que te salvaste el pellejo a ti misma y, además, absorbiste la energía de más de una veintena de ángeles. Literalmente, redujiste su existencia a casi nada, amor. —Me regala una sonrisa radiante—. Les sacaste la mierda, Bess, y estoy muy orgulloso de ti por eso.

—Pero...

—Pero nada —me interrumpe—. Eres una jodida *pateaculos* y punto. Quien se atreva a decir lo contrario, puede venir a mamarme un hue...

—Axel... —Mikhail lo interrumpe, con aire medio divertido y medio autoritario, y el demonio frente a mí rueda los ojos al cielo. Entonces, se arrodilla para acercarse un poco más a mí.

—Quiero pedirte una disculpa, Bess —dice, en voz tan baja, que apenas puedo escucharlo—. Mikhail me explicó que, para ustedes, los humanos, la pérdida de alguien cercano es bastante dura de llevar. —Se encoge de hombros—. Yo no tenía idea de cuánto podía afectarte y, *sí*, estaba molesto contigo por la actitud de mierda que estabas teniendo, pero... —niega con la cabeza—. Solo quiero que sepas que lo lamento. Siento mucho haber sido un imbécil. —Me regala una sonrisa suave—. No lo hice con el afán de herirte.

Las lágrimas brotan con energías renovadas y aprieto mis manos contra mi regazo para reprimir el impulso que tengo de envolver mis brazos a su alrededor. No sé cómo pueda afectarle mi toque, así que prefiero no tentar a mi suerte. No soportaría lastimarlo a él también.

—Lamento haber sido una perra contigo —digo, una vez que puedo dominar a mis cuerdas vocales.

—Eres una perra conmigo todo el tiempo —él bromea, al tiempo que rueda los ojos al cielo—, pero ya estoy acostumbrado, cariño. No hay rencores.

Otra risa se me escapa mientras que limpio la humedad de mis mejillas.

—Eres un idiota —mascullo.

Él suelta una pequeña risa aliviada.

—Esa es la chica que me agrada —dice, en voz suave y amable—. Comienzas a sonar como la Bess que yo conozco una vez más.

Otra carcajada corta brota de mi garganta, mientras me obligo a recomponer mi gesto antes de ponerme de pie. La mirada de todo el mundo está fija en mí, pero yo demoro mis ojos en el suelo unos segundos para armarme de valor.

Entonces, cuando estoy lista, alzo la mirada y toda mi sangre se agolpa en mis pies cuando la veo.

Gabrielle está aquí, recargada contra una de las paredes de la estancia, con los brazos cruzados sobre el pecho, y expresión cautelosa y calculadora. Su mirada y la mía se encuentran durante unos tensos instantes, pero termino desviándola para mirar a la otra figura que se encuentra de pie junto a ella.

Es un hombre y viste completamente de negro. Lleva una capucha que le cubre la mayor parte de la cara, pero sé que está mirándome. Su piel morena contrasta con la claridad de la piel de Gabrielle y la energía pesada y densa que emana me mareo un poco. No sé por qué no la percibí antes, pero es tan intensa ahora, que eclipsa el calor que emana Gabrielle.

—¿Qué hace ella aquí? —pregunto, sin poder evitarlo.

—Eso mismo quisiera saber yo —bufa Axel a mi lado.

La arcángel solo nos mira con aire aburrido y condescendiente.

—Gabrielle está aquí porque me ha dado información valiosa. Del tipo que cambia todo por completo.

—¡Sí, claro! —Axel escupe—. Casualmente, el arcángel que te traicionó te ha buscado para darte información valiosa. Es obvio que algo está tramando. Creí que eras ingenuo, Miky, pero has demostrado que eres un completo idiota.

—¿Arcángel? —la voz de Daialee suena baja y tímida, pero noto la sorpresa en ella de todos modos—. Dios mío, ¿en qué nos hemos

metido?

—¿Quieres cerrar la boca? —sisea Niara a su lado.

—Todo esto es culpa de tu abuela —habla una de las brujas atadas.

—No puedo creerlo —masculla Gabrielle, con expresión fastidiada.

—¡Esto es horrible! —se queja Axel.

—¿Podemos dejar de perder el tiempo? —dice el encapuchado junto a Gabrielle, y todos comienzan a murmurar protestas y quejas.

—¡Silencio! —Mikhail habla en voz de mando y todos enmudecen. Sus brazos están firmemente acomodados a sus costados y su expresión es más severa que nunca. Jamás había visto esa clase de tensión en sus hombros, ni ese peso furioso en su ceño fruncido.

Su mirada barre la estancia con lentitud y posa su atención en cada uno de los presentes durante un largo momento. Entonces, me mira. El enojo en sus ojos se relaja un poco cuando lo hace, pero no lo suficiente. Sigue luciendo salvaje y molesto a pesar de la manera en la que me mira.

—Tenemos un problema muy grande aquí —dice, cuando posa su atención de vuelta en la pequeña multitud—. Los ángeles están fuera de control. La ciudad está atestada de ellos. No hay rincón donde no sobrevuelen. Se comportan como lobos en plena cacería.

—Saben que Bess está aquí —Axel musita y mi corazón se aprieta con violencia.

—No —Mikhail habla y le dedica una mirada a Gabrielle, como si estuviese pidiéndole permiso para continuar. Ella le regala un asentimiento suave y algo escuece en mi interior. Una absurda sensación de hundimiento comienza a apoderarse de mí con la pequeña conversación secreta que han tenido con la mirada—. Están aquí... por mí.

La atención de todos se posa en él y la confusión se apodera de mis sentidos.

—¿Qué? —mi voz es un susurro incrédulo.

—¿A qué te refieres? —Axel también habla—, ¿cómo que están aquí por ti?

Mikhail observa a Axel un largo momento. No me pasa desapercibido el hecho de que ha evadido mi mirada deliberadamente.

—Me topé con Gabrielle después de que volví del Inframundo. Venía con él —hace un gesto hacia el tipo de aspecto sombrío y rostro cubierto—: Dijeron que tenían que hablar conmigo y no dejaron de seguirme hasta que accedí a escucharlos. —Hace una larga pausa—. Rafael ha mandado a todo el mundo a cazarme.

—Pero ¿por qué? —mi voz es apenas un susurro audible.

El chico de los ojos grises baja la vista. Sigue evitando mis ojos.

—¿Alguien aquí puede hablar de una maldita vez? —Axel escupe, al cabo de unos segundos de tenso silencio—. Esto está poniéndome de los nervios.

Gabrielle desvía la mirada en ese momento.

—La caída de Miguel era algo que ya estaba escrito —dice el hombre de la capucha, en voz firme y serena—. Algo dentro de los planes del Creador.

Mi ceño se frunce ligeramente.

—¿A qué te refieres con eso? —la voz de Axel es cada vez más ansiosa.

El tipo posa su atención en el ícubo.

—Me refiero a que el Creador ya sabía que Miguel iba a ser traicionado y lo permitió porque tiene otros planes para él —dice, con aire calmado y resuelto.

Mi corazón acelera su marcha con sus palabras, pero no logro conectar todos los puntos en mi cabeza.

—¿Qué clase de planes? —Axel pregunta y yo aprieto los puños para aminorar la ansiedad que ha comenzado a hacer estragos en mí. Al no recibir respuestas de nadie, el ícubo mira hacia el demonio de ojos grises y pregunta, con aire herido—. ¿Mikhail? ¿Qué está ocurriendo?

Él lo encara. Un montón de emociones surcan sus facciones y noto como su nuez de Adán sube y baja cuando traga con dureza.

—No es algo que podamos hablar ahora mismo —dice—. Necesitamos resolver primero todo el asunto de Bess, para luego...

—No —mi voz se abre paso en el silencio y todas las miradas se posan en mí—. ¿Qué está pasando, Mikhail? ¿Qué es lo que nos estás ocultando?

Solo hasta ese momento, me mira. Sus ojos son cautelosos, arrepentidos... agónicos.

—Bess, por favor.

Niego con la cabeza.

—¿Por qué diablos nunca me dices nada? —el coraje y la impotencia hacen mella en el pequeño oasis de tranquilidad que he tratado de formar a mi alrededor.

—Creo que lo mejor es que nos vayamos —Gabrielle habla en dirección al tipo encapuchado—. Tenemos que intentar contactar con el Creador y ver qué es lo que está planeando Rafael —su atención se fija en Mikhail y dice—: ¿Quieres que nos hagamos cargo de las brujas?

—No —él niega con la cabeza—. Axel las llevará a un lugar seguro —mira al íncubo y hace un gesto hacia las mujeres que se encuentran amontonadas en un rincón de la estancia—: ¿Podrías...?

Axel luce decepcionado y herido por un momento, pero no dice nada. Solo asiente y deja escapar un suspiro mientras se encamina hacia las brujas. Ellas, en silencio, se ponen de pie de donde se encuentran y se preparan para abandonar la estancia.

En ese momento, me pregunto cómo es que las brujas son capaces de ver a Axel si él es un demonio menor, pero descarto la duda de inmediato, ya que el porqué es obvio: pueden verlo porque ellas son seres con habilidades fuera de lo común.

Todos los presentes se apiñan en la entrada, dispuestos a marcharse, cuando el hombre del rostro cubierto se detiene y se vuelve hacia Mikhail.

—No puedes darle más tiempo, Miguel —dice—. Sabes que no puedes inmiscuirte en esto. Por muy encaprichado que te encuentres,



lo mejor es que acabes con todo. Por tu bien y por el de todos los que te rodean.

No hace falta que diga más. Sé que habla sobre mí. Sobre lo que tiene conmigo y lo que hice hoy con esos ángeles.

—Manténganme al tanto de todo —Mikhail ignora por completo lo que el encapuchado ha dicho, pero la tensión en sus hombros delata cuánto le han afectado sus palabras.

El hombre asiente una vez, sin mostrarse molesto por la evasión del demonio de ojos grises, y sale de la estancia justo cuando Gabrielle nos dedica una última mirada. Entonces, sin decir una sola palabra más, se marcha y Mikhail cierra la puerta detrás de ella.

El silencio se apodera del ambiente en ese momento y me quedo aquí, de pie detrás de él, con la vista fija en su nuca. Él no hace nada por mirarme.

Se siente como si una brecha hubiese comenzado a abrirse paso entre nosotros. Como si las pocas horas que estuvimos separados, hubiesen hecho estragos irreparables en el vínculo que hemos creado poco a poco.

—¿Vas a decirme qué es lo que está pasando o voy a tener que averiguarlo por mi cuenta como siempre? —sueno más molesta de lo que pretendo, pero es el único tono de voz que puedo manejar ahora mismo.

Mikhail mira por encima de su hombro y noto cómo deja escapar un suspiro antes de girarse para encararme.

Su mirada grisácea se fija en la mía y un nudo se instala en la boca de mi estómago.

—Siéntate —pide, pero no lo hago. Me quedo de pie sin apartar la vista de la suya.

Él cierra los ojos unos instantes y aprieta la mandíbula antes acortar la distancia que hay entre su cuerpo y la cama. Entonces, se sienta al filo del colchón. Una respiración profunda es tomada por su nariz.

—¿Quién era ese tipo? —hablo, pero suena más como una exigencia que como una simple pregunta.

—Su nombre es Ashrail —dice, en voz baja y cansada.

—¿Es un ángel?

—No.

—¿Es un demonio, entonces?

Una pausa.

—No —los ojos de Mikhail se posan en mí una vez más, pero demora unos segundos en continuar—: Es algo justo a la mitad.

Mi ceño se frunce en confusión.

—¿Algo a la mitad?

Asiente.

—Ash es el Ángel de la Muerte, Bess —dice—, y aunque su nombre sugiera que es un ser divino, lo cierto es que no. Hay partes angelicales y demoníacas en él. Es el punto intermedio entre ambos universos.

Guardo silencio unos instantes para procesar sus palabras.

—¿Y qué hace el Ángel de la Muerte involucrado en todo esto? —pregunto, cuando me siento lista para hacerlo, y mi voz es un susurro inestable y tembloroso.

Mikhail toma una inspiración profunda.

—Bess, necesito que te sientes —dice—. No voy a contarte nada si no lo haces.

Una risa cargada de irritación e ironía se me escapa, pero accedo a sentarme a regañadientes. Las heridas en mis muñecas duelen cuando me muevo con brusquedad, pero no se lo hago notar.

—Cuéntamelo todo —escupo—. Soy toda oídos.

Mikhail se frota el rostro con las manos, antes de dejar escapar un suspiro. Entonces, comienza:

—Después de que te dejé en el aquelarre, fui al Inframundo a buscar al Supremo. No lo encontré, así que traté de localizar a los príncipes, pero ninguno de ellos estuvo dispuesto a dedicarme unos minutos. Fue entonces, decidí buscar respuestas en otro lugar —dice—. Mi plan era ir a buscar a una vieja conocida mía. Una clarividente poderosa que siempre ha sido capaz de advertirme de la tragedia antes de que ocurra. —Su vista se posa en el suelo—. Estaba a punto de llegar con ella, cuando Gabrielle y Ashrail me abordaron.

Guarda silencio unos instantes.

—Ash fue quien logró convencerme de hablar. —Otro silencio—. Me dijo que él sabía quién me había traicionado y eso... Eso fue lo suficientemente atractivo para mí como para acceder a escuchar lo que tenían que decir.

—¿Y qué fue lo que dijeron? —mi voz es apenas audible.

—Dijeron que El Creador les había enviado a buscarme. Dijeron que Él sabía que yo no había hecho una mierda de lo que se me acusaba, pero que me dejó caer porque tenía otros planes para mí.

—¿Cómo es que sabes que no te están mintiendo? —suelto, en un susurro—. ¿Qué clase de planes?

Me mira a los ojos.

—Sé que no mienten, Bess. Ellos... Ash... —se detiene—. Ashrail no tiene interés alguno en inmiscuirse en discordias o esas mierdas que existen entre los ángeles. Es la clase de criatura que no se toma la molestia de ir a buscar a alguien a menos que sea algo sumamente importante. Ash es más importante, incluso, que muchos ángeles de Primera Jerarquía.

No quiero creer lo que dice. No quiero siquiera imaginar qué es lo que ese tipo ha dicho para hacer que Mikhail evite mirarme del modo en el que lo hace.

—Tú misma has escuchado lo que todo el mundo dice —Mikhail continúa, con la voz entrecortada por las emociones—. Has oído lo que Gaela ha dicho sobre mi aroma.

En ese momento, recuerdo esa conversación que tuve con Axel en la que me dijo que el aroma de Mikhail era diferente al de un demonio. En ese momento, recuerdo lo que ocurrió esta mañana, cuando fue capaz de percibir la agitación de los ángeles cuando se supone que no debía hacerlo.

—Estoy cambiando, Bess —dice en voz baja—. Estoy transformándome en algo y no es precisamente en un demonio. Al principio no lo creía, pero... —niega con la cabeza—, todo esto —se señala a sí mismo—: Mi conexión con los ángeles, mi aroma

diferente, los sentimientos que no deberían de existir en mí porque se supone que soy un demonio...

—¿Estás volviendo? ¿Estás volviendo a ser un *arcángel*?

—Sí... —susurra, con la voz enronquecida—, y no. —Niega con la cabeza—. Estoy llegando a un punto justo a la mitad. —Me mira a los ojos—. Un punto que se encuentra a medio camino entre un ángel y un demonio. Algo como... —se detiene unos instantes, como si a él mismo le costase trabajo hacerse a la idea de lo que está ocurriéndole—. Algo como lo que es Ash. Un ser en la línea divisoria entre el Cielo y el Infierno.

Mi aliento se atasca en mi garganta.

—¿E-Eres un Ángel de la Muerte? —apenas puedo hablar.

Mikhail niega con la cabeza.

—No —dice—. Solo hay un Ángel de la Muerte —explica—. No sé cuál demonios será mi función. Quiero pensar que la sabré una vez que llegue el momento de ser completamente eso que se supone que debo ser. Lo único que sé, es que está ocurriendo, Bess. Lo siento en cada célula de mi cuerpo. Sé que no soy un demonio. *Ya no*.

Sus palabras caen como un balde de agua helada sobre mí, pero no puedo hablar. No puedo hacer otra cosa más que mirarlo a los ojos.

—Rafael fue quien me traicionó —la voz del demonio frente a mí suena ansiosa—. Me traicionó y ahora se ha vuelto loco buscándome porque se ha enterado de que estoy transformándome. Ha dado la orden expresa de darme caza. No sé qué mierda le ha metido al ejército en la cabeza, pero todos están tratando de asesinar me.

La información se asienta en mi cerebro, pero no logro procesarla del todo. No cuando lo único en lo que puedo pensar, es que Mikhail no es un demonio y, por ende, no tiene obligación alguna de protegerme. No forma parte de sus intereses el cuidar de mí, porque tiene su lugar asegurado allá arriba, en su mundo. En ese que tanto ha extrañado.

—Vas a reclamar tu lugar. —Sueno temblorosa e inestable, cuando caigo en la realización de este hecho. Él guarda silencio y un nudo se forma en mi garganta. Tengo que tragar varias veces antes de volver a

hablar—: ¿Qué...? —trago de nuevo—. ¿Qué va a pasar conmigo? ¿Vas a...? —«¿Vas a dejarme?». Quiero pronunciar, pero no puedo hacerlo —. ¿Alguien va a...? —dejo escapar el aire para inhalar fuerte una vez más. Estoy a punto de hiperventilar—. ¿Alguien va a tomar tu lugar?

La mandíbula de Mikhail se aprieta.

—Probablemente —dice, después de otra pausa larga y tortuosa.

—Oh... —digo, porque no sé qué otra cosa decir. Porque estoy a punto de echarme a llorar una vez más.

Él tampoco dice nada. Se limita a mirarme con expresión arrepentida y angustiada.

—Bess, no tienes una idea de cuánto anhelé esto —dice, al cabo de un rato, y sus palabras terminan de romperme.

Mi pecho quema y escuece. Mis manos tiemblan y las lágrimas se agolpan en mis ojos una vez más.

«No llores, Bess. No llores».

—Felicidades, entonces —apenas puedo pronunciar.

Él da un paso hacia mí, pero yo me alejo dos. Su expresión dolida no hace más que acrecentar el hueco que se ha comenzado a desgarrar en mi pecho.

—Voy a cuidar de ti hasta que El Supremo envíe a alguien —se apresura a decir y una risa amarga se me escapa. Un par de lágrimas también lo hacen.

—¡Vaya! ¡Qué considerado de tu parte! —el veneno tiñe mi voz y, un segundo después, un sonido similar al de un sollozo se me escapa.

—Bess... —se acerca de nuevo.

—¡No! —mi voz se eleva apenas un poco y todos los muebles a mi alrededor se arrastran cerca de un metro lejos de donde me encuentro. La expresión de Mikhail baila entre el asombro y la angustia—. No te me acerques, por favor.

—¿Por qué no lo entiendes? —su mirada suplicante lo único que hace es acrecentar la mezcla de dolor y coraje que se arremolina en mi pecho.

—Entender, ¿qué? —escupo, con violencia—. ¿Que lo único que hacías conmigo era divertirme? ¿Que ahora que has conseguido algo

mejor vas a largarte? ¿Que todo lo que pasó no significó una mierda para ti? ¿Que soy tan insignificante que te importa un reverendo pepino si muero o no? —las lágrimas son incontenibles ahora—. No te preocupes, Miguel —suelto, con amargura—. Lo entiendo perfectamente.

No le doy tiempo de responder. No le doy tiempo de hacer nada más que mirarme avanzar a toda velocidad hasta el baño de la pequeña estancia y cerrar la puerta detrás de mí. Ni siquiera le doy tiempo de endulzarme los oídos con palabras absurdas —como siempre suele hacer—, y echo el pestillo antes de aovillarme en el suelo para echarme a llorar.



## MÉNTIRA

Un hueco se ha instalado en mi pecho y no puedo hacer nada para llenarlo. La sensación pesarosa que se ha apoderado de mi cuerpo entumece mis extremidades y me hace sentir lánguida y débil.

Hace rato que he dejado de llorar, pero mis ojos arden debido a la hinchazón que las lágrimas han provocado. Hace rato que he dejado de sollozar como una idiota y, a pesar de eso, no he podido apartar de mí el nudo que se ha instalado en mi garganta.

Ahora mismo me encuentro aovillada, recargada contra la puerta. Mi cuerpo sirve de tranca para evitar que Mikhail entre; aunque tampoco es como si pudiese evitar que la derribe si deseara hacerlo. Sin embargo, estar aquí hace que me sienta un poco más segura.

Él no ha hecho nada por hablar conmigo. No ha llamado a la puerta, ni me ha pedido que salga, como hace unos días habría hecho y eso me desmoraliza por completo. No puedo creer que las cosas hayan cambiado tanto en cuestión de horas. Hace un rato, ni siquiera me pasaba por la cabeza la posibilidad de que Mikhail tomaría la decisión de dejarme por mi cuenta y, así, sin más, lo ha hecho; y tampoco es que esté culpándolo.

A pesar de querer detestarlo y sentir que es el ser más despreciable que ha pisado la tierra; simplemente, no puedo odiarlo. No puedo *culparlo*. De hecho, me atrevo a decir que lo entiendo. Él nunca ha

querido ser un demonio y, aunque nunca haya hablado de eso conmigo sé que esto que está pasándole es lo que siempre quiso.

Volver a casa es lo que todo el mundo quiere. ¿Cómo puedo culparlo por querer volver al lugar al que siempre ha pertenecido?

Un suspiro entrecortado brota de mi garganta y pego las rodillas a mi pecho aún más. Entonces, me abrazo a mí misma con fuerza. Hace rato que lancé lejos el cabestrillo que sostenía mi hombro porque me incomodaba. Hace rato que decidí que no lo necesito más porque el brazo ya no me duele; así que es fácil sostenerme a mí misma para ayudarme a dejar de temblar.

El escozor punzante estalla en mis muñecas en el momento en el que mis brazos se enredan en mis rodillas, y hago una mueca al sentir cómo la tela de los vendajes improvisados me roza las heridas abiertas. Tomo una inspiración profunda para aminorar la sensación nauseabunda que me invade y me trago el gemido adolorido que amenaza con escaparse de mi boca.

El frío ha comenzado a colarse a través de la ventanilla alta que descansa cerca de la regadera, así que me encojo un poco para guardar algo de calor.

Al cabo de un rato, empiezo a tiritar. Mis dientes castañean casi por voluntad propia y siento como las puntas de mis dedos se hielan debido a la baja temperatura. Mi nariz está congelada también, y la mezclilla de mis vaqueros deja que todo el frío se cuele en mis muslos.

Está helando.

Me pongo de pie con lentitud y dejo escapar un poco de mi aliento en mis manos ahuecadas. La sensación cálida del pequeño vapor es bien recibida, pero no es suficiente.

Cierro los ojos con fuerza.

No quiero salir de aquí. No quiero enfrentarme a Mikhail. No quiero tener que mirarlo a los ojos cuando me siento así de traicionada. Así de herida.

Quiero ir a casa. Quiero volver al apartamento de mi tía Dahlia y acurrucarme en mi cama para esperar un día de escuela. Quiero



encontrarme con Emily en la cafetería y escucharla hablar incansablemente sobre los chicos que le gustan; mordisquear el pan de dudosa procedencia que dan en el comedor y perderme entre el gentío de los pasillos mientras me escabullo rumbo a mi siguiente clase.

Quiero normalidad. Quiero hacer como si Mikhail nunca hubiese existido en mi vida y esperar a que los ángeles vengan por mí de una vez.

Extraño los tiempos en los que mi única preocupación, era sacar buenas notas en clase. Extraño los días en los que lo único que esperaba era volver a casa y tirarme en mi cama para no hacer nada, y luego lamentar el hecho de haber desperdiciado un día que pudo haber sido provechoso de no ser mi holgazanería.

Estoy cansada de todo esto. Estoy cansada de sentir miedo y de no poder hacer nada para evitar lo inevitable. Sea cual sea el resultado final de la batalla, terminará de una sola manera para mí: voy a morir.

Pase lo que pase, gane quien gane, mi destino siempre será el mismo.

—Quiero ir a casa —musito para mí misma y, por un momento, sueño como una pequeña niña asustada. Por un segundo, sueño como Freya cuando tenía un día terrible.

Mis manos se aferran al lavamanos y escruto mi reflejo en el espejo que se encuentra colgado frente a mí. Luzco cansada y débil. Mis ojos están hinchados, mi nariz se ha enrojecido y mi piel luce amarillenta en la tenue iluminación del baño; mi cabello está hecho un desastre y hay sangre manchando una de mis mejillas. Soy un desastre.

Trato de limpiarme con el dorso de la mano, pero la mancha carmesí ya se ha coagulado y no se va por más que la froto.

Abro el grifo del agua y humedezco las puntas de mis dedos para luego pasarlos encima. Al no obtener los resultados deseados, con ambas manos ahueco un poco de agua y lavo mi cara.

Cuando termino, vuelvo a mirarme en el espejo solo para comprobar que la plasta ya no está ahí y no dejo de hacerlo hasta que mis facciones se sienten extrañas. Hasta que los ojos que me

devuelven la mirada se sienten lejanos y distantes, como si le pertenecieran a alguien más.

«Quiero ir a casa», digo, para mis adentros y clavo mi vista en la puerta. «No importa lo que él diga. No voy a permitir que me impida volver al lugar del que nunca debí salir».

Un nudo de nerviosismo se instala en mis entrañas, pero me las arreglo para manejarlo antes de apoderarme de la perilla de la puerta. No me atrevo a abrirla de inmediato, así que pego la oreja en ella para ver si alcanzo a percibir algo del otro lado.

No se oye nada. A estas alturas, ni siquiera me sorprendería que no estuviese aquí.

Muerdo mi labio inferior.

No sé qué diablos estoy esperando, pero me quedo así, quieta, durante un largo momento. El miedo crepita por mi cuerpo hasta convertirse en un nudo intenso en la boca de mi estómago. Me aterra pensar en Mikhail, reteniéndome, y me horroriza aún más pensar en él dejándome ir. Cualquiera de las dos opciones es insoportable.

El golpeteo de mi corazón es intenso ahora.

«¡Hazlo!, ¡maldición, hazlo!», me reprimo y, entonces, cierro los ojos con fuerza y abro la puerta un poco. La rendija apenas me permite tener una vista limitada de una de las esquinas de la estancia; así que empujo un poco más. Lo suficiente como para poder asomar la cabeza por la tira larga que hay entre el marco y la madera de esta.

Me siento como una completa idiota cuando saco la mitad superior de mi cuerpo para echar un vistazo, pero no puedo evitar hacerlo de esta manera. La sola idea de enfrentar a Mikhail es lo suficientemente dolorosa como para obligarme a actuar de este modo tan absurdo.

Mis ojos recorren la longitud del pequeño lugar y una punzada de decepción me invade. Aquí no hay nadie. Mikhail no está por ningún lado, y no debería sentirme herida..., pero *lo hago*.

Desde que me encerré en este baño no fui capaz de escuchar una mierda, así que debería haber sabido que se había marchado; sin embargo, a pesar de haberlo deducido, no deja de ser jodido y doloroso.

Sacudo la cabeza y ahuyento la oscuridad que trata de reptar por mis pensamientos.

«Ahora mismo no tienes tiempo para estar pensando en él. Debes irte de aquí», digo, para mis adentros, y comienzo a moverme.

Avanzo a pasos lentos pero certeros, y mis ojos estudian el escenario que tengo enfrente. No hay nada extraño aquí. El edredón de la cama está ligeramente deshecho, los sillones están acomodados justo como los dejaron las brujas antes de marcharse y las manchas de sangre en el piso aún se encuentran intactas. Sé, de antemano, que es mía; de mis muñecas.

Mi vista barre la estancia y se detiene en el instante en el que detecta el pequeño bulto que se encuentra junto a la cama.

Ahí, recargada en el suelo junto a ella, se encuentra la mochila que preparé antes de salir de casa de Dahlia, así como mis viejas y desgastadas Converse.

Mi ceño se frunce ligeramente y miro hacia mis pies a toda velocidad solo para encontrarme con que únicamente llevo puestos los calcetines.

En ese momento, me encamino hasta donde mis pertenencias se encuentran. Mi mirada se posa fugazmente en la mesa de noche y mi corazón da un vuelco cuando me doy cuenta de que ahí, sobre ella, está mi teléfono celular y las llaves del apartamento de mi tía. Una pequeña victoria se asienta en mi cerebro, y tomo todo lo que es mío antes de calzarme y dirigirme a la puerta principal.

Antes de salir, echo un último vistazo.

El familiar aroma de Mikhail está en todos lados y casi puedo imaginarlo rondando por aquí con los pies descalzos y el gesto aburrido. Casi puedo verlo tumbado en el sillón del fondo, con la vista clavada en el televisor y un mando de consola de videojuegos entre los dedos.

La sensación dolorosa se apodera de mí una vez más y aprieto los ojos con fuerza.

«¡Deja de hacerte esto!», me reprimo, y sacudo la cabeza antes de echarme a andar fuera del apartamento.

El viento helado me azota la cara en el instante en el que pongo un pie fuera del lugar. A mi alrededor, no hay nada más que rascacielos y edificios que no hacen mucho por detener la corriente fría del aire. La azotea del edificio se extiende frente a mí y la oscuridad la hace lucir como un escenario de película de terror.

Apresuro mis pasos para rodear el perímetro de la construcción que es el departamento —si es que así puede llamársele— de Mikhail y, de pronto, me encuentro la caseta que lleva a los pisos inferiores del edificio. Entonces, avanzo a toda velocidad hacia ella.

El aire es tan intenso ahora, que siento como si pudiese empujarme lejos en cualquier momento.

Mi cuerpo agradece cuando abro la puerta de la caseta y entro. Mis pulmones arden debido al aire helado que he respirado, así que me recargo contra la lámina de metal, mientras trato de recuperar el aliento.

Una vez que me siento un poco más estable, me echo a andar.

Me toma un par de pisos llegar a la zona residencial del edificio; pero, una vez ahí, tomo el elevador y presiono el botón que da al estacionamiento. No quiero salir por la recepción. No puedo arriesgarme a ser detectada por los guardias de seguridad del edificio. Estoy segura como el infierno que tratarían de detenerme y de investigar en qué piso se supone que vivo.

Al llegar a mi destino, bajo del ascensor y avanzo hasta la rampa por la cual salen los coches y, una vez fuera del edificio, me echo a andar a paso apresurado por la calle.

Mientras avanzo, me llevo una mano al cuello solo para comprobar que llevo el amuleto que Daialee y sus dos amigas hicieron para mí. Una extraña paz se asienta en mi pecho cuando lo aferro entre mis dedos.

Según lo que dijeron, esta cosa es capaz de amortiguar la energía que despido. No estoy segura de que funcione. Lo más probable es que no lo haga —contando el hecho de que no sabemos si los ángeles atacaron el Aquelarre por mí o por el hecho de tener a Mikhail como su protector—; sin embargo, no deja de traerme un

poco de paz. El efecto placebo nunca viene mal cuando estás en una situación como la mía.

Unos cuantos coches avanzan por la avenida, pero el tráfico es prácticamente nulo a esta hora de la madrugada. No sé a dónde iré. Ni siquiera sé cuánto dinero traigo en los bolsillos y si eso será suficiente como para tomar un taxi.

Me abrazo a mí misma, pero sigo caminando. El vaho que brota de mis labios es denso, pero ya no tengo tanto frío. El movimiento de mi cuerpo está haciéndome entrar en calor.

Giro en una avenida y meto las manos en mis bolsillos para tomar todo el efectivo que traigo, y un suspiro aliviado brota de mi garganta. Son veinte dólares. Creo que puedo llegar a casa de Emily con veinte dólares.

Camino durante un par de minutos más antes de que visualice un taxi y, cuando lo hago, lo detengo. El taxista me da las buenas noches cuando trepo en el asiento trasero y me aseguro de que el hombre que hay en el permiso que se encuentra pegado al parabrisas es el mismo que conduce. Entonces, sintiéndome asustada hasta la mierda, le doy la dirección de Emily.



—¿Diga? —Emily responde a mi llamada al tercer timbrado y, en el momento en el que su voz resuena en el auricular de mi teléfono, las ganas de llorar se vuelven insoportables.

—Hola... —mi voz es apenas un susurro tembloroso e inestable.

—¿Bess? —suena confundida, irritada y adormilada—. *¡Dios!* ¿Tienes una idea de lo tarde que es? ¿Pasó algo?

Mis párpados se cierran con fuerza y trago para deshacer el nudo que se ha instalado en mi garganta.

—Estoy afuera de tu casa —suelto, sin más.

—¿Qué? —suena muy despierta ahora.

—¿Crees que pueda...? —tengo que detenerme un segundo porque las emociones contenidas no me permiten continuar—. ¿Crees que

pueda quedarme en tu casa esta noche?

No responde, pero se escuchan ruidos desde el otro lado del auricular. Me abrazo a mí misma y miro hacia la calle desierta que se extiende frente a mí. El silencio incómodo que se instala entre nosotras hace que me arrepienta de haber venido; así que decido que voy a marcharme. Decido que voy a decirle que me iré a casa y que no pasa nada.

Entonces, la puerta principal se abre.

Ninguna de las luces de la casa ha sido encendida y sé que es porque su familia debe estar descansando ya.

Emily no dice nada mientras avanza con los pies descalzos hasta llegar al pequeño cancel de madera que rodea la propiedad. Tampoco dice nada cuando lo abre, finaliza nuestra llamada y acorta la distancia que nos separa para abrazarme.

—Estás temblando —susurra, mientras se aparta para mirarme a la cara. Sus ojos oscuros me observan con detenimiento, en busca de algún indicio de que algo malo haya sucedido—. ¿Qué ha pasado? ¿Está todo bien? ¿Tu tía está bien? ¿Tú estás bien?

Asiento, porque no puedo hablar. No puedo hacer otra cosa más que concentrar todas mis energías en reprimir las ganas que tengo de llorar. La preocupación que refleja su rostro es cada vez más grande.

—Bess, estás asustándome —dice y una risotada se me escapa junto con un par de lágrimas. Ella niega con la cabeza, sin dejar de mirarme con una sonrisa aterrada pintada en los labios—. ¿Qué ocurre, Marshall? Estás actuando como una demente, ¿lo sabías?

Asiento una vez más.

Ella deja escapar una risa nerviosa y sacude la cabeza antes de hacer un gesto de cabeza en dirección a su casa.

—Vamos adentro. Está helando aquí afuera.

Entonces, guía nuestro camino hacia el interior de la vivienda.

No hablamos mientras nos encaminamos hasta su habitación. Pero, una vez ahí, rebusca una sudadera en su armario y la lanza en mi dirección. Yo, sin protestar, me la enfundo. La calidez que me invade

es casi tan deliciosa como el hecho de sentirme un poco más como yo y un poco menos como una monstruosidad que es capaz de eliminar ángeles.

Ems no enciende la luz mientras se sienta sobre el colchón de la cama —donde me he instalado ya—, así que todo se encuentra en penumbras.

—¿Ya vas a hablar conmigo? —dice, impaciente y ansiosa.

Un suspiro entrecortado se me escapa y siento como las palabras se agolpan en la punta de mi lengua. A pesar de eso, no me atrevo a pronunciarlas.

«¿Cómo voy a decirle que Mikhail es un demonio, que yo soy un sello del apocalipsis; que los ángeles tratan de matarme y que soy capaz de disolverlos si me lo propongo?».

—Peleé con Dahlia —digo, finalmente, al cabo de unos segundos de total silencio.

Mentir es más sencillo. Decir que esto es una rabieta como la de cualquier adolescente, es más fácil que intentar contárselo todo. De todos modos, no creo que fuese a creerme si lo hiciera.

Su ceño se frunce ligeramente y la preocupación vuelve a su rostro.

—Tú nunca peleas con Dahlia —dice, en un susurro extrañado.

Me encojo de hombros y desvío la mirada.

—No puedo volver a su casa —digo, porque es cierto.

—¿Cómo que no puedes volver? No digas tonterías, Bess —Ems me reprime—. Tu tía debe estar muy preocupada por ti. Déjate de estupideces y habla con ella.

—*No puedo...* —niego con la cabeza, incapaz de inventar una excusa lo suficientemente buena para justificarme.

—¿Qué pudo haber sido tan malo para que no quieras volver?

Mi mente corre a toda velocidad en busca de una mentira convincente y aprieto los puños de manera involuntaria. El dolor de mis heridas abiertas me hace reprimir una mueca y, de pronto, me golpea con brutalidad...

Mi vista se posa en mis brazos cubiertos por las mangas de su sudadera, y la historia comienza a construirse en mi cabeza a toda

velocidad.

La sola idea de decírla en voz alta hace que mi estómago se revuelva y las náuseas me invadan. No quiero mentir de esta manera. No quiero destruirme de esta forma.

—¿Bess? —Emily insiste.

Tomo una inspiración temblorosa y desigual. Ahora soy plenamente consciente de los torniquetes improvisados que llevo y del ardor entumecido que no me ha dejado sola ni un segundo desde que tomé consciencia en el apartamento de Mikhail. Soy consciente, también, de la mirada insistente de Emily y de que, cuanto más tiempo dejo que pase, más grave y denso se torna el ambiente.

Ems debe estar pensando lo peor ahora mismo y lo único que voy a hacer, es confirmarlo.

Abro la boca para hablar, pero me arrepiento en ese momento y la cierro.

Entonces, encaro a mi amiga y, sin siquiera mirar hacia abajo, alzo el material de su sudadera y el del delgado suéter que llevo puesto desde que salí de casa esta mañana.

A Emily le toma unos instantes entender qué es lo que sucede, pero, cuando lo hace, baja la vista y noto cómo su gesto se transforma. La preocupación previa se convierte en terror puro y sus ojos se abren como platos.

Su mirada horrorizada se alza de golpe y se clava en la mía. La frustración pone lágrimas en mis ojos, pero no derramo ninguna.

—Quiere internarme en un psiquiátrico —digo.

La mentira me enferma. Las palabras pronunciadas son como una soga puesta en mi cuello y sé que voy a ir al infierno cuando los ángeles —o los demonios— acaben conmigo. Lo que estoy haciendo es horrible.

Emily luce herida, aterrorizada y furiosa. Su gesto se debate entre la ira incontenible y el dolor insoportable.

—¿Por qué? —sisea y noto cómo su voz se quiebra con las lágrimas que intenta contener.



No está preguntando el motivo por el cual, se supone, quieren internarme; sino el motivo por el cual me he herido —aunque no sea cierto— a mí misma.

—Porque ya no quiero estar aquí —miento y la forma en la que comienza a llorar me quiebra por completo.

Una bofetada gira mi cara de pronto, y jadeo más por la sorpresa que por el dolor.

—No voy a dejar que hagas esto —dice, con los dientes apretados y la voz ahogada—. No voy a dejar que te arruines la puta vida, Bess Marshall. Voy a hablar con tu tía y vas a ir a ese maldito psiquiátrico.

—No voy a ir a ningún lado —digo, con toda la serenidad que puedo imprimir en la voz—. No quiero que trates de ayudarme, Ems. Solo quiero que me dejes pasar aquí la noche.

—¿Estás loca?! —sisea con tanta fuerza que me da la impresión de que, si estuviésemos en plena tarde, estaría gritando—. ¿Pretendes que te deje ir mañana, así como así, sabiendo que intentaste...?! —se detiene y señala los vendajes improvisados llenos de sangre. No se atreve a decirlo en voz alta... Y yo tampoco.

—Ya no puedo más —digo, porque es cierto—. Hace unos meses, soñaba con mi familia todo el tiempo y no de una manera agradable. Hace unos meses no podía dejar de obsesionarme con la forma en la que Freya lloraba y con la manera en la que Jodie gemía de dolor... —Niego con la cabeza—. Me siento como mierda todo el tiempo, Ems. —No quiero llorar, pero las lágrimas siguen acumulándose en mis ojos. Ahora son tantas, que mi vista se ha nublado por completo—. Estoy volviéndome loca. Necesito un poco de paz mental y no quiero tener que recurrir a los medicamentos para estar bien. Para *sentirme* bien.

—Bess...

—Ni siquiera sé cómo me hice estas. —Miento y hago un gesto hacia mis muñecas—. No lo recuerdo. —Entonces, sin más, comienzo a contarle lo que me ocurría antes de saber de la existencia de Mikhail. Antes de saber todo lo que sé ahora—: Veo cosas que no están ahí, siento que me persiguen todo el tiempo, tengo lapsus de

memoria perdidos... —Niego con la cabeza—. Ems, estoy volviéndome loca.

Mi amiga niega con la cabeza sin dejar de llorar.

—No es así —medio solloza—. No es así, Bess. Solo necesitas ayuda.

—No quiero ir a un manicomio —refuto y ella guarda silencio de golpe.

Nos quedamos así durante un largo rato, sin decir nada. Sin hacer otra cosa más que mirarnos fijamente y dejar que la crudeza de mi mentira se asiente entre nosotras.

—No puedo permitir que te hagas daño, Bess —dice, al cabo de unos minutos—. No quiero perderte.

Mis ojos se cierran y bajo el rostro para que no pueda leerme como suele hacerlo.

No respondo.

—Bess, no puedes rendirte —insiste—. ¿Qué va a pasar conmigo? ¿Qué va a pasar con tu tía? ¿Con Mikhail?

Una risa carente de humor brota de mi garganta y niego con la cabeza. Entonces, alzo la vista para encararla. A pesar de eso, no digo nada respecto al demonio de los ojos grises.

—Solo... necesito tiempo —digo—. Necesito espacio. Necesito pensar y estar sola. No estoy lista para volver a casa de Dahlia.

—Entonces quédate aquí.

Niego una vez más.

—No —«No puedo arriesgarte de esta forma», pienso, pero no lo digo—. No puedo hacerle esto a tu familia. No puedo permitir que carguen con el peso de mi mierda.

—Bess...

—Iré a la casa que era de los abuelos. —La interrumpo—. Solo serán unos días. Lo prometo. Puedes ir a verme todos los días, si quieres. Puedes llamarme al celular cada cinco minutos si eso te hace sentir tranquila. —Trato de aligerar la tensión con una sonrisa forzada en los labios—. Solo... Solo necesito pensar qué es lo que voy a hacer.

No luce convencida.

—¿Qué va a pasar cuando tu tía venga a buscarte? —dice—. No puedo mentirle, Bess, y ambas sabemos que este será el primer lugar al que venga cuando se dé cuenta.

—Mantenlo en secreto unos días —pido—. Sé que puedes darme unos días.

—¿Cuántos?

«Los suficientes como para que los ángeles encuentren y me maten».

—No lo sé, Ems. Yo solo... —me detengo y me encojo de hombros, mientras dejo al aire mi frase.

Ella deja escapar un sonido frustrado.

—No tratas de hacer algo idiota, ¿cierto? —dice y sacude la cabeza con desesperación—. No sé cómo pretendes venir aquí a decirme que intentaste suicidarte, para después pedirme que te deje ir a una casa abandonada donde podrías hacer no sé qué estupidez.

—No haré nada que atente contra mi integridad, Ems —digo, medio irritada y medio agradecida por su preocupación—. Solo quiero alejarme de todos. De *todo*.

Emily me mira con aprensión y toma una inspiración profunda.

—No puedo dejarte ir así como así, Bess —dice, al cabo de unos segundos—. No cuando estás tan vulnerable.

—Ems...

—Quédate aquí un día o dos —me interrumpe—. No le diré nada a Dahlia. Solo quédate aquí y piénsalo. Toma una decisión con la cabeza fría, ¿sí? Ahora mismo estás precipitándote porque estás desesperada, pero verás que mañana las cosas toman otra perspectiva.

Quiero decirle que no será así. Que mañana también voy a querer marcharme lejos para mantenerla a salvo, pero no digo nada. Solo asiento a desgana y dejo que la respuesta que le he regalado la reconforte.

—No se diga más, entonces —dice con aire resuelto—. Vamos a limpiarte esas heridas y a dormir un rato, ¿te parece?

No me da tiempo de decir nada más, ya que se pone de pie y me levanta con ella para dirigir nuestros pasos hacia el cuarto de baño.



Es muy temprano en la mañana cuando salgo de casa de Ems sin hacer ruido. El sol apenas está saliendo y el frío nocturno aún no se va del todo. Los primeros trazos del invierno comienzan a vislumbrarse en la ciudad, y una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios debido a la cantidad inmensa de recuerdos que me invaden.

He tomado cinco dólares de uno de los bolsillos de los vaqueros de mi amiga para tomar el autobús, y me he repetido hasta el cansancio que se los pagaré con creces cuando tenga oportunidad —si es que los ángeles no me matan antes de que sea capaz de hacerlo.

Ahora que Mikhail ha hecho su elección, estoy segura de que no les tomará mucho tiempo encontrarme.

Sacudo la cabeza para ahuyentar los pensamientos tortuosos lejos de ella y camino a paso rápido por la calle vacía. Ahora mismo me dirijo al apartamento de Dahlia para tomar mis pertenencias mientras ella y Nate están en el trabajo.

Anoche le dije a Ems que iría a casa de mis abuelos, pero en realidad, iré a *mi* casa. A esa en la que viví con mis papás y mis hermanas. Esa en la que crecí y que ya nadie se atreve a visitar.

Nadie va allá desde hace años, así que será un buen refugio temporal. Si voy a morir, que sea ahí.

Mi aliento dibuja halos de vapor mientras camino hacia la parada del autobús, al tiempo que me permito mirar distraídamente hacia todos lados. Una extraña paz se ha instalado en mi cuerpo y no sé por qué. Todo el miedo que sentí ayer se ha esfumado y ahora me encuentro aquí, sin temerle a nada ni a nadie. Sin hacer otra cosa más que pensar en cuál será mi próximo movimiento y cuánto tardará alguien en encontrarme.

—¿A dónde crees que vas sin protección, Bess Marshall? —la familiar voz masculina a mis espaldas me pone la carne de gallina y, en ese

momento, me giro sobre mis talones para toparme con la visión de Axel y Daialee de pie a pocos pasos de distancia de mí.

—¿Qué hacen aquí? —pregunto, al tiempo que un inexplicable alivio me recorre el cuerpo.

Daialee esboza una sonrisa fácil y hace una seña hacia el amuleto que llevo colgando en el cuello.

—Esa cosa no solo te oculta de los seres paranormales, sino que me permite rastrearte —dice. Suena más como la chica que conocí y menos como la adolescente asustada que fue ayer—. No íbamos a correr el riesgo de que no funcionara y te llevaran. En lo personal, los amuletos rastreadores me parecen bastante útiles. Ahora mismo puedo comprobar que lo son.

Una sonrisa tira de las comisuras de mis labios, al tiempo que Axel avanza con andar perezoso hacia mí.

—¿A dónde crees que vas sin mí, cariño? —dice, pero el alivio que se filtra en su voz es palpable.

«No esperaba encontrarte viva...», susurra la voz en mi cabeza.

Me encojo de hombros, en un gesto que pretende ser casual.

—Voy lejos de aquí —resuelvo.

—*Lejos* suena como un buen lugar —Daialee asiente detrás de Axel.

—*Lejos* suena bastante bien —Axel concuerda, y guarda silencio un momento antes de decir—: ¿Hay lugar en *Lejos* para una bruja irritante y un demonio *sexy*?

Algo dentro de mí se revuelve con violencia y, por un doloroso instante, no soy capaz de articular palabra alguna.

—Por supuesto que lo hay —digo, con la voz enronquecida por las emociones, y Axel esboza una sonrisa suave antes de ponerse de pie frente a mí y estirar una mano para revolver mi cabello.

Una sonrisa sesgada se dibuja en sus labios en ese momento y correspondo su gesto.

—Yo no voy a abandonarte, Bess —dice y su expresión se ensombrece un poco mientras habla. Mi corazón se estruja en ese momento, pero me las arreglo para esbozar una sonrisa aún más grande.

—Gracias —digo, y miro a Daialee solo para comprobar que realmente desea estar aquí.

Ella se limita a regalarme un asentimiento amable y tranquilizador. Entonces, toma una inspiración profunda.

—Vámonos de aquí —dice—. *Lejos* nos espera con ansias.



## PRELUDIO

—¿Pueden repetirme qué hacemos aquí? —Axel susurra a mis espaldas, al tiempo que miro hacia la entrada del estacionamiento del edificio.

Daialee y yo estamos agazapadas entre dos coches aparcados, mientras que él simplemente está de pie detrás de nosotras. Ahora mismo me encantaría poder ser como él. Todo sería más fácil si ningún ser humano ordinario pudiese verme. Podría entrar al complejo, tomar mis pertenencias y marcharme con toda la tranquilidad existente en el mundo sin preocuparme por nada; sin embargo, me encuentro aquí, escondida patéticamente, mientras espero a que el coche de mi tía Dahlia salga del aparcamiento para así poder echar a andar mi plan.

—Necesito tomar unas cosas de mi habitación —mascullo, sin apartar la vista de la oscura entrada que da al piso subterráneo del edificio.

—¿Y qué esperamos, entonces? —suelta y lo miro con cara de pocos amigos.

—Esperamos a que mi tía salga a trabajar —digo, entre dientes—. No puedo entrar a ese lugar, hacer una maleta y marcharme sin más. No sin enfrentarme a ella.

El ceño del íncubo se frunce ligeramente.

—¿De verdad? —musita—. Es extraño. De dónde yo vengo, si tu madre no te vende antes de que cumplas dos años, es porque planea comerte o fornicar contigo.

—Eso es asqueroso —Daialee suelta en voz baja y no puedo hacer otra cosa más que asentir en acuerdo.

Las cejas de Axel se alzan.

—Solo para que lo sepan —dice, y no me pasa desapercibido el tono defensivo que utiliza—. Mi madre me vendió al Supremo. No me folló ni nada.

—No queríamos saberlo —Daialee dice, mientras finge un estremecimiento de pura repulsión.

El íncubo rueda los ojos al cielo.

—¡Diablos! Yo solo quería puntualizar una diferencia entre su especie y la mía.

—¿Y cuál era esa? —Daialee refuta, al tiempo que clavo los ojos de vuelta en la calle.

—¡Que ustedes los humanos se preocupan demasiado por los suyos! —Axel exclama—. En casa, si yo hubiese tomado mis cosas para marcharme, a nadie le habría importado una mierda.

—Es porque de dónde tú vienes, no existen los sentimientos —la bruja dice.

—¿Se supone que tratas de ofenderme con eso?

—¿Quieren callarse? —siseo, al tiempo que hago un gesto hacia la acera—. Trato de concentrarme aquí.

—No trato de restarle importancia a tu enojo momentáneo, pero —Axel hace un gesto de cabeza en dirección a la calle—, allá va.

Mi vista se vuelca en ese momento y enfoca al coche gris con vidrios ahumados que sale del estacionamiento subterráneo, y que pertenece a Dahlia.

Mi corazón da una voltereta furiosa.

Me encojo sobre mí misma, en un acto reflejo, pero sé que no puede verme y que, por más que lo desee, no va a detectarme. A pesar de eso, no puedo evitar agacharme hasta ser apenas perceptible.



Una punzada de dolor estalla en mi pecho cuando miro cómo el vehículo desaparece al virar al final de la calle. El aliento me falta durante una fracción de segundo, pero me las arreglo para acompasar mi respiración con una serie de inhalaciones profundas.

A pesar de eso, los latidos de mi corazón acelerado son cada vez más dolorosos y mis manos tiemblan ligeramente debido a las emociones reprimidas.

Un montón de recuerdos se arremolinan en mi cabeza y un puñado de piedras se asienta en mi estómago cuando caigo en la cuenta de que esta es, probablemente, la última vez que estoy en este lugar. La última vez que pongo un pie en estas calles.

Aún no puedo arrancar de mí la sensación de culpabilidad que se ha arraigado en mi pecho desde que tomé la decisión de marcharme sin despedirme. Dahlia ha hecho tanto por mí, que no sé cómo diablos es que voy a abandonarla. Renunció a mucho por acogerme y, a pesar de que no tenía obligación alguna de hacerlo, se portó como si fuese una madre para mí. Veló por mí en todo momento y nunca me faltó nada mientras estuve bajo su cuidado. ¿Cómo diablos voy a hacerle algo como esto cuando me ha dado tanto?...

Apesta tener que abandonarla después de todo lo que ha pasado.

Trago duro, en un débil intento por aminorar la quemazón en la parte posterior de mi garganta y me obligo a desviar la vista para observar la entrada del edificio.

Las puertas de cristal se extienden en la acera de enfrente y, de pronto, acortar la distancia que nos separa, supone un reto.

Una mano cálida y delgada se posa sobre la mía y vuelco mi atención a toda velocidad hacia Daialee, quien esboza una sonrisa triste mientras aprieta mi mano entre sus dedos.

—Puedes hacer esto —me alienta en voz baja y tomo una inspiración profunda antes de asentir.

Me aclaro la garganta.

—Vamos ya —digo y me pongo de pie para cruzar la calle.

Mi corazón golpea contra mis costillas con tanta fuerza, que temo que pueda hacer un agujero a través de ellas; la ansiedad es tan

intensa en este momento, que las ganas de vomitar se han apoderado de mí en un abrir y cerrar de ojos. Estoy tan nerviosa, que las ganas de volver sobre mis pasos, apenas me dejan concentrarme.

Aprieto los puños y los dientes.

Sé que Daialee viene detrás de mí y que Axel avanza justo detrás de ella, pero me siento más solitaria que nunca. Nunca me pasó por la cabeza que haría algo como esto.

Cuando cruzo el umbral que da a la recepción, me las arreglo para regalarle una sonrisa tensa al guardia de seguridad. Él me mira con gesto extrañado, pero me dedica una sonrisa de cualquier modo.

—¿Crees que el tipo ese vaya a llamar a tu tía? —dice Daialee, una vez que empieza a caminar a mi paso.

Cierro los ojos durante unos segundos.

—Estoy segura de que va a hacerlo. Tenemos que darnos prisa.

—Me quedaré aquí, entonces —ella anuncia, al tiempo que se detiene en seco. Axel y yo nos volcamos para mirarla—. Alguien necesita vigilar en caso de que tu tía regrese.

—Tienes razón —digo, y la observo sacar su teléfono celular del bolsillo de sus vaqueros.

—Dame tu número. Te llamaré si veo su coche —dice y, entonces, digo mi número en voz baja para que solo ella pueda escucharlo.

—Gracias —asiento, al tiempo que trato de esbozar una sonrisa.

Ella me regala un guiño.

—Si veo algo extraño, te llamo de inmediato para que salgas de ahí, ¿está bien?

Asiento una vez más.

—Si ves algo más peligroso que mi tía, vete —pido, mientras me envuelve en un abrazo rápido.

—No lo haré. Lo sabes —ella suelta con determinación y mi corazón se estruja otro poco. Entonces, se aparta de mí y me regala una sonrisa nerviosa—. Vayan —hace un gesto en dirección al corredor—. Tengan mucho cuidado, por favor.

—Todo estará bien —digo. No estoy segura de si trato de convencerla a ella o a mí misma—. Estaremos de vuelta en unos

minutos.

La preocupación que tiñe el gesto de Daialee lo único que hace es ponerme más nerviosa.

—No tarden demasiado —dice, y se las arregla para sonar serena mientras lo hace.

Entonces, se echa a andar en dirección a la avenida.

Axel no habla mientras tomamos el ascensor, pero sé que está nervioso. Yo también me siento muy ansiosa y no logro averiguar muy bien por qué. No logro describir la sensación vertiginosa que se ha apoderado de mis entrañas, pero sé que está acabando con la poca tranquilidad que queda en mi cuerpo.

—Percibo algo —el íncubo habla en voz baja, varios pisos antes de llegar a nuestro destino.

—¿Ángeles? —pregunto, con ansiedad.

Él niega con la cabeza.

—Se siente como si... —frunce el ceño—. Como alguien hubiese dejado caer un manto sobre este lugar. No puedo describirlo. Es energía muy densa. Pesada.

—¿Crees que debemos regresar? —el pánico tiñe mi voz, pero Axel niega con la cabeza.

—No creo que sea necesario, es solo que... —suelta un suspiro tenso y entrecortado—, jamás había percibido algo así. Quizás solo estoy siendo paranoico y se trate únicamente de los aceites de protección que la abuela de Daialee le dio a Mikhail. Se siente muy similar a la magia de esa vieja arrugada.

—Más respeto hacia los muertos —digo, al tiempo que las puertas del elevador se abren.

—Los muertos pueden venir a morder mi trasero —Axel bromea, pero hay tensión en el tono de su voz.

—No eres gracioso —mascullo, mientras caminamos fuera del reducido espacio y avanzamos en dirección a la puerta del apartamento de Dahlia.

—Lo soy —él refuta—. Lo que ocurre es que estoy nervioso y no puedo imprimirle mi toque. —Sonríe con aire ansioso—. Terminemos con esto o va a darme un jodido ataque al corazón.

—¿Los demonios pueden tener ataques al corazón?

—No lo sé —se encoge de hombros—, pero no quiero averiguarlo.

Una carcajada corta y aliviada se me escapa, y él sonríe un poco antes de que nos detengamos frente a la entrada del apartamento.

Estoy a punto de introducir la llave en la cerradura, cuando la mano de Axel se coloca sobre la mía para detenerme. En ese preciso instante, un aullido de dolor se le escapa y aparta su tacto de mí.

—¡Por el más grande de los infiernos! —exclama—. ¡¿Me quemaste?! ¡Maldita sea! ¡Eres una jodida antorcha humana!

—¡Lo siento! —exclamo—. ¡Lo siento! ¡No lo controlo! ¡No sabía que intentarías tocarme!

Axel sacude la mano una y otra vez, al tiempo que aprieta los dientes y niega con la cabeza.

—¡No vuelvo a ponerte una puta mano encima, joder! ¡Esto duele hasta el culo! —exclama y lame la palma de su mano, en un intento por aminorar el ardor que, seguramente, siente en este momento.

—Entremos para ponerte algo de hielo —digo y me apresuro a quitar el pestillo del cerrojo.

Entonces, me adentro en el apartamento.

Axel sigue intentando diluir el dolor de su mano con el inexistente poder de su saliva.

—Iba a decirte que Mikhail estuvo aquí recientemente —dice, en un susurro, al cabo de unos instantes dentro del lugar.

Me congelo en mi lugar y lo encaro.

—¿Qué?

Él asiente.

—Y no fue hace mucho tiempo —dice—. Su esencia aún es persistente. Seguro está buscándote.

Mi pecho se estruja.

—Seguro pretende mantenerme encerrada hasta que alguien más tome su lugar —mascullo.

El silencio que le sigue a mis palabras es más doloroso que cualquier cosa que Axel pudiese haber dicho, así que me dedico completamente a la tarea de conseguirle un hielo para la mano, para así distraerme de la sensación de desasosiego que me embarga.

Me adentro en la cocina sin siquiera esperar a que me alcance y abro la nevera para tomar un par de cubos de hielo. Entonces, busco una bolsa de plástico y los acomodo dentro antes de salir a buscar al ícubo.

Acto seguido, los pongo sobre su mano para aminorar la hinchazón y el malestar.

—No lo entiendo —Axel musita, al cabo de un largo rato. Su vista está fija en su mano inflamada y un estremecimiento me recorre el cuerpo al notar el color rojizo de su piel—. Hace unos días el tipo no podía hacer otra cosa más que preocuparse por ti y ahora... —se detiene unos instantes—. Ahora ya ni siquiera está a tu alrededor.

Un nudo ha comenzado a formarse en mi garganta, pero me las arreglo para mantenerlo controlado y a raya.

—Él siempre quiso volver a su mundo —digo, y me sorprende la firmeza de mi voz.

—Él decía que estaba... —se detiene abruptamente y yo cierro los ojos para alejar los ridículos pensamientos de mi cabeza. Esos que sugieren que Axel estuvo a punto de decir que Mikhail estaba enamorado de mí.

—Ya no importa —digo, sin darle tiempo de terminar la oración—. Él ha tomado una decisión acerca del rumbo que desea seguir. Es tiempo de que nosotros hagamos lo mismo.

Axel deja escapar un suspiro lento y pesadoso, mientras que yo me limito a ver cómo trabaja en la quemadura. Ninguno de los dos dice nada más. Dejamos que el peso de mis palabras se asiente entre nosotros.

—Será mejor que me ponga manos a la obra —digo, finalmente, al cabo de unos instantes en silencio.

Axel asiente.

—No demores mucho.

Niego.

—Ya regreso —digo y me encamino hasta mi habitación.  
Entonces, el mundo estalla.

## PÉRDIDA

Duele.

Todo mi cuerpo grita debido al dolor.

Mis dedos crujen y se crispan involuntariamente en formas antinaturales y dolorosas, mis pulmones sufren espasmos aterradores, mi cabeza zumba y palpita de modo incontrolable, y grito. Grito con todas mis fuerzas porque la agonía es insoportable.

Un sonido gutural y torturado se me escapa y una convulsión violenta hace que muerda mi lengua. En ese momento, mi boca se llena de sangre.

Hay líquido en mi tráquea, pero no puedo toser. No puedo hacer otra cosa más que retorcerme y ahogarme en el líquido de sabor metálico que invade mis papilas gustativas.

Hay voces por todos lados, mi visión ha comenzado a nublarse, los espasmos de mi cuerpo son cada vez más lentos y no respiro. No respiro en lo absoluto.

Alguien grita mi nombre y, por un pequeño instante, puedo jurar que la voz de la que lo hace suena justo como la de Dahlia. Incluso, casi puedo jurar que la he visto por el rabillo de mi ojo.

Soy colocada sobre mi costado y, de pronto, el dolor se va. Mis dedos dejan de moverse y mi cabeza deja de agonizar. Entonces, los golpes suaves en mi espalda llegan.

El líquido se drena fuera de mi boca casi de inmediato, pero el que se ha filtrado por mi garganta no cede. Una tos intensa brota de mis labios en ese momento, pero mis débiles pulmones no son capaces de sacar la sangre que se ha filtrado en lugar equivocado.

Una arcada le sigue a la otra, y a esa le siguen un par más, antes de que el contenido de mi estómago sea vaciado en la alfombra que se encuentra a mi lado.

El temblor de mi cuerpo se vuelve incontrolable cuando el resto de los espasmos provocados por el vómito me invaden, pero no es hasta que puedo recuperar el aliento, que me desplomo en el suelo.

Alguien grita mi nombre, pero ni siquiera puedo abrir los ojos. El palpar de mi cerebro, aunado a mi falta de respiración, apenas me permite ser consciente de mí misma.

Otro tipo de dolor estalla en mi cráneo y gimo cuando mi cabeza se alza del suelo involuntariamente. El ángulo forzado de mi cuello me hace ahogar un quejido y, de pronto, me encuentro moviéndome sin quererlo.

Siento cómo algunos de mis cabellos son arrancados en el proceso y, con dedos torpes, trato de alcanzar a la persona que me lleva a rastras por el suelo alfombrado del apartamento.

De pronto, el mundo se detiene y el dolor en mi cráneo disminuye considerablemente.

Me han liberado y estoy en una posición sentada.

En ese momento, mis ojos —que se encontraban cerrados— luchan contra las lágrimas y miro hacia todos lados para intentar ubicarme.

La familiaridad de la habitación se siente errónea, pero no es hasta que veo a Dahlia tirada en el suelo, atada y llena de morados y golpes, que el pánico se apodera de mi cuerpo.

«¿Cómo diablos es que está aquí cuando vi su coche saliendo del aparcamiento?!».

—¡Bess! —medio solloza—. ¡Dios mío, Bess! ¿Estás bien? Por favor, dime que estás bien.

Un grito cargado de horror se construye en mi garganta, pero lo reprimo mientras trato de averiguar qué diablos está ocurriendo. No



logro entenderlo del todo. Hace apenas unos instantes estaba perfectamente bien. ¿Qué demonios está pasando?...

«Entraste en tu habitación y algo te atacó», dice la parte activa de mi cerebro. «Ha llegado la hora, Bess. Los ángeles están aquí por ti y tienen a Dahlia. Pídeles que la liberen y coopera».

Mi corazón se estruja con violencia y pienso en Axel, quien se encontraba en la sala, y me pregunto si habrá escapado. Pienso en Daialee y en lo mucho que espero que no suba buscarnos.

Recorro la estancia con la mirada.

Hay por lo menos una decena de personas aquí dentro y eso solo consigue que mi ansiedad incrementa de manera exponencial. A pesar de eso, me las arreglo para encontrar mi voz para hablar.

—Déjenla ir —digo—. Voy a ir con ustedes, pero, por favor, déjenla ir.

Una oleada de risas crueles llega a mis oídos y una punzada iracunda se abre paso en mi pecho.

—Por favor —insisto, a pesar de que no quiero rogarles—. Ella no tiene nada que ver en esto. Yo solo...

—Si no quieres que tu amigo muera —dice un tipo que se encuentra junto a mi cama, y vuelco mi atención hacia él solo para ver como Axel se retuerce del dolor en el suelo—, cierra la boca.

El terror se apodera de mi cuerpo en ese momento, los latidos de mi corazón incrementan y ahogo un gemido aterrorizado mientras permito que la ansiedad y el nerviosismo se apoderen de mi sistema.

—¡Axel! —el pánico se filtra en el tono de mi voz, pero eso no impide que grite hacia todos ellos, con la voz llena de rabia—: ¡Déjenlo en paz! ¡No lo lastimen!

—¡Oh, por el amor de Dios! Solo... *cállate* —el tono aburrido que otro de ellos utiliza, solo hace que la ira se intensifique.

Poso mi atención en el tipo que me observa con aire condescendiente a pocos metros de distancia y le dedico la mueca más furiosa que puedo esbozar.

—¡Vete a la mierda! —escupo—. ¡Todos ustedes váyanse a la mierda!

El dolor estalla de nuevo en mi sistema y caigo al suelo con un golpe sordo. Entonces, un brazo fuerte y firme se engancha en la parte trasera de los míos, y los sujeta en un ángulo incómodo en mi espalda para alzarme del suelo.

Entonces, me obligan a girar.

Mi vista se encuentra de lleno con la figura imponente de un hombre, y un escalofrío me recorre de pies a cabeza en el instante en el que nuestros ojos se encuentran.

No luce viejo, pero tampoco luce joven. El aire atemporal que tiene y las facciones andróginas de su cara, me hacen saber de inmediato que se trata de un ángel; sin embargo, hay algo diferente en él.

No despide esa extraña y abrumadora energía que suelen despedir los de su especie, y luce, incluso, más inexpresivo que el resto. Es como mirar una versión deformada de la imagen que se supone que debería tener; y eso, por sobre todas las cosas, me pone la piel de gallina.

Su cabello rojizo contrasta con la tonalidad excesivamente pálida de su piel, mientras que el ángulo oblicuo y prominente de su mandíbula le da un aspecto salvaje y peligroso a su gesto.

Es alto —más incluso, que Mikhail—, y sus ojos, azules como el cielo, le dan un aire infantil. Por retorcido que suene, el tipo que se encuentra de pie frente a mí emana la mezcla perfecta entre peligro e inocencia.

No le culparía de asesinato así lo encontrase en medio de una habitación repleta de cadáveres, y eso es, precisamente, lo que hace que mi repulsión hacia él aumente.

Sus ojos vacíos me recorren de pies a cabeza y una ceja es arqueada en el proceso.

—No entiendo cómo es que ninguno de estos inútiles pudo atraparte cuando para mí ha sido así de sencillo.

No digo nada. Me limito a sostener su mirada con toda la ferocidad que puedo imprimir en ella.

—Déjalos ir —suelto, con brusquedad—. Ellos no tienen absolutamente nada que ver en esto.

Una pequeña sonrisa arrogante tira de las comisuras de los labios del hombre frente a mí.

—¿Qué estás dispuesta a darme por mantener a tu amiguito demonio y a tu tía a salvo? —el tono suave, ronco y dulce que utiliza solo me hace querer gritar. Sabe que me tiene en la palma de su mano y eso me asquea en demasía.

—Lo que sea —mi voz sale en un susurro tembloroso, pero decidido—. Por favor, solo... —sacudo la cabeza, al tiempo que lucho contra el pánico y las lágrimas que amenazan con apoderarse de mis ojos—. Solo déjalos ir. Por favor.

El ángel frente a mí asiente en aprobación, satisfecho con mi respuesta y frota sus labios con su dedo índice.

—Debes saber, Bess Marshall, que no soy un hombre generoso —habla de nuevo—; sin embargo, estoy dispuesto a hacer una excepción contigo porque has sido un completo entretenimiento.

Da un paso en mi dirección y luego otro. Entonces, comienza a caminar a mi alrededor formando un círculo.

—¡Pero qué idiota soy! —exclama, con fingido pesar—. Ni siquiera he tenido la decencia de presentarme, ¿no es así? —no puedo verlo ya. Camina con lentitud a mis espaldas, pero no dice nada hasta que está de nuevo dentro de mi campo de visión—. Mi nombre es Rafael, y estoy aquí porque los ineptos que tengo por lacayos no pudieron encontrarte.

—Son guerreros —espeto—, no lacayos.

Alza las cejas con condescendencia.

—¿Disculpa?

—No están aquí para servirte —sueno más valiente de lo que espero—. Están aquí para pelear a tu lado. No te pertenecen. No eres así de poderoso.

Algo en su mirada se oscurece y, por una fracción de segundo, luce aterrador y despiadado, pero eso desaparece casi tan pronto como llega.

—Eres una chica muy valiente... —asiente—. O quizás solo estás siendo muy estúpida.

—Valiente me gusta más, gracias —digo, con aire cargado de suficiencia.

El arcángel delante de mí se limita a mirarme de arriba abajo una vez más; como si estuviese reevaluándose.

Entonces, hace un gesto desdeñoso con la mano, para restarle importancia a lo que acabo de decir.

—No sé qué es lo que te ha dicho Miguel acerca de mí, pero ten por seguro que nada de eso es cierto —dice, al tiempo que retoma su posición inicial. Me tomo esos segundos para estudiarlo a detalle y, por primera vez, me percató de la vestimenta completamente blanca que lleva puesta y de la armadura plateada que lleva encima de la ropa—. Lo cierto es que *sí* están para servirme. —Abre los brazos, en un gesto totalitario—. Soy el General del Ejército del Creador.

—Eres el *sustituto* de un verdadero General —escupo y, entonces, una quemazón intensa invade mi cuerpo por completo.

Un grito agónico se me escapa en ese momento y me doblo sobre mí misma con violencia antes de perder el equilibrio y estrellarme contra el suelo. Mi cabeza golpea contra el piso y mi vista se llena de puntos negros en el instante en el que el ardor me deja tranquila. Voy a desmayarme. Estoy segura de que voy a desmayarme.

—Eres una pequeña boca sucia, Bess Marshall —la voz de Rafael llega a mis oídos, pero suena como si estuviese a muchos metros de distancia de mí. Como si yo estuviese debajo del agua y él tratase de hablarme desde la superficie—. Asegúrate de recordar con quién estás tratando.

Me las arreglo para arrodillarme y alzar la vista para encararlo.

—Asegúrate de recordar que no eres más que un jodido impostor.

El dolor es insoportable ahora. Es tan intolerable, que me desplomo en el suelo y me aovillo en mí misma para evitar retorcerme debido al ardor que me invade.

Los gritos de Dahlia inundan mis oídos en ese momento. Suena horrorizada, angustiada hasta la mierda, y lo único que quiero, es que todo esto termine. Que todo acabe de una maldita vez para que así pueda seguir con su vida sin mí en ella.

Mi cuerpo deja de estremecerse, pero la sombra de la tortura aún escuece en mis venas. Entonces, el silencio lo invade todo.

Nadie habla ni se mueve y lo único que puedo hacer es abrazarme a mí misma a la espera de que el calor que me cuece los huesos desaparezca por completo.

El sonido de unos pasos, así como el de los autos que transitan por la calle, ajenos a lo que ocurre, lo invade todo. Unas botas metálicas aparecen en mi campo de visión y, entonces, la persona dueña de ellas, se acuclilla. Trato de alzar la cabeza, pero lo único que consigo es ganarme un mareo monumental.

Una mano fría se apodera de mi barbilla y mi vista enfoca —con mucho trabajo— los ojos fríos e inexpresivos de Rafael.

Quiero que me suelte.

—Si no fuese porque te necesito para conseguir lo que quiero, ya te habría matado —dice. Su tono no es amenazante. Habla como si estuviese declarando una obviedad.

—Vete a la mierda —suelto, con un hilo de voz.

Él sonrío con crueldad y, de pronto, su mano se calienta. La temperatura se precipita a toda velocidad y un chillido se me escapa cuando la piel se me escuece con su agarre. Me aparto con brusquedad en ese instante, pero puedo sentir como la piel de mi barbilla se desprende de tajo. Un gemido se me escapa en ese momento y trato de apartarme de él.

Trato, desesperadamente, de hacer eso que hice en el aquelarre, pero ni siquiera tengo oportunidad de intentarlo, ya que alguien me golpea por la espalda y me aturde por completo.

Unos dedos se cierran en mi cabello y Dahlia grita. Grita hasta que su voz se quiebra, mientras ruega porque me dejen ir. Mientras le pide al ángel que me suelte y suplica a la nada porque alguien haga algo.

—¡Nate, por favor! ¡Te lo suplico, detén esta locura! —chilla mi tía, de pronto, y el corazón se me cae hasta los pies.

Mi vista recorre toda la estancia en ese momento y, entonces, lo veo.

Sus ojos están clavados en el suelo de la habitación y su expresión luce desencajada y enferma; su cabello, siempre estilizado, ahora cae sobre su frente en ondas salvajes; sus ojos castaños han sido ocultos por sus largas pestañas, y su espalda encorvada le da un aspecto vulnerable.

Nathan, el prometido de mi tía, se encuentra aquí, entre un montón de hombres vestidos de blanco a los que ni siquiera quiero verles la cara.

La traición y el entendimiento caen sobre mí como balde de agua helada y, entonces, todas esas pequeñas cosas que alguna vez sentí estando en este lugar, toman sentido. Todas esas veces en las que tenía la impresión de que alguien había estado en mi habitación, se hacen presentes en mi memoria en un abrir y cerrar de ojos.

Las lágrimas se agolpan en mis ojos en ese momento y me falta el aliento.

—¿Nate? —mi voz es un susurro tembloroso y débil.

No levanta la vista. No me encara.

—Su nombre no es Nate —Rafael habla. Suena divertido y encantado al mismo tiempo—. Ya no, por lo menos.

Mi atención se vuelca hacia el arcángel.

—¿De qué demonios estás hablando? —mi voz se eleva poco a poco, pero ya ni siquiera me importa sonar histérica—. ¿Nate?

Mi vista se posa en el prometido de mi tía, pero él sigue sin moverse. Sigue sin decir una sola palabra.

Un sonido estrangulado se escapa de mis labios y el llanto viene a mí con intensidad. La impotencia y la sensación de desasosiego se hacen cargo de mis emociones y, de pronto, la habitación empieza a estremecerse. Los muebles vibran y siento cómo algo pesado y cálido se apodera de mis entrañas y se entreteje en mis extremidades.

El disparo de adrenalina que se detona en mi cuerpo es tan intenso, que tengo que apoyarme en el suelo para no perder el equilibrio y, entonces, el vidrio de la ventana estalla en miles de fragmentos.

El jadeo colectivo, así como las miradas horrorizadas puestas en mí, no hacen más que comprobar que soy yo quien está haciendo todo

esto.

La mirada enfurecida de Rafael se clava en la mía y, justo en ese momento, los gritos de los ángeles inundan mis oídos. El cuerpo de Nate se desploma en el suelo y grita con una voz que no suena como la suya. Grita hasta que una neblina brillante comienza a abandonarlo. Su cuerpo se dobla en ángulos antinaturales y cae al suelo en el instante en el que una silueta iluminada comienza a tomar forma humana. Entonces, cae al suelo y grita como el resto de los ángeles en la habitación.

El arcángel frente a mí se desploma en el suelo también, y eso me hace volcar mi atención hacia él. Una oleada de poder me golpea y me aturde durante una fracción de segundo. Los muebles de la habitación se precipitan hacia las paredes, como si hubiese creado un campo de energía a mi alrededor.

La vista de Rafael se alza en ese momento y siento cómo su energía—densa, pesada y oscura— lo abandona para colarse a través de la red invisible que se ha tejido en todo el entorno y que proviene de mi interior.

Un gruñido cargado de coraje se le escapa, pero eso no impide que se las arregle para alcanzarme y apoderarse de los costados de mi rostro.

El fuego estalla en mi cabeza y un gemido se me escapa. La distracción hace que la energía de los ángeles deje de fluir hacia mí y el suelo vuelva a quedarse quieto.

No puedo pensar. No puedo hablar. No puedo hacer nada más que gimotear debido al dolor insoportable que me invade. Trato, desesperadamente, de apartarme; pero lo único que consigo es golpear el suelo con todo el peso de mi cuerpo. Rafael pronuncia algo, pero no logro entenderlo. Alguien más habla también, pero no entiendo una mierda de lo que dicen. Puntos negros oscilan en mi campo de visión y el mundo comienza a desvanecerse poco a poco.

Tengo la vaga impresión de que la quemazón ha disminuido casi por completo, pero no estoy muy segura. No sé si realmente puedo

afirmarlo porque todo mi cuerpo agoniza debido al ardor de mis músculos. Agoniza debido al ataque implacable del arcángel.

—Rafael, ha sido suficiente —una voz ronca dice, pero no logro escuchar la respuesta del arcángel. Ni siquiera logro enfocar la mirada.

En ese momento, alguien tira de mi brazo con brusquedad y, de pronto, el suelo desaparece. Mi cabeza golpea con suavidad algo frío y duro, pero ya ni siquiera tengo fuerzas para abrir los ojos. Mi cuerpo lucha contra los espasmos adoloridos que el ataque de Rafael ha provocado, pero no consigo tomar control de mí misma una vez más.

Alguien grita mi nombre al tiempo que el caos de voces y exclamaciones lo invade todo, y, sin más, me encuentro luchando contra la inconsciencia que me envuelve.

«No puedo más. Estoy a punto de desfallecer. No puedo más...».

Mi cabeza cae hacia atrás en el momento en el que un movimiento brusco es realizado y, cuando intento abrir los ojos, lo único que puedo ver es el azul del cielo. La sensación vertiginosa que me provocó volar con Mikhail hace unos días está aquí, y el viento furioso en mi cara me hace desperezarme justo a tiempo para echar la cabeza hacia atrás y ver como el apartamento estalla y los pisos superiores del edificio empiezan a derrumbarse debido a la explosión.

El terror me invade por completo. El miedo, la ira y la impotencia se arremolinan dentro de mí y grito.

Grito el nombre de Dahlia. Grito el nombre de Axel. Grito y forcejeo hasta que alguien me golpea en la cabeza y el mundo se vuelve completamente negro.





## DOLOR

Cuando mis ojos se abren, lo único que puedo ver es oscuridad.

Durante unos instantes me siento aturdida, débil y aletargada, pero, conforme voy siendo consciente del frío que hace en la habitación y del hedor a humedad que lo invade todo, los recuerdos van reuniéndose en mi cabeza.

Las últimas veinticuatro horas se desvelan a toda velocidad y se sienten como una horrible tortura. Como una interminable retahíla de imágenes crueles y despiadadas.

Sin poder evitarlo, me encuentro pensando en Axel, Daiale, Dahlia y Nate; en Rafael y los ángeles que me emboscaron en el apartamento de mi tía... Y en Mikhail.

De pronto, y sin poder evitarlo, me encuentro reproduciendo una y otra vez los sucesos para tratar de darles un poco de más forma en mi cerebro.

Me falta el aliento.

Mi corazón late a toda velocidad y mi pecho se estruja cuando la imagen del edificio derrumbándose invade mi cabeza. Lágrimas densas se acumulan en mis ojos y el horror se asienta en mi estómago cuando los rostros de Dahlia y Axel aparecen en mi memoria.

—No —mi voz suena ronca y desgastada—. No, no, no, no, no...

Dahlia estaba allí dentro. Axel también. Dudo mucho que los ángeles hayan hecho algo para sacarlos de ahí. Dudo mucho que se hayan molestado en salvarlos.

Niego con la cabeza, al tiempo que me pongo de pie y aferro las hebras de mi cabello para tirar de ellas en un gesto ansioso.

El llanto angustiado y desesperado se hace presente en ese momento y un sonido estrangulado se me escapa cuando trato de reprimir los sollozos que han comenzado a abandonarme.

La ira —cruda, dura y cegadora— se apodera de mí en ese momento, y le grito a la nada. Le grito a Rafael y a sus ángeles, a Mikhail y a sus promesas, a Nathan y a sus mentiras. Le grito al idiota del destino por permitir que mi vida se convirtiera en esto. Por arrebatarme a mi familia y dejarme aquí, hecha mierda por unos seres que no conocen la compasión.

El coraje es tanto en este momento, que me muevo a tientas por la habitación hasta que logro encontrar, entre las paredes de concreto, la puerta metálica que me mantiene encerrada. Entonces, comienzo a golpearla. Espero que ellos me escuchen. Espero que los ángeles puedan oír el modo en el que los maldigo y les hago saber que son la peor escoria que ha pisado la tierra.

Grito hasta que mi garganta arde y, solo entonces, me derrumbo en el suelo y sollozo hasta que no me quedan lágrimas para llorar. Hasta que los ojos me escuecen y el pecho me duele.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que la puerta se abra, pero, cuando lo hace, lo único que puedo hacer, es intentar ver más allá de la oscuridad.

No logro distinguir nada.

La persona que entra es un hombre. Puedo deducirlo gracias a su tamaño y las dimensiones de la silueta que se dibuja a través de la poca iluminación que se cuele por la entrada.

—No tenemos mucho tiempo —dice, sin más preámbulos, y de inmediato sé que no es Rafael. La voz es completamente diferente.

No respondo. Me limito a abrazarme a mí misma en el suelo de la desconocida estancia.

Un suspiro resuena en todo el espacio una vez que la puerta vuelve a cerrarse y, de pronto, algo se enciende e ilumina toda la habitación. Mis parpados, acostumbrados a la oscuridad, se cierran de golpe en ese instante.

Me toma unos segundos ajustarme a la nueva iluminación y poder observar las verdaderas dimensiones del lugar en el que me encuentro.

Es una habitación amplia —casi tan amplia como el apartamento de Dahlia— y las paredes son de piedra. Se siente como si estuviese dentro de un calabozo. Como si este lugar fuese la mazmorra de un ostentoso castillo medieval. Hay, incluso, lámparas extrañas y antiguas colgando de todos lados. No sé cómo es que se han encendido de repente, pero asumo a que se ha tratado de alguna clase de magia angelical.

—Bess —la voz de mi acompañante me hace volver mi atención hacia él y, de inmediato, puedo decir que no lo conozco. Jamás lo he visto en mi vida; y, a pesar de eso, él me mira con una preocupación que casi llega a conmovirme... *casi*—. Escúchame bien, por favor, que no tenemos mucho tiempo.

Mi ceño se frunce ligeramente en confusión y él mira hacia la entrada con ansiedad. Yo aprovecho esos instantes para analizarlo.

No luce viejo. Tampoco luce como si fuese el hombre más joven del mundo, pero, si fuera humano, no podría calcularle más de veinticinco años. Su cabello rubio platinado cae en ondas que terminan justo debajo de su mandíbula, y su piel clara lo único que hace es resaltar el color azul eléctrico que tienen sus ojos. Su estatura no es tan inmensa como la del resto de los ángeles que he visto y luce —por extraño que parezca—, un tanto... *humano*.

No me atrevo a apostar, pero hay algo cálido en la forma en la que me mira. Como si me conociera desde hace tiempo y se sintiera aliviado de verme.

—Rafael te ha encerrado en una de las iglesias más antiguas de la ciudad —dice, al tiempo que vuelve su atención hacia mí—. No va a matarte ahora mismo porque planea hacer que Miguel venga a

buscarte, pero ten por seguro que, una vez que consiga que él venga, se va a deshacer de ti.

—¿De qué estás hablando? —mi voz suena afónica y desgastada—. ¿Quién diablos eres tú?

Vacila.

Su expresión —antes angustiada— ahora está cargada de vergüenza y pesar.

—Yo... —se detiene abruptamente y noto cómo desvía la mirada—. Soy Jasiel —hace otra pequeña pausa y dice, en voz más baja—: Soy el ángel que se apoderó del cuerpo del prometido de tu tía.

La declaración cae sobre mí como baldazo de agua helada y mi corazón se congela en ese instante.

—¿Qué?

Me mira a los ojos.

—Después del accidente que tuviste en carretera y del cual te recuperaste, fui enviado para asesinarte. —Su voz es neutral, pero hay un destello culposo en ella. Debe notar la confusión en mi mirada, ya que dice—: Rafael fue quien orquestó todo para que tu familia y tú se accidentaran. Creó, incluso, un manto sobre ustedes para que nadie llegara a tiempo a salvarte y así poder iniciar con toda esta mierda del apocalipsis; pero Mikhail te encontró y todo se complicó. —Niega con la cabeza—. Entonces, me envió a mí a hacer el trabajo sucio —desvía la mirada y su tono baja—. Cuando por fin te encontré, Mikhail ya se encontraba rondándote, así que tuve órdenes expresas de no hacer ningún movimiento todavía. Además... —traga duro—. Además, nunca tuve el valor de enfrentarlo. Él era... era... —su voz se quiebra ligeramente—. ¡Mierda! ¡Él era mi maldito superior! ¡Era un jodido arcángel y yo estaba bajo su mando! —deja la bandeja que ni siquiera había notado que llevaba entre los dedos y tira de su cabello en un gesto desesperado—. No podía, simplemente, cometer esa clase de traición. No cuando la gran mayoría de los ángeles al mando de Rafael aún lo vemos como el gran jodido héroe que siempre fue...

Niego con la cabeza, incapaz de creer lo que estoy escuchando, pero él no se detiene:

—En su lugar, me encargué de preparar el cuerpo de Nathan para que su mujer no notara la transición y, una vez que tuve oportunidad de hacerlo, me apoderé de él para vigilarte —me mira a los ojos una vez más—. Me dije a mí mismo que te mataría en cuanto tuviese oportunidad, pero... —se detiene abruptamente—. Yo... yo... —frota su rostro con ambas manos—. ¡Maldita sea! Yo empecé a... a *sentir*.

—Cállate —suplico, porque no quiero seguir escuchando.

—Bess, yo nunca quise lastimarla —el sonido torturado de su voz hace que me sienta enferma.

—Cállate.

—Intenté salvarla de la explosión, pero no pude hacerlo. Su cuerpo no resistió. Ella...

—¡Cállate! —medio grito. Medio sollozo.

—Lo siento —la angustia en su mirada lo único que consigue es incrementar el odio que ha comenzado a formarse en mi pecho—. Lo siento mucho, yo solo...

Cubro mis oídos para no escucharle más y me aovillo otro poco.

—Bess, por favor —aún soy capaz de escuchar a través de mis manos ahuecadas—. Salvé al demonio. Al demonio sí pude rescatarlo, pero está muy grave. Morirá en cualquier momento si no recibe la atención necesaria. Necesito que me digas dónde encontrar a Miguel. Solo él puede enfrentarse a Rafael. Solo él puede llevar al demonio a su sitio para que se recupere.

Un sollozo se me escapa mientras niego frenéticamente. Quiero que se calle. Quiero que deje de hablar y que toda esta mierda termine de una maldita vez por todas.

—Vete —sollozo—. Vete de aquí. Lárgate.

—Bess...

—¡Lárgate! —grito y el suelo se estremece debajo de mis pies.

La frustración y la impotencia me invaden en ese momento. Me encantaría ser capaz de controlar esto. Me encantaría poder utilizarlo para salir de aquí y destruir a todos estos seres divinos que tratan de acabar con todo lo bueno que tengo.

El ángel me mira fijamente y yo le sostengo la mirada. El dolor y el arrepentimiento tiñen sus facciones, pero no pronuncia ni una sola palabra. Ni siquiera se mueve. Solo se queda ahí, con la vista clavada en la mía, y los ojos llenos de una emoción desconocida y poderosa.

—Por favor, vete —mi voz es un susurro tembloroso, débil y suplicante.

El ángel baja la mirada, finalmente, y noto cómo sus hombros se hunden en un gesto derrotado.

—Voy a arreglarlo —dice, pero no le creo—. Voy a encontrar a Miguel y voy a ayudarte.

—Vete —repito una vez más y él aprieta la mandíbula antes de asentir con dureza.

Se pone de pie en ese momento y, justo después de girar sobre su eje, me mira por encima del hombro.

—Come algo, por favor —dice y hace un gesto de cabeza en dirección a la bandeja que ha traído, la cual tiene una botella de agua y un sándwich improvisado—. Trataré de traerte algo más a la hora de la cena. No prometo nada.

Asiento, a modo de respuesta, pero él no se marcha todavía.

—¿Bess? —dice, y me obligo a mirarlo, a pesar de que no quiero hacerlo—. Voy a encontrarlo. Lo juro.

Entonces, hace un gesto de mano y las luces se apagan de nuevo.



He perdido la noción del tiempo. Estoy casi segura de que no ha pasado mucho desde que estoy aquí; sin embargo, no puedo asegurarlo con certeza.

Tengo hambre, pero no demasiada, así que eso me hace saber que no puede haber sido tanto desde que el ángel de cabellos rubios vino a alimentarme. A pesar de eso, no puedo evitar sentir como si hubiese transcurrido una eternidad.

El cansancio de mi cuerpo hace que, eventualmente, me quede dormida y, cuando despierto, en lo único en lo que puedo pensar es

en el hambre intensa que me retuerce el estómago.

Mi garganta se siente seca, así que tomo un pequeño sorbo del agua que el ángel trajo para mí —y que he estado guardando como el más preciado de los tesoros— y me levanto del suelo para estirar los músculos y desperezarme un poco.

No me atrevo a apostar, pero puedo decir que ha pasado una cantidad considerable de tiempo desde la última vez que alguien estuvo aquí, así que empiezo a impacientarme. No sé qué es lo que pretende Rafael al tenerme encerrada, pero está poniéndome de nervios.

Jasiel, el ángel que me trajo comida, dijo que pretendía utilizarme para atraer a Mikhail, pero, dados los nuevos acontecimientos, dudo mucho que venga a buscarme. Es ilógico pensar que ahora que está recuperando eso que le arrebataron, venga aquí por mí.

Por más que duela aceptarlo, Mikhail ha tomado una decisión y sería muy estúpido que arriesgase todo una vez más solo para salvarme.

Lo único que espero, es que Rafael se dé cuenta de esto pronto y acabe con esto de una vez y para siempre.

El tiempo corre. Avanza con una lentitud tortuosa y desesperante. Se mueve a un paso descomunamente perezoso y eso está volviéndome loca. El hambre tampoco ayuda demasiado. El hueco doloroso en la boca de mi estómago y el nudo de ansiedad que se ha instalado ahí mismo, no hacen más que hacerme imposible el quedarme quieta. No sé qué es lo que estoy esperando en realidad, pero la impaciencia no me ha abandonado ni un segundo.

De vez en cuando, mi mente viaja a lugares oscuros y, de pronto, me encuentro siendo invadida por una retahíla de pensamientos negativos y deprimentes. Me encuentro vagando entre recuerdos del accidente de mi familia, los días horrorosos que pasé en el hospital después de eso, la locura de los religiosos que intentaron asesinarme, la pesadilla en el Aquelarre de las brujas, la tortura que recibí en el apartamento de Dahlia, la explosión y las palabras del ángel que vino a verme. Todo se acumula dentro de mí y me siento tan abrumada,

que apenas puedo concentrarme. Apenas puedo mantener mis emociones a raya.

Al cabo de un rato, me rindo y me aovillo en el suelo de la habitación, con la espalda pegada a una de las paredes de piedra, y me abrazo a mí misma para mantener el calor de mi cuerpo. La temperatura ha descendido varios grados, así que he comenzado a sufrir los estragos del frío.

Mis dientes han empezado a castañear involuntariamente y mi aliento ha comenzado a formar pequeñas nubes de vapor a mi alrededor.

Una maldición se me escapa en el instante en el que el temblor alcanza mi cuerpo, pero me las arreglo para compactarme a mí misma para no percibir tanto la helada que ha iniciado de repente. El hambre es insoportable llegados a este punto y no puedo hacer nada más que pensar en necesito ir al baño.

La cabeza ha comenzado a dolerme y la irritación provocada por la falta de alimento me hace querer gritar de la frustración. A pesar de eso, me las arreglo para reprimirlo todo. No puedo darle a Rafael la satisfacción de verme hecha mierda.

La puerta se abre.

La iluminación del exterior es cegadora y tengo que cubrir mis ojos con una mano para poder mirar cómo dos siluetas se dibujan en la entrada de la estancia y avanzan en mi dirección sin perder el tiempo.

Conforme se acercan, soy capaz de ver sus facciones. Ninguno de ellos es Rafael o Jasiel. Son dos tipos completamente desconocidos para mí.

Sin decir nada, uno de ellos envuelve sus dedos en mi brazo y tira de mí hacia arriba para obligarme a ponerme de pie. No pongo resistencia mientras lo hace. El otro de ellos se limita a aferrar mi otro brazo y, entre los dos, me llevan casi a rastras hacia afuera de la habitación.

Las luces del pasillo me ciegan por completo mientras avanzamos, así que no tengo tiempo de mirar el lugar con detalle. Apenas si



puedo ver la piedra de las paredes y el borrón de las luces cálidas que pasa a mi alrededor mientras soy arrastrada por los ángeles.

Trato de disminuir la velocidad a la que caminamos, pero lo único que consigo es tropezar con mis propios pies y recibir tirones dolorosos en mis extremidades.

El nerviosismo aumenta con cada paso que damos y, sin más, me encuentro frenando mi andar para ganarme algo de tiempo. No puedo evitar pensar en lo irónico que es el hecho de que estuve todo el día esperando que esto ocurriera y que, ahora que lo tengo a la vuelta de la esquina, no quiero enfrentarlo.

Sé, de antemano, que este es mi fin. Que Rafael va a asesinarme ahora mismo y que nada ni nadie va a impedir que lo haga y, a pesar de todo eso, una parte de mí aún espera que un milagro suceda. Espera que un chico con alas de murciélago aparezca de la nada y me lleve lejos.

Subimos un enorme tramo de escaleras y luego otro más. Caminamos por otra serie interminable de pasillos hasta que, finalmente, nos encontramos abriéndonos paso a través de una enorme explanada.

Es entonces, cuando por fin logro descubrir un poco más acerca de la edificación en la que me encuentro.

Luce antigua hasta la mierda. Las paredes de piedra y los bordes irregulares de las columnas le dan un aspecto deplorable y hermoso al mismo tiempo. Las antorchas encendidas lucen acorde al estado de la construcción y, al mismo tiempo, le dan un aspecto más cálido y acogedor del que en realidad tiene. Casi puedo imaginarme a un montón de monjes haciendo una vida aquí.

—Camina —la voz de uno de los ángeles que me sostiene inunda mis oídos y, acto seguido, soy empujada hacia un par de puertas dobles de tamaño descomunal.

Los ángeles que me llevan a cuestras las abren con una facilidad impresionante y no puedo evitar preguntarme si lo hicieron así porque son jodidamente fuertes, o es solo que las hojas metálicas de la entrada lucen como si pesaran una tonelada sin realmente hacerlo.

Me empujan dentro.

Mi corazón se salta un latido en ese momento y trato de obtener un vistazo rápido del lugar. En el proceso, un escalofrío me recorre el cuerpo cuando una oleada de aire helado me golpea.

Soy guiada hasta el centro de la inmensa estancia iluminada y, en el momento en el que me detengo para mirar otro poco, me doy cuenta de que la luz que invade la sala es provocada por el centenar de siluetas brillantes que se encuentran desperdigadas por todo el lugar.

No me pasa desapercibido el hecho de que muchos de los ángeles que están aquí tienen forma humana y no puedo evitar preguntarme si esto se debe al orden jerárquico que también rige a los ángeles. Seguramente es así. No dudo ni por un momento que, todos aquellos que tienen forma humana, son ángeles más poderosos que los que parecen luces de navidad de tamaño jumbo.

Mi vista recorre el espacio con lentitud y me doy cuenta, de inmediato, que estoy dentro de una especie de cúpula gigante que, sin poder evitarlo, asocio con las estructuras que suelen tener las iglesias antiguas. Por dentro, sin embargo, no es nada similar a una. No hay imágenes o figuras de ningún tipo; mucho menos hay un altar o algo por el estilo. Es más bien como una especie de coliseo, y hay bancas de concreto que van en ascenso y rodean el perímetro de una arena de concreto completamente vacía.

Los ángeles que vagan por la estancia lucen aburridos durante unos instantes, pero, en el momento en el que se percatan de mi presencia, todo cambia. Ahora están atentos a mí y a mis movimientos torpes y asustados.

Mi pulso no ha dejado de latir a toda velocidad y el pánico no ha dejado de acuchillarme las entrañas; sin embargo, no permito que se apodere de mí ni que me haga lucir intimidada y aterrorizada.

Uno de los ángeles tira de mí con brusquedad y dice algo en un idioma que no entiendo segundos antes de que me haga girar con violencia. El dolor en mi hombro —antes dislocado— me hace esbozar una mueca, pero me las arreglo para no gemir lastimosamente.

—¡Pero mira nada más qué tenemos aquí! —la voz masculina me hace fijar mi atención en el arcángel que avanza hacia nosotros con aire confiado y orgulloso. Un par de enormes alas blancas, que nacen y se extienden grandes e imponentes hacia los costados de la arena, enmarcan su figura y lo hacen parecer más alto de lo que ya es—. ¡Pero si es nuestra invitada de honor!

Mi estómago se encoge con violencia ante el tono divertido que utiliza.

Rafael esboza una sonrisa infantil que lo único que consigue, es revolverme el estómago. El terror hace mella en mi sistema en ese momento y doy un par de pasos hacia atrás por acto reflejo, antes de que mi espalda impacte contra algo firme y duro.

Una risotada se escapa de los labios del arcángel y los vellos de mi nuca se erizan con el sonido cruel de su voz.

—¿A dónde crees que vas, pequeña? —sonríe aún más—. No puedes marcharte aún. Es muy pronto. Además, necesito tu ayuda.

—Vete al demonio —siseo, pero sueno aterrorizada.

Él se detiene cuando sus botas tocan las puntas de mis desgastadas Converse y, entonces, soy capaz de sentir de lleno el calor sofocante que emanan sus alas. Su aliento —el cual me golpea de lleno en la mejilla— se siente frío en comparación y me asquea sobremanera. Su cercanía me causa una repulsa que no soy capaz de controlar.

—Oh, pequeña —susurra, en voz baja y dulce—. Serás tú quien traerá a un demonio a este lugar.

Mis ojos encuentran los suyos y trato de mirarlo con todo el odio que puedo imprimir.

—Él nunca va a venir —digo y mis propias palabras me lastiman.

Rafael esboza una media sonrisa torcida y estira una mano para colocar un mechón de cabello detrás de mi oreja. Yo me aparto en el proceso y su sonrisa se ensancha.

—¿Qué es esto? —se burla—. ¿Solo dejas que demonios idiotas lo hagan?

Le escupo en la cara.

Su rostro se gira con violencia hacia un costado y sus ojos se cierran debido a mi ataque repentino, pero no se mueve después de eso. Se queda quieto mientras deja que el peso de mis acciones se asiente en el ambiente.

Soy plenamente consciente de que las miradas de todo el mundo están fijas en nosotros, pero yo no puedo hacer otra cosa más que intentar acompasar mi respiración.

—Espero que te pudras en el infierno —digo, al cabo de unos instantes, con la voz temblorosa por las emociones que me invaden.

Él no responde. Se limita a limpiar su cara con el dorso de su mano.

Entonces, me enfrenta. La expresión que hay en su rostro me pone a temblar, y mi pecho se estruja cuando su mandíbula se aprieta y su mirada se endurece.

—Grita para mí, Bess Marshall —dice y, entonces, ahueca mi rostro entre sus manos.

El estallido de dolor es tan intenso que mis rodillas flaquean y caigo al suelo de golpe. Él ni siquiera se molesta en seguirme. Me suelta cuando mi cuerpo deja de responder y caigo de lleno en el concreto.

Mi cabeza rebota contra el piso, y mi visión se nubla y se duplica debido al impacto intenso. Un sonido estrangulado se me escapa al instante, pero ni siquiera tengo tiempo de intentar ubicarme. Alguien ya se ha apoderado de mi cuero cabelludo y ha tirado de mí en una posición sentada.

Un balbuceo incoherente brota de mi garganta y siento cómo el calor proveniente de las alas de Rafael incrementa.

—¡Vamos! —su voz truenca en mis oídos—, ¡Llámalo! ¡Grita su nombre! ¡Usa esa fuerza endemoniada que tienes y tráelo hasta aquí!

Un grito adolorido brota de mi garganta cuando siento cómo tira de mí con más fuerza y comienza a moverse conmigo a cuestas. Mis manos, desesperadas y temblorosas, se estiran para alcanzar su muñeca y evitar que me arranque el cabello de un tirón, pero lo único que consigo es rasguñar su piel. Él no cede en lo absoluto. No deja de arrastrarme por toda la arena mientras chilló, pataleo y grito de dolor.

El arcángel me libera cuando llegamos al fondo de la estancia y yo me abrazo a mí misma en ese momento.

Estoy llorando. Estoy sollozando lastimosamente y no me importa si un puñado de ángeles me ven mientras lo hago. No me importa porque estoy aterrorizada. Porque quiero que esto termine de una vez y porque sé que no será así de fácil. Sé que Rafael no va a dejarme ir así como así.

—¿Por qué tienes que hacerlo todo tan difícil? —la voz de Rafael suena cercana y baja ahora—. ¿Por qué no puedes cooperar e invocar a un jodido demonio? ¿Por qué tienes que esperar a que te haga daño?

Cierro los ojos con fuerza.

—¿Qué pasa? ¿Te ha comido la lengua el ratón? —él se burla y aprieto los dientes para reprimir la rabia que me invade—. ¿Se te ha acabado la valentía?

Sé que trata de provocarme, pero no quiero caer en su juego. No quiero darle lo que quiere.

Una carcajada inunda mis oídos al cabo de unos segundos de completo silencio y, de pronto, el dolor estalla en mi espalda.

Un grito atronador me abandona y me quedo sin aliento. Todo el aire escapa de mis pulmones y mis vértebras se entumescen debido al impacto que las ha golpeado con brutalidad.

«¡Me ha pateado! ¡Me ha dado una jodida patada!».

—No eres más que una asquerosa humana —Rafael sisea—. No sé cómo es que ese imbécil arriesgó tanto por ti. Por protegerte —un sonido similar al de un bufido se le escapa y, entonces, añade—: Ahora entiendo por qué te abandonó.

El dolor emocional que se apodera de mi pecho es casi tan intenso como el de mi espalda y reprimo un sollozo lastimero y débil.

—No eres más que una niña mimada, inútil y débil —sentencia y el dolor se mezcla con una emoción oscura y profunda—. No eres más que *basura*.

Mis manos acalambradas se cierran en puños y siento como mis uñas me hieren las palmas. La ira comienza a invadir mi cuerpo a una

velocidad aterradora y no puedo hacer nada para detenerla. No puedo hacer nada para aminorar el temblor incontrolable que me provoca.

El calor se acumula en mis extremidades y siento cómo un destello de algo desconocido comienza a entretejerse en mi cabeza y mi pecho. Una oleada de calor me da de lleno en un abrir y cerrar de ojos y, entonces, el suelo empieza a temblar debajo de mí.

—¿Eso es todo lo que tienes? —se burla y la vibración aumenta.

La red de energía que recorre mi cuerpo se aprieta y, de pronto, siento cómo los vendajes improvisados en mis muñecas comienzan a humedecerse. Las hebras gruesas del poder se aprietan otro poco y duele. Duele tanto que me arqueo involuntariamente para escapar de la sensación abrumadora.

Un sonido inhumano se me escapa y Rafael ríe.

Lucho contra el dolor. Lucho contra el peso de la energía exorbitante que se entreteje en todo mi cuerpo y presiono mis manos contra el suelo. Entonces, empujo con fuerza hasta que mis músculos temblorosos logran sostenerse lo suficiente como para permitirme alzar la cara para encarar a Rafael, quien me mira como si fuese el ser más despreciable de la tierra.

—Eres decepcionante —la mueca cargada de fingido pesar que esboza solo incrementa el odio que se cocina en mi interior.

El arcángel hace un gesto de cabeza en dirección a un par de ángeles que se encuentran cerca y les dice algo en un idioma que no comprendo. Ellos, sin perder el tiempo, se apresuran en mi dirección.

Rafael me da la espalda y, entonces, lo dejo ir.

Un estremecimiento me recorre el cuerpo y un sonido antinatural brota de mi garganta en el instante en el que todo el lugar comienza a temblar desde los cimientos.

Los ángeles que se acercaban a mí han caído al suelo de golpe y gritan de manera aterradora. Rafael también ha caído, y siento cómo el aire se llena de algo denso y abrumador.

El cántico disonante de los gritos de los ángeles me llena de una satisfacción enferma y aterradora.

El dolor de mis muñecas es insoportable, pero no puedo detenerme. No puedo parar.

El mundo empieza a desdibujarse. Mi vista empieza a nublarse y, de pronto, todo pierde sentido. El universo se deshace en el instante en el que un rostro familiar y aterrador aparece en mi campo de visión.

La parte activa de mi cerebro me grita que debo alejarme, pero mi cuerpo no responde. No puedo moverme. No puedo hacer nada más que recibir de lleno el tacto de fuego de Rafael.

La energía acumulada en el ambiente vacila y trato, desesperadamente, de mantener cerca las hebras que me envuelven. Un sonido aterrador se me escapa y clavo mis dedos en la carne blanda de las muñecas de Rafael para obligarlo a soltarme.

Él aferra su agarre en los costados de mi cara y ahogo un gemido cuando la carne de mis mejillas comienza a arder con violencia.

«Voy a desmayarme. Voy a desmayarme. Voy a...».

—¡Basta! —una voz familiar —aterradoramente familiar— trueno en toda la estancia.

En ese instante, el toque de Rafael me abandona y me desplomo en el suelo mientras trato de recuperar el control de los hilos que me envuelven. Es imposible. Es incontrolable ahora. El suelo no deja de temblar y mis muñecas no dejan de sangrar.

Estoy aterrorizada. No puedo controlarlo. No puedo detener el hambre desmedida que tiene la energía que se ha apoderado de mí. Tiene vida propia y clama destrucción. Clama venganza.

—¡Pero mira nada más a quién tenemos aquí! —la voz de Rafael suena lejana. Como si estuviese al final de un túnel inmenso—. Estaba esperando por ti, Miguel.



## LAZO

Estoy cayendo.

Mi visión es un caleidoscopio de colores oscuros, imágenes recortadas y emociones sin sentido. Una serie de sonidos amortiguados, gritos, movimientos bruscos y toques suaves y dulces.

Bailo en el limbo de la inconsciencia. Me muevo de un lado a otro entre imágenes inconexas y sin orden, hasta que la opresión que me envuelve es tan grande, que no puedo hacer otra cosa más que concentrarme en ella y en la forma en la que me domina y me doblega a su antojo.

Alguien dice mi nombre. Alguien susurra palabras tranquilizadoras contra mi oído y siento otra clase de opresión. Una más cálida. Más amable. Más... *dulce*.

No puedo dejar de temblar, no puedo dejar de estremecerme con violencia mientras el mundo va y viene.

Tengo apenas un vistazo de un rostro familiar que trae oleadas de tranquilidad a mi sistema, pero no logro ponerle un nombre. No logro conectar los puntos en mi cabeza para saber quién es la persona que me sostiene con fuerza.

Mi boca balbucea algo incoherente y trato de estirar las manos para alcanzar el rostro del hombre que me acuna.



No logro tocarlo. No logro hacer nada más que anhelar el tacto de su piel entre mis dedos, porque no tengo fuerza suficiente para alzar los brazos. No tengo fuerza suficiente para seguir luchando.



—No está funcionando —el sonido ronco y profundo de una voz masculina inunda mis oídos, pero no puedo abrir los ojos. No puedo arrancar de mi cuerpo la pesadez que se ha asentado en él, y tampoco puedo librarme del dolor insoportable de mi pecho—. ¡Maldita sea!, ¡no está funcionando!

—Te lo advertimos —dice una voz desconocida para mí—. No está en nuestras manos hacer que ella venza a lo que sea que lleva dentro. Es una batalla que es suya y de nadie más. Hicimos lo que pudimos. Solo queda esperar.

Lucho para librarme de la bruma que me invade, pero no puedo hacerlo. No puedo apartar la pesadez extrema que se ha apoderado de mí.

—Tiene que haber algo que puedan hacer —la voz masculina insiste y, poco a poco, va dibujándose un rostro en mi memoria.

Cabello negro como la noche, piel clara, ojos color gris, postura desgarbada, sonrisa torcida, gesto arrogante...

«¡Mikhail!».

Lucho con más fuerza. Lucho con toda la determinación que puedo y siento cómo la presión del poder disminuye considerablemente. Siento cómo mi cuerpo entero se relaja cuando las hebras se aflojan y me permiten mover los párpados.

La luz se filtra a través del suave movimiento de mis pestañas y, de pronto, me encuentro luchando por abrir los ojos.

—Bess... —el sonido aliviado de su voz, aunado al tacto suave de su mano en la mía, consiguen traerme un poco más de fuerza de voluntad y, pese a que todo mi cuerpo aún se encuentra atrapado entre las cuerdas de energía, consigo abrir los ojos.

El techo abovedado de la cúpula es lo único que soy capaz de ver en este momento, pero es suficiente para hacer que los recuerdos acerca de lo ocurrido se agolpen en mi cerebro a una velocidad alarmante.

La angustia comienza a abrirse paso en mi adormilado sistema y, de pronto, me encuentro retorciéndome en la superficie dura que se encuentra debajo de mí para escapar de la prisión que yo misma he creado para mí. Esa hecha a base de hilos de energía entrelazados con mucha brusquedad.

Alguien habla, pero no pongo atención a lo que dice. No hago nada más que permitir que el pánico se apodere de mí y me haga añicos. No hago nada más que jadear en busca del aire que no he podido recuperar del todo.

Soy removida del suelo y unos brazos cálidos se envuelven alrededor de mi cuerpo inservible. Entonces, las hebras se tensan a mi alrededor y un espasmo adolorido me recorre la espina. Un sonido torturado se me escapa y tengo que morderme el interior de la mejilla para no gritar.

«Esto es demasiado. No puedo soportarlo. No. Puedo...».

—¿Qué está pasándole?! —la voz de Daialee suena lejana, pero puedo reconocerla de inmediato. El alivio me llena el pecho en ese momento—. ¡Dios mío! ¡Alguien haga algo!

—El poder que posee la está matando —otra voz femenina habla—. Es demasiado para ella. Los cuerpos comunes no son capaces de soportar esa clase de fuerza.

—¿Vas a cumplir con tu parte del trato, Rafael? —Mikhail habla, y me sorprende sentir la vibración provocada por su voz, contra mi mejilla. Es solo hasta ese momento que me doy cuenta de que es él quien me sostiene—. ¿Puedo confiar en que vas a dejarla tranquila una vez que...? —se detiene un segundo—. ¿Una vez que te dé lo que quieres?

Quiero protestar. Quiero preguntar qué está pasando, pero no puedo hacerlo. No puedo hacer nada más que concentrarme en el dolor que me consume de adentro hacia afuera.

—Por supuesto —Rafael responde—. Ya te lo dije. Tienes mi palabra.

Nadie dice nada, así que lucho una vez más para abrir los ojos.

—¿Estamos listos, entonces? —la voz femenina que no logro reconocer habla de nuevo.

—¿Están seguras de que esto funcionará? —Mikhail suena aterrizado.

—No podemos garantizarte nada, demonio —dice la voz—. Lo único que podemos asegurarte, es que es la única manera.

—Bien —el chico de los ojos grises responde, pero me aprieta con más fuerza contra su pecho. Entonces, a través de mis pestañas, observo cómo se inclina y presiona sus labios contra los míos.

El suave tacto hace que mi pecho aletee con violencia, pero no puedo corresponderle. No puedo hacer nada más que sentir cómo se aparta de mí y me apoya en el suelo.

—Perdóname, amor —susurra, con la voz entrecortada y, de pronto, algo pellizca la piel de mi pecho. Mi vista baja hacia mi cuerpo en ese instante, y noto cómo la mano de Mikhail tiembla en el agarre del mango de un cuchillo. Un cuchillo que está enterrado en mi pecho.

No duele. A pesar de todo, no puedo sentir nada. La sangre que emana de la herida es abrumadora y alarmante... pero no duele.

El miedo se arraiga en mis venas a toda velocidad y miro a Mikhail, quien clava sus ojos en los míos. La profunda tristeza que refleja su expresión me rompe en pedazos y me destroza poco a poco.

—Perdóname, vida... —susurra, con voz estrangulada.

Entonces, todo se vuelve negro.



*Tengo frío.*

*Mi cuerpo entero está envuelto en un manto helado, pero ya no hay dolor. Ya no hay espasmos incontrolables, ni redes tejidas sobre mi cuerpo, ni energía desbordante.*

*Solo hay... frío.*

*Me siento ligera. Ajena a este mundo. Ajena a todo lo que me rodea y a todo lo que alguna vez me hizo daño.*

*Me siento tan tranquila...*

*—Despierta —alguien dice, pero no quiero hacerlo. Quiero quedarme aquí.*

*—Bess —me llaman—, despierta.*

*No me muevo. Me quedo quieta donde estoy.*

*—Cielo, por favor...*



El aire inunda mis pulmones con tanta violencia, que duele. Un sonido estrangulado brota de mi garganta y soy plenamente consciente de la prensa que atenaza mi pecho. Soy plenamente consciente del modo en el que mi cuerpo reacciona ante el oxígeno que lo invade y de la frialdad de mi cuerpo.

No puedo dejar de temblar. No puedo dejar de mirar hacia todos lados mientras trato de controlar el latido intenso de mi corazón y el sonido jadeante que hace mi garganta cuando trato de respirar con normalidad.

Estoy aterrorizada, pero ni siquiera recuerdo por qué. Todos los músculos de mi cuerpo me piden que me levante de donde sea que me encuentre y que corra con todas mis fuerzas, pero lo único que consigo es forcejear contra lo que sea que me mantiene en mi lugar.

*—¡Bess! —alguien grita—, ¡Bess, tranquila!*

Pero no me detengo. No puedo hacerlo. No cuando un montón de imágenes incoherentes se arremolinan en mi memoria. No cuando una en específico me tortura de un modo impresionante.

Me sostienen con fuerza. Mi cuerpo ha sido aprisionado en el pecho de otra persona y trato, desesperadamente, de apartarme sin éxito.

*—¡Soy yo! ¡Bess, soy yo! —la voz suena una vez más y el tono familiar hace que mi lucha vacile unos instantes—. ¡Mírame! ¡Por favor, mírame!*

El agarre en mi cuerpo cede unos instantes antes de que mi rostro sea ahuecado entre un par de manos grandes y cálidas.

Entonces, mi vista se llena de él. Se llena del rostro de Mikhail.

Sus ojos grises me miran con tanta intensidad, que me quedo quieta; su mandíbula está tan apretada, que temo que pueda romperla; su ceño está fruncido en un gesto tan angustiado, que no puedo evitar querer pasar mi dedo por ahí para deshacer la arruga que se le ha formado entre las cejas. Luce tan descompuesto que, por un momento, parece otra persona.

—Estás bien —dice, con aquel tono de voz preocupado y desesperado de hace unos instantes—. No pasa nada, Cielo. Estás bien.

Trago duro.

—¿Qué pasó? —mi voz suena tan desgarrada y destrozada, que apenas puedo reconocerla. Trato de aclararme la garganta, pero el pinchazo de dolor que me atraviesa me hace detenerme.

Mikhail no responde. Desvía la mirada y deja caer la cabeza, en un gesto que denota agotamiento, cansancio y pesar.

Aprovecho esos instantes para echar un vistazo al lugar en el que nos encontramos.

Por un momento, me siento tan aturdida, que no logro reconocer la estancia abovedada. Por unos instantes, me siento tan abrumada, que apenas puedo detectar la alarmante cantidad de bultos brillantes que hay tirados por todo el suelo.

Entonces, los recuerdos toman un poco de más sentido.

Rafael, los ángeles, su tortura, la manera en la que intentó provocarme, el poder incontrolable, las imágenes inconexas, la pesadilla acerca de Mikhail clavándome un cuchillo en el pecho...

Mi corazón se acelera un poco más. El pánico empieza a instalarse en mi estómago.

Me libero del agarre de Mikhail y me pongo de pie —a pesar de que mis piernas apenas responden— y comienzo a girar en redondo con lentitud.

Lo primero que veo, es a las brujas: Daialee, Niara y las dos mujeres atadas, se encuentran de pie a pocos metros de distancia de donde nos encontramos Mikhail y yo, y nos miran con expresiones que están a la mitad del camino entre la angustia y el alivio.

—Bess —Mikhail habla, pero yo ya he continuado con mi inspección—. Por favor, habla conmigo.

No respondo. Me limito a mirar a detalle todo mi entorno.

Las paredes de la cúpula están resquebrajadas y no logro recordar si ya se encontraban así cuando llegué. Tampoco logro recordar si el suelo estaba así de deshecho como ahora.

Me siento aletargada, lenta... *extraña*.

Como si estuviese debajo del agua, intentando escuchar lo que hay allá en la superficie. Como si el mundo y yo estuviésemos en dos dimensiones diferentes e incompatibles.

La sensación de vacío que siento en el pecho es casi tan grande como la confusión que me invade, pero no puedo hacer nada más que girar sobre mi eje con lentitud para absorber la realidad que me invade.

Poco a poco y con mucha lentitud, las imágenes frente a mí empiezan a tomar sentido y, de pronto, me encuentro sin poder apartar la mirada de los bultos que están desperdigados por todo el suelo.

El horror se asienta en mi sistema conforme las piezas van uniéndose en mi cabeza y, de pronto, me siento asqueada.

«¡Son ángeles! ¡Los bultos son ángeles muertos!», grita la parte activa de mi cerebro, y la sensación de lejanía se disipa un poco; lo suficiente como para hacerme sentir aterrorizada.

—Oh, Dios... —mi voz sale en un susurro entrecortado.

Un cuerpo se interpone en mi campo de visión, pero ya es tarde. Lo he visto todo. He visto las consecuencias del poder desmedido que los Estigmas tienen.

Mis ojos están abnegados en lágrimas y no puedo hacer nada más que apretar los puños para contener los estremecimientos de pánico que me invaden.

—Bess, por favor, mírame —Mikhail pide, pero no quiero hacerlo. No quiero alzar la vista para encararlo porque sé que él sabe que soy un monstruo.

Esta es la razón por la cual todo el mundo le decía que debía deshacerse de mí. Este es el motivo por el cual los ángeles me buscaban. Soy un jodido monstruo. No debo de existir. No debo tener esta clase de fuerza.

—Bess, amor, no te tortures así —el tono suplicante del demonio frente a mí solo consigue acrecentar la sensación de culpa—. No es tu culpa. No has podido controlarlo.

Mis ojos se alzan para encararlo y su expresión preocupada me hace sentir más miserable.

—¿Qué fue lo que pasó? —mi voz se quiebra debido a las lágrimas contenidas y él alza una mano para tocarme, pero yo me aparto.

Algo extraño se retuerce en mi pecho. Como si alguien hubiese tirado de una cuerda invisible atada a mi corazón.

Mikhail traga duro.

—¡Oh, por el amor de Dios! Déjate de dramatismos y cuéntaselo ya. No tengo tiempo para esto —el sonido arrogante de la voz de Rafael me eriza los vellos de la nuca y, en ese instante, vuelco mi atención hacia el fondo de la estancia.

El arcángel está ahí, de pie, recargado contra la pared, con gesto aburrido y perezoso y, a pocos metros de distancia de él, se encuentran Gabrielle y el Ángel de la Muerte: Ashrail. Ninguno de los dos dice nada. Ambos se limitan a observarnos con expresiones estoicas y calmadas.

No sé cómo demonios no me di cuenta de su presencia en la habitación. No sé por qué diablos me siento tan desconectada de todo.

Mi atención se vuelca hacia Mikhail cuando asimilo la escena que se desarrolla delante de mis ojos, y noto cómo su gesto se descompone en una mueca que luce torturada y angustiada.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué están ellos aquí? ¿Qué...?

—Lo siento —Mikhail me interrumpe—. Lo siento mucho, Bess.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —la angustia se filtra en el tono de mi voz y siento cómo las ganas que tengo de llorar incrementan con cada segundo que pasa.

El chico delante de mí baja la mirada y, por primera vez desde que lo conozco, luce vulnerable.

—¿Mikhail? —sueno suplicante.

No me mira.

—Entenderé si me odias —dice, en un tono de voz que apenas es audible.

—¿Por qué habría de odiarte? ¿Qué diablos está pasando? —Sueno cada vez más alterada.

Su vista encuentra la mía.

—Estabas muriendo —su voz se quiebra—. No sabía qué hacer. No había otra opción. Yo...

—Tú, ¿qué?

Se hace el silencio.

—Te asesinó —Rafael dice, al cabo de unos segundos en completo silencio y se siente como si me hubiesen golpeado con un mazo en el estómago.

Mi vista se posa en un punto detrás de Mikhail, hacia el lugar donde se encuentra Daialee, y ella solo desvía la mirada. Entonces, miro a la bruja que se encuentra detrás de ella. Esa que es aterradora hasta la mierda y que debería estar muerta.

De pronto, su aspecto no me parece tan terrorífico como antes. De hecho, ya no me parece perturbadora en lo absoluto.

Nuestros ojos se encuentran y su expresión se transforma ligeramente. Lo que antes no habría sido capaz de mirar, ahora me golpea con violencia contra la cara.

Luce... ¿Pesarosa? ¿Triste?

«Oh, mierda».

La verdad me golpea como un tractor demoledor y siento cómo toda la sangre de mi cuerpo se agolpa en mis pies, cuando recuerdo la conversación que tuve con Daialee acerca de estas mujeres. Cuando



recuerdo cómo me habló acerca del lazo que esta bruja comparte con su compañera. En ese instante, la conmoción me paraliza.

No respiro. No me muevo. No hago otra cosa más que intentar poner orden a mis pensamientos.

—Bess... —Mikhail dice, en un susurro y mi vista se posa en él.

—¿Qué hiciste? —sueno más horrorizada de lo que espero.

Noto cómo su mandíbula se aprieta.

—No podía dejarte morir así —su voz es apenas un murmullo débil y triste—. Yo... —niega con la cabeza—. No sabes cuánto lo siento.

Estira un brazo para alcanzarme, pero me aparto.

—¿A quién me ataste? —pregunto, mientras trato de reprimir la oleada de emociones encontradas que me azota.

—A mí —dice, sin apartar sus ojos de los míos—. ¿No puedes sentirlo? ¿La presión en el pecho? ¿El lazo?

Mis manos empiezan a temblar porque *lo siento*. Puedo percibirlo. Es como una cuerda. Como un lazo que tira de mi corazón y lo estabiliza al mismo tiempo.

Doy un paso hacia atrás y luego otro y, de pronto, me encuentro acucillada en el suelo, con las manos enredadas en las hebras de mi cabello y los pensamientos hechos un nudo incoherente.

—Bess... —Una pausa—. Cielo, escúchame —dice Mikhail a mis espaldas, pero no me giro para encararlo—. No tenemos mucho tiempo.

Froto mi cara con las palmas de mis manos y siento —gracias a la atadura— cómo se acerca. No necesito abrir los ojos para saber que está cerca. *Muy* cerca.

—Bess —el tono cálido que utiliza hace que mi pecho se estruje y, de pronto, siento cómo aparta mis manos de mi cara con gentileza. Su gesto está cargado de tristeza y resignación—, necesito que sepas esto, ¿de acuerdo?

Niego con la cabeza con frenesí, pero él ahueca mi rostro entre sus manos y me obliga a mantenerme quieta.

—Rafael va a dejarte tranquila —dice—. Vas a tener una vida tranquila de ahora en adelante: vas a ir a la universidad, vas a casarte,

tener hijos y envejecer como cualquier otro ser humano.

Sus ojos lucen vidriosos.

—No —digo, porque no quiero que continúe.

Él asiente.

—Lo harás, Cielo —asegura—. Serás feliz. Vivirás tranquila y morirás cuando ni siquiera puedas recordar tu nombre. Entonces, y solo entonces, El Fin empezará.

Niego con la cabeza. El nudo en mi garganta es tan intenso ahora, que me cuesta, incluso, tragar saliva.

—¿Qué está pasando? —digo, en un tono de voz apenas audible.

Mikhail une su frente a la mía.

—Lamento haber dudado —dice, con voz inestable—. Lamento no haberte elegido a ti en primera instancia.

La sensación de que todo va terriblemente mal se apodera de mi cuerpo y no puedo deshacerme de ella. No puedo alejar de mi cabeza a la insidiosa voz que dice que está despidiéndose de mí.

—Hice un trato con Rafael —dice, al cabo de unos segundos. Mi corazón se salta un latido y acelera su marcha, mientras él continúa—: Mi parte angelical, a cambio de una vida larga y tranquila para ti. —Se aparta un poco para mirarme a los ojos—. No sé qué va a pasar conmigo una vez que renuncie a lo que queda de arcángel en mí. No sé si voy a convertirme en un demonio completamente o si voy a... —traga duro—. O si voy a morir —suelta una risotada carente de humor—. De verdad, espero que no sea así, porque entonces nada de esta mierda habrá valido la pena y voy a llevarte conmigo.

Niega con la cabeza y las carcajadas se esfuman.

—Ni siquiera sé si voy a ser capaz de recordarte cuando sea un demonio completo —susurra, con un hilo de voz.

—No —digo, en medio de un sollozo—. No, no, no, no...

—Bess —susurra, y nuestras frentes se unen una vez más—. Bess, solo quiero que sepas que eres la cosa más bonita que he visto en mi vida. —Su aliento cálido golpea las comisuras de mi boca—. Eres tan bonita como el cielo. —Lágrimas calientes y pesadas se me escapan, mientras le pido entre sollozos que no haga esto; sin embargo, no

hace más que esperar a que mi llanto descontrolado ceda un poco. Entonces, dice—: Estoy enamorado de ti, Bess Marshall. —Sus pulgares acarician mis mejillas—. Me diste lo que nadie pudo darme. —Su voz se quiebra ligeramente—. Me diste la capacidad de amar. De sentir que mi mundo empieza y termina en la sonrisa de alguien. — Un sollozo se me escapa y aferro mis manos a las tuyas para evitar que intente alejarse. Para evitar que intente soltarme—. Me diste lo que necesitaba para darme cuenta de que, más allá del bien o del mal, a quien yo elijo es a ti —susurra—. Y no me importa si soy un ángel o un demonio, siempre y cuando tú estés bien. Quiero que tengas la vida que mereces y que seas tan feliz como sea posible.

—Detente —suplico—. Por favor, no hagas esto.

—Te amo, Bess —dice y mi corazón se hace añicos—. Te amo, y no sabes cuánto lamento no habértelo dicho antes.

Entonces, me besa. Sus labios encuentran los míos en un beso lento, pausado y profundo. Un beso cargado de dolor, angustia, desesperación y alivio.

—No me dejes sola —pido, contra su boca, pero él no dice nada. Solo une su frente a la mía y coloca mi cabello detrás de mis orejas.

—No lo haré —promete—. Estoy atado a ti, ¿recuerdas?

Un sollozo se construye en mi garganta y me aferro a la piel desnuda de sus hombros. Él solo me estruja con fuerza contra su pecho y murmura algo en un idioma desconocido. Entonces, me deja ir y se pone de pie para encaminarse al centro de la estancia.

—¡No! —me precipito hacia él para tratar de alcanzarlo, pero alguien tira de mi brazo para detenerme.

En ese momento, vuelco mi atención hacia la persona que me impide avanzar y me encuentro de frente con la visión del ángel que se apoderó del cuerpo de Nathan. No dice nada, se limita a negar con la cabeza y tirar de mí hacia atrás para impedir que me acerque a Mikhail.

—¿Cómo se supone que haremos esto? —dice el demonio de los ojos grises, en dirección a Rafael. Yo, en ese momento, empiezo a gritar con toda la fuerza de mis pulmones.

El arcángel se aparta de su posición en la pared y esboza una sonrisa arrogante.

—Ya lo verás —dice Rafael antes de dirigir su atención hacia las brujas y decir en su dirección—: Ustedes, vengan aquí. Vamos a necesitarlas.



## SACRIFICIO

Trato de alcanzarlo, pero no puedo. Trato de impedir que se aleje de mí, pero alguien ya ha aferrado un brazo alrededor de mi cintura y ha impedido que haga otra cosa más que chillar y patalear con fuerza.

Lágrimas nuevas me abandonan en el instante en el que Mikhail se planta al centro de la arena.

No dejo de rogar que se detenga. No dejo de pedirle que deje esta locura y me permita tomar el lugar que me corresponde; sin embargo, él parece no escucharme.

—¿Cómo se supone que haremos esto? —la voz de Mikhail suena firme y tranquila cuando habla por encima de mis súplicas.

—Es bastante sencillo, en realidad —Rafael responde, mientras avanza en dirección al demonio de los ojos grises. Yo no dejo de forcejear para que el ángel que me sostiene me deje en libertad—. Según lo que me dijo aquella otra bruja a la que torturé, lo único que necesitas hacer, es permitir que la oscuridad contra la que luchas se apodere de ti. Debes dejar de resistirte a la transformación para que la oscuridad venza, y tiene que ser ahora que aún eres más demonio que ángel —Rafael dice—. Si esperas a que el equilibrio de ambas fuerzas te alcance y llegas a convertirte en ese ser a medio camino entre el bien y el mal, todo será en vano y no cumpliré mi parte del trato.

—¿Cómo sabes que no he alcanzado ese equilibrio ya? —pregunta Mikhail, con voz serena y tranquila.

—Aún hueles ligeramente como un demonio —Rafael dice—. Sin embargo, debes darte prisa. Ya casi hueles como él —hace un gesto de cabeza en dirección a Ash.

Mikhail asiente.

—¿Qué va a suceder una vez que permita que la oscuridad me domine? ¿Qué pasará con mi parte angelical? —pregunta, con aire sereno.

—Una vez que renuncies a ella, tu cuerpo la expulsará y esta se materializará dentro del pentagrama. En ese momento, ellas —abre los brazos para señalar a las brujas que hay en la estancia—, se encargarán de canalizar esa parte celestial tuya hacia mí.

—¿Por qué hacia ti? —Daialee pregunta, con aire desconfiado.

—Porque no hay nadie más en este lugar que pueda tomarla —el arcángel responde sin mirarla.

—Ella podría hacerlo —la chica hace un gesto de cabeza en dirección a Gabrielle, quien luce como si estuviese a punto de echarse a llorar. A pesar de su postura firme, parece que está a nada de ponerse a gritar de la frustración.

—Ella no es tan fuerte como yo —Rafael refuta—. Es solo un ángel mensajero.

—¿Qué hay de Ash? —Mikhail pregunta, al tiempo que clava su atención en el Ángel de la Muerte.

—Yo no puedo tomarla —dice Ash, con voz serena—. Soy un ser que es ángel y demonio a partes iguales. Si me apodero de ella, no sé en qué me convertiría.

—¿Quieren parar esta locura?! —medio grito, cuando el silencio se apodera de la estancia—. ¡Por el amor de Dios! ¡Dejen que esto acabe de una vez! ¡Dejen que Rafael me mate!

La mirada de Mikhail se clava en mí en ese momento. El gesto furibundo que se apodera de sus facciones solo consigue es que me sienta un poco más miserable.

—La chica tiene razón —Ash, el Ángel de la Muerte, habla—. He venido aquí por ella. Gabrielle, incluso, está lista para dar el aviso del Fin a la humanidad. Estamos aquí porque es tiempo, Miguel. Deja de intentar postergarlo.

El demonio de los ojos grises clava su vista en el Ángel de la Muerte.

—Ella no va a morir esta noche, Ashrail —dice, con una determinación que me eriza la piel—. Si ese es el motivo por el cual has venido, lo mejor es que te vayas.

—¡Mikhail, por favor, no hagas esto! —pido y trato de deshacerme del brazo firme que me impide avanzar. Jasiel, sin embargo, no cede ni un poco; al contrario, aferra su otra mano en mí para impedir que siga forcejeando como lo hago—. *¡Por favor!*

Él no me mira.

—Asegúrate de no dejarla ir —dice, en dirección al ángel que me sostiene.

La sensación de hundimiento se apodera de mi cuerpo en ese momento y la derrota se arraiga en mi sistema. El desasosiego no hace más que ponerme a temblar y mis ojos se empañan con lágrimas nuevas. La impotencia se cierne sobre mis hombros y me siento miserable.

Rafael empieza a soltar instrucciones a las brujas y estas las siguen al pie de la letra. Niara y Daialeen han trazado un círculo al centro de la arena con algo que parece ser sal, y han dibujado una estrella dentro del perímetro creado. No hay que ser un genio para saber que se trata de un pentagrama.

Yo no dejo de llorar mientras observo cómo las cuatro mujeres se colocan en cada una de las puntas de la estrella. Queda una libre, así que Rafael se posiciona sobre ella para completar el círculo.

Los ojos de todos están fijos en Mikhail, pero él no avanza hacia el centro de la estrella como Rafael le ha pedido que haga. Por el contrario, se ha girado sobre sus talones para avanzar en mi dirección.

Le toma un par de segundos acortar la distancia que nos separa y, cuando llega a donde me encuentro, el ángel que me sostiene me deja ir. Yo aprovecho la libertad otorgada y me aferro a Mikhail con toda la fuerza que poseo.

Sus brazos son una prisión que me asfixia y me eleva sobre el suelo, de modo que no deja que mis pies lo toquen, y su voz es un mar de palabras dulces susurradas a mí oído. Las lágrimas no dejan de abandonarme, así que lo único que puedo responder, son balbuceos incoherentes y súplicas entrecortadas.

No me suelta. No deja de estrujarme contra su pecho y de murmurar disculpas que no quiero escuchar.

—Estoy enamorada de ti, Mikhail —susurro contra su oído, en medio de un sollozo—. No quiero perderte. Por favor, no hagas esto.

Él me deposita en el suelo con cuidado y se aparta un poco para mirarme a los ojos.

—Bésame —pide y, pese a las lágrimas, lo hago. Presiono mis labios contra los suyos en un beso que, al principio, es tímido, pero que luego se intensifica hasta convertirse en uno hambriento y urgente.

—Te elijo a ti, Bess Marshall —susurra contra mi boca—. Déjame hacer esto. Por favor, *necesito* hacer esto.

Niego con la cabeza y el llanto se vuelve abrumador ahora.

—No —sollozo—. Por favor, Mikhail, no lo hagas.

Me aferro a su torso con tanta fuerza que duele. Mis dedos se han acalambrado debido a la forma en la que aprieto el material de su camisa y hundo la cara en su pecho mientras dejo que el pánico se haga cargo.

Mikhail me deja ir. Sus brazos caen a sus costados y no hacen nada por consolarme. Eso me quiebra por completo.

Alguien envuelve un brazo en mi cintura y tira de mí para alejarme de él, pero me aferro con más fuerza al demonio. La persona que trata de apartarme tira de mí con más firmeza y logra hacerme retroceder un poco. Entonces, las manos gentiles de Mikhail se apoderan de las mías y me obligan a liberarlo.



Jasiel aprovecha ese momento para sostenerme e inmovilizar mis brazos. Entonces, me aleja de Mikhail, quien se limita a acercarse, besar mi frente y encaminarse al centro del pentagrama que ha sido dibujado en el suelo.

El dolor intenso que se apodera de mi cuerpo en ese momento es insoportable, pero no aparto la vista cuando se coloca en posición de espaldas a mí y asiente en dirección a Rafael, quien, a su vez, esboza una sonrisa sombría.

—Cuando él deje que la oscuridad lo venza, ustedes, brujas, tendrán que canalizar la energía que se acumulará dentro del pentagrama para direccionarla hacia mí —dice el arcángel y, por primera vez, noto cómo todas las brujas se remueven con incomodidad.

—Para ser un arcángel —masculla Daialee—, sabes demasiado acerca de lo que las brujas podemos hacer.

Rafael posa su atención en ella durante unos instantes y la mira con condescendencia antes para fijar su atención en el demonio de ojos grises.

—Cuando estés listo, Miguel —dice, al cabo de unos segundos de silencio.

—Me diste tu palabra, Rafael —Mikhail le recuerda—. No vas a tocarle un solo cabello. Vas a dejarla envejecer y vas a dejar que muera cuando sea su tiempo.

El arcángel esboza una sonrisa que se me antoja oscura, pero asiente.

—Te di mi palabra —dice, con aire resuelto—. Voy a mantenerla.

—Debes dar la orden a tus ángeles para que se vayan —Mikhail dice, con aire autoritario y Rafael asiente dándole la razón.

—Lo haré una vez que cumplas con tu parte.

El demonio asiente una vez más y, entonces, se hace el silencio. Mi vista se posa en Ash y Gabrielle, quienes miran la escena desde lejos. Ambos lucen pesarosos y derrotados, pero ninguno de los dos hace nada por impedir lo que está a punto de pasar.

Durante un largo rato, no ocurre nada. El mundo parece tan quieto como antes y lo único que puedo hacer, es observar cómo las brujas

cierran los ojos y extienden sus brazos hacia los costados.

Mikhail no se mueve. Se queda quieto al centro de todo y, al cabo de unos segundos, poco a poco, comienzo a sentirlo.

Es lento al principio, pero se intensifica con cada instante que pasa.

El tirón del lazo que me ata a Mikhail es tan fuerte, que comienzo a quedarme sin aliento. La sensación de debilidad que se apodera de mi cuerpo cuando esto sucede hace que mis piernas flaqueen. Puedo sentir cómo algo oscuro y denso se cuele dentro de mi cuerpo y, al mismo tiempo, se siente como si ese algo no pudiese tocarme en lo absoluto. Es entonces, cuando me doy cuenta de que está ocurriendo. Mikhail debe estar sintiendo lo mismo que yo. Está dejando que la oscuridad lo domine y el lazo permite que yo lo sienta.

De pronto, una punzada de dolor me atraviesa el cuerpo y es tan intensa, que me doblo sobre mí misma al tiempo que ahogo un grito. El ángel que me sostiene afianza su agarre y evita que me deshaga en el suelo.

En ese momento, mi vista se precipita hacia el pentagrama y noto cómo Mikhail tiembla en el suelo de la estancia. Está arrodillado y sus palmas están fijas en el suelo; su espalda se ha curvado hacia adelante y un sonido torturado se le escapa en el instante en el que otro golpe de dolor me invade.

El aire se vuelve denso, pesado, intenso. Una especie de neblina comienza a formarse alrededor del demonio y, casi al instante, el mundo se desdibuja a mi alrededor a toda velocidad.

Mikhail suelta un grito que suena a medio camino entre un gruñido y un rugido inhumano, y su cuerpo cae al suelo con violencia antes de comenzar a retorcerse con brusquedad.

Me falta el aire, mi pecho arde y mis manos tiemblan incontrolablemente mientras me aovillo un poco más.

Soy plenamente consciente de que lo que yo siento no puede ser ni siquiera la mitad de la tortura por la que él debe estar pasando. No cuando grita de este modo. No cuando su cuerpo se dobla en ángulos antinaturales, mientras la neblina a su alrededor se va volviendo cada vez más densa y pesada.

Se siente como si una parte importante de mí estuviese abandonándome. Como si alguien estuviese extrayendo un órgano importante fuera de mi cuerpo y no pudiese hacer nada para evitarlo.

Un sonido —mitad grito, mitad gruñido— brota de la garganta del demonio que agoniza en el suelo y una oleada de calor me golpea de repente. La neblina se ha expandido por toda la cúpula y quema. Quema tanto como el tacto de Rafael en mi piel.

La tierra tiembla debajo de mis pies, los ventanales de la cúpula estallan y una lluvia de pequeños vidrios cae sobre mi cabeza.

La niebla se condensa otro poco y las alas de Mikhail se despliegan con un movimiento furioso; entonces, un halo dorado escapa de ellas cuando se extienden y baten con violencia.

Mikhail grita una vez más y su espalda se arquea en un ángulo que luce doloroso, antes de que su cuerpo deje de tocar el suelo debido a la manera en la que sus alas se mueven.

—¡Ahora! —Rafael se hace escuchar por encima del sonido de los gritos torturados de Mikhail y, entonces, la nube que se ha creado alrededor de nosotros empieza a concentrarse al centro del círculo.

Las cuatro brujas mantienen los ojos cerrados. Todas lucen extrañas a mis ojos. Como si, por un momento, hubiesen dejado de ser ellas para convertirse en unos seres aterradores capaces de manipular la energía de una criatura que se encuentra a la mitad del camino entre un ángel y un demonio.

La neblina se concentra poco a poco y, cuando está en el centro del pentagrama, Rafael da un paso al interior.

Mikhail no deja de gritar de dolor. No deja de retorcerse y de gruñir como si fuese un animal enfurecido. Yo no dejo de llorar. No dejo de intentar absorber la cantidad impresionante de dolor que me invade.

Rafael se detiene cuando está a unos pasos de distancia y esboza una pequeña sonrisa antes de dirigir su atención hacia el lugar donde Ashrail y Gabrielle se encuentran.

—Tendrás el alma que has venido a buscar, Ashrail —la voz de Rafael resuena por encima del caos y, justo en ese momento, clava su vista en mí.

Entonces, extiende una mano en mi dirección.

Una oleada de calor me invade por completo y grito debido la impresión y a la horrible sensación que esto me trae. El ardor es insoportable. Estoy cociéndome de adentro hacia afuera. Estoy siendo doblemente torturada y no puedo hacer nada para defenderme.

El ángel que me sostiene por la espalda dice algo, pero no logro escucharlo. No logro hacer nada más que chillar debido a la quemazón que me invade y al dolor que siento a través de Mikhail.

Me falta el aliento, me duele el cuerpo, mis extremidades no responden.

Alguien grita mi nombre, algo estalla, el mundo se estremece y el lazo en mi pecho se tensa en el instante en el que una oleada de adrenalina se dispara dentro de mi cuerpo y llena cada hueco que hay en él.

Mi corazón se estremece cuando algo helado recorre mis venas y neutraliza el ardor previo. Algo abrumador e intenso se abre paso en mi sistema y me hace quedarme sin respiración durante un doloroso momento.

Se siente como si una corriente eléctrica me recorriese los huesos. Como si una nueva oleada de poder se hubiese apoderado de mí de un segundo a otro, y es tan arrolladora, que no puedo contenerla. No puedo hacer nada más que desplomarme contra el suelo.

Mi vista está llena de puntos negros. Voy a desmayarme. Voy a perderme en el mar de la inconsciencia.

Trato de incorporarme. Trato de ponerme de pie, pero lo único que consigo es alzar la cabeza, justo a tiempo para mirar cómo una silueta con alas de murciélago sostiene a una con alas de ángel. Justo a tiempo para ver cómo el pentagrama en el suelo se ilumina y la cúpula comienza a derrumbarse.

Un grito se construye en mi garganta, pero no puedo liberarlo. No puedo hacer nada más que ver cómo cientos de manos negras brotan desde el interior del círculo de sal y tiran de ambas figuras hacia abajo.

Alguien me levanta del suelo y comienzo a alejarme involuntariamente. Alguien me lleva en brazos mientras lucho y trato de liberarme. Mientras que el nombre de Mikhail sale de mis labios en gritos horrorizados.

Daialee aparece en mi campo de visión durante unos segundos. Niara y las otras dos brujas también lo hacen, pero yo no puedo dejar de gritar por él. Por el demonio que está siendo tragado por un millar de manos.

Mis párpados pesan, mi vista se nubla, el corazón me late a un ritmo frenético y al mismo tiempo se siente como si avanzara con una lentitud aterradora.

Puntos negros oscilan en mi campo de visión y sé que no voy a poder soportarlo más. Sé que todo ha terminado.

Entonces, después de tanto intentar resistirlo, me dejo ir.



## EPÍLOGO

El olor a aceite quemado inunda mis fosas nasales en el instante en el que pongo un pie dentro de la enorme cocina de la cafetería donde trabajo. A pesar de eso, trato de no hacer ninguna mueca que delate el desagrado que me provoca.

Linda, una de las cocineras, me regala una sonrisa fugaz antes de colocar un emparedado de pollo sobre un plato, para luego colocar un pequeño contenedor con aderezo a su lado. Sin perder el tiempo, me acerco a ella y lo tomo antes de murmurar un agradecimiento y abandonar la espaciosa estancia

«Sigue teniéndome miedo», pienso, mientras avanzo hacia el exterior del local.

No me sorprende.

Niara y Daialeen dicen que me veo, incluso, más aterradora que Dinorah. Debo confesar que no es algo que me incomode del todo. Después de todo, la bruja me agrada.

Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios y me abro paso entre las mesas vacías del lugar, hasta llegar a una de las que se encuentran cerca de la entrada de los comensales. El hombre de edad avanzada que espera por su almuerzo mira hacia el enorme ventanal del establecimiento, y da un respingo cuando coloco el plato con cuidado frente a él.

El tipo me regala una sonrisa fugaz y una negativa de cabeza cuando le pregunto si necesita algo más. En ese momento, me retiro

y avanzo hasta la caja registradora, donde Daialee se encuentra ordenando unos *tickets* viejos.

—No olvides que te toca preparar la cena hoy —dice en un susurro bajo y sonrió un poco más.

—Esta noche cenamos congelados —bromeo y ella sonríe también.

—No te atrevas, Marshall —musita, para luego tomar el montón de pequeños trozos de papel y encaminarse en dirección a la oficina del dueño y hacerle saber que tenemos el cierre del turno matutino listo.

Me quedo a solas durante un rato y poso mi vista en la calle que se dibuja del otro lado de los enormes paneles de cristal. Este lugar es *tan* diferente a la ciudad.

Un suspiro se me escapa y me coloco detrás de la registradora justo a tiempo para recibir a un cliente deseoso por pagar su cuenta y marcharse.

Hace apenas dos meses que empezamos a trabajar aquí. Hace seis que nos mudamos a Bailey, Carolina del Norte. No voy a negarlo: fue un cambio radical; pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? Después del lío en el que nos vimos envueltas las brujas y yo, fue la mejor de nuestras opciones.

Aún no recuerdo del todo qué fue lo que pasó esa noche —ni los días que le siguieron—, pero, gracias a las versiones de las mujeres con las que ahora vivo y a las vagas imágenes que tengo acerca de lo que ocurrió, he podido armar una versión que me ha sido lo suficientemente convincente como para dejar de obsesionarme con ello. Una que me ha permitido salir de la burbuja que empecé a crearme cuando desperté y me di cuenta de que mi mundo había cambiado para siempre.

Esa noche —la noche en la que fui recuperada de las manos del Arcángel Rafael—, supe que Dahlia había muerto. Supe, también, que un ángel apoderó del cuerpo de Nathan y que estuvo vigilándome durante mucho tiempo; el suficiente como para acostumbrarse a la vida humana y a anhelarla.

Me enteré, también, de que, a los ojos de todo el mundo, Bess Marshall está muerta.

Los noticieros dijeron que fallecí en el mismo fatídico accidente que mi tía y su prometido. Que, a pesar de que nunca encontraron mi cuerpo, el mundo entero se conmocionó con la trágica historia de la chica huérfana que sobrevivió a un accidente automovilístico de dimensiones atroces, para morir tres años después gracias a una explosión provocada por un montón de tuberías de gas en mal estado —explosión que, por cierto, mató también a una mujer que vivía en el piso superior al nuestro.

Nadie sabe que, en realidad, sobreviví.

Nadie sabe que fui llevada a una iglesia a las afueras de la ciudad para ser asesinada. Que el mismísimo Rafael Arcángel intentó utilizarme para atraer al único ser en el mundo capaz de detenerlo y que despertó un poder que ni siquiera yo sabía que poseía. Un poder que estuvo a punto de matarme.

Rafael llevó mi cuerpo a sus límites solo para que la energía que emanaba de mí atrajera al demonio que tanto se empeñaba en protegerme.

Sabía que él acudiría. Sabía que iría en mi rescate si presionaba lo suficiente y que conseguiría tenernos a los dos en una misma habitación para acabar con nosotros al mismo tiempo.

Según lo que Daialee y Niara me contaron, incluso ellas pudieron sentir las oleadas descomunales de la energía que llevaba dentro cuando fui provocada por el arcángel.

No estoy muy segura de qué fue lo que pasó o de cómo es que Mikhail dio conmigo —hay una enorme laguna ahí—, pero algo escuché acerca de que Daialee fue quien buscó al demonio para informarle acerca de lo ocurrido en el apartamento de Dahlia.

No sé en qué momento me encontró. Mucho menos sé cuándo se marchó una vez más para buscar a las brujas. Lo único que sé, es que lo hizo. Lo hizo porque yo estaba muriendo y él no podía permitirlo. No *quería* hacerlo.

Las brujas dijeron que, cuando fue a su encuentro, Mikhail les informó de lo ocurrido. Les dijo que Rafael no quería entregarme sin obtener algo a cambio. Que le había suplicado que me dejara en paz.



Que le daría lo que quisiera a cambio de que me permitiera vivir; sin embargo, Rafael nunca estuvo dispuesto a ceder. No sin condicionar al demonio de los ojos grises; y fue en ese momento cuando le pidió que renunciara a la parte angelical que aún tenía dentro.

Básicamente, Rafael le pidió a Mikhail que renunciara a ser esa criatura a la que estaba destinado a convertirse solo para salvarme. Le dijo que, si quería que me permitiera vivir hasta que mi cuerpo envejeciera y que no desatara el apocalipsis hasta que yo fuera una anciana lista para morir de causas naturales, debía renunciar a su destino.

Mikhail, por supuesto, aceptó la oferta. Aceptó sacrificarse por mí; sin embargo, cuando Rafael por fin le permitió verme de cerca, ya era tarde. El poder desatado por los Estigmas estaba matándome y nadie podía hacer nada para impedirlo.

Fue entonces, cuando salió a buscar a las brujas para ver si ellas podían hacer algo por mí.

Acorde a lo que Daialee relató, esa noche morí.

Morí a manos de Mikhail y fui traída de vuelta gracias a la magia de Dinorah y Zianya. Fui atada a él y gracias a eso, mi cuerpo fue capaz de soportar la cantidad de poder que llevo dentro. Su cuerpo, constituido a la perfección para poseer y portar magia, salvó al mío de sucumbir ante el poder abrumador de los Estigmas.

Era la única manera de salvarme. Era la única forma que las brujas conocían para evitar que muriera; así que así lo hicieron: Me ataron a Mikhail a pesar del riesgo que suponía intentar hacer algo así.

Puedo recordar algunas cosas de esa noche. Recuerdo la inmensa laguna de incoherencia que me envolvía, la voz de Mikhail diciendo que me amaba y que se sacrificaría por mí; el ritual se llevó a cabo y el intento de asesinato de Rafael.

Aún no puedo creer que, literalmente, quería freírme de adentro hacia afuera.

No puedo creer como Mikhail, pese a estar retorciéndose de dolor, lo detuvo. Incluso, lo atacó e impidió que me asesinara.

Tengo entendido que las brujas no pudieron contener más la neblina procedente del poder angelical de Mikhail y lo dejaron libre. Lo dejaron ir para que este buscara su camino por su cuenta, cosa que nadie esperaba.

Nadie esperaba, tampoco, que el lazo entre Mikhail y yo haría que esa neblina se dirigiera hacia mí. Nadie vio venir que la parte angelical del demonio se atascaría en mi cuerpo gracias a la atadura entre su vida y la mía.

A partir de aquí todo lo que sé, se vuelve confuso. Según Dinorah —la bruja que fue atada a Zianya—, las cosas ocurrieron así:

Tras la transformación completa de Mikhail, la oscuridad que había en él se apoderó de todo y atrajo a las fuerzas más oscuras del Inframundo. Esto, aunado al pentagrama que sirvió como portal, hizo que todas ellas intentaran escapar, provocando que el edificio se estremeciera debido a la fuerza descomunal que poseían. Por esa razón todo comenzó a derrumbarse.

En ese momento, fue cuando la oscuridad, materializada en forma de manos siniestras y aterradoras, arrastró a Mikhail y a Rafael hacia el Inframundo.

Las brujas, junto con Jasiel —el ángel que se apoderó de Nathan—, al darse cuenta de lo que sucedía, emprendieron la huida y me llevaron con ellos.

Han pasado seis meses desde entonces.

No fue difícil para las brujas mayores tomar todo el dinero que habían guardado en el banco y encontrar un pueblo pequeño al otro lado del país. Tampoco fue difícil para ellas decidir que debían traerme hasta aquí, porque yo estaba completamente sola y porque el mundo entero piensa que estoy muerta.

Entonces así, sin más, venimos hasta acá para iniciar una nueva vida. Una que, en realidad, no empezó para mí hasta hace apenas un par de meses.

Durante el primer mes, me reusé a hacer otra cosa más que dormir. Comía porque Dinorah me obligaba a hacerlo y hablaba porque Daialee me arrancaba palabras, aunque no deseara pronunciarlas.

Me pasé días enteros pronunciando el nombre verdadero de Mikhail, en un intento desesperado por verlo de nuevo. Pasé semanas enteras obsesionada con la idea de que, quizás, un día de estos acudiría en mi búsqueda... Pero nunca lo hizo.

Pese a eso, una noche se me ocurrió invocar a Axel —con su real nombre, por supuesto— y así lo hice.

Verlo fue la cosa más maravillosa que pudo pasarme. Comprobar que se encuentra bien, fue como un bálsamo para mis nervios alterados.

No hablamos demasiado tiempo, debo admitir; sin embargo, si el suficiente como para ponernos al corriente de todo. Dijo que las cosas allá abajo son muy diferentes ahora, y que ningún demonio de jerarquía menor a la primera podía poner un pie en la tierra sin autorización del Supremo.

Al parecer, los incidentes ocurridos con los ángeles hicieron que las autoridades del Inframundo tomaran medidas al respecto.

Mikhail no salió a la plática inmediatamente, como era de esperarse; pero, cuando me preguntó dónde diablos se encontraba, el mundo volvió a deshacerse para mí. Tenía la esperanza de que él supiera algo respecto a su paradero, pero no fue así.

Por el contrario, escucharlo preguntarme por él, solo hizo que mis miedos más profundos se materializaran. Solo consiguió que aquello que tanto temía, tomara más fuerza en mi sistema; porque, si Axel no sabe dónde está Mikhail, solo podía significar una cosa. Algo que es lo suficientemente terrible como para no querer pronunciarlo en voz alta.

El íncubo prometió investigar sobre su paradero en el Inframundo una vez que le conté todo lo que ocurrió cuando Rafael trató de asesinarme, pero esa fue la última vez que supe algo de él.

Por más que traté de invocarlo una vez más, jamás lo conseguí.

Poco tiempo después de aquello, las brujas hablaron conmigo. Me dijeron que había pasado ya bastante tiempo, y que era hora de que me levantara de la cama y empezara a luchar. Me dijeron —cruda y

cruelmente— que tenía que aceptar la posibilidad de que Mikhail estuviese muerto; cosa que me negué a creer.

¿Cómo iba a estar muerto si yo estaba viva?, ¿si se supone que estamos atados?... El lazo sigue aquí. El lazo no se ha ido. Puedo sentirlo.

Ellas, sin embargo, argumentaron que tenía que aceptar la posibilidad de que, quizás, aún sigo viva porque una parte de él vive en mí: la angelical. Dijeron que era probable que la atadura aún funcionara gracias a que una parte de Mikhail sigue viva dentro de mí.

No suena muy descabellado. De hecho, tiene bastante sentido, pero me rehúso a creerlo. Me niego a aceptar que, quizás, Mikhail ya no exista más. Me niego a pasar el resto de mis días con el peso de su sacrificio sobre mis hombros y un montón de recuerdos atascados en la memoria.

No sé cuánto tiempo me tomó empezar a funcionar con normalidad.

No recuerdo, tampoco, cuánto tiempo me tomó acostumbrarme a esa sensación de desconexión que el lazo ha dejado en mí. Mucho menos sé exactamente cuánto tiempo pasé encerrada en una habitación, mientras las brujas se partían el culo para echar a andar el lugar donde ahora vivimos; pero, una vez que tuve la fuerza suficiente, salí a enfrentarme al mundo.

Conseguí este empleo no mucho después de tomar la decisión de tratar de continuar y me inscribí en la escuela semiescolarizada bajo el nombre de soltera de mi madre: Annelise Williams. Desde entonces, he estado tratando de concentrarme en dar un paso a la vez.

No ha habido rastro alguno de ángeles en este lugar desde que llegamos. De hecho, nadie se explica cómo es que ya no despidió ese halo de energía que los atraía. No cuando ahora soy capaz de hacer cosas bastante aterradoras gracias al poder de los Estigmas y la parte angelical que tomé de Mikhail.

A pesar de eso, no hemos querido investigar demasiado. Todas las brujas parecen decididas a olvidar la pesadilla que fue vivir en Los Ángeles y yo estoy en la misma sintonía.

Por ahora, lo único que queremos es tomar las piezas que quedaron de nuestras vidas y comenzar a armarlas de nuevo. No sé cuánto tiempo va a tomarnos, pero confío en que algún día podremos hacerlo.

Confío en que algún día, todo esto quedará como el recuerdo de un episodio bastante extraño. Uno lo suficientemente increíble como para conseguir que te preguntes una y otra vez si de verdad ocurrió. Si realmente hubo un demonio rondando nuestras vidas. Un demonio con el alma de un guerrero. Uno capaz de darlo todo por alguien.

extra



## OSCURIDAD

El cielo nocturno carece de luz. Está repleto de nubes espesas y grises que ocultan cualquier indicio de estrellas. Es una noche tranquila. Una noche que huele a peligro y maldad. Una especialmente hecha para los demonios.

La criatura, esa que luce como un humano común y corriente, pero que guarda una naturaleza tan ancestral como divina y compleja, se encuentra parado sobre aquel solitario claro.

No deja de preguntarse si lo que está haciendo es lo correcto. No se siente como si lo fuera.

—Hace una noche maravillosa, ¿no lo crees, Mikhail? —la voz de barítono parece taladrar en lo más profundo de su mente y, a pesar de que no le teme en lo absoluto a quien le habla, los vellos de la nuca se le erizan por completo.

Se vuelve sobre sus talones y entorna los ojos hacia las sombras.

No puede verlo, pero *sí* que puede sentirlo. No se necesita ser una criatura celestial o demoníaca para saber que *él* se encuentra ahí.

— ¿Para qué querías verme? —pregunta Mikhail, sin rodeos.

Es plenamente consciente del peligro que lo acecha y del poco cuidado que está teniendo en estos momentos, pero no le importa. *Ya no...*

La criatura oculta entre las sombras puede observar a detalle al ser que luce como si de un humano cualquiera se tratase a pocos metros: su cabello revuelto, oscuro como la noche, contrasta con su piel pálida y sus ojos grises escudriñan el lugar con esa mirada suspicaz que lo caracteriza.

A la criatura en las sombras no se le escapa, ni por atisbo, aquella peculiar energía que Mikhail sigue emanando. Aquella fiereza letal que nada tiene que ver con el aspecto hosco y peligroso que tiene.

Mikhail irradia fuerza y poder, de eso no hay duda, pero eso, en combinación con aquel porte arrogante y seguro que tienen los de su clase, le hace lucir como si el chico aún perteneciera a ese lugar luminoso que tanta repulsa le causa a la criatura.

Mikhail puede tener el rostro de un adolescente, pero eso no la engaña. La criatura sabe lo poderoso que puede llegar a ser.

—Creo que alguien se está impacientando —canturrea, acercándose varios pasos. Tratando de decidir si debe mostrarse o no.

Mikhail, por su parte, entorna los ojos en dirección a las sombras cuando nota el movimiento casi imperceptible en algún punto de la oscuridad. Finalmente, luego de unos instantes de escrutinio, logra verla. Logra tener un vistazo de una figura inquietante.

A simple vista, parece un tipo cualquiera; sin embargo, Mikhail puede sentir la energía maligna que emana por cada poro del cuerpo. Puede, pese a que no tiene un vistazo directo de aquel chico, sentir cómo todo a su alrededor se pudre con solo su presencia.

Está de pie frente al mismísimo Lucifer. De eso no tiene duda.

— ¿Qué es lo que quieres? —vuelve a preguntar. Esta vez, sintiéndose embargado por la horrible sensación de peligro.

—He oído rumores acerca de tu caída, *Miguel* —Mikhail se estremece al escuchar de boca de Lucifer, el nombre que le dio su padre al crearlo.

—Caída que tú provocaste —se obliga a responder con tranquilidad.

Una sonrisa torcida surca los labios de Lucifer, al tiempo que se acerca un poco más.

—He venido a ofrecerte mi ayuda. He venido a ofrecerte un lugar en mi Reino —dice, sin más.

Un escalofrío recorre la espina dorsal de Mikhail. No está acostumbrado a las sensaciones humanas. No está familiarizado con el nerviosismo y el miedo.

—No quiero formar parte de tu reino —su rostro es una máscara de serenidad, a pesar de que su instinto de supervivencia le grita que debe alejarse de inmediato.

—Tus hermanos te traicionaron. No confiaron en ti, te juzgaron, te acusaron con tu padre y él, en lugar de acoger a su hijo y perdonarlo como predica en su palabra, te desterró. Se deshizo de ti como quien se deshace de una bolsa de basura —Lucifer frunció el ceño profundamente. Contrariado —. ¿Ese es el Reino de los Cielos, Miguel? ¿Luchaste por eso? ¿Estabas dispuesto a dar la vida por defender a un Dios que fue capaz de desecharte?

Las palabras de Lucifer calan en lo más profundo del corazón de Mikhail, quien aprieta los puños con una fuerza contra sus costados.

—Te ofrezco mi Reino. Te ofrezco poder y libertad. Lo único que necesitas hacer por mí es jurarme lealtad —Lucifer hace una pequeña pausa para que sus palabras se asienten en el corazón de quien, alguna vez, luchó en su contra para defender el reinado de luz que le dio la espalda—. Júrame lealtad y me encargaré de devolverte tus alas. Júrame lealtad y me encargaré de hacer que tu nombre resuene en el reino de los cielos como siempre debió haberlo hecho. Júrame lealtad y serás el líder de *mi* ejército cuando sea el momento indicado.

—¿Qué ganas tú a cambio? —el recelo en la voz de Mikhail es palpable.

—¿No es obvio? —una sonrisa lobuna surca las facciones de Lucifer, a pesar de que sabe que Mikhail no puede verlo—. Gano al mejor guerrero. Gano al mejor estratega. Al mejor general existente. Lo único que necesito de ti, es que te unas a mí.

Una carcajada carente de humor escapa de la garganta de Mikhail.

—Debes estar demente de verdad si crees que me uniré a ti —dice.



—¿Prefieres pudrirte al lado de los Grigori, entonces? —Lucifer se burla y Mikhail aprieta la mandíbula—. ¿Prefieres proteger a los ángeles? ¿Aun cuando te traicionaron? ¿Aun cuando te dieron la espalda? ¡Hazlos pagar, Miguel! ¡Deben pagar por lo que te hicieron!

—¿Y quién me garantiza que no harás conmigo lo que le hiciste a Los Vigilantes? —Mikhail refuta—. ¿Debo recordarte que les prometiste un lugar en tu Reino si se revelaban y luchaban a tu lado en contra del Creador? Los utilizaste. Los convenciste de ayudarte y luego los dejaste convertirse en las abominaciones que son ahora.

La sonrisa de Lucifer se ensancha hasta convertirse en una mueca aterradora.

—Tú eres diferente, Mikhail —dice—. Tú no dejaste el Reino del Creador por voluntad propia. Te desterraron. Te dejaron caer, justo como lo hicieron conmigo. Te subestimaron y te creyeron capaz de hacer algo tan atroz como cometer alta traición..., pero yo no haré. Sé de qué eres capaz. Sé cuán poderoso eres. Eres más importante y poderoso que cualquiera de ellos. Tú puedes ayudarme a construir el reinado que siempre he deseado.

Mikhail desvía la mirada. No está acostumbrado a tanta oscuridad. No está acostumbrado al insoportable dolor de la traición y el odio dentro de su corazón.

Quiere hacerlos pagar. Uno a uno. A absolutamente *todos...*, pero también sabe que Lucifer no es de fiar. Sabe que no puede depositar su confianza en nadie nunca más. No luego de lo que le hicieron.

—¿Y yo qué gano con todo esto? —espeta, al cabo de unos momentos de silencio.

—La gloria —la voz de Lucifer es terciopelo. Es miel en los oídos de Mikhail.

Un escalofrío recorre el cuerpo de quien alguna vez fue uno de los ángeles más importantes de todos.

—De acuerdo —dice, con la voz temblorosa, luego de unos segundos más, a pesar de no estar seguro de lo que hace—. Lo haré.

—Has tomado la decisión correcta, Miguel.

—No vuelvas a llamarme así —Mikhail espeta y Lucifer suelta una carcajada estruendosa.

Entonces, el silencio se apodera de la atmósfera.

De pronto, una sombra se ciñe sobre Mikhail, cegándolo por completo.

Es capaz de sentir crepitar la energía desde la punta de sus pies, hasta la cima de cabeza. Una horrible sensación de frialdad se instala sobre su pecho y, acto seguido, cae de rodillas al suelo, doblándose del dolor.

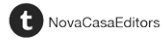
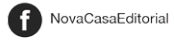
Mikhail grita en agonía mientras la oscuridad, poco a poco, se cuela en su interior y trata de tomar posesión de su corazón y su alma. La luz que aún guarda en su interior se estremece y lucha con violencia ante el nuevo intruso, y un grito que no reconoce como suyo brota de su garganta.

La piel de su espalda se desgarrar. Cartílago, piel y tejido se rompen para abrirle paso a aquello que, a la fuerza, la oscuridad está construyendo en su interior.

Un gruñido estridente y animal se le escapa y, de un movimiento furioso, un par de alas se extienden grandes y poderosas. No son un par de alas cualquiera. Son las alas de un demonio, membranosas, grises, puntiagudas y letales; similares a las alas de un murciélago.

Tembloroso, adolorido y al borde de la inconsciencia, Mikhail alza la vista, encontrándose, por primera vez en mucho —muchísimo— tiempo con el rostro delicado, joven y hermoso de Lucifer; quien sonríe satisfecho.

—Bienvenido al Averno, querido amigo —dice el rey de las Tinieblas y, entonces, el ahora demonio, se desploma contra el suelo.



**Nova Casa** Editorial

#novacasaeditorial #leyendoaNova